

Victoria Holt



LA CAUTIVA

ÍNDICE

La casa en Bloomsbury	3
Tormenta en el mar	21
En el serrallo	63
Trecorn Manor	107
La institutriz	146
La tumba del marino	187
Algunos descubrimientos	206
Una visita a Londres	237
Encuentro en el bosquecillo	261
El regreso	278



La casa en Bloomsbury

Tenía diecisiete años cuando experimenté una de las aventuras más extraordinarias que podrían haberle sucedido a una joven, y que me permitió atisbar un mundo muy distinto de todo aquello para lo que había sido educada. Y, a partir de entonces, el curso de mi vida cambió por completo.

Siempre tuve la impresión de haber sido concebida casualmente por parte de mis distraídos padres. Me imagino muy bien su extrañeza, consternación y angustia cuando empezaron a ponerse de manifiesto las primeras señales de mi inminente llegada. Recuerdo una ocasión en la que, tras haberme escapado de la supervisión de mi niñera, me encontré con mi padre en la escalera. Nos veíamos tan pocas veces que en esa ocasión nos miramos como dos extraños. Se había levantado las gafas, que llevaba sobre la frente. Se las colocó ante los ojos y miró con detenimiento a aquella criatura extraña que había irrumpido en su mundo, como intentando recordar quién era yo. En ese instante apareció mi madre; al parecer, ella sí me reconoció enseguida, porque dijo:

—¡Oh, es la niña! ¿Dónde está la niñera?

No tardaron en rodearme y levantarme un par de brazos familiares que me alejaron de allí, y cuando ya no podían oírnos, la niñera me dijo:

—Esto no es natural. Pero no importa, tienes a tu vieja y querida Nanny que te quiere mucho.

En realidad, me sentía contenta ya que, además de mi querida Nanny, tenía al señor Dolland, el mayordomo; a la señora Harlow, la cocinera; a Dot, la doncella; a Meg y a Emily, las sirvientas; y más tarde, a la señorita Felicity Wills.

En nuestra casa había dos zonas muy bien delimitadas, y yo sabía a cuál de ellas pertenecía.

Era una casa grande situada en una plaza londinense, perteneciente a un barrio llamado Bloomsbury. La razón por la que se eligió como nuestra residencia fue su proximidad al Museo Británico, una institución de la que se hablaba con tanta reverencia en la planta baja que cuando tuve la edad suficiente para cruzar sus sagradas puertas casi esperaba escuchar una voz procedente del cielo ordenándome que me quitara los zapatos, puesto que aquel lugar que estaba pisando por primera vez era suelo sagrado.

Mi padre era el profesor Cranleigh, y trabajaba en el Departamento de Egiptología del museo. Era una autoridad en todo lo referido al antiguo Egipto y, sobre todo, en jeroglíficos. Mi madre no vivía a su sombra, ya que compartía su trabajo, le acompañaba en sus frecuentes viajes para pronunciar conferencias, y era la autora de un volumen de considerable tamaño titulado *El significado de la piedra de Rosetta*, que ocupaba un lugar destacado en la biblioteca de nuestra casa, situada al lado del despacho, junto con media docena de obras escritas por mi padre.

Me impusieron el nombre de Rosetta, que ellos consideraron un gran honor. Eso me unía al trabajo que realizaban, lo que me hacía pensar que, en uno u otro momento, tendrían alguna consideración para conmigo. Cuando la señorita Felicity Wills me llevó al museo, lo primero que quise ver fue esa piedra tan antigua. La contemplé con admiración, y escuché embelesada mientras ella me explicaba que aquellos signos tan extraños permitieron descifrar las escrituras del antiguo Egipto. No podía apartar los ojos de aquella columna de basalto que había sido tan importante para mis padres. Pero lo que le daba una importancia real ante mis ojos era el hecho de que se la conociera por el mismo nombre que yo llevaba.

Cuando alcancé los cinco años de edad, mis padres empezaron a preocuparse por mí. Necesitaba una educación, y se produjo cierto revuelo en nuestra zona de la casa ante la perspectiva de la llegada de una institutriz.

—Las institutrices son personas muy extrañas —sentenció la señora Harlow en cierta ocasión en que estábamos todos sentados ante la mesa de la cocina—. No son peces ni aves.

—No —intervine yo—, son señoras.

—En cualquier caso —prosiguió la señora Harlow—, demasiado distinguidas para nosotras, y no lo bastante buenas para ellos. —Y señaló hacia el techo, indicando las estancias superiores de la casa—. Se muestran altivas por cualquier cosa... y en cambio arriba, bueno, son tan mansas como un corderito. Sí, las institutrices son personas muy extrañas.

—He oído decir que será la sobrina de un profesor —dijo el señor Dolland.

El señor Dolland se enteraba de todas las noticias. Era tan astuto como una carreta llena de monos, según decía la señora Harlow. Dot disponía de sus propias fuentes de información, sobre todo cuando esperaba para servir la mesa.

—Se trata del profesor Wills —dijo ahora—. Está en la universidad..., solo que hace algo distinto..., ciencia o algo así. Bueno, el caso es que tiene a esa sobrina a la que quiere encontrarle un puesto de trabajo. Es casi seguro que vamos a tener en nuestra casa a la sobrina del profesor Wills.

—¿Será lista? —pregunté agitada.

—Seguro que será demasiado lista—dijo la señora Harlow.

—No voy a permitir que interfiera en mi trabajo de niñera —anunció Nanny Pollock.

—Será demasiado distinguida para eso. Querrá que le sirvan la comida en bandeja que tendréis que subirle una de vosotras dos, Meg o Dot. Puedo aseguraros que tendremos entre nosotros a una verdadera señora.

—Pues yo no quiero que venga —anuncié—. Puedo aprender de vosotros.

Eso les hizo reír a todos.

—Di lo que quieras, cariño —afirmó la señora Harlow—, pero lo cierto es que ninguno de nosotros somos personas con una educación exquisita..., excepto quizá el señor Dolland.

Todos miramos con orgullo al señor Dolland, quien no solo elevaba la dignidad de nuestra región en la casa, sino que también nos entretenía y en ocasiones incluso le convencíamos para que hiciera alguna de sus pequeñas «bromas». Era un hombre

de muchas facetas, lo que no resultaba nada sorprendente, teniendo en cuenta que en otros tiempos había sido actor. Yo le había visto preparándose para subir a las habitaciones superiores, vestido formalmente como el mayordomo más digno, mientras que en otras ocasiones se ponía un delantal alrededor de su vientre algo amplio, y se dedicaba a limpiar la plata al tiempo que cantaba. Entonces yo me quedaba allí sentada, escuchándole, y los demás acudían para disfrutar del placer que proporcionaban los numerosos talentos del señor Dolland.

—Bueno, en realidad el canto no es mi fuerte —nos decía con modestia—. Nunca he sido muy apto para las obras musicales. Mi vocación es el teatro dramático. Lo llevo en la sangre... desde que nací.

Algunos de los recuerdos más felices que conservo de aquellos tiempos los adquirí sentada ante la gran mesa de la cocina. Recuerdo algunas noches... Debí de ser en invierno, porque fuera estaba todo oscuro y la señora Harlow encendía la lámpara llena de parafina y la colocaba en el centro de la mesa. El fuego de la chimenea de la cocina estaba encendido, mis padres se habían marchado de viaje para dar alguna conferencia, y sobre todos nosotros se instalaba una maravillosa sensación de paz y seguridad.

El señor Dolland nos hablaba de los tiempos de su juventud, cuando iba camino de convertirse en un gran actor. Pero las cosas no le salieron tal y como él las había planeado, puesto que de otro modo no habría estado con nosotros, algo por lo que nos sentíamos agradecidas, aunque fuera una lástima por el propio señor Dolland. Había interpretado papeles en diversas obras y en cierta ocasión actuó incluso en el papel del fantasma en *Hamlet*; había trabajado hasta en la misma compañía que Henry Irving. El seguía los progresos del gran actor y algunos años antes había visto a su héroe aclamado por el público tras su interpretación de Mathias en *Las campanas*.

A veces nos seducía con escenas de esa misma obra. En tales ocasiones se hacía entre nosotras un silencio reverencial. Sentada junto a Nanny Pollock, yo le tomaba de la mano para asegurarme de que ella estaba cerca. La escena era mucho más efectiva cuando el viento soplaba en el exterior y escuchábamos el repiquetear de la lluvia contra los cristales de las ventanas.

—Fue en una noche como esta cuando asesinaron al judío polaco... —proclamaba el señor Dolland con un profundo tono de voz.

Y nos quedábamos allí sentadas, temblando. Después, ya acostadas, contemplábamos temerosas las sombras de la habitación, preguntándonos si de ellas no surgiría la forma del asesino.

El señor Dolland era muy respetado por todos los habitantes de la casa, pero su talento para entretenernos nos había inducido a quererle, y si el mundo teatral no había logrado apreciar su capacidad, no era ese el caso en la residencia de Bloomsbury.

Sí, eran recuerdos muy felices. Aquella era mi familia, y yo me sentía segura y feliz con ellos.

En aquellos tiempos, las pocas ocasiones en que me aventuraba hasta el salón comedor lo hacía bajo las alas protectoras de Dot, cuando ella iba a poner la mesa. Yo acostumbraba sostenerle los cubiertos mientras ella los colocaba sobre la mesa. Yo la

contemplaba llena de admiración, sobre todo cuando manejaba con destreza las servilletas, a las que daba formas fantásticas, que luego colocaba en la mesa.

—¿No te parecen maravillosas? —me preguntaba observando su obra ya terminada—. Pero ellos no se dan cuenta de nada. Solo se dedican a hablar, hablar y hablar, y una no tiene ni la más ligera idea de lo que dicen. Algunos incluso se entusiasman. Una podría pensar que todas esas cosas se habrían convertido en humo..., todo aquello sucedido hace ya tanto tiempo..., lugares y gentes de las que jamás había oído hablar. A veces, hasta discuten con vehemencia.

Después, me dedicaba a seguir a Meg. Hacíamos las camas juntas. Cuando ya estaban hechas, me quitaba los zapatos y me subía al colchón de plumas, porque me encantaba ver cómo se hundían mis pies.

Solía ayudarla a hacer las camas.

—Primero los pies y luego la cabecera —medio cantábamos—, esa es la forma de hacer una cama.

—Mira —dijo Meg—, tensa la sábana un poco más. No querrás que se les salgan los pies por aquí, ¿verdad? Se quedarían tan fríos como esa piedra por la que te han dado tu nombre.

Sí, era un buen estilo de vida, y nunca me sentí afectada por la ausencia de interés por parte de mis padres. En todo caso, me sentía agradecida por mi nombre, y por todos aquellos reyes y reinas egipcios a los que dedicaban tanta atención que ya no les quedaba ninguna para mí. Fueron días felices, pasados en hacer camas, poner mesas, observar a la señora Harlow mientras preparaba la carne o agitaba el budín, consiguiendo siempre la pequeña propina de llevarme un poco a la boca para probar, o escuchando las dramáticas escenas procedentes del frustrado pasado del señor Dolland; y siempre disponía de los cariñosos brazos de Nanny Pollock en los momentos en que necesitaba consuelo.

Fue una infancia feliz en la que pude ahorrarme la atención de mis padres.

Y entonces llegó el día en que acudió la señorita Felicity Wills, sobrina del profesor Wills, para convertirse en mi institutriz y ocuparse de los rudimentos de mi educación, hasta que se hicieran otros planes para mi futuro.

Escuché el sonido del carruaje deteniéndose ante la puerta de la residencia. Todas estábamos ante la ventana de mi habitación: yo, Nanny Pollock, la señora Harlow, Dot, Meg y Emily.

La vi bajar, y el cochero le llevó las maletas hasta la puerta. Parecía joven e indefensa y, desde luego, no tenía aspecto de sentirse aterrorizada.

—Solo es una más —comentó Nanny.

—Hay que esperar —dijo la señora Harlow, decidida a mostrarse pesimista—. Ya os he dicho más de una vez que el aspecto no lo es todo.

No tardó en llegar la convocatoria para que bajara al salón, que ya había estado esperando. Nanny me había puesto un vestido limpio y peinado el cabello.

—Recuerda que debes contestar con claridad —me dijo—. Y no tengas ningún miedo. Estás muy bien, y Nanny te quiere mucho.

La besé fervientemente y bajé al salón, donde mis padres ya me esperaban en compañía de la señorita Felicity Wills.

—Ah, Rosetta —dijo mi madre al reconocerme, debido, supongo, a que me estaba esperando—. Esta es tu institutriz, la señorita Felicity Wills. Señorita Wills, le presento a nuestra hija, Rosetta.

La joven se me acercó y creo que la quise a partir de ese momento. Era tan elegante y bonita como si fuera un cuadro que hubiera visto en alguna parte. Me tomó por las dos manos y me sonrió cariñosamente. Yo le devolví la sonrisa.

—Me temo que tendrá usted que empezar sobre terreno virgen, señorita Wills —dijo mi madre—. Rosetta no ha recibido hasta ahora ninguna educación.

—Estoy segura de que ya habrá aprendido muchas cosas —dijo la señorita Wills.

Mi madre se encogió de hombros.

—Rosetta podría mostrarle dónde está la habitación destinada a las clases —dijo entonces mi padre.

—Excelente idea —asintió la señorita Wills.

Se volvió hacia mí, sin dejar de sonreír. Lo peor había pasado. Abandonamos juntas el salón.

—Está en la parte más alta de la casa —dije.

—Sí, así suele suceder con las habitaciones destinadas al estudio. Supongo que es para que nadie nos moleste. Espero que nos entendamos bien. De modo que soy tu primera institutriz. —Asentí con un gesto de cabeza—. Bien, pues voy a decirte algo —continuó—. Tú también eres mi primera alumna. Así que las dos somos novatas.

Entre ambas se estableció inmediatamente un lazo mutuo. Me sentí mucho más feliz de lo que me había sentido aquella mañana al despertar, cuando dediqué mi primer pensamiento a su inminente llegada. Me había imaginado a una mujer ya madura y feroz, y en lugar de eso me encontraba con una joven bonita. No podía tener más de diecisiete años; y ya me había confesado que nunca había enseñado a nadie hasta entonces.

Fue una sorpresa encantadora. Y supe entonces que todo iba a salir bien.

La vida había adquirido una nueva dimensión. Para mí fue una gran alegría descubrir que no era tan ignorante como había temido.

De algún modo, había aprendido a leer con la ayuda del señor Dolland. Había estudiado las imágenes de la Biblia y me encantaban las historias que él leía con énfasis dramático. Aquellas imágenes me fascinaban: Raquel en el pozo; Adán y Eva expulsados del Jardín del Edén, mirando hacia atrás, por encima del hombro, a los ángeles que portaban espadas llameantes; Juan el Bautista de pie, metido en el agua del río, predicando. Además, había escuchado al señor Dolland recitar algunas poesías que había aprendido, así como algo de «Ser o no ser». El señor Dolland se imaginaba a sí mismo como un Hamlet.

La señorita Wills quedó encantada conmigo y ambas nos hicimos amigas desde el principio.

Claro que hubo que superar cierta hostilidad con mis amigos de la cocina, pero Felicity —no tardé en empezar a llamarla así cuando estábamos a solas— era muy

cortés y en modo alguno la persona arrogante que había temido la señora Harlow, de modo que no tardó en romper la barrera existente entre quienes acudíamos a la cocina y los que creían estar «por encima», como decía la señora Harlow. Las comidas en bandeja desaparecieron bien pronto, y Felicity se unió a todos nosotros a la mesa de la cocina.

Se trataba de una situación que no habría sido aceptada en un hogar bien ordenado, pero una de las ventajas de tener unos padres que vivían en una remota atmósfera académica, alejados del ambiente mundano de la casa, era precisamente la libertad que eso nos proporcionaba a todos. ¡Y cómo disfrutábamos de ella! Cuando recuerdo lo que muchos considerarían como una infancia de niña abandonada, no puedo hacer más que alegrarme, porque fue una de las infancias más maravillosas y encantadoras con las que habría podido soñar una niña. Pero, claro, cuando es una misma quien la vive, no suele darse cuenta de lo buena que fue. Eso solo se ve claro cuando ya ha pasado.

Aprender con Felicity fue divertido. Nos dedicábamos a nuestras lecciones cada mañana, y ella hacía que todas fueran interesantes. De hecho, me daba la impresión de que descubríamos las cosas juntas. Ella nunca aparentó saber lo que no sabía. Si yo le hacía una pregunta, me contestaba con franqueza: «Tendré que consultarlo». Me habló de ella. Su padre había muerto algunos años antes; eran una familia muy pobre. Tenía dos hermanas menores. Afortunadamente, contaban con su tío, el profesor Wills, hermano de su padre, que ayudaba a la familia y le había encontrado aquel trabajo.

Admitió haberse sentido aterrorizada ante la perspectiva de encontrarse con una niña muy inteligente que supiera más que ella. Ambas reímos por ello.

—Bueno —dijo Felicity—, se trataba de la hija del profesor Cranleigh, una gran autoridad, muy respetado en el mundo académico.

Yo no estaba muy segura de qué era «el mundo académico», pero experimenté una oleada de orgullo. Después de todo, se trataba de mi padre, y resultaba agradable saber que estaba muy bien considerado.

—Tanto a él como a tu madre se les hacen numerosas peticiones para dar conferencias —me explicó, lo que no dejaban de ser buenas noticias, ya que de ese modo estarían más tiempo fuera—. Yo creí que por su parte habría mucha supervisión y guía y toda esa clase de cosas. Pero al final todo ha resultado mucho mejor de lo que esperaba.

—Y yo creí que serías una persona terrible..., ni pez ni ave.

Mi observación le pareció muy divertida y ambas nos echamos a reír. Siempre estábamos riéndonos. Aprendí con rapidez. La historia estaba relacionada con la gente, algunas muy extrañas, y no solo con los nombres y una serie de fechas. La geografía era como un excitante viaje alrededor del mundo. Disponíamos de un gran globo terráqueo al que dábamos vueltas y vueltas; elegíamos los lugares, y nos imaginábamos que estábamos allí.

Estoy segura de que mis padres no habrían aprobado este método de enseñanza, pero funcionó bien. Jamás se les habría ocurrido contratar a alguien como Felicity, que admitía no tener las calificaciones adecuadas y no haber enseñado antes,

de no haber sido la sobrina del profesor Wills.

De modo que teníamos muchas cosas por las que sentirnos agradecidas, y ambas lo sabíamos.

Además, estaban nuestros paseos. Aprendimos a conocer lo interesante que era Bloomsbury. Para nosotras se convirtió en un juego descubrir cómo había llegado a ser lo que era. Fue excitante saber que, apenas un siglo antes, solo era un pueblo aislado llamado Lomesbury y que entre la iglesia de San Pancracio y el Museo Británico no había más que campos. Descubrimos la casa donde vivió sir Godfrey Kneller. Más allá estaban los suburbios, esos barrios donde no podíamos aventurarnos, compuestos por una verdadera maraña de calles donde vivían los pobres junto con los criminales; estos se sentían lo bastante seguros allí, pues nadie se atrevía a entrar en esos lugares.

Al señor Dolland, que había nacido y sido educado en Bloomsbury, le encantaba hablar de los viejos tiempos, y sabía muchas cosas al respecto. Durante las comidas se mantenían conversaciones muy interesantes sobre el tema.

Durante las noches de invierno permanecíamos sentadas allí, envueltas en la semipenumbra de la lámpara, que arrojaba sus sombras sobre el pastel o el budín hecho por la señora Harlow y los platos de verdura vacíos, mientras el señor Dolland hablaba de los primeros años de su vida en Bloomsbury.

Había nacido en Gray's Inn Road y de pequeño se había dedicado a explorar los alrededores, por lo que tenía muchas historias que contar.

Recuerdo muy bien ciertos detalles de aquellos días. El mayordomo tenía una capacidad verdaderamente dramática y, como suele suceder con la mayoría de los actores, le encantaba embelesar a su público. Un público que no podía ser más atento, aun cuando fuera mucho menor del que él habría deseado.

—Ahora cerrad los ojos e imaginadlo por un momento —decía—. Los edificios representan una gran diferencia. Pero pensad en este lugar... como si fuera el campo. En realidad, yo nunca fui un campesino.

—Le pasa como a mí, señor Dolland —dijo la señora Harlow—. Le gusta la vida con movimiento.

—¿Acaso no nos gusta a todos? —preguntó Dot.

—No lo sé —dijo Nanny Pollock—. Vale la pena confiar en el campo.

—Pues yo nací y me crié en el campo —dijo Meg.

—Y a mí me gusta estar aquí, con todos vosotros —intervine yo.

Nanny asintió con un gesto de aprobación ante tal sentimiento.

Me di cuenta de que el señor Dolland estaba de buen humor y dispuesto a entretenernos, y estaba a punto de pedirle que nos representara una escena de *Las campanas*, cuando dijo:

—Ah, por aquí han ocurrido muchas cosas en los últimos tiempos. Si pudieran ver cómo eran las cosas antes...

—Es una pena que tengamos que depender de los rumores —comentó Felicity—. Resulta fascinante oír a las personas hablar del pasado.

—Así es —asintió el señor Dolland—. No es que yo pueda retroceder mucho, pero escuchaba las historias que me contaba mi abuela. Ella vivió aquí antes de que

construyeran todos estos edificios. Solía hablarme de una granja situada donde ahora está la calle Russell. Recordaba incluso a las señoritas Capper, que vivían allí.

Me acomodé en la silla, sintiéndome feliz, confiando en escuchar una historia sobre las señoritas Capper. Al advertirlo, el señor Dolland sonrió y me dijo:

—Querrá usted saber lo que me contó mi abuela sobre ellas, ¿verdad, señorita Rosetta? —Yo asentí y él continuó—: Había dos viejas solteras, las señoritas Capper. Una de ellas había tenido un gran fracaso sentimental, y la otra jamás tuvo la oportunidad de enamorarse. Eran unas mujeres amargadas y contrarias a todos los hombres. Vivían con relativa comodidad, gracias a la granja que les había dejado su padre, y que ellas mismas dirigían. No permitían que ningún hombre se acercara por el lugar. Se las arreglaban con una sirvienta o dos. Sentían una gran aversión por los miembros del sexo opuesto.

—Porque una había tenido un fracaso sentimental —puntualizó Emily.

—Y la otra jamás tuvo la oportunidad de enamorarse —añadí.

—Shhh— me amonestó Nanny—. Deje continuar al señor Dolland.

—Formaban una pareja muy singular. Solían salir montadas en viejas yeguas grises y se vestían con sombreros altos y ropas viejas que les hacían parecer un par de brujas. Todo el mundo las conocía como las Locas Capper.

Me eché a reír, pero Nanny volvió a mirarme con expresión de reprobación. Nunca se debía interrumpir al señor Dolland cuando estaba contando una historia.

—No es que hicieran nada realmente perverso, pero les gustaba hacer daño de vez en cuando. Al lugar solían acudir los chicos para hacer volar sus cometas. Una de las señoritas Capper llevaba siempre unas tijeras consigo. Perseguía a los chicos de las cometas y les cortaba el hilo, de modo que los pobres se quedaban allí, con el hilo entre las manos..., viendo cómo las cometas se alejaban impulsadas por el viento.

—Oh, pobres muchachos. ¡Qué desfachatez! —dijo Felicity.

—Cerca de allí había una pequeña corriente donde los chicos solían bañarse. Durante un cálido día de verano no había nada que les gustara más que darse un buen chapuzón. Para ello, dejaban la ropa detrás de un arbusto. La otra señorita Capper los vigilaba a escondidas. Después, se acercaba a gatas hasta el arbusto y les quitaba la ropa.

—¡Qué vieja cretina! —dijo Dot.

—Decía que los chicos traspasaban los límites de su propiedad y que debían ser castigados por ello.

—¿No habría sido suficiente con una pequeña advertencia? —preguntó Felicity.

—No era esa la forma de actuar de las señoritas Capper. Se murmuraban muchas cosas sobre ellas. Me habría gustado vivir en aquella época, aunque solo hubiera sido para conocerlas.

—Usted nunca habría permitido que le cortaran el hilo de su cometa, señor Dolland —dije.

—Al parecer, aquellas dos mujeres eran bastante testarudas. Y, además, estaban los cuarenta pasos, claro.

Todas nos removimos en los asientos, disponiéndonos a escuchar la historia de los cuarenta pasos.

—¿Es una historia de fantasmas? —pregunté con avidez.

—Bueno, algo así.

—Quizá sería mejor escucharla por la mañana —intervino Nanny, mirándome—. La señorita se excita un poco cuando escucha historias de fantasmas por la noche. No quiero que se pase media noche despierta e imaginando que oye cosas raras.

—Oh, señor Dolland —supliqué—, cuéntela ahora. No podría esperar. Quiero escuchar la historia de los cuarenta pasos.

—No le pasará nada —intervino Felicity mirándome, sonriente, ya que deseaba escuchar la historia tanto como yo.

Al ver que ya había despertado nuestra curiosidad, el señor Dolland comprendió que no le quedaba más remedio que continuar. Nanny pareció sentirse algo incómoda. A ella, Felicity no le gustaba tanto como a todos nosotros. Creo que eso se debía al afecto que yo sentía por mi institutriz, y al temor de perder el que yo sentía por ella. Pero no habría tenido que preocuparse por eso. Era capaz de quererlas a las dos.

El señor Dolland se aclaró la garganta y puso la expresión que debía de poner cuando estaba esperando entre bambalinas, antes de salir a escena para representar su papel. Empezó con tono dramático:

—Había dos hermanos. Todo esto ocurrió hace ya mucho tiempo, durante el reinado del rey Carlos. El caso es que, al morir el rey, el duque de Monmouth creyó que sería mejor rey que Jacobo, el hermano de Carlos, y se entabló una batalla entre ellos. Uno de los hermanos siguió al duque de Monmouth y el otro a Jacobo, de modo que se convirtieron en enemigos que luchaban en bandos opuestos. Pero lo más importante para ellos era que ambos admiraban a una joven dama. En efecto, amaban a la misma mujer y las cosas llegaron a tal punto que estaban dispuestos a luchar entre sí, porque esa dama era conocida como la Bella de Bloomsbury y se sentía muy pagada de sí misma, como suele suceder con esa clase de jóvenes. Se sentía orgullosa por el hecho de que ambos hermanos estuvieran dispuestos a luchar por ella. Iban a enfrentarse con espadas, que era la manera en que solían resolverse estas cosas en aquellos tiempos. Se trataba de lo que ellos llamaban un duelo. Cerca de la granja de las señoritas Capper había un terreno baldío que siempre había gozado de mala reputación. Por aquellos parajes se escondían los bandoleros y nadie con sentido común se atrevía a atravesarlo de noche. Parecía un buen lugar para celebrar un duelo.

El señor Dolland tomó el gran cuchillo de cocina que había sobre la mesa y lo blandió con habilidad, retrocediendo y avanzando, como si estuviera luchando con un enemigo invisible. Sostenía el cuchillo con destreza y actuaba con tal realismo que yo casi podía ver a los dos hermanos luchando entre sí. De pronto, se detuvo, y señalando hacia el horno de la cocina, dijo con tono melodramático:

—Y allí, al borde de la cuesta, disfrutando de la situación, viendo cómo los hermanos se preparaban para matarse entre sí por ella, estaba la causa del problema.

El horno de la cocina se transformó en la cuesta de una colina. Pude ver a la joven, muy parecida a Felicity, aunque Felicity era demasiado buena y amable para

desear que nadie muriera por ella. Me imaginaba vividamente toda la escena, y siempre sucedía lo mismo cuando el señor Dolland ofrecía una de sus actuaciones.

El señor Dolland se lanzó hacia delante, lanzando una estocada mortal, y dijo con voz profunda:

—Y al tiempo que la espada de uno alcanzaba el cuello del otro, seccionándole una arteria, la punta de la espada del otro se clavaba en el corazón de su adversario. Y así fue como ambos hermanos murieron en Long Fields, como se llamaba entonces aquel paraje, aunque más tarde se le cambió el nombre por el de Southampton Fields.

—¡Escalofriante! —Exclamó la señora Harlow—. Hay que ver las cosas que es capaz de hacer la gente por amor.

—¿Cuál de ellos se le apareció a ella? —pregunté.

—Usted y sus fantasmas —intervino Nanny con desaprobación—. Para usted siempre tiene que haber un fantasma.

—Seguid escuchando —pidió el señor Dolland—. Mientras se atacaban, avanzando y retrocediendo —dijo, y representó una vez más la lucha a espada para ilustrar la acción—, dieron cuarenta pasos sobre aquel terreno manchado de sangre, y se dice que allí donde pisaron los dos hermanos no volvió a crecer jamás la hierba. La gente solía acudir para ver el lugar. Según mi abuela, los pasos se distinguían con toda claridad, y la tierra aparecía enrojecida, como si estuviera manchada de sangre. Después del oscurecer, nadie pasaba por allí.

—Tampoco pasaban antes —le recordé.

—Pero a partir de entonces ni siquiera los bandoleros se atrevieron a pasar.

—¿Vieron alguna cosa? —preguntó Dot.

—No. Solo se experimentaba esa extraña sensación de que allí había algo no del todo natural. La gente decía que, después de llover, cuando la tierra estaba húmeda, todavía se podían distinguir los pasos, y que estos aparecían manchados de rojo. Se plantaron cosas en el lugar, pero nada crecía. Las huellas, en cambio, permanecieron.

—¿Y qué le sucedió a la joven por la que lucharon los hermanos? —preguntó Felicity.

—Desapareció de la historia.

—Creí que ellos se le habían aparecido —dije.

—No deberían haber sido tan tontos —comentó Nanny—. No tengo ninguna paciencia con los tontos. Nunca la he tenido y nunca la tendré.

—Es muy triste que ambos tuvieran que morir —comenté—. Habría sido mucho mejor que uno quedara con vida para sentir remordimiento... De todos modos, aquella joven no valía tantos problemas.

—Tienes que aceptar las cosas tal y como son —me dijo Felicity—. No se puede cambiar la vida para tener un final feliz.

—Sobre el suceso se llegó a escribir una obra de teatro —prosiguió el señor Dolland—. Se tituló *El campo de los cuarenta pasos*.

—¿Actuó usted en ella, señor Dolland? —preguntó Dot.

—No. Eso ocurrió bastante antes de que yo naciera. Sin embargo, oí hablar de ella y me interesé por la historia de los dos hermanos. La escribió alguien llamado Mayhew, ayudado por su hermano..., lo que no deja de ser un detalle bonito: unos

hermanos escribiendo sobre otros hermanos, por así decirlo. La representaron en el teatro de la calle Tottenham, y se mantuvo en cartel durante algún tiempo.

—Es curioso todo lo que ha sucedido por aquí —dijo Emily.

—Bueno, lo cierto es que nunca sabemos lo que puede sucedemos —comentó Felicity con expresión seria.

Y así transcurrió el tiempo, con las semanas convirtiéndose en meses, y los meses en años. Fueron días felices e imperturbables en los que casi nada interrumpía nuestra serenidad. Yo ya estaba a punto de cumplir los doce años. Supongo que por aquel entonces Felicity debía de tener unos veinticuatro años. Al señor Dolland empezaban a salirle canas en las sienes y todas opinamos que eso le hacía parecer muy distinguido y que añadía cierta *grandeur* a sus actuaciones. Nanny se quejaba cada vez más de su reuma, y Dot se marchó para casarse. La echamos de menos, pero Meg ocupó su lugar, y Emily el de Meg y no fue necesario contratar a nadie más. Con el tiempo, Dot dio a luz un niño precioso y regordete que nos presentó a todos con orgullo.

En aquellos tiempos hubo muchos momentos felices; pero tendría que haberme dado cuenta de que no durarían para siempre.

Yo empezaba a abandonar la niñez, y Felicity ya se había convertido en una hermosa joven.

Los cambios se produjeron del modo más insidioso.

Hubo un inusual acontecimiento en el que Felicity fue invitada a participar en una cena de gala dada por mis padres. Según me explicó, eso se debió a que necesitaban una mujer para equilibrar las parejas y ella era una invitada adecuada, siendo la sobrina del profesor Wills, aunque solo fuera la institutriz. Felicity no contempló la ocasión con mucho entusiasmo. Recuerdo el vestido de noche que se puso. Era de encaje negro y le quedaba muy bien, pero permaneció colgado en su guardarropa, como un deprimente recordatorio de las cenas de gala, que eran las únicas ocasiones en que se lo ponía. Felicity siempre se sentía aliviada cuando mis padres se marchaban, ya que entonces no tenía que temer ninguna invitación a cenar. Nunca estaba segura de cuándo la obligarían a asistir, ya que invitarla siempre era una decisión de última hora. Según decía ella misma, era una invitada ocasional de lo más reacia.

A medida que crecí, fui viendo un poco más a menudo a mis padres. A veces tomaba el té con ellos. Creo que ellos se sentían mucho más azorados en mi presencia que yo ante la suya. No obstante, nunca se mostraron descorteses conmigo. Solían hacerme muchas preguntas sobre lo que estaba aprendiendo y como tenía cierta capacidad para recordar datos y me gustaba la literatura, en tales ocasiones salía bastante bien del paso, de modo que, aun cuando ellos no se sintieran especialmente orgullosos de mis progresos, tampoco se mostraban disgustados por lo que pudieran percibir.

Y entonces surgieron las primeras señales del cambio, aunque en aquellos momentos fui incapaz de reconocerlas.

Organizaron una cena y le pidieron a Felicity que asistiera.

—Mi vestido empieza a tener ese aspecto ajado y polvoriento que adquiere el negro con el tiempo —me dijo.

—Estás muy guapa con él, Felicity —le aseguré.

—Me siento tan... marginada. Todo el mundo sabe que solo soy la institutriz a la que se invita para rellenar un hueco.

—Pero tú eres mucho más bonita que cualquiera de ellas, y también mucho más interesante.

Mi observación la hizo echarse a reír.

—Todos esos estirados y viejos profesores creen que no soy más que una frívola idiota con la cabeza vacía.

—Ellos son los que tienen la cabeza vacía —le aseguré.

Estaba con ella cuando se vistió para la cena. Se había peinado el cabello a lo alto, y su nerviosismo le daba una nota de color rosa a sus mejillas.

—Tienes un aspecto maravilloso —le dije—. Todas las mujeres te mirarán con envidia.

Eso la hizo reír y a mí me encantó haber podido alegrarla un poco más.

Y entonces se me ocurrió por primera vez un extraño pensamiento: dentro de poco yo misma tendría que asistir a aquellas aburridas cenas.

Aquella noche, Felicity acudió a mi dormitorio a las once de la noche. Nunca la había visto tan hermosa. Me senté en la cama, asombrada. Ella sonreía.

—Oh, Rosetta, tengo que decírtelo.

—Shhh... Nanny Pollock te oirá y luego dirá que no deberías perturbar mi sueño.

Nos echamos a reír en voz baja y ella se sentó en el borde de mi cama.

—Ha sido todo... tan divertido.

—¿El qué? —casi grité—. No me digas que cenar con los viejos profesores ha sido... divertido.

—Bueno, no eran tan viejos. Había uno...

—¿Sí?

—Uno bastante interesante. Después de cenar...

—Ya sé —la interrumpí—. Las damas dejan solos a los caballeros para que discutan de cosas que son demasiado pesadas o poco delicadas para los oídos femeninos. —Volvimos a reír—. Cuéntame algo más de ese profesor no tan viejo —le pedí—. No creí que hubiera profesores así. Tenía la impresión de que todos ellos nacían ya viejos.

—El aprender puede resultar fácil para algunos de ellos.

Me di cuenta entonces de que Felicity estaba envuelta en una especie de resplandor.

—Nunca creí que pudieras disfrutar de una de esas cenas —le dije—. Eso me da esperanzas. Se me había ocurrido pensar que algún día yo también tendré que asistir a ellas.

—Todo depende de quién asista —dijo, sonriendo para sí misma.

—Todavía no me has hablado de ese hombre joven.

—Bueno, creo que debe de tener unos treinta años.

—Oh, entonces no es tan joven.

—Sí lo es, para ser un profesor.

—¿Cuál es su especialidad?

—Egipto.

—Parece algo muy popular en esta casa.

—Tus padres suelen moverse en ese círculo.

—¿Le has dicho que a mí me impusieron el mismo nombre que la piedra de Rosetta?

—Pues sí, sí que se lo comenté.

—Espero que haya quedado debidamente impresionado.

Continuamos nuestra frívola conversación y el simple hecho de que Felicity hubiera disfrutado de una de aquellas cenas no me indujo a pensar que aquello pudiera ser el principio del cambio.

Al día siguiente conocí a James Grafton. Felicity y yo salimos a dar nuestro paseo matinal, y como conocíamos la historia de los cuarenta pasos, fuimos en esa dirección. Allí había, en efecto, una parcela de terreno en la que apenas crecía la hierba, y el aspecto que ofrecía el paraje era lo bastante desolado para confirmar la creencia en tal historia.

Cerca de allí había un banco en el que me gustaba sentarme. La reconstrucción de la historia hecha por el señor Dolland había sido tan vivida que me imaginaba con claridad a los dos hermanos enzarzados en aquella lucha mortal.

Casi sin pensarlo, inducidas por la costumbre, emprendimos ese camino y nos sentamos en el banco. Apenas llevábamos un rato allí cuando se nos acercó un hombre. Se quitó el sombrero y se inclinó ante nosotras, sonriente, mientras Felicity se ruborizaba ostensiblemente.

—¡Vaya! —exclamó él—. Pero si es la señorita Wills.

Ella se echó a reír.

—Oh, buenos días, señor Grafton. Le presento a la señorita Rosetta Cranleigh.

—¿Cómo está usted? —dijo él, inclinándose ante mí—. ¿Puedo sentarme un instante?

—Por favor —contestó Felicity.

Instintivamente, me di cuenta de que aquel joven era el mismo a quien Felicity había conocido la noche anterior, durante la cena, y de que, en realidad, aquel encuentro no era casual sino que había sido previamente acordado entre ambos.

Se habló vagamente del tiempo.

—Este parece un sitio que a usted le gusta mucho —me dijo el hombre, y yo tuve la sensación de que hacía un esfuerzo por incluirme en la conversación.

—Venimos por aquí muy a menudo —le dije.

—La historia de los cuarenta pasos nos intrigó —añadió Felicity.

—¿La conoce usted? —pregunté. No, no la conocía, de modo que se la conté. — Cada vez que me siento aquí me imagino toda la escena —dije.

—Rosetta es muy romántica —comentó Felicity.

—La mayoría de nosotros lo somos en el fondo —dijo él, sonriéndome

cálidamente.

Nos dijo que se dirigía hacia el museo. Se habían descubierto unos papiros y el profesor Cranleigh le iba a permitir echarles un vistazo.

—Resulta muy excitante descubrir algo capaz de aumentar nuestros conocimientos —dijo él—. El profesor Cranleigh nos habló anoche de algunos maravillosos descubrimientos que se han hecho recientemente.

Siguió hablando sobre el mismo tema y Felicity le escuchaba encantada.

De pronto, me di cuenta de que estaba sucediendo algo trascendental. Felicity se alejaba de mí. Parecía ridículo pensar algo así. Ella seguía siendo tan dulce y cariñosa como siempre, pero parecía algo ausente, como cuando me hablaba al mismo tiempo que pensaba en alguna otra cosa.

A pesar de todo, durante aquel primer encuentro con el atractivo profesor Grafton, no se me ocurrió pensar que Felicity pudiera estar enamorada.

Después de aquel día nos lo encontramos en varias ocasiones y me di cuenta de que ninguno de aquellos encuentros se producía por casualidad. Cenó en casa en una o dos ocasiones, en las que Felicity siempre fue invitada. Y entonces se me ocurrió pensar que mis padres estaban al tanto del secreto.

Felicity se compró un nuevo vestido de noche. Fuimos juntas a la tienda. No fue lo que a ella le habría gustado comprar, pero sí todo lo que pudo permitirse, y como desde que conociera a James Grafton parecía aún más guapa, su aspecto con aquel vestido era realmente maravilloso. Era de color azul, el mismo color de sus ojos, y ella estaba radiante.

El señor Dolland y la señora Harlow no tardaron en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Es lo mejor que le ha podido suceder —comentó la señora Harlow—. Las institutrices apenas disponen de oportunidades. Se comprometen mucho con su tarea... y cuando ya no se las necesita, se las despide. Después, encuentran un trabajo nuevo y luego ya son demasiado viejas..., y ¿qué es de ellas a partir de entonces? Felicity es una joven muy bonita y ya va siendo hora de que un hombre cuide de ella.

Debo admitir que me sentí consternada. Si Felicity se casaba con el señor Grafton ya no podría ocuparse de mí. Intenté imaginarme la vida sin ella.

Felicity se interesaba cada vez más por el antiguo Egipto, y en aquella época hicimos muchas visitas al Museo Británico. Yo ya no sentía el temor reverencial que había experimentado durante mi niñez, y ahora, fascinada y estimulada por Felicity, casi me sentía tan embelesada como ella por la sala egipcia.

Sobre todo me atrajeron las momias..., y de un modo bastante mórbido. Tenía la sensación de que volverían a la vida si me quedara a solas en aquella sala.

A veces, James Grafton se encontraba con nosotras en la sala. Yo deambulaba de un lado a otro, y los dejaba solos, cuchicheando, mientras me dedicaba a estudiar los semblantes de Osiris y de Isis, como debieron de hacer quienes los consideraron como seres divinos tantos siglos atrás.

Un día, mi padre apareció en la sala y nos vio. Hubo un momento de desconcierto por su parte, hasta que comprendió que su propia hija estaba allí, en aquel sanctasanctórum.

Cuando mi padre se me acercó, yo estaba de pie ante el sarcófago del rey Menkara momificado, uno de los más antiguos de la colección. Los ojos de mi padre se iluminaron con una repentina expresión placentera.

—Hola, Rosetta, me alegro mucho de verte aquí.

—He venido con la señorita Wills —dije.

Se volvió lentamente hacia donde estaban Felicity y James.

—Ya veo... —En su rostro apareció una expresión que en cualquier otro habría sido maliciosa, pero que en él solo fue de un indulgente reconocimiento—. Por lo que veo, te gusta ver las momias.

—Sí —contesté—. Es increíble... que los restos de estas personas se encuentren aquí después de tanto tiempo.

—Me complace mucho ver tu interés. Ven conmigo. —Le seguí hacia donde estaban Felicity y James—. Me llevo a Rosetta a mi despacho —les dijo a ambos—. ¿Les parece bien reunirse con nosotros..., digamos dentro de una hora?

—Oh, gracias, señor —dijo James.

Me di cuenta de lo que estaba haciendo mi padre: concediéndoles un poco de tiempo para que estuvieran a solas. Me divirtió la idea de pensar que mi padre jugara a representar el papel de Cupido.

Me llevó a su despacho, en el que yo nunca había estado antes. Estaba lleno de libros, desde el suelo hasta el techo, y había algunas vitrinas que contenían toda clase de objetos, como piedras cubiertas de jeroglíficos e imágenes esculpidas.

—Es la primera vez que ves dónde trabajo —me dijo.

—Sí, padre.

—Me complace mucho que muestres cierto interés. Aquí hacemos un trabajo maravilloso. Si hubieras nacido varón me habría gustado que siguieras mis pasos.

Tuve la sensación de que debía pedir disculpas y defender mi sexo.

—Como mi madre... —empecé a decir.

—Ella es una mujer excepcional.

Sí, claro. Difícilmente podía yo aspirar a tanto, puesto que no era tan excepcional. Había pasado una infancia feliz en compañía de la gente que acudía a la cocina; personas que se habían ocupado de mí, me habían querido y me habían hecho sentirme contenta con lo que me había tocado.

Cuando empezó a aumentar la desazón que siempre parecía acompañar todos nuestros encuentros, mi padre se enfrascó en una larga explicación sobre los procesos de embalsamamiento, que yo escuché embelesada, sin dejar de decirme a mí misma, maravillada, que me encontraba en el Museo Británico, hablando con mi padre.

Felicity y James Grafton se nos unieron después. Aquella fue una mañana insólita, pero para entonces yo ya había comprendido que se estaba produciendo el cambio.

Poco después Felicity se comprometió con James Grafton. Me sentí excitada y, al mismo tiempo, inquieta. Me pareció bien ver a Felicity tan feliz, y saber algo que jamás se me habría ocurrido pensar, de no haber sido por la observación de la señora

Harlow, manifestada con tanta seguridad.

Pero, evidentemente, eso me planteaba la cuestión de qué iba a ser de mí.

Mi padres se interesaban cada vez más por mí, lo que, en sí mismo, resultaba algo desconcertante. Mi padre me había descubierto mostrando interés por las piezas exhibidas en la sala egipcia del Museo Británico. Yo ya no era la niña ignorante que ellos me habían considerado hasta entonces. Tenía un cerebro que había permanecido dormido durante todos aquellos años, pero cabía la posibilidad de madurar hasta convertirme en alguien igual que ellos.

Felicity se iba a casar en marzo del año siguiente. Yo ya había cumplido los trece años. Ella se quedaría con nosotros hasta una semana antes de la boda. Después, se trasladaría a casa del profesor Wills, responsable de su admisión en nuestro hogar, de la cual saldría para contraer matrimonio; a su debido tiempo, Felicity y James instalarían su hogar en Oxford, a cuya universidad pertenecía él. La gran cuestión que se planteaba era: ¿qué dirección debía tomar mi educación?

Tras haber recibido una suma de dinero de su tío, Felicity pudo dedicarse a completar su guardarropa, una tarea en la que yo participé llena de entusiasmo, aunque no podía escapar de la gran pregunta que se me planteaba sobre mi futuro, ni de la perspectiva de afrontar el vacío que inevitablemente dejaría su partida.

Traté de imaginarme cómo sería la vida sin ella. Felicity se había convertido en parte de mi propia existencia, y estaba más cerca de mí que nadie. ¿Contratarían mis padres a una nueva institutriz de tipo algo más tradicional..., según dejaban entrever las indirectas de la señora Harlow y los demás? Solo existía una Felicity en el mundo, y yo había tenido mucha suerte al poder contar con ella durante todos aquellos años. Pero no es un gran consuelo recordar un pasado que está a punto de desaparecer, haciendo que el futuro parezca incierto.

Unas tres semanas antes de la fecha fijada para la boda, mis padres enviaron a buscarme.

Desde el encuentro con mi padre en el Museo Británico se había producido un cambio muy sutil en nuestra relación. Empezaron a interesarse más por mí y, a pesar de que siempre me había dicho que me sentía más feliz sin contar con su atención, lo cierto es que la nueva situación me agradó más.

—Rosetta —dijo mi madre—, tu padre y yo hemos decidido que ya va siendo hora de que vayas a la escuela.

No se trataba de una noticia inesperada, claro está. Felicity ya me había hablado al respecto.

—Es una posibilidad bastante clara —siguió diciendo mi madre—, y, desde luego, es lo mejor. Las institutrices están muy bien, pero en la escuela conocerás a niñas de tu edad y disfrutarás con ello.

Yo no creía poder disfrutar de nada tanto como de estar con Felicity, y así se lo dije a mi madre. Ella me abrazó con fuerza y dijo:

—Tendrás vacaciones y podrás venir a pasarlas con nosotros.

—Gresham es una escuela muy buena —intervino mi padre—. Nos ha sido muy recomendada. Creo que será lo más adecuado.

—Irás allí en septiembre —prosiguió mi madre—. Es cuando empieza el curso.

Habrá que hacer ciertos preparativos. Y luego está Nanny Pollock, claro.

 Nanny Pollock! De modo que también iba a perderla a ella. Sent  una gran tristeza. Record  sus cariñosos brazos..., las palabras de ternura que me había susurrado, el consuelo que había recibido de ella.

—Le daremos muy buenas referencias —dijo mi madre.

—Ha sido excelente —añadió mi padre.

Cambios..., todo eran cambios. Y la única que iba a experimentar un cambio para ser más feliz era Felicity. El señor Dolland siempre decía que todo tenía su lado bueno.

Pero  c mo odiaba yo aquellos cambios!

Las semanas transcurrieron con excesiva rapidez. Cada mañana me despertaba con una sensación de angustia en la boca del estómago. El futuro se cernía tenebroso ante mí, desconocido y, por tanto, alarmante. Había vivido durante demasiado tiempo envuelta en una serenidad imperturbada.

Nanny Pollock se sentía muy triste.

—Siempre sucede lo mismo —dijo—. Los niños pequeños crecen. Una cuida de ellos como si fueran sus propios hijos... y un buen día llega el momento de despedirse. Y entonces, ya no son como tus hijos.

—Oh, Nanny, Nanny. Jamás te olvidar .

—Ni yo a ti, cariño. Yo he tenido a mis pequeños animales de compa a, pero siendo los de ahí arriba como son, siempre te considerará como una hija pequeña..., si sabes a qué me refiero.

—Lo sé, Nanny.

—No es que ellos hayan sido crueles..., ni duros... No, nada de eso. Solo que han estado como ausentes..., tan enfrascados en todos esos libros y en lo que significan, y en todos esos reyes y reinas metidos en sus sarcófagos durante tanto tiempo. Es algo insano y antinatural y un trabajo por el que no siento mucho aprecio. Los niños pequeños son mucho más importantes que un montón de reyes y reinas muertos, y que todos esos extraños signos que utilizaban porque no sabían escribir como Dios manda.

Me ech  a reír y a ella le gustó ver mi sonrisa.

—Estar  bien —me dijo—. Tengo una prima en Somerset. Tiene gallinas. Siempre me ha gustado comerme un huevo para desayunar... recién puesto. Es posible que vaya a vivir con ella. No tengo ganas de hacerme cargo de otra niña..., aunque podría hacerlo. De todos modos, en ese sentido no hay de qué preocuparse. Tu madre dice que no hay ninguna prisa. Si quiero, puedo quedarme aquí hasta que encuentre algo que me guste.

Finalmente, Felicity se march  a casa del profesor Wills y se casó en Oxford. Yo asistí a la boda, en compa a de mis padres. Bebimos a la salud de los recién casados y contempl  a Felicity con su vestido rosa que yo misma había ayudado a elegir. Tenía un aspecto radiante, y me dije que debía sentirme contenta por ella, aunque me sintiera apenada por mí.

Cuando regresé a Londres, todos quisieron tener noticias sobre la boda.

—Debe de haber tenido un novio encantador —dijo la señora Harlow—. Espero que sea feliz. Que Dios la bendiga. Merece serlo..., aunque nunca se sabe con los profesores. Son personas muy extrañas.

—Como las institutrices..., según me dijiste —le recordé.

—Bueno, reconozco que ella no ha sido una verdadera institutriz, sino... ella misma.

El señor Dolland dijo que todos debíamos brindar por la felicidad y la salud de la feliz pareja. Y así lo hicimos.

La conversación fue más bien triste. Nanny Pollock ya casi había decidido irse a pasar una temporada a casa de su prima, en Somerset. Había bebido demasiado vino y estaba a punto de echarse a llorar.

—Las institutrices..., las niñeras..., ese es su destino. Deberían saber lo que les espera. No deberían sentir tanto cariño por los hijos de los demás.

—Pero no nos vamos a perder la una a la otra, Nanny —le recordé.

—No. Porque tú vendrás a verme, ¿verdad?

—Pues claro que sí.

—Pero ya no será lo mismo. Te habrás convertido en una señorita. En esa escuela... harán algo por ti.

—Se supone que allí la educan a una.

—Pero no será lo mismo —insistió Nanny Pollock moviendo la cabeza con expresión triste.

—Sé muy bien cómo se siente Nanny —intervino el señor Dolland—. Felicity se ha marchado. Y eso no ha sido más que el principio. Así sucede siempre con los cambios. Un poco aquí..., otro poco allá..., y de pronto, antes de que te hayas dado cuenta de lo que pasa, todo ha cambiado.

—Y en un abrir y cerrar de ojos te encuentras viviendo de un modo diferente —añadió la señora Harlow.

—Bueno, uno no puede quedarse quieto en la vida —filosofó el señor Dolland.

—Yo no quiero el cambio —casi grité—. Quiero que todos nosotros sigamos juntos como hasta ahora. No quería que Felicity se casara. Quería que se quedara conmigo, como siempre.

El señor Dolland se aclaró la garganta y citó con solemnidad:

*El dedo móvil escribe y, habiendo escrito,
continúa; ni toda tu piedad ni albedrío
lograrán suprimir ni media línea,
ni todas tus lágrimas borrarán una sola palabra.*

El señor Dolland se reclinó en la silla, cruzó los brazos ante su pecho y se produjo un profundo silencio. Con su habitual énfasis dramático acababa de indicar que así era la vida y que todos debíamos aceptar lo que no podíamos alterar.



Tormenta en el mar

A su debido momento, fui a la escuela. Durante un tiempo me sentí desgraciada, pero no tardé en adaptarme, y la vida en comunidad terminó por gustarme. Siempre me había interesado por los demás, y al cabo de poco tiempo ya tenía amigos y participaba en las actividades de la escuela.

Felicity había hecho un buen trabajo en cuanto a mi educación, y yo no fui una alumna ni destacadamente brillante ni torpe. Fui como muchas otras, y quizá sea eso lo mejor, puesto que hace la vida más fácil. Nadie envidió mi erudición, pero tampoco me despreciaron por mi falta de ella. Así pues, no tardé en mezclarme con los demás y convertirme en una alumna de tipo medio.

Los días transcurrieron con rapidez. Las alegrías, los dramas y los triunfos escolares pasaron a formar parte de mi vida, aunque a menudo pensaba con nostalgia en la cocina de mi casa, en los buenos ratos de la comida y, sobre todo, en las actuaciones del señor Dolland. Asistimos a clases de teatro, y organizamos representaciones teatrales en el gimnasio, para entretenimiento de toda la escuela. Yo representé el papel de Bassanio en *El mercader de Venecia*, y obtuve un modesto éxito, debido, sin duda, a la técnica aprendida del señor Dolland.

Después, llegaron las vacaciones. Nanny Pollock había decidido marcharse a Somerset y yo pasé una semana con ella y su prima; se había reconciliado con la vida en el campo y, aproximadamente un año después de abandonar Bloomsbury, la muerte de una parienta lejana le permitió recuperar cierta felicidad.

La difunta era una mujer joven que dejó un niño de dos años. La familia quedó consternada al no saber quién podría hacerse cargo del huérfano. Para Nanny Pollock fue como una oportunidad caída del cielo. Un niño a quien cuidar, alguien a quien ella podría considerar como su verdadero hijo, y de quien nadie podría apartarla como había sucedido conmigo.

Cuando regresé a casa se esperaba que cenara con mis padres y, aunque mi relación con ellos había cambiado considerablemente, anhelaba participar en las viejas cenas de la cocina. No obstante, pude regresar a las antiguas costumbres cada vez que mis padres se marchaban de Londres en sus viajes de investigación o para dar conferencias.

Echábamos de menos a Felicity y a Nanny Pollock, pero el señor Dolland estaba más inspirado que nunca, y los comentarios de la señora Harlow seguían conservando la chispa de los viejos tiempos.

Además, también estaba Felicity. Ella se sentía encantada cada vez que teníamos oportunidad de vernos.

Era muy feliz y tenía un hijo llamado James. Se había dedicado por completo a la tarea de ser una buena esposa y madre. Y también era muy buena anfitriona. Según me dijo, era necesario que la esposa de un hombre de la posición de James

tuviera invitados de vez en cuando, de modo que eso fue algo que tuvo que aprender. Como yo empezaba a ser mayor, se me permitió asistir a las cenas que ella organizaba, y debo confesar que disfruté con ello.

Fue durante una de aquellas veladas donde conocí a Lucas Lorimer. Felicity me habló de él antes de presentármelo.

—A propósito —me dijo—, Lucas Lorimer viene esta noche. Te gustará. Agradece a la mayoría de la gente. Es encantador, y tiene muy buen aspecto..., es agraciado, y sabe cómo lograr que las personas tengan la sensación de ser enormemente interesantes. Ya sabes a lo que me refiero. No te decepcionará. Es así con todo el mundo. Es la persona más inquieta que puedas imaginar. Estuvo una temporada en el ejército, pero se licenció. Es el hermano pequeño. Su hermano mayor, Carleton, acaba de heredar la propiedad familiar en Cornualles, y creo que es bastante considerable. El padre murió hace pocos meses y Lucas se encuentra en una especie de callejón sin salida. Hay muchas cosas que hacer en la propiedad, pero imagino que él es la clase de persona a quien le gustaría estar al mando. En estos momentos se siente algo inseguro con respecto a lo que quiere hacer. Hace unos años descubrió una especie de reliquia en los jardines de Trecorn Manor, que es como se llama la propiedad de Cornualles. Se ha producido cierta expectativa acerca de ese descubrimiento. Se trataba de algo egipcio y se ha especulado bastante sobre cómo fue a parar allí. Tu padre está relacionado con el asunto.

—Espero que estuviera cubierta de jeroglíficos.

—Supongo que fue así como reconocieron su origen. Lucas escribió un libro sobre el tema. Descubrió que se trataba de una medalla concedida por alguna clase de servicio militar. Eso le llevó a investigar las costumbres del antiguo Egipto, y descubrió algunas de las que no se sabía nada. El libro interesó a varias personas como tu padre. Bueno, de todos modos, lo conocerás y juzgarás por ti misma.

Lo conocí aquella misma noche. Era alto, delgado y ágil; una cobraba inmediata conciencia de su vitalidad.

—Te presento a Rosetta Cranleigh —dijo Felicity.

—Encantado —me dijo, estrechándome ambas manos y mirándome fijamente.

Felicity tenía razón. Aquel hombre hacía que una se sintiera importante, como si las palabras no fueran una simple formalidad. Creí en él desde un principio, a pesar de las advertencias de Felicity.

—Es la hija del profesor Cranleigh —siguió diciendo—, y antigua alumna mía. En realidad, es la única alumna que he tenido.

—¡Qué excitante! —exclamó él—. Conozco a su padre... Es un hombre muy brillante.

Felicity nos dejó hablando a solas. Lucas llevó el peso de la conversación. Me contó lo mucho que le había ayudado mi padre, y lo agradecido que se sentía por haber podido contar con el tiempo de un caballero tan importante.

Después, quiso saber cosas sobre mí. Le confesé que todavía iba a la escuela, que estaba de vacaciones y que aún me quedaban dos o tres cursos más.

—¿Y qué hará usted después?

Me encogí de hombros.

—Me atrevería a decir que no tardará en casarse —dijo, dando a entender que los hombres se pelearían por conquistarme.

—Una nunca sabe lo que puede sucedemos.

—Tiene razón —asintió como si mi trivial observación me convirtiera en sabia.

Felicity estaba en lo cierto. Él hacía todo lo posible por agradar. Era algo muy evidente, sobre todo cuando una había sido previamente advertida, pero debo admitir que resultaba agradable.

Durante la cena me encontré sentada a su lado. Era muy fácil conversar con él. Me habló del descubrimiento hecho en su jardín, y de cómo eso había cambiado su vida, hasta cierto punto.

—Mi familia siempre ha estado relacionada con el ejército, y yo he roto la tradición. Mi tío fue coronel de un regimiento, y apenas permaneció en Inglaterra. Se pasó la mayor parte del tiempo sirviendo en uno u otro lugar del Imperio. Descubrí que eso no era vida para mí, de modo que lo dejé.

—Encontrar esa reliquia tuvo que haber sido algo muy excitante.

—Lo fue. Cuando estuve en el ejército pasé algún tiempo en Egipto. Eso hizo que el descubrimiento me resultara especialmente interesante. Lo vi allí, entre la tierra. El suelo estaba húmedo y uno de los jardineros se dedicaba a plantar algo. Estaba todo cubierto de jeroglíficos.

—Necesitaría la piedra de Rosetta.

—¡Oh, no! —Se echó a reír—. No era tan complicado. Su padre lo tradujo.

—Me alegra que fuera así. ¿Sabe que a mí me pusieron el nombre por esa piedra?

—Sí, lo sabía. Me lo dijo Felicity. Debe usted de sentirse muy orgullosa.

—Solía estarlo. La primera vez que visité el museo la contemplé maravillada.

Ambos nos echamos a reír.

—Los nombres son importantes. Jamás se imaginaría usted cuál es mi primer nombre.

—Dígamelo.

—Adriano. Imagínese, soportar toda la vida la carga de ese nombre. La gente no dejaría de preguntarme cómo me sentía llevando el mismo nombre que el emperador romano que ordenó construir la muralla. Adriano Edward Lucas Lorimer. Lo de Adriano me lo pusieron en honor del antiguo emperador. En cuando al Edgard..., bueno, hay muchos Edwards repartidos por el mundo. El Lucas ya es menos utilizado..., de modo que me pusieron Lucas. Pero ¿se da cuenta de la palabra que forman las iniciales de mis nombres? Es bastante extraordinario. Forman la palabra infierno.¹

—Estoy segura de que es lo menos apropiado para usted —dije riendo.

—Ah, pero usted no me conoce aún. ¿Tiene algún otro nombre?

—No, solo Rosetta Cranleigh.

—Sus iniciales son R. C.

—No resultan tan divertidas como las suyas.

¹ En inglés, *hell*: Hadrian Edward Lucas Lorimer. (N. del T.)

—Las tuyas sugieren a alguien muy devoto, mientras que las mías hacen pensar más bien en Satanás. Es importante, ¿no cree? Me refiero a la referencia que hacen a personas situadas en esferas opuestas. Estoy seguro de que eso tiene algo que ver con nuestra incipiente amistad. Va usted a hacerme abandonar mis actitudes demoníacas, y a ser una buena influencia en mi vida. Me gusta pensar que las iniciales de nuestros nombres puedan significar eso.

Me eché a reír y luego permanecimos en silencio durante un rato. Después, dijo:

—Me atrevería a afirmar que está usted interesada por los misterios de Egipto. Debe ser así, siendo la hija de quien es.

—Bueno, de un modo muy superficial. En la escuela no le queda a una mucho tiempo para interesarse por lo que pasa por allí.

—Me gustaría saber qué significan realmente las palabras escritas en la piedra que encontré.

—Creí haber entendido que ya las habían traducido.

—Sí..., en cierto modo. Todas estas cosas son muy crípticas. Los significados se hallan envueltos en palabras no del todo claras.

—¿Por qué la gente tiene que ser a veces tan oscura?

—Para aportar un elemento de misterio, ¿no cree? Eso añade interés. Sucede lo mismo con las personas. Cuando se descubren sutilezas en su carácter, uno se siente más interesado por ellas. —Me sonrió. Sus ojos me estaban diciendo algo que no comprendí—. Terminaré por descubrir que tengo razón —añadió.

—Quiere decir ¿cuando me haga mayor?

—Creo que no le gusta que se haga referencia a su juventud.

—Bueno, supongo que eso implica cierta incapacidad para comprender algunas cosas.

—Uno debe divertirse mientras aún es joven. Los poetas han dicho que la juventud transcurre con rapidez. «Recoge tus capullos mientras puedas.»

Me sonrió de un modo tan amable que casi fue tierno.

Me quedé algo pensativa y creo que Lucas se dio cuenta. Después de la cena, me quedé con las damas y, al cabo de un rato, cuando los hombres se reunieron con nosotras, ya no volví a hablar con él.

Más tarde, Felicity me preguntó si me había gustado.

—Ya vi que te sentías muy a gusto con él —dijo.

—Creo que es la clase de persona con la que cualquiera puede sentirse a gusto..., superficialmente.

—Sí... —dijo tras un instante de duda—, tienes razón.

Más tarde, me pareció importante el hecho de que haber conocido a Adriano Edward Lucas Lorimer fuera lo que recordara con mayor claridad de aquella visita.

Cuando regresé a casa para pasar las vacaciones de Navidad mis padres estaban más animados de lo habitual..., incluso excitados. Lo único que podría haberles hecho sentirse así habría sido algún conocimiento nuevo que acabaran de adquirir. ¿Un nuevo avance en la comprensión de su obra? ¿Una nueva piedra capaz

de sustituir a la de Rosetta?

Pero no, no se trataba de nada de eso. Quisieron hablar conmigo en cuanto llegué.

—Ha sucedido algo bastante interesante —dijo mi madre.

—Y te concierne a ti —añadió mi padre sonriéndome con expresión indulgente.

Los miré, asombrada.

—Déjanos que te lo expliquemos —dijo mi madre—. Hemos sido invitados a una gira muy interesante para dar algunas conferencias. Tendremos que ir a Ciudad del Cabo y, de regreso, pasaremos por Filadelfia y Nueva York.

—¡Oh! En tal caso estaréis fuera durante mucho tiempo.

—Tu madre cree que sería interesante combinar unas vacaciones con el trabajo —dijo mi padre.

—Y tu padre ha estado trabajando mucho últimamente —continuó ella—. Claro que no dejará de hacerlo del todo, ya que seguirá trabajando en su nuevo libro...

—Claro —murmuré.

—Tenemos la intención de marchar en barco a Ciudad del Cabo... Es un largo viaje. Permaneceremos allí unos pocos días, hasta que tu padre dé una conferencia. Mientras tanto, el barco se dirigirá a Durban, pero volveremos a tomarlo cuando regrese a Ciudad del Cabo con rumbo a Filadelfia, donde nos quedaremos a dar otra conferencia. A continuación, viajaremos a Nueva York por tierra, donde tu padre dará la última conferencia. Finalmente, tomaremos otro barco de regreso a casa.

—Parece muy interesante.

Se produjo una ligera pausa. Después de mirar a mi madre, mi padre dijo:

—Hemos decidido que nos acompañes.

Quedé tan asombrada que ni siquiera pude hablar. Al cabo de un rato balbuceé:

—Vosotros..., eh..., ¿lo decís de veras?

—Te hará mucho bien ver un poco de mundo —me confirmó mi padre con suavidad.

—¿Cuándo..., cuándo?—pregunté.

—Iniciaremos el viaje a finales de abril. Habrá que hacer muchos preparativos.

—Pero yo estaré en la escuela.

—De todos modos, terminarás el curso a finales del verano. Creemos que puedes acortarlo. Después de todo para entonces ya casi tendrás dieciocho años. Ya eres una persona bastante madura.

—Esperamos que te guste la idea —dijo mi padre.

—Yo..., estoy tan sorprendida...

Me sonrieron.

—Necesitarás hacer tus preparativos. Podrías consultar con Felicity Wills..., mejor dicho, con la señora Grafton. Desde su matrimonio ha adquirido una gran experiencia mundana.

Ella sabrá lo que puedes necesitar. Quizá dos o tres vestidos de noche para las fiestas..., y algunos... vestidos... adecuados.

—Oh, sí..., sí.

Pero después de haber reflexionado sobre el proyecto ya no estuve tan segura

de sentirme contenta por el viaje. La idea de viajar y conocer lugares nuevos me atraía mucho, desde luego. Pero, por otro lado, tendría que estar en compañía de mis padres y, en consecuencia, rodeada de personas tan pesadas por sus conocimientos académicos que me reducirían, casi naturalmente, al estatus de una joven ignorante.

No obstante, la perspectiva de disponer de vestidos nuevos era muy agradable. Apenas pude esperar para consultar con Felicity.

Le escribí una carta, hablándole del viaje proyectado. Me contestó enseguida. «Qué apasionante. En marzo James tiene que pasar algunos días en el norte. Dispongo de una maravillosa niñera que adora a Jamie, y él a ella. De modo que puedo ir a Londres y pasar unos días contigo. Disfrutaremos de una verdadera orgía de compras.»

A medida que fueron transcurriendo las semanas me sentí tan encantada con la perspectiva del viaje que poco a poco se me olvidaron los inconvenientes con los que me encontraría.

Felicity acudió a Londres tal y como había prometido y se dedicó de lleno a la tarea de encontrarme las ropas adecuadas. Me di cuenta de que me consideraba de un modo diferente, ahora que ya no era una joven escolar.

—Tienes un cabello de lo más impresionante —me aseguró—. Es tu mayor ventaja. Debemos planificar las cosas teniéndolo en cuenta.

—¿Mi cabello?

No se me había ocurrido pensarlo. Era un cabello inusualmente bonito, largo, liso y abundante.

—Es de color trigueño —siguió diciendo Felicity—. Es realmente muy atractivo. Puedes hacer con él toda clase de cosas. Te lo puedes peinar en alto cuando quieras un aspecto más digno, o sujetarlo con una cinta, o hacerte una trenza cuando quieras parecer coqueta. Puedes divertirte mucho arreglándotelo de formas diferentes. En cuanto a los vestidos, nos concentraremos en el color azul para que haga juego con tus ojos.

Mis padres se habían marchado a Oxford, de modo que volvimos a nuestras antiguas costumbres y comíamos en la cocina. Fue como en los viejos tiempos, y le pedimos al señor Dolland que representara sus papeles de Hamlet o Enrique V, o de los personajes de *Las campanas*, en recuerdo de otras épocas.

Echamos de menos a Nanny Pollock, pero le escribí una carta contándole las nuevas. Ella se sentía ahora muy feliz, completamente absorbida por la pequeña Evelyn, que era un pequeño «diablillo», y que le recordaba cómo había sido yo cuando tenía su edad.

Desfilé por la cocina con mis nuevos vestidos, arrancando exclamaciones de sorpresa a Meg y a Emily, y unos pocos comentarios cáusticos de la señora Harlow, que murmuró algo relacionado con las costumbres de los nuevos tiempos.

Fue un período muy feliz, y de vez en cuando se me ocurrió pensar que los preparativos para el viaje podrían ser incluso mucho más agradables que el viaje en sí.

Me despedí apenada de Felicity, que regresó a Oxford. Se acercaba con rapidez el día en que tendríamos que dirigirnos a Tilbury para embarcar en el *Atlantic Star*.

En la cocina no se hablaba de otra cosa que del inminente viaje. Ninguno de ellos había salido del país, ni siquiera el señor Dolland, aunque en cierta ocasión estuvo a punto de ir a Irlanda; pero eso, como señaló la señora Harlow, estaba casi a un tiro de piedra. Yo iba a conocer países realmente extraños, y eso podía ser peligroso.

La señora Harlow comentó que una nunca sabía bien dónde estaba con los extranjeros, y que yo iba a conocer a muchos. Ella, desde luego, no habría deseado hacer ese viaje, aunque le hubieran dado cien libras.

—Bueno, nadie le va a dar cien libras por viajar al extranjero, señora Harlow — comentó Meg—. Así que está usted a salvo.

La señora Harlow miró con aspereza a Meg, quien, según ella, siempre se mostraba demasiado altiva.

No obstante, la permanente conversación sobre el viaje, sus atractivos y sus inconvenientes quedó repentinamente ensombrecida por un asesinato.

La primera noticia que tuvimos al respecto se la oímos gritar a los vendedores de periódicos en las calles: «Horrible asesinato. Un hombre muerto encontrado en una granja abandonada, con la cabeza destrozada de un disparo».

Emily fue a comprar un periódico, y el señor Dolland se sentó ante la mesa, se puso las gafas y nos leyó lo ocurrido.

La noticia del asesinato era lo más importante que publicaba el periódico. Se le conoció con el nombre de asesinato de Bindon Boys, y la prensa trataba el tema de un modo sensacionalista, de forma que la gente que lo leyera se preguntara qué iba a suceder a continuación.

El señor Dolland tenía sus propias teorías, y la señora Harlow reconoció que él tenía tanta idea sobre lo sucedido como la propia policía. Ello se debía a las numerosas obras de teatro que conocía, muchas de las cuales tenían relación con asesinatos.

—Admito que deberían llamarle a usted —afirmó—. No tardaría en proporcionarles algunas pistas.

Rodeado por la gloria de tal admiración, el señor Dolland, sentado ante la mesa, expuso sus puntos de vista.

—Tiene que haber sido ese joven —dijo—. Todo le señala a él. Vivía con la familia y, sin embargo, no pertenecía a ella. Eso puede ser algo engañoso.

—Me pregunto por qué vivía con esa familia —dije.

—Parece ser que se trata de un hijo adoptivo. Supongo que tuvo celos del otro joven. Los celos pueden llevar muy lejos a las personas.

—Pues yo nunca soportaría una casa vacía —dijo la señora Harlow—. Me da escalofríos.

—Según dicen los periódicos, acudió a esa granja abandonada, la de Bindon Boys, y fue allí donde le disparó —siguió diciendo el señor Dolland—. Ese tal Cosmo era el hijo mayor, y eso debió de determinar que el joven sintiera celos, ya que él era un marginado. Además, estaba esa viuda..., la llamada Mirabel. Él la quería para sí, y resulta que el tal Cosmo se la lleva. Bueno, ahí está el móvil. El joven atrae a Cosmo a la granja abandonada y allí lo mata.

—Podría haber salido de allí sin ser descubierto —dije—, de no haber sido por el hermano menor, Tristan..., ¿no se llama así?... si Tristan no hubiera llegado ni le hubiera descubierto con las manos manchadas de sangre.

Yo misma leí la historia. Había dos hijos de sir Edward Perrivale —Cosmo y Tristan—, y en la casa también estaba Simon, el hijo adoptivo, llevado allí cuando solo tenía cinco años. Simon había sido educado como un miembro más de la familia, según apuntaban todos los indicios, a pesar de lo cual él siempre había tenido conciencia de no pertenecer del todo a la familia.

Sir Edward era un hombre enfermo y, de hecho, ya había muerto cuando se produjo el asesinato, de modo que probablemente no se había dado cuenta de nada. Bindon Boys —conocida originalmente como Bindon Bois, según afirmaba la prensa— era una granja situada en la propiedad Perrivale. Necesitaba ser reparada. Los tres hombres jóvenes se preocupaban de la dirección de la propiedad, bastante grande, situada en la costa de Cornualles. Se abrigaba la sospecha de que Simon había atraído a Cosmo a la granja medio en ruinas, donde le disparó, matándolo. Probablemente tenía intención de ocultar cadáver, pero en ese momento llegó Tristan y lo descubrió con el arma en la mano. Al parecer, Cosmo tenía muchos motivos para cometer el asesinato. El hijo adoptivo debió de sentirse muy celoso de los otros dos; por lo visto, se había enamorado de la viuda con la que Cosmo se había comprometido en matrimonio.

Aquel suceso fue un gran motivo de conversación para todos los sirvientes, y debo admitir que yo también empecé a sentirme interesada por el asunto.

Quizá empezaba a sentirme un tanto inquieta ante el inminente viaje con mis padres, y aproveché la oportunidad para fijar mi atención en algo distinto. Me sentía casi tan animada como cualquiera de ellos cuando nos sentábamos alrededor de la mesa, en la cocina, y escuchábamos al señor Dolland lanzar invectivas contra Scotland Yard.

—Se trata de lo que ellos llaman un caso abierto y cerrado —afirmó.

—Sería un buen argumento para una obra de teatro —dijo la señora Harlow.

—Bueno, no estoy tan seguro de eso —replicó el señor Dolland—. En este caso ya se sabe desde el principio la identidad del asesino. En una obra de teatro tienen que plantearse numerosos interrogantes y pistas, hasta llegar a un final sorprendente.

—Quizá las cosas no sean tan sencillas como parecen —sugerí—. Podría «parecer» que Simon lo ha hecho..., pero él se declara inocente.

—Bueno, jamás lo admitiría, ¿no le parece? —intervino la señora Harlow—. Todos dicen lo mismo para salvarse, y le echan la culpa a otro.

El señor Dolland se presionó las palmas de las manos y levantó la mirada hacia el techo.

—Consideremos los hechos —dijo—. Un hombre introduce en su casa a un extraño, y lo trata como si fuera un hijo. Los otros no lo quieren allí..., y en el chico se despierta el rencor porque no se le trata como a los demás miembros de la familia. Un rencor que va aumentando con el transcurso de los años. En esa casa tuvo que haber odio. Después, el asunto de la viuda. Cosmo iba a casarse con ella. Y como entre los dos jóvenes siempre existió ese sentimiento de odio... el hijo adoptivo

asesina a Cosmo y entonces aparece Tristan y lo descubre.

—¡Qué nombres más extraños! —dijo Meg con una ligera risita—. Siempre me han gustado esa clase de nombres.

Ignoramos la interrupción y esperamos a que el señor Dolland prosiguiera.

—En cuanto al asunto de la viuda, pudo haber sido la gota que colmara el vaso. Cosmo se lo llevaba todo. ¿Y qué le tocaba a Simon? No dejaba de ser más que un sirviente bien tratado. Surge entonces el resentimiento. Ahí tienen ustedes al asesino que lo ha planeado todo. Ah..., pero antes de poder ocultar el cadáver aparece Tristan y echa a perder el plan. En las obras de teatro, los asesinos siempre cometen errores. Tienen que cometerlos, ya que en caso contrario no habría obra de teatro..., y las obras de teatro se basan siempre en la vida real.

Todas estábamos pendientes de sus palabras.

—No puedo dejar de sentir pena por Simon —dijo Emily.

—¡Sentir pena por un asesino! —exclamó la señora Harlow—. Está fuera de sus casillas, muchacha. ¿Le gustaría que ese joven viniera y le metiera una bala en la cabeza?

—Pero él no haría una cosa así, ¿verdad? Yo no soy Cosmo.

—Tiene usted mucha suerte de no serlo —dijo la señora Harlow—. Y no interrumpa al señor Dolland.

—Lo único que podemos hacer es esperar y ver qué pasa —dijo este.

No tuvimos que esperar mucho tiempo. Los vendedores de periódicos no tardaron en gritar por las calles: «Giro dramático en el caso de Bindon Boys. Léalo todo sobre el caso».

Y así lo hicimos... con avidez. Al parecer, la policía había tomado la decisión de detener a Simon Perrivale. El señor Dolland no comprendía cómo se habían retrasado tanto. El caso era que, cuando fueron a detenerlo, Simon había desaparecido.

«¿Dónde está Simon Perrivale? —preguntaban los titulares de prensa—. ¿Ha visto usted a este hombre? La policía sigue sus huellas. Se espera una detención inminente.»

—De modo que ha escapado —dijo el señor Dolland—. No podría haber dicho de un modo más claro: «Soy culpable». Pero no teman, lo encontrarán.

—Así debemos esperarlo —añadió la señora Harlow—. Una no puede sentirse segura en la cama por las noches cuando los asesinos andan sueltos por ahí.

—No tendría ningún motivo para asesinarla a usted, señora Harlow —comentó Meg.

—Pues yo no confiaría en él lo más mínimo.

—No tardarán en encontrarlo —dijo el señor Dolland tranquilizadamente—. Estarán buscándolo por todas partes.

Pero los días fueron pasando sin que apareciera la noticia de su detención.

Después, el caso dejó de ocupar los titulares de prensa. Su lugar fue ocupado por las bodas de oro de la reina, y ya no hubo espacio para un sórdido asesinato cuyo principal sospechoso había desaparecido. Sin duda, en cuanto fuera detenido el tema ocuparía de nuevo las primeras páginas de los periódicos, pero, mientras tanto, las

noticias y comentarios sobre el caso de Bindon Boys quedaron relegados a las páginas interiores.

Tres días antes de nuestra partida recibimos una visita. Yo estaba en mi dormitorio cuando mis padres enviaron a buscarme. Debía bajar al salón enseguida. Allí me esperaba una sorpresa. En cuanto entré, Lucas Lorimer se adelantó hacia mí para saludarme.

—El señor Lorimer me ha comentado que os conocisteis en casa de los Grafton —dijo mi madre.

—Sí, así fue —dije, demostrando con ingenuidad el placer que me producía la visita.

Lucas me tomó de la mano y sonrió, mirándome a los ojos.

—Fue un verdadero placer conocer a la hija del profesor Cranleigh —dijo, mostrándose cortés con mi padre y conmigo al mismo tiempo.

Mis padres sonreían, mirándome con expresión indulgente.

—Tenemos buenas noticias —dijo entonces mi padre.

Los tres me miraron, como si estuvieran a punto de cerrar un trato con un niño en una tienda de juguetes.

—El señor Lorimer viajará en el *Atlantic Star* —informó mi madre.

—¿De veras? —exclamé, gratamente sorprendida.

—Ha sido una gran sorpresa para mí, y también un gran honor —dijo Lucas Lorimer asintiendo con un gesto—. Se me ha pedido dar una charla acerca de mi descubrimiento, al mismo tiempo que el profesor Cranleigh pronunciara su conferencia.

Me sentí a punto de echarme a reír de felicidad. Me agradó la sutil distinción entre «charla» y «conferencia». No podía creer que él fuera tan modesto como daban a entender sus palabras. De algún modo, la mirada de sus ojos no concordaba con ellas.

—De modo que el señor Lorimer viajará con nosotros en el *Atlantic Star* —siguió diciendo mi padre.

—Eso será muy agradable —dije, en honor a la verdad.

—No puede usted imaginarse lo encantado que me siento de ir—dijo él—. He pensado a menudo que tuve mucha suerte cuando hice aquel descubrimiento en el jardín.

Mi padre sonrió con cierta condescendencia, y comentó que el mensaje existente en la piedra descubierta resultaba difícil de descifrar..., no en cuanto a los jeroglíficos, claro, sino en cuanto a su significado... exacto. Siguió diciendo que aquello era algo típico de la mentalidad egipcia. Siempre estaba cargada de misteriosa oscuridad.

—Pero eso es precisamente lo que lo hace mucho más interesante —indicó Lucas Lorimer.

—Ha sido muy amable por su parte acudir a comunicarnos la invitación que ha recibido —siguió diciendo mi padre—, y su decisión de aceptarla.

—Mi querido profesor, ¿cómo podría haberme negado a compartir el estrado con usted...? Bueno, «compartir» no es la expresión exacta. Debería decir más bien

que se me ha permitido seguir sus pasos.

Evidentemente, mis padres se sentían encantados. Eso podía hacerles salir un poco de la enrarecida atmósfera en la que solían vivir, para intercambiar unas pocas frases de adulación.

Lucas Lorimer fue invitado a quedarse a almorzar. Seguimos hablando del viaje y mi padre, animado por mi madre, también habló de las conferencias que pronunciaría en Sudáfrica y Estados Unidos.

Yo no podía dejar de pensar: «Él estará con nosotros en el barco. Nos acompañará a lugares desconocidos». A partir de ese momento, la perspectiva del viaje provocó una considerable excitación en mí.

En cierto modo, fue lo suficiente para eliminar mis inquietudes.

Sin lugar a dudas, la presencia de Lucas Lorimer añadiría algo de pimienta a la aventura.

Abordar un barco por primera vez significó para mí una experiencia muy estimulante. Viajé a Tilbury en compañía de mis padres y escuché algo aburrida su conversación, centrada casi exclusivamente en las conferencias que pronunciaría mi padre. No obstante, eso me tranquilizó, ya que me evitaba la tensión de tener que participar en la conversación. Mi padre también habló de Lucas Lorimer, y se preguntó cómo se valoraría su «charla».

—Evidentemente, solo tendrá un conocimiento muy superficial sobre el tema, pero he oído decir que tiene una forma muy amena de presentarlo. Quizá no sea la forma más correcta, pero un poco de ligereza puede parecer aceptable de vez en cuando.

—Espero que se dirija a personas entendidas en la materia —comentó mi madre.

—Oh, sí —afirmó mi padre, sonriéndome—. Si hay alguna pregunta que quieras plantear, no dudes en hacerlo, Rosetta.

—Sí —añadió mi madre—, con un poco de conocimiento sobre el tema disfrutarías mucho más de las conferencias.

Les di las gracias y me imaginé que, después de todo, no se sentían tan insatisfechos de mí.

Me asignaron un camarote contiguo al de mis padres, que compartiría con una joven que viajaba a Sudáfrica para reunirse con sus padres, propietarios de una granja. Ella acababa de terminar sus estudios, y ambas teníamos la misma edad. Se llamaba Mary Kelpin y era bastante agradable. Había hecho el mismo viaje en varias ocasiones y sabía mucho más que yo.

Elijó la litera inferior, y a mí no me importó en absoluto. Pensé que me habría sentido un poco rígida si hubiera tenido que dormir abajo. Mary dividió escrupulosamente el armario que debíamos compartir, y pensé que nos llevaríamos bien, al menos durante el viaje.

Nos hicimos a la mar a primeras horas de la noche, y Lucas Lorimer nos encontró casi de inmediato. Escuché su voz en el camarote de mis padres. Sin

embargo, no me reuní con ellos y preferí explorar el barco. Subí a los salones y salí a cubierta para echar un último vistazo a los muelles, antes de alejarnos. Estaba inclinada sobre la barandilla, observando la actividad que había en tierra, cuando Lucas Lorimer se me acercó.

—Suponía que estaría usted aquí —me dijo—. Pensé que querría ver zarpar el barco.

—Así es, en efecto.

—¿No le parece divertido que hagamos el viaje juntos?

—¿Divertido?

—Estoy seguro de que así será. Es una deliciosa coincidencia.

—Todo ha sucedido de un modo muy natural. ¿Le parece que es una coincidencia?

—Ya veo que es usted muy sutil en el empleo del lenguaje. Debería ayudarme a preparar mi charla.

—¿No la ha preparado todavía? Mi padre lleva trabajando en su conferencia desde hace mucho tiempo.

—Él es un profesional. Mi charla será muy diferente. Hablaré sobre el misticismo de Oriente. Intentaré darle un toque de *Las mil y una noches*.

—No olvide que se estará dirigiendo a expertos.

—Oh, confío en atraer a un auditorio mucho más amplio..., a personas imaginativas y románticas.

—Estoy segura de que lo conseguirá.

—Me alegra mucho que viajemos juntos —dijo—. Ahora ya no es usted una escolar... Eso es algo excitante, ¿no le parece?

—Sí, supongo que sí.

—Está a punto de cruzar el umbral de la vida... y de la aventura. —Se oyó entonces el sonido de una sirena—. Creo que eso significa que estamos a punto de hacernos a la mar. Sí, así es. *Adieu*, Inglaterra. Sean bienvenidos los nuevos países..., los nuevos paisajes..., las nuevas aventuras.

Se echó a reír. Yo me sentí entusiasmada y contenta de que él estuviera con nosotros.

Y continué sintiéndome así. Mis padres fueron mimados por el capitán y algunos viajeros. No tardó en extenderse la noticia de que se dirigían a Ciudad del Cabo y Estados Unidos para dar varias conferencias, y a partir de entonces fueron considerados con cierto respeto. Lucas adquirió una gran popularidad y su presencia era solicitada con frecuencia. Yo sabía muy bien por qué. Era una persona sin inhibiciones que, en cuanto llegaba a un grupo de gente, despertaba las risas y la animación general. Tenía habilidad para conseguir que todo pareciera divertido.

Se mostraba encantador conmigo, pero también con todo el mundo. Pasaba por la vida con suavidad y facilidad, y supongo que seguía su propio camino gracias a ese raro don suyo.

Mi compañera de camarote quedó muy impresionada.

—¡Qué hombre tan encantador! —me dijo—. Y tú le conocías antes de subir a bordo. ¡Qué suerte!

—Bueno, le conocí durante una cena y charlamos un rato, y después nos visitó para decirnos que también viajaría en este barco.

—Supongo que eso se debe a tu padre.

—¿Qué quieres decir?

—Que se muestra muy amistoso.

—Es amistoso con todo el mundo.

—Es muy atractivo..., demasiado atractivo —añadió enigmáticamente, mirándome con expresión especuladora.

Parecía considerarme una inocentona, debido quizá a que, ingenuamente, le dije que había interrumpido mi curso escolar para hacer aquel viaje. Ella había terminado sus estudios el año anterior, de modo que debía de ser un año mayor que yo.

Se me ocurrió que me estaba advirtiendo sutilmente que me cuidara de Lucas. No había necesidad alguna, y así me habría gustado decírselo, pero temí mostrarme demasiado brusca. Sin embargo, tenía razón en una cosa: yo era bastante ignorante en cuanto a la forma de actuar en el mundo.

A pesar de todo, el tiempo que pasaba en compañía de Lucas era muy agradable.

Durante los primeros días encontramos un lugar protegido en cubierta, pues el mar estaba un poco picado y hacía bastante viento. Mis padres se pasaban la mayor parte del tiempo en el camarote, dejándome en libertad para explorar.

Así lo hice, con mucho interés, y no tardé en conocer bien el barco. El pequeño camarote me parecía muy reducido, sobre todo porque debía compartirlo con la locuaz y algo paternalista Mary. Me gustaba salir todo lo posible. La litera superior me pareció un poco incómoda. Me despertaba temprano y permanecía tumbada, en espera de que llegara el momento de levantarse.

Después, descubrí que podía bajar la escalerilla sin despertar a Mary. Me vestía con sigilo y salía a cubierta. Las primeras horas de la mañana eran muy estimulantes. Me sentaba en el lugar protegido y contemplaba el mar, viendo cómo salía el sol. Me encantaba observar el cielo matutino, a veces de un delicado color perla, y otras de un rojo sangriento. Imaginaba ver figuras en las formaciones de nubes, a medida que se desplazaban por el cielo, y escuchaba el sonido de las olas rompiendo contra los flancos del buque. En ningún otro momento del día era igual que durante las primeras horas de la mañana.

Un hombre vestido con un impermeable azul solía fregar la parte de cubierta donde yo me sentaba cada mañana. Entablé cierta amistad con él..., si es que se puede denominar así. El hombre se acercaba con la fregona y el cubo, mojaba la cubierta y se dedicaba a fregar.

La cubierta solía estar desierta a aquellas horas de la mañana.

—Buenos días —le saludé—. He salido a respirar un poco de aire fresco. Se está bastante incómoda en el camarote.

—Oh, sí —asintió, y continuó fregando.

—¿Le molesto? Será mejor que cambie de sitio.

—Oh, no. Está bien donde está. Continuaré y más tarde haré ese trozo.

Tenía una voz cultivada, aunque sin ningún acento. Le observé: era bastante alto, de pelo ligeramente castaño y ojos muy tristes.

—No se encontrará usted con mucha gente por cubierta a estas horas —dije.

—No.

—Supongo que se imaginará que estoy loca.

—No..., no. Comprendo que quiera respirar aire fresco. Y este es el mejor momento del día.

—Oh, en eso sí que estoy de acuerdo.

Insistí en cambiar de sitio. Él me trasladó la tumbona y siguió fregando.

Eso ocurrió la primera mañana que le vi, y al día siguiente volví a encontrármelo. A la tercera mañana, tuve la impresión de que me buscaba. No eran exactamente citas, pero parecía como si nuestros encuentros se hubieran convertido en parte del ritual diario. Intercambiábamos unas palabras. «Buenos días... Hoy hace un bonito día», y cosas así. Él siempre mantenía la cabeza baja cuando fregaba, como si estuviera absorto por completo en lo que estaba haciendo.

—Le gusta a usted el mar, ¿verdad? —me preguntó la cuarta mañana.

Dije que así lo creía, aunque no estaba muy segura, puesto que era la primera vez que viajaba por mar.

—Se apodera de uno... —prosiguió—. Es fascinante. Puede cambiar con tanta rapidez...

—Como la propia vida —dije, pensando en los cambios que se habían producido en la mía. Él no contestó a mi observación, y seguí diciendo—: Supongo que tendrá usted una gran experiencia en el mar, ¿verdad?

Sacudió la cabeza con un gesto negativo y se alejó.

El momento del almuerzo y el de la cena eran muy interesantes. Lucas Lorimer, como amigo que era, se sentaba a nuestra mesa, y el capitán Graysom había adquirido la costumbre de sentarse alternativamente a las mesas de sus pasajeros, de modo que pudiera conocer a la mayoría durante el viaje. Tenía muchas historias que contar sobre sus aventuras en el mar, y esa feliz costumbre suya nos permitió a todos escucharlas.

—Para él es muy fácil —comentó Lucas—. Tiene su repertorio, y solo necesita representar su papel en cada mesa. Se habrá usted dado cuenta de que sabe perfectamente dónde debe detenerse para permitir que los demás se rían y obtener así los mejores efectos dramáticos.

—Usted también es un poco así —le dije—. Oh, no me refiero a las repeticiones, pero sabe en qué momento debe introducir una pausa.

—Veo que me conoce usted muy bien, demasiado para sentirme aliviado.

—En tal caso, permítame que le tranquilice. Creo que uno de los mayores dones que se pueden poseer es la habilidad para hacer reír a los demás.

Me tomó la mano y la besó. Mis padres, que estaban sentados a la mesa cuando mantuvimos esa conversación, quedaron un tanto sorprendidos. Creo que fue entonces cuando se les ocurrió por primera vez que yo estaba creciendo.

Lucas y yo dábamos un paseo por cubierta cuando nos encontramos con el capitán Graysom. El capitán solía recorrer el barco cada día, imagino que para

asegurarse de que todo estaba en orden.

—¿Va todo bien? —preguntó al acercarse.

—Muy bien —contestó Lucas.

—¿Acostumbrando las piernas al balanceo? No siempre se consigue enseguida.

Pero hemos tenido suerte con el tiempo..., por ahora.

—¿Quiere decir que no vamos a continuar así? —pregunté.

—Se necesitaría ser mucho más sabio que yo para contestar a eso, señorita Cranleigh. Lo único que podemos hacer es pronosticar el tiempo..., y no siempre con absoluta seguridad. El tiempo es impredecible. Cuando todas las señales parecen buenas, surge de pronto un imprevisto en el horizonte y echa por tierra todas las previsiones.

—Las cosas pronosticadas pueden ser un poco aburridas —observó Lucas—. Siempre hay cierta atracción en lo inesperado.

—No estoy muy seguro de que eso se pueda aplicar al tiempo —replicó el capitán—. No tardaremos en llegar a Madeira. ¿Bajarán ustedes a tierra?

—¡Oh, sí! —exclamé—. Espero con ilusión ese momento.

—Es una lástima que solo podamos estar allí un día —dijo Lucas.

—El tiempo suficiente para cargar provisiones. Les gustará la isla. Deben ustedes probar el vino. Es muy bueno. Después, el capitán nos dejó.

—¿Qué planes tiene usted para Madeira? —me preguntó Lucas.

—Mis padres todavía no me han dicho nada.

—Me encantaría acompañarla a visitar el lugar.

—Oh, gracias. ¿Conoce usted la isla?

—Sí —contestó—. De modo que estará usted segura.

Fue verdaderamente excitante despertarse aquella mañana y divisar tierra. Subí a cubierta muy temprano para observar cómo nos acercábamos. Vi la isla, cubierta de vegetación, surgiendo de un mar de un cristalino color azul marino. El sol era cálido y no había viento que agitara las olas.

Mi padre estaba ligeramente resfriado y decidió quedarse a bordo; tenía muchas cosas de que ocuparse; y mi madre prefirió permanecer con él. Pensaron que sería una idea excelente que yo bajara a tierra en compañía del señor Lorimer, que se ofreció con amabilidad para acompañarme.

Me sentí contenta, y algo culpable al pensar que sería mucho más divertido sin la presencia de mis padres. Lucas no dijo nada al respecto, pero estoy segura de que también compartía mi punto de vista.

—Como ya he estado aquí antes, creo conocer un poco el lugar —me dijo—. De todos modos, si hubiera algo que yo ignorara...

—Lo cual no es nada probable...

—Lo descubriremos juntos —concluyó.

Y desembarcamos con ese propósito.

Aspiré profundamente el aire, que parecía perfumado por las flores. De hecho, todo estaba lleno de flores de brillantes colores: las ventanas de las casas, los jardines,

las macetas, y hasta encima de las mesas.

La luz del sol, los gritos de la gente en una lengua extraña —creo que portugués— mientras ofrecían sus mercancías, la excitación propia de sentirme en un país extranjero, y la compañía de Lucas Lorimer, todo ello hizo que me diera cuenta de que estaba disfrutando como no lo conseguía desde hacía mucho tiempo.

Fue un día para recordar. Lucas fue el compañero perfecto. Sus sonrisas encantaban a la gente allí adonde fuéramos, y pensé que era una de las personas más agradables que había conocido.

Desde luego, sabía muchas cosas sobre aquel lugar.

—Es bastante pequeño —me dijo—. Estuve aquí una semana, y en ese corto lapso de tiempo pude ir a casi todas partes.

Alquiló uno de los carruajes tirados por un novillo y cruzamos la ciudad. Pasamos ante la catedral, donde le pedimos al cochero que se detuviera para explorarla, y también por el mercado, lleno de flores, cestos, objetos de mimbre, mesas y sillas.

Desde la ciudad vimos el *Atlantic Star*, anclado a cierta distancia de la costa, y las lanchas que transportaban a los pasajeros desde el barco hasta la costa y viceversa.

Lucas dijo que debíamos probar el vino y entramos en una bodega, donde nos sentamos a una pequeña mesa alargada. Nos sirvieron copas que contenían una pequeña muestra de vino de Madeira, con la esperanza, supongo, de que nos gustaría tanto que compraríamos algo.

La bodega estaba en semipenumbra, produciendo un fuerte contraste con la brillante luz del sol. Nos sentamos y nos observamos. Lucas levantó su copa.

—Por usted..., por nosotros..., y por muchos días como este.

—Creo que la siguiente parada será ya en Ciudad del Cabo. —Bueno, es posible que tengamos oportunidad de repetir esta placentera excursión cuando estemos allí.

—Estará usted muy ocupado con su conferencia.

—No la llame conferencia, por favor. Eso solo se aplica cuando el contenido es erudito. Hace que suene demasiado grave. Hay ciertas connotaciones en esa palabra... Puede significar una conversación muy seria, como una especie de reprimenda. Cuando me pidieron que diera una charla tenían la intención de ofrecerla como un ligero contraste con respecto a la conferencia del profesor. Me sentí honrado..., y mire por dónde, eso ha conducido aquí. De modo que dejémoslo en charla. Es mucho más sencillo así. En realidad, tengo la impresión de que sus padres quedarán conmocionados cuando la escuchen. Hablaré de cosas bastante horripilantes, como maldiciones y profanadores de tumbas.

—Es posible que la gente prefiera escuchar esa clase de cosas antes que...

—No voy a permitir que eso me preocupe. Si no les gusta, me parecerá muy bien. Así que... me niego a hacer ninguna clase de preparativos capaces de ensombrecer el placer que siento. El hecho de que viajemos juntos ha sido una gran suerte.

—Para mí es muy agradable, desde luego.

—Nos estamos poniendo sentimentales. Quizá se deba al vino. Es bueno,

¿verdad? Tenemos que comprar una botella, para demostrar así lo mucho que apreciamos que nos lo hayan dado a catar.

—Confío en que les salgan a cuenta todos los vasos gratuitos que dan.

—Así tiene que ser para que puedan seguir conservando la antigua costumbre, ¿no le parece? Por lo demás, resulta muy agradable estar sentado aquí, en esta sala en semipenumbra, y en estas sillas tan incómodas, bebiendo su excelente vino de Madeira.

Algunos de los viajeros del barco entraron en la bodega. Intercambiamos saludos. Todos parecían estar disfrutando de la excursión.

En aquel momento, un hombre joven pasó junto a nuestra mesa.

—Hola —le dijo Lucas. El joven se detuvo—. Oh —añadió Lucas—, creí que lo conocía.

El joven miró a Lucas con fijeza, y entonces yo le reconocí. No me había dado cuenta antes porque ahora no llevaba el impermeable azul con el que siempre le había visto. Se trataba del mismo joven que cada día se dedicaba a fregar la cubierta por la mañana.

—No —dijo—, no creo...

—Lo siento. Simplemente creí haberle visto en alguna otra parte.

—Tienen que haberse visto ustedes a bordo —dije, sonriendo.

El tripulante se había puesto algo tenso y observaba a Lucas con lo que a mí me pareció un atisbo de inquietud.

—Probablemente —asintió Lucas.

El joven siguió su camino y se sentó a una mesa situada en el rincón más alejado y oscuro de la bodega.

—Es uno de los tripulantes del barco —le susurré a Lucas.

—Parece que lo conoce usted.

—Me lo he encontrado algunas mañanas. Suelo levantarme temprano para ver la salida del sol, y ese es el momento en que él se dedica a fregar la cubierta.

—No me da la impresión de que sea un fregachín de cubierta.

—Eso es porque no lleva puesto el impermeable.

—Bueno, en todo caso, gracias por dármele a conocer. El pobre muchacho pareció algo azorado. Confío en que disfrute del vino tanto como yo. Vamos, compremos una botella para llevarla al barco. Quizá sería mejor comprar dos. Tomaremos una esta noche, durante la cena.

Compramos el vino y salimos a la luz del sol.

Regresamos caminando con lentitud hacia donde atracaba la lancha que nos llevaría de regreso al barco. Ya en el muelle, nos detuvimos ante una tienda y Lucas me compró un bolso muy bordado con flores escarlatas y azules.

—Un recuerdo de un día feliz —me dijo—. Una forma de agradecerle el que me haya permitido compartirlo con usted.

Qué galante y encantador era; desde luego, había pasado un día muy feliz a su lado.

—Lo recordaré siempre que vea este bolso —le dije—. Las flores..., el paseo en carruaje y el vino.

—Y hasta el fregachín de cubierta.

—Recordaré cada uno de los minutos de este día —le aseguré.

Las amistades se desarrollan con rapidez en el mar.

Después de Madeira disfrutamos de un tiempo apacible y de un mar en calma. Lucas y yo nos convertimos en amigos más firmes desde el día que pasamos juntos en tierra. Nos encontrábamos con regularidad en cubierta, sin establecer para ello ninguna cita previa. Él se sentaba a mi lado y hablaba de todo tipo de cosas mientras contemplábamos cómo el mar se deslizaba con suavidad ante nosotros.

Me contó muchas cosas personales, de cómo había roto la tradición familiar que obligaba a que uno de los hijos siguiera la carrera militar. Pero aquello no era para él. En realidad, no estaba muy seguro de saber lo que le gustaba. Era inquieto, y viajaba bastante, habitualmente en compañía de Dick Duvane, su antiguo ordenanza y amigo. Dick abandonó el ejército al mismo tiempo que él y desde entonces ambos permanecieron juntos. Dick estaba ahora en Cornualles, trabajando en la propiedad familiar, a la que Lucas suponía que también tendría que acudir algún día.

—Pero, por el momento, no estoy seguro —dijo—. En esa propiedad hay trabajo suficiente para mantenernos ocupados tanto a mi hermano como a mí. Supongo que todo habría resultado diferente si yo hubiera sido el heredero. Pero mi hermano Carleton está a cargo de todo, y él es el señor perfecto..., algo que yo jamás habría podido ser. Mi hermano es el mejor tipo del mundo, pero a mí no me gusta ser un segundón. Es algo que va en contra de mi naturaleza arrogante. De modo que... desde que dejé el ejército me he dedicado a dar vueltas por ahí. He viajado mucho. Egipto siempre me ha fascinado y cuando descubrí la piedra en el jardín, me pareció una señal del destino. Y así fue, porque aquí estoy ahora, viajando en compañía de personas tan importantes como sus padres..., y, desde luego, con su encantadora hija. Y todo ello se lo debo a haber encontrado una piedra en el jardín. Pero no hago más que hablar de mí mismo. ¿Qué me dice de usted? ¿Cuáles son sus planes?

—No he hecho ninguno. He dejado la escuela para hacer este viaje. ¿Quién sabe lo que me reserva el futuro!

—Nadie puede estar seguro de eso, claro, pero a veces uno tiene la posibilidad de moldearlo.

—¿Ha moldeado usted el suyo?

—Estoy empeñado en ello.

—Y la propiedad de su hermano está en Cornualles.

—Así es. En realidad, no se halla muy lejos de ese lugar que últimamente ha aparecido tanto en los periódicos.

—OH...

—¿Ha leído usted algo sobre el joven que estuvo a punto de ser detenido y desapareció?

—Oh, sí. Lo recuerdo. ¿No se llamaba Simon... y algo más? Perrivale, ¿no?

—En efecto. Tomó su apellido del hombre que lo adoptó, sir Edward Perrivale. Ese lugar está situado a unos diez kilómetros de nuestra propiedad. Se llama

Perrivale Court. Se trata de una maravillosa mansión antigua. Fui allí una vez..., hace ya mucho tiempo. Mi visita estuvo relacionada con algo del vecindario, en lo que estaba involucrado mi padre y que le interesaba a sir Edward. Fui en compañía de mi padre. Lo recordé todo cuando por los periódicos me enteré de lo sucedido. Había dos hermanos y un joven adoptado. Todos nos sentimos conmocionados cuando lo leímos. Uno no espera que esa clase de cosas le suceda a personas conocidas..., aunque solo sea superficialmente.

—Qué interesante. En nuestra casa se habló mucho del caso..., entre los sirvientes..., no con mis padres.

Mientras hablábamos pasó el fregador de cubierta, empujando un carrito con botellas de cerveza.

—Buenos días —lo saludé.

Me saludó con un gesto de la cabeza y continuó su camino.

—¿Es un amigo suyo? —me preguntó Lucas.

—Es el tripulante encargado de fregar la cubierta. ¿Recuerda que nos lo encontramos en la bodega?

—Oh, sí..., ahora recuerdo. Parece un poco hosco, ¿no le parece?

—Posiblemente sea algo reservado. Quizá se deba a que no se les permite hablar con los pasajeros.

—Parece diferente a los demás tripulantes.

—Sí, yo también lo creo así. Nunca dice nada más que «Buenos días», y a veces hace algún pequeño comentario sobre el tiempo.

Apartamos a aquel hombre de nuestros pensamientos y habíamos de otras cosas. Lucas me habló de la propiedad en Cornualles y de algunas personas excéntricas que vivían por allí. Yo le hablé de mi vida en casa, de las actuaciones del señor Dolland, y él se echó a reír cuando le describí algunas escenas de nuestra vida en la cocina.

—Da la impresión de que las ha disfrutado usted mucho.

—Oh, sí, he sido muy afortunada.

—¿Lo saben sus padres?

—A ellos no les interesa nada de lo que haya sucedido después del nacimiento de Cristo. Y así seguimos hablando.

Al día siguiente, cuando ocupé mi asiento en cubierta a primeras horas de la mañana, volví a ver al fregador pero él no se me acercó.

Nos dirigíamos hacia Ciudad del Cabo y el viento arreció durante todo el día. Yo apenas había visto a mis padres. Se pasaban buena parte del tiempo encerrados en su camarote. Mi padre se dedicaba a corregir su conferencia y a trabajar en su libro, y mi madre le ayudaba. Los veía durante las comidas, momentos en los que ellos me observaban con aquella expresión benévola y ausente a la que ya me había acostumbrado. Mi padre me dijo que si me aburría podía acudir a su camarote, donde me daría algo para leer. Le aseguré que estaba disfrutando de la vida a bordo, que ya tenía algo para leer y que el señor Lorimer y yo nos habíamos hecho buenos

amigos. Eso pareció tranquilizarlos un poco y ambos regresaron a su trabajo.

El capitán, que a veces cenaba con nosotros, nos dijo que cerca de Ciudad del Cabo se formaban algunas de las peores tormentas que había visto jamás. Los antiguos marinos lo conocían como el cabo de las Tormentas. En cualquier caso, a partir de ese momento ya no podríamos disfrutar del buen tiempo reinante hasta entonces. Debíamos prepararnos para lo peor en compensación de lo bien que había ido la travesía, aunque habríamos preferido que todo continuara igual.

Mis padres siguieron encerrados en su camarote, pero yo sentí la necesidad de respirar aire fresco y subí a cubierta.

No estaba preparada para la furiosa ventisca que me encontré. El barco era zarandeado de un lado a otro como un corcho. Se elevaba, se hundía y se escoraba tanto que por un momento creí que volcaríamos. Las enormes olas se levantaban como montañas amenazadoras que luego barrían la cubierta. El viento me arremolinó el cabello y las ropas. Tuve la sensación de que el mar furioso pretendía arrancarme de allí y lanzarme al agua.

La situación era alarmante y, sin embargo, resultaba muy excitante.

Estaba empapada de agua de mar y casi me era imposible mantenerme en pie. Me sujeté lo mejor que pude a la barandilla, con la respiración entrecortada por la fuerza del viento.

Mientras permanecía allí, preguntándome si sería sensato cruzar la resbaladiza cubierta para alejarme de la furia directa de la galerna, vi al marinero de cubierta. El joven avanzó hacia mí, tambaleándose, con las ropas empapadas. El rocío del agua le había oscurecido el cabello, y parecía como si llevara una capucha negra, y el agua brillaba en su rostro.

—¿Está usted bien? —me gritó.

—Sí —le contesté gritando también.

—No debería estar aquí. Debería bajar a su camarote.

—Sí —volví a gritar.

—Vamos. La ayudaré.

Avanzó tambaleante hacia mí y se me echó encima.

—¿Hay a menudo tempestades tan fuertes? —pregunté.

—No lo sé. Es mi primer viaje.

Me tomó por el brazo y cruzamos la cubierta como si estuviéramos borrachos. Abrió la puerta y me empujó hacia el interior.

—No vuelva a aventurarse por cubierta con una mar como esta.

Y se marchó antes de que pudiera darle las gracias.

Sin dejar de tambalearme, me encaminé hacia mi camarote. Mary Kelpin estaba tumbada en la litera inferior. Decididamente, se encontraba mal.

Me dije que sería mejor ver cómo estaban mis padres. Ambos yacían en cama, postrados.

Regresé a mi camarote, tomé un libro, subí a mi litera y traté de leer. No fue nada fácil.

Durante toda la tarde estuvimos esperando que la tempestad amainara. El barco continuaba su camino, crujiendo como si lanzara gritos de agonía.

El viento disminuyó un tanto por la noche. Me las arreglé para acudir al comedor. Había muy pocas personas, y todo había sido estibado para impedir que se deslizara y cayera. Sin embargo, allí estaba Lucas.

—Ah —dijo—, por lo visto entre nosotros no hay muchos valientes para venir al comedor.

—¿Ha visto alguna vez una tormenta como esta? —le pregunté.

—Sí, en una ocasión en que regresaba de Egipto. Pasamos por Gibraltar y tuvimos que entrar en la bahía. Creí que había llegado mi última hora.

—Es lo mismo que yo pensé esta tarde.

—Esta tormenta no tardará en pasar. Quizá mañana el mar estará tan tranquilo como un lago, y entonces nos preguntaremos a qué venía tanto jaleo. ¿Dónde están sus padres?

—En su camarote. No están de humor para venir al comedor.

—Algo que, evidentemente, tienen en común con muchos otros pasajeros.

Le dije que había estado en cubierta y que el marinero me había reprendido severamente.

—Tenía toda la razón —dijo Lucas—. Allí arriba hay peligro real. Un golpe de mar pudo haberla arrastrado. Creo que hemos estado al borde de un huracán.

—Eso hace que una se dé cuenta de lo peligroso que puede ser el mar.

—Lo es, en efecto. Nunca deberíamos tomar los elementos a la ligera. El mar..., como el fuego..., es un buen amigo, pero un mal enemigo.

—Me pregunto cómo será naufragar.

—Algo horrendo.

—Ir a la deriva en un pequeño bote —murmuré.

—Bastante más desagradable de lo que parece.

—Sí, me imagino que sí. Pero ahora parece que la tormenta ya amaina.

—Yo no me fiaría. Debemos estar preparados para toda clase de tiempo. Esto quizá no haya sido más que una advertencia.

—Las personas no siempre atienden a las advertencias.

—Deberían hacerlo, sobre todo cuando tienen un buen ejemplo de lo traicionero que puede ser el mar. Puede parecer en calma... y al instante siguiente colérico y virulento.

—Confío en que no encontremos más huracanes.

Eran más de las diez cuando regresé a mi camarote. Mary Kelpin seguía en la cama. Fui al camarote de al lado para darles las buenas noches a mis padres. Mi padre estaba acostado y mi madre leía unos escritos. Les dije que había cenado con Lucas Lorimer y que me disponía a acostarme.

—Confiemos en que el barco esté un poco más estable por la mañana —dijo mi madre—. Este movimiento perpetuo no le deja a tu padre concentrarse, y todavía queda algún trabajo por hacer con el texto de la conferencia.

Dormí a intervalos y me desperté a primeras horas de la mañana. La fuerza del viento había aumentado, y el barco se balanceaba más erráticamente que durante el día anterior. Corría peligro de caerme de la litera y resultaba imposible dormir. Permanecí quieta, escuchando los silbidos y crujidos de la galerna, y el sonido de las

fuertes olas rompiendo contra los flancos del buque.

Y entonces, de repente, escuché un violento tañido de campanas. Comprendí inmediatamente lo que significaba, ya que, durante el primer día en el mar, habíamos participado en un simulacro de salvamento. Se nos dijo entonces que debíamos ponernos ropas calientes, junto con los chalecos salvavidas, guardados en el armario de nuestros camarotes, y acudir con rapidez al correspondiente punto de reunión.

Bajé de la litera de un salto. Mary Kelpin ya se estaba vistiendo.

—Ha llegado el momento —dijo—. Primero, ese viento infernal..., y ahora esto.

Le castañeteaban los dientes y disponíamos de un espacio limitado. No nos fue sencillo vestirnos al mismo tiempo.

Mary estuvo preparada antes que yo, y en cuanto me hube vestido y colocado el chaleco salvavidas acudí presurosa al camarote de mis padres.

Las campanas continuaban haciendo sonar su nota de alarma. Mis padres estaban desconcertados, y mi padre se dedicaba a recoger papeles con movimientos agitados.

—Ahora no hay tiempo para eso —dije—. Vamos. Poneos estas ropas calientes. ¿Dónde están vuestros chalecos salvavidas?

Tuve entonces la singular experiencia de cobrar conciencia de algo importante: un poco de calma y sentido común tenía sus ventajas con respecto a la erudición. Mis padres se mostraron patéticamente desvalidos y se pusieron por completo en mis manos; poco después estábamos preparados para abandonar el camarote.

Los pasillos estaban desiertos. Mi padre se detuvo de repente y unos papeles se le cayeron de entre las manos. Los recogí del suelo a toda prisa.

—¡Oh! —exclamó con expresión horrorizada—. Me he dejado las notas que tomé ayer.

—No importa. Nuestras vidas son mucho más importantes que tus notas —le dije.

—No puedo —dijo, sin moverse—. No podría dejarlas... Tengo que volver por ellas.

—Tu padre necesita esas notas, Rosetta —dijo entonces mi madre.

Vi una expresión de testarudez en sus rostros y dije apresuradamente:

—Iré yo. Vosotros subid al salón, al punto de reunión, mientras yo busco esas notas. ¿Dónde están?

—En el cajón de arriba —contestó mi madre.

Les empujé con suavidad hacia delante, a lo largo del pasillo que conducía al salón, y después retrocedí. Las notas no estaban en el cajón superior. Las busqué y terminé por encontrarlas en el cajón de abajo. El chaleco salvavidas me dificultaba los movimientos. Tomé los papeles y salí apresuradamente.

Las campanas habían dejado de sonar. Resultaba difícil mantener la vertical. El barco daba fuertes bandazos y tuve la sensación de que casi tenía que escalar el pasillo, en dirección al salón. No vi la menor señal de mis padres. Supuse que se habrían reunido con los demás y que habrían sido conducidos a cubierta, donde les estarían esperando los botes salvavidas.

La violencia de la tormenta había aumentado considerablemente. Avancé,

tambaleante, hasta que necesité apoyarme a descansar en el mamparo. Hice un esfuerzo, sintiéndome mareada, y seguí buscando a mis padres. Me pregunté adonde podrían haber ido en el breve tiempo que yo había tardado en buscar las notas. Llevaba los papeles bien sujetos entre las manos y poco a poco logré avanzar hacia cubierta. Allí reinaba la mayor de las confusiones. La gente se agitaba desordenadamente hacia la barandilla. Busqué en vano a mis padres. De repente, me sentí aterrada y sola entre aquella multitud que no dejaba de gritar.

Fue horrible. El viento pareció complacerse en atormentarnos. Se me había soltado el pelo, que ahora ondeaba violentamente alrededor de mi cabeza, hasta el punto de que apenas podía ver. Las notas me fueron arrancadas de entre las manos. Por un momento, las vi describir una danza frívola por encima de las cabezas, hasta que fueron violentamente arrebatadas por el viento y llevadas hacia aquella enfurecida masa de agua.

«Deberíamos haber permanecido juntos», pensé. Pero, al fin y al cabo, ¿por qué? Nunca habíamos estado juntos. Claro que aquello era diferente. Estábamos en peligro. Era la propia muerte la que nos miraba a la cara. Sin duda alguna, unas pocas notas no valían tanto como para separarnos en un momento así.

Algunas personas estaban subiendo a los botes. Mi turno tardaría en llegar, y cuando vi aquellos frágiles botes descender hacia el mar embravecido, no estuve tan segura de querer hallarme en uno de ellos.

El barco emitió un repentino gemido tembloroso, como si ya no pudiera resistir más. Nos desplomamos y, de pronto, me encontré rodeada de agua. Vi que uno de los botes que estaba siendo arriado se daba la vuelta. Escuché los gritos de sus ocupantes, casi al tiempo que el mar embravecido se los tragaba y desaparecían de la vista.

Me sentí mareada y como un poco distante de lo que estaba sucediendo. La muerte parecía casi segura. Iba a perder la vida casi antes de haber comenzado a vivirla. Empecé a pensar en el pasado, tal como la gente dice que sucede cuando una persona se ahoga. Pero yo no me estaba ahogando... todavía. Allí estaba, en aquel frágil barco, enfrentada a la desconocida furia de los elementos, sabiendo que en cualquier momento podía verme arrebatada de la relativa seguridad de cubierta para caer en aquel mar grisáceo en el que no cabía ninguna esperanza de supervivencia. El ruido era ensordecedor; los gritos y las oraciones de la gente, que invocaban clemencia a Dios..., el sonido de la violenta tempestad..., el intenso ulular del viento, la marejada... Todo aquello parecía surgido del Infierno de Dante.

Nada podía hacerse. Supongo que lo primero que se le ocurre a la gente cuando se enfrenta a la muerte es tratar de salvarse. Quizá cuando una es joven la muerte parezca algo tan remoto que no pueda tomársela con seriedad. Es como si se tratara de algo que les sucede a los demás, a los ancianos enfermos; una no puede imaginarse el mundo sin la presencia de una misma; casi se tiene la sensación de ser inmortal. Sabía que al caer la noche muchos estarían ahogados, pero no podía creer que yo fuera uno de ellos.

Permanecí allí..., aturdida..., esperando..., haciendo esfuerzos por localizar a mis padres. Pensé en Lucas Lorimer.

¿Dónde estaba? Deseaba verle. Pensé fugazmente que él aún conservaría la calma y seguiría siendo un poco cínico. ¿Habría ahora de la muerte con la misma indiferencia con que hablaba de la vida?

En ese momento vi el bote volcado. Había caído al agua y permanecía con la quilla al aire. Se acercó en mi dirección. Entonces, un golpe de mar lo enderezó y quedó balanceándose enfrente de donde yo estaba.

Alguien me sujetó por el brazo.

—Será barrida de cubierta en un momento si permanece aquí. —Me volví. Era el marinero de cubierta—. Este barco está acabado. Va a naufragar... irremediamente.

Su rostro estaba empapado. Observaba el bote, que el viento había acercado al flanco del buque. Una ola gigantesca lo situó casi directamente debajo de nosotros.

—Es la única posibilidad —me gritó—. Vamos..., salte.

Me sorprendió el hecho de que le obedeciera. Él seguía sujetándome por el brazo. Parecía algo irreal. Me vi volando por los aires y poco después caía en las tenebrosas aguas. Estábamos junto al bote.

—¡Agárrese fuerte! —me gritó por encima del ruido ensordecedor.

Le obedecí de un modo instintivo. Estaba muy cerca de mí. Parecieron transcurrir minutos, pero es posible que él solo tardara unos segundos en izarse al bote. Yo seguía sujetándome con fuerza a su costado. Después, sus manos me agarraron y me izaron junto a él. Lo consiguió justo a tiempo. Una ola enorme elevó el bote. El marinero me rodeó con sus brazos y me estrechó con fuerza.

—Resista..., resista... por su vida —gritó.

Fue un milagro. Cuando pasó la ola, continuábamos en el bote. Respirábamos con dificultad.

—Resista, resista— siguió gritando.

No estoy muy segura de qué sucedió en los minutos siguientes. Solo sé que fui zarandeada y que la violencia del viento casi me impedía respirar. Sentí un crujido violento y el *Atlantic Star* pareció elevarse en el aire y después se escoró pronunciadamente. Me sentí cegada por el mar; tenía la boca llena de agua. Permanecíamos por un instante sobre las crestas de las olas, y luego nos hundíamos en la depresión subsiguiente.

Había logrado escapar del barco a punto de naufragar, pero me encontraba en un pequeño bote que sin duda tampoco sobreviviría en un mar tan embravecido.

Aquello parecía el final.

Dejé de darme cuenta del paso del tiempo. Ignoro el que pasé abrazada a la borda del bote, con una sola idea fija en la mente: continuar así.

Cobré conciencia de la presencia del hombre, cerca de mí.

—Aún estamos a flote —me gritó por encima del aullido del viento—. ¿Cuánto tiempo...?

Su voz se perdió en el ruido. Distinguí a duras penas el *Atlantic Star*. El barco seguía a flote, pero en un ángulo insólito con respecto al agua. La proa había desaparecido. Comprendí que había muy pocas posibilidades de que allí quedara alguien con vida.

Seguimos aterrándonos al bote con desesperación; cualquier ola podía significar el fin de nuestras vidas. A nuestro alrededor, el mar rugía, enfurecido..., y nosotros nos encontrábamos en una embarcación muy frágil, desafiando un mar monstruoso. Por un momento, me pregunté qué habría sido de mí si ese hombre no me hubiera obligado a saltar con él. ¡Qué milagro! Apenas podía creer que hubiera sucedido. Pensé en mis padres. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Habrían podido escapar?

Después, la tormenta pareció amainar un poco. ¿Se trataba de una ilusión? Quizá solo fuera un respiro temporal. Pero fue, al menos, una pequeña tregua. Uno de los botes de salvamento se acercaba a nosotros. Observé con ansiedad a sus ocupantes, con la esperanza de que mis padres se hallaran entre ellos. Vi los rostros tensos y pálidos..., irreconocibles..., desconocidos. Entonces, de repente, una ola alcanzó el bote. Durante un instante, la pequeña embarcación permaneció suspendida en el aire y en ese momento otra ola gigantesca se abalanzó sobre ella, envolviéndola por completo. Escuché los gritos de la gente. El bote seguía estando allí. Fue elevado de nuevo y pareció quedar en posición perpendicular. Vi cómo los cuerpos eran arrojados al mar. Enseguida, el bote cayó y se dio la vuelta. Quedó con la quilla al aire antes de volver a elevarse, y el agua lo lanzó hacia otro lado como podría haber hecho un niño con un juguete del que se hubiera cansado.

Vi cabezas surgiendo a duras penas sobre el agua durante lo que parecieron minutos interminables. Después, desaparecieron de la vista.

—Mire —oí gritar a mi salvador—. Alguien nada hacia nosotros. —Se trataba de un hombre. De pronto, su cabeza apareció cerca de nuestro bote—. Subámoslo a bordo... Rápido..., o se sujetará al bote y nos hará naufragar.

Extendí las manos por encima de la borda. Me sentí vencida por la emoción, pues el hombre al que intentábamos izar a bordo era Lucas Lorimer. Tardamos algún tiempo en conseguir nuestro propósito. Lucas se derrumbó sobre el bote y permaneció tumbado boca abajo, muy quieto. Habría querido gritarle: «Está usted a salvo, Lucas». Y pensé: «Todo lo a salvo que se puede estar».

Le dimos la vuelta. Al reconocerlo, mi salvador contuvo la respiración y me gritó:

—Está muy mal.

—¿Qué podemos hacer?

—Está medio ahogado.

Se inclinó sobre Lucas y empezó a presionarle el tórax para sacarle el agua de los pulmones. Estaba tratando de salvarle la vida a Lucas, y me pregunté durante cuánto tiempo sería capaz de seguir intentándolo.

Pero al menos fue útil tener algo que hacer. Estaba lográndolo. Lucas parecía recuperarse poco a poco. En su pierna izquierda había algo extraño. De vez en cuando se la tocaba con la mano. Estaba semiinconsciente, pero se daba cuenta de que algo andaba mal.

—Ya no se puede hacer nada más —murmuró mi salvador.

—¿Se pondrá bien?

El marinero se encogió de hombros.

Transcurrieron por lo menos un par de horas antes de que el viento empezara a amainar. Las ráfagas eran cada vez menos frecuentes y nosotros seguíamos a flote.

Lucas aún no había abierto los ojos; permanecía tumbado en el fondo del bote, inerte. Mi otro compañero se dedicaba a reparar la embarcación. No sabía qué estaba haciendo, pero parecía tratarse de algo importante, y el hecho de que nos hubiéramos mantenido a flote me hizo comprender que él sabía cómo funcionaban las cosas.

Me miró de pronto, descubriendo que estaba observándole.

—Debería dormir un poco —me dijo—. Está usted agotada.

—Usted también...

—OH..., hay bastantes cosas que hacer para mantenerme despierto.

—La situación ha mejorado, ¿verdad? ¿Tenemos alguna posibilidad?

—¿De que nos recojan? Quizá. Por el momento tenemos suerte. Hay un bidón de agua y una caja de galletas..., bien estibadas debajo del asiento. Son raciones de emergencia. Eso nos ayudará a mantenernos durante algún tiempo. El agua es lo más importante. Con eso podremos sobrevivir..., al menos por el momento.

—¿Y él...? —pregunté, señalando a Lucas.

—Está mal. Respira con dificultad. Ha estado a punto de ahogarse..., y creo que tiene la pierna rota.

—¿Podemos hacer algo?

—Nada —contestó, sacudiendo la cabeza—. No disponemos de nada adecuado. Tendrá que esperar. Debemos procurarnos una vela. Usted no puede hacer nada, de modo que será mejor que intente dormir. Se sentirá mejor.

—¿Y usted?

—Quizá más tarde. Seguiremos el rumbo que nos marque el viento. No podemos gobernar el bote. Si tenemos suerte seremos impulsados a lo largo de las rutas comerciales. Si no... —Se encogió de hombros y después añadió con suavidad—: Lo mejor que puede hacer es intentar dormir un poco. Eso obra maravillas.

Cerré los ojos y, ante mi propia extrañeza, le obedecí.

Cuando me desperté había salido el sol. De modo que habíamos llegado al nuevo día. Miré a mí alrededor. El cielo estaba manchado de rojo, lo que lanzaba un reflejo rosa sobre el mar. Seguía soplando una brisa fuerte que levantaba crestas blancas sobre las olas. Eso significaba que debíamos de estar avanzando a buena velocidad, aunque nadie sabía hacia dónde. Estábamos a merced del viento.

Lucas seguía tumbado en el fondo del bote. El otro hombre me observaba con intensidad.

—¿Ha dormido? —preguntó.

—Sí, y por lo que parece durante bastante tiempo.

—Lo necesitaba. ¿Se siente mejor?

Asentí con un gesto y después pregunté:

—¿Qué ha ocurrido?

—Como puede ver, el mar está en calma.

—La tormenta se ha alejado.

—Cruce los dedos. Por el momento ha amainado, pero puede resurgir en

cuestión de minutos. En cualquier caso, eso significa que disponemos de una segunda oportunidad.

—¿Cree que hay alguna esperanza de que alguien nos recoja?

—Creo que nuestras posibilidades son del cincuenta por ciento.

—¿Y en caso contrario?

—El agua no durará mucho.

—Dijo usted algo sobre una caja de galletas.

—Hummm... Pero el agua es lo más importante. Tendremos que racionarla.

—¿Y qué hacemos con él? —pregunté, señalando a Lucas.

—Usted le conoce.

Fue una afirmación, no una pregunta.

—Sí. Nos hicimos amigos durante la travesía.

—La he visto hablando con él.

—¿Está malherido?

—No lo sé. No podemos hacer nada al respecto.

—Desearía...

—No espere gran cosa. El destino podría creer que se muestra usted demasiado codiciosa. Acabamos de escapar de la forma más milagrosa posible.

—Lo sé. Gracias a usted.

—Aún tendremos que seguir confiando en más milagros —me dijo, sonriendo con timidez.

—Desearía que pudiéramos hacer algo por él.

—Debemos tener cuidado —dijo, sacudiendo la cabeza—. Podríamos volcar en cualquier instante.

Asentí con un gesto.

—Mis padres... —empecé a decir.

—Quizá escaparon en uno de los botes.

—Vi cómo uno de los botes se alejaba... y naufragaba.

—No habrá mucha esperanza para ninguno de sus ocupantes.

—Me extraña mucho que este pequeño bote haya sobrevivido. Si logramos salir de esta, todo habrá sido gracias a usted.

Guardamos silencio y, al cabo de un rato, tomó el bidón de agua y bebimos un pequeño sorbo. Después, lo tapó con mucho cuidado.

—Tendremos que hacerla durar —dijo—. El agua es un líquido vital..., recuérdelo. Asentí con un gesto.

Las horas fueron transcurriendo. Lucas abrió los ojos y me miró con una expresión de alivio.

—¿Rosetta? —murmuró.

—¿Sí, Lucas?

—¿Dónde...?

Sus labios formaron la palabra, pero de ellos apenas surgió sonido alguno.

—Estamos en un bote salvavidas. Creo que el barco se ha hundido. Estás bien.

Estás conmigo y con...

Parecía absurdo, pero lo cierto es que no conocía el nombre de mi salvador. Es posible que fuera un marinero de cubierta, pero ahora era mi salvador, el hombre que nos había salvado valientemente. De todos modos, Lucas no podía oír bien. No mostró ninguna sorpresa y cerró los ojos. Dijo algo. Tuve que inclinarme sobre él para oír sus palabras.

—Mi pierna...

Teníamos que hacer algo al respecto, sí, pero ¿qué? No disponíamos de botiquín de primeros auxilios, y debíamos tener mucho cuidado cada vez que nos movíamos en el bote. Incluso en un mar tan apacible como el que había entonces se podía balancear de modo peligroso, y sabía que cualquiera de nosotros podía caer con facilidad por la borda.

El sol se fue elevando en el cielo y empezó a hacer un intenso calor. Afortunadamente, la brisa persistió, aunque era más ligera. Nos impulsaba con suavidad, pero no sabíamos en qué dirección.

—Será mucho más fácil cuando salgan las estrellas —dijo mi salvador.

Se llamaba John Player. Creo que me lo dijo con cierta mala gana.

—¿Te importa que te llame John? —pregunté, tuteándole por primera vez.

—En tal caso yo te llamaré Rosetta. Ahora estamos en igualdad de condiciones... Ya no somos una pasajera y un marinero. El temor a la muerte iguala muchas cosas.

—No necesito sentir ese temor para tutearte —repliqué—. En estas condiciones sería absurdo gritar: «¡Señor Player, me estoy ahogando! ¡Sálveme, por favor!».

—Sí, sería absurdo —admitió—. Pero espero que no tengas que gritarlo.

—¿Podrás dirigir la barca con las estrellas, John? —le pregunté.

—No soy un navegante experimentado —contestó, encogiéndose de hombros—, pero uno aprende algo en el mar. Si tenemos una noche despejada es posible que sepamos hacia dónde nos dirigimos. Anoche estaba todo demasiado nublado para ver nada.

—La dirección podría cambiar. Después de todo, dijiste que eso dependería del viento.

—Sí, tenemos que dirigirnos hacia donde nos lleve el viento. Eso le da a uno una gran sensación de impotencia.

—Es como depender de los demás para las cosas esenciales de la vida. ¿Crees que Lucas Lorimer va a morir?

—Parece bastante fuerte. Creo que su principal problema es la pierna. Debió de haberse dado un buen golpe al volcar la barca en la que iba.

—Desearía poder hacer algo.

—Lo mejor que puedes hacer ahora es mantener los ojos abiertos. Ante la menor señal en el horizonte tendremos que hacer algo para llamar su atención. Poner una bandera...

—¿Dónde podríamos encontrar una bandera?

—Colocando una de tus enaguas en un palo..., algo así.

—Creo que dispones de muchos recursos.

—Quizá, pero lo que busco ahora es otro golpe de buena suerte.

—Es posible que ya tuviéramos toda la suerte del mundo cuando logramos salir con vida del naufragio.

—En cualquier caso, necesitamos un poco más. Mientras tanto, hagamos lo que sea necesario para buscarla. Mantén los ojos bien abiertos. En cuanto veamos el más pequeño punto en el horizonte idearemos algún tipo de señal.

La mañana transcurrió con lentitud. Llegó la tarde. Nos desplazábamos pausadamente sobre la superficie del agua. Lucas abría los ojos de vez en cuando y decía algo, aunque estaba claro que no se daba cuenta de la situación.

Afortunadamente, el sol quedó cubierto por unas pocas nubes, lo cual hizo más soportable el calor. No sabía qué podía ser peor, si la lluvia, que podría significar una tormenta, o aquel calor tan intenso. John Player se había dormido de agotamiento. Parecía muy joven. Estuve haciéndome preguntas acerca de él, como un medio de distraerme de la situación desesperada en que estábamos. ¿Cómo se había convertido en marinero de cubierta? Estaba segura de que debía de tener un pasado oculto. Parecía rodeado de un aire de misterio. Se mostraba muy cauteloso..., casi como un vigilante furtivo. Durante las últimas horas no percibí esas cualidades debido a que él se dedicó con total intensidad a una sola cosa: salvar nuestras vidas. Esto había determinado cierta relación entre nosotros. Supongo que fue natural que sucediera así.

No podía dejar de pensar en mis padres. Intenté imaginármelos en el momento en que salieron a cubierta, con aquella actitud tan infantil y atolondrada con que se enfrentaban a la vida cuando esta no se centraba alrededor del Museo Británico. No tenían la menor conciencia de las cosas prácticas de la vida. Jamás tuvieron que preocuparse por ellas. Otras personas se habían encargado de eso, dejándolos en libertad para llevar a cabo sus estudios.

¿Dónde estarían ahora? Pensé en ellos con una especie de tierna desesperación.

Me imaginé que habrían sido empujados al interior de uno de los botes salvavidas, sin que mi padre dejara de lamentar la pérdida de sus notas, antes que la de su hija.

Pero quizá estuviera equivocada. Quizá se habían preocupado por mí mucho más de lo que yo admitía. ¿Acaso no me habían puesto el nombre de Rosetta, como el de la piedra preciosa?

Escudriñé el horizonte. No debía olvidar que estaba de guardia. Tenía que estar preparada en el caso de que apareciera un barco. Me había quitado las enaguas, sujetándolas a un trozo de madera. En cuanto viera algo parecido a una embarcación, despertaría a John y no perdería tiempo en agitar mi improvisada bandera.

El día fue transcurriendo con lentitud sin que nada sucediera, completamente rodeados por aquella enorme extensión de agua. Mirara a donde mirase, solo veía un gran vacío.

Llegó la noche. John Player se despertó. Se sintió avergonzado por haber dormido tanto.

—Lo necesitabas —le aseguré—. Estabas totalmente exhausto.

—¿Has mantenido la vigilancia?

—Te aseguro que no he visto la menor señal de barco alguno.

—Tendrá que aparecer uno en algún momento.

Bebimos un poco más de agua y comimos una galleta.

—¿Qué hay de Lucas? —pregunté.

—Si se despierta le daremos algo.

—¿Permanecerá inconsciente durante mucho tiempo?

—No debería ser así. Pero quizá le siente bien. Esa pierna podría dolerle mucho.

—Desearía hacer algo por él.

—No podemos hacer nada. —Negó con la cabeza—. Lo hemos subido a bordo.

Eso es todo lo que pudimos hacer.

—Y tú le aplicaste la respiración artificial.

—Lo hice lo mejor que pude. Pero creo que funcionó bien. Bueno, eso fue todo lo que pudimos hacer —repitió.

—Cómo me gustaría que apareciera un barco.

—Y a mí.

La noche cayó sobre nosotros..., era nuestra segunda noche. Dormité un poco y soñé que estaba en la cocina de nuestra casa, en Bloomsbury. «Fue en una noche como esta cuando fue asesinado el judío polaco...»

¡Una noche como esta! Y entonces me desperté. El bote apenas se movía. Distinguí con dificultad a John Player escudriñando el espacio ante él.

Cerré los ojos. Me habría gustado regresar al pasado.

Nos encontrábamos ya en nuestro segundo día como náufragos. El mar estaba en calma y volví a cobrar conciencia de la inmensa soledad del océano. Parecía como si en todo el mundo solo existiéramos nosotros y nuestro pequeño bote.

Lucas recuperó la conciencia a lo largo de la mañana.

—¿Qué le sucede a mi pierna? —preguntó.

—Creo que se ha roto el hueso —le dije—. No podemos hacer nada. John cree que no tardaremos en ser recogidos por un barco.

—¿John? —preguntó.

—John Player. Ha sido maravilloso. Nos ha salvado la vida.

—¿Hay alguien más? —preguntó Lucas, asintiendo.

—Solo nosotros tres. Estamos en un bote salvavidas. Tuvimos una suerte enorme.

—No puedo evitar sentirme contento por el hecho de que estés aquí, Rosetta.

Le sonreí. Después, le dimos de beber un poco de agua.

—Eso ha estado bien —dijo—. Me siento tan impotente...

—Nosotros también —repliqué—. Ahora todo depende de que nos encuentre un barco.

Por la tarde, John distinguió algo que le pareció tierra. Me llamó, lleno de excitación, y señaló hacia el horizonte. Solo pude divisar una especie de giba oscura. La observé con fijeza. ¿Sería un espejismo? ¿Anhelábamos tanto hallarla que la creábamos con nuestra imaginación torturada? Llevábamos a la deriva dos días y dos

noches, pero aquel espacio de tiempo parecía una eternidad. Mantuve los ojos fijos en el horizonte.

El bote no parecía moverse en absoluto. Allí estábamos, sobre un mar sereno, y si la tierra se hallaba realmente cerca había la posibilidad de que no pudiéramos alcanzarla.

Transcurrió la tarde. La tierra desapareció y nuestro ánimo se hundió.

—Nuestra única esperanza es que nos encuentre un barco —dijo John—. Solo Dios sabe si lo conseguiremos. No tengo idea de lo lejos que nos encontramos de las rutas comerciales.

Se levantó una ligera brisa, que nos impulsó un poco. Yo estaba de guardia, y volví a distinguir tierra. Ahora estaba más cerca.

Llamé a John.

—Parece una isla—dijo él—. Si el viento soplara en esa dirección...

Transcurrieron varias horas. La tierra se fue acercando y luego se alejó. Se levantó un viento algo más fuerte y unas nubes oscuras aparecieron en el horizonte. John estaba ansioso.

De pronto, lanzó un grito de alegría.

—¡Nos estamos acercando! ¡Oh, Dios..., ayúdanos! El viento..., el bendito viento..., nos empuja hacia tierra.

Me sentí envuelta por una tensa excitación. Lucas abrió los ojos y dijo:

—¿Qué sucede?

—Creo que estamos cerca de tierra —le dije—. Si solo...

—Es una isla —dijo John a mi lado—. Mirad, nos estamos acercando...

—¡Oh, John! —murmuré—. ¿Es posible que nuestras oraciones hayan encontrado respuesta?

Se volvió de pronto hacia mí y me besó en la mejilla. Le sonreí y él me sujetó la mano con fuerza. En ese momento nos sentimos demasiado emocionados para seguir hablando.

Poco después nos encontramos en aguas poco profundas y algo más tarde la quilla del bote rozó el fondo. John saltó al agua y yo le seguí. Experimenté una inmensa sensación de triunfo al verme allí de pie, con el agua cubriéndome los tobillos.

Tardamos bastante tiempo en poder arrastrar el bote hasta terreno seco.

La isla en la que acabábamos de desembarcar era muy pequeña, apenas una roca sobresaliendo del mar. Vimos unas pocas palmeras cocoteras y algo de follaje. El terreno se elevaba con brusquedad a partir de la playa, y supuse que esa era la razón por la que no quedaba completamente sumergida. Lo primero que hizo John fue examinar por entero el contenido del bote. En uno de los compartimentos situados bajo el asiento descubrió encantado otra caja de galletas y otro bidón de agua, así como un botiquín de primeros auxilios donde había vendas y una cuerda, lo que nos permitió sujetar el bote al tronco de una palmera. Todo ello nos proporcionó una maravillosa sensación de seguridad.

El hecho de haber encontrado más agua potable encantó a John.

—Eso nos permitirá mantenernos con vida durante algunos días más.

Lo primero que hice fue pensar en la pierna de Lucas. Recordé que, en cierta ocasión en que Dot se rompió un brazo, el señor Dolland intervino antes de que llegara el médico. Me habían contado lo sucedido con todo lujo de detalles y ahora traté de recordar lo que había hecho el señor Dolland.

Hice lo que pude, con la ayuda de John. Descubrimos la fractura del hueso y tratamos de unirlo. Encontramos un trozo de madera que sirvió de tablilla, y las vendas también fueron muy útiles. Lucas dijo que se sentía bastante más cómodo, pero yo temía que nuestros esfuerzos no hubieran alcanzado mucho éxito y que, en cualquier caso, hubieran llegado demasiado tarde.

Resultaba extraño ver de pronto a aquel hombre autosuficiente y mundano dependiendo por completo de nosotros.

John se hizo cargo de todos. Era un líder natural. Nos dijo que había asistido a los ejercicios de entrenamiento a bordo del *Atlantic Star*, como todos los tripulantes, y que había aprendido algunas cosas sobre cómo actuar en caso de emergencia. Eso le servía ahora de mucho. Deseaba haber prestado mayor atención a los entrenamientos, pero al menos recordaba algo de lo que se le había enseñado.

Nos sentíamos impacientes por explorar la isla. Encontramos unos cuantos cocos. John los agitó y escuchó la leche que contenían. Elevó los ojos al cielo.

—Alguien allá arriba parece ocuparse de nosotros —dijo.

Los días que pasé en aquella isla permanecen en mi memoria como algo que jamás podré olvidar. John resultó una persona muy ingeniosa; un hombre práctico y lleno de recursos, siempre estaba intentando descubrir formas que nos ayudaran a sobrevivir.

Dijo que debíamos contabilizar el tiempo transcurrido. Para ello, hizo una muesca en un palo. Sabía que habíamos estado tres noches a la deriva, de modo que conocíamos el principio. Ahora, Lucas era plenamente consciente de lo que sucedía. Le resultaba enloquecedor verse inmovilizado, pero creo que su mayor preocupación era ser un estorbo para nosotros.

Intentamos asegurarle que no era así, y que necesitábamos que alguien se mantuviera siempre de guardia. Podía permanecer junto al bote y escudriñar el horizonte mientras John y yo explorábamos la isla en busca de alimentos, o llevando a cabo los trabajos necesarios. En nuestros chalecos salvavidas había silbatos, de modo que podría llamarnos en cuanto distinguiera un barco o sucediera algo insólito.

Resulta extraño comprobar cómo puede una sentirse tan cerca de otro ser humano en tales circunstancias. Eso fue lo que nos sucedió a John y a mí. Antes del naufragio, Lucas había sido mi amigo y John casi un extraño. Ahora, en cambio, parecíamos dos buenos amigos.

Hablaba conmigo con más franqueza cuando estábamos a solas que en presencia de Lucas. En su actitud había algo muy amable. El comprendía los sentimientos de Lucas, se daba cuenta de cómo se sentiría si estuviera en su lugar, y delante de él jamás mencionaba sus temores de quedarnos sin reservas de agua. No

obstante, a mí sí me lo comentaba. Había ideado un sistema de racionamiento. Bebíamos un poco a la salida del sol, al mediodía y a la puesta del sol.

—El agua es lo más precioso que tenemos —dijo—. Sin ella estaríamos acabados. Nos deshidrataríamos en muy poco tiempo. Una persona joven y saludable puede pasar sin comer, quizá durante un mes entero, pero necesita agua. Solo podemos beber un poco cada vez. Hay que beberla con lentitud, mantenerla en la boca durante un rato para aprovecharla al máximo. Mientras tengamos agua, sobreviviremos. Recogeremos algo más si llueve. Nos las arreglaremos bien.

Me sentía cómoda a su lado. Deposité en él una confianza inmensa. Él lo sabía y creo que la fe que yo sentía le daba el valor y el poder para hacer lo que de otro modo habría parecido imposible.

Juntos exploramos la isla, en busca de cualquier clase de alimento, mientras Lucas se quedaba vigilando. A veces caminábamos en silencio, y otras veces hablábamos.

Nos habíamos alejado poco más de un kilómetro de la orilla, subiendo hasta la cumbre del acantilado. Desde allí contemplamos la isla con claridad y después atisbamos todo el horizonte.

Me sentí invadida por una sensación de la más extrema soledad, y creo que a John le sucedió otro tanto.

—Siéntate un momento, Rosetta—me dijo—. Creo que te hago trabajar demasiado.

—Tú eres el único que trabaja demasiado —repliqué, riéndome—. Ninguno habría sobrevivido de no haber sido por ti.

—A veces pienso que jamás lograremos salir de esta isla.

—Pues claro que saldremos. Solo llevamos en ella unos pocos días. Ya verás cómo saldremos. Fíjate cómo llegamos a tierra. ¿Quién lo habría creído? Ya verás como pasará algún barco...

—Y si pasa... —empezó a decir, pero se detuvo, mirando hacia lo lejos. Esperé a que continuara, pero cambió la frase—: Creo que esta isla no se encuentra en la ruta de los barcos.

—¿Por qué no iba a estarlo? Espera y verás...

—Afrontemos la realidad. Nos quedaremos sin agua.

—Lloverá y recogeremos toda la que podamos.

—Tenemos que encontrar comida. Se nos están acabando las galletas.

—¿Por qué hablas así? No parece propio de ti.

—¿Cómo lo sabes? No me conoces mucho, ¿verdad?

—Te conozco lo mismo que tú a mí. En ocasiones como esta las personas nos conocemos con mucha rapidez. No tenemos necesidad de mantener los convencionalismos, ni conservar las distancias como cuando estamos en casa. Aquí permanecemos juntos todo el tiempo..., noche y día. Compartimos peligros increíbles. Cuando las cosas se presentan así se conoce a las personas con suma rapidez.

—Háblame de ti —me pidió.

—Bueno..., ¿qué quieres saber? Quizá conociste a mis padres a bordo del barco.

No dejo de preguntarme qué habrá sido de ellos. ¿Habrán podido subir a un bote? Son tan distraídos... No creo que se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo. Tenían sus pensamientos puestos en el pasado. A veces hasta parecían olvidarse de mí, excepto cuando me veían. Habrían sentido mucho más interés por mi existencia si yo hubiera sido una tablilla cubierta de jeroglíficos. Por lo menos me dieron el mismo nombre que a la piedra de Rosetta.

John sonrió y yo le conté cómo había sido mi feliz infancia, pasada en su mayor parte en las estancias de la planta baja; le hablé de las sirvientas, que habían sido mis amigas, de las comidas en la cocina, de la señora Harlow, Nanny Pollock y las actuaciones del señor Dolland.

—Ya veo que no debo sentir lástima por ti.

—En modo alguno. A menudo me pregunto qué estarán haciendo en estos momentos el señor Dolland y los demás. Ya se habrán enterado del naufragio. Oh..., estarán terriblemente trastornados. ¿Y qué sucederá con la casa? ¿Y con ellos? Espero que mis padres se hayan salvado... En caso contrario, no sé qué será de todos ellos.

—Quizá no lo sepas nunca.

—Ya vuelves con lo mismo. Pero ahora te toca a ti. ¿Qué me cuentas de ti?

Permaneció en silencio durante un rato. Finalmente, dijo:

—Rosetta, lo siento.

—Está bien, no te preocupes si no quieres contármelo.

—Quiero hacerlo. Siento la necesidad de contártelo. Creo que deberías saberlo.

Rosetta..., no me llamo John Player.

—¿No? Ya lo había pensado.

—Me llamo Simon Perrivale.

Se produjo un tenso silencio. Los recuerdos se agolparon en mi mente. Estaba sentada a la mesa de la cocina..., el señor Dolland se ponía las gafas y leía algo en el periódico.

—¿No serás...? —balbuceé.

Él asintió con un gesto.

—Oh... —empecé a exclamar, pero él me interrumpió.

—Estás asombrada. Claro que lo estás. Lo siento. Quizá no debería habértelo dicho. Soy inocente. Pero quería que lo supieras. Es posible que no me creas...

—Te creo —le dije con sinceridad.

—Gracias, Rosetta. Ahora ya sabes que soy un «convicto», como dicen ellos.

—De modo que conseguiste trabajo en un barco como...

—Marinero de cubierta. Tuve mucha suerte. Sabía que estaban a punto de detenerme. Estaba seguro de que me encontrarían culpable. No habría tenido la menor oportunidad. Había muchas cosas en mi contra. Pero soy inocente, Rosetta. Te lo juro. Tuve que marcharme enseguida... Quizá más tarde..., si es posible, encontraré una forma de demostrar mi inocencia.

—Quizá habría sido mejor quedarte y afrontar la situación.

—Quizá. Y quizá no. Él ya estaba muerto cuando llegué allí. El arma de fuego estaba a su lado. La tomé entre mis manos... Todo me señalaba.

—Podrías haber demostrado tu inocencia.

—No en aquellos momentos. Todo estaba en mi contra. La prensa ya había decidido que yo era el asesino..., y así lo pensaron los demás. Tuve entonces la sensación de que no me quedaban posibilidades de luchar contra todos ellos. Decidí abandonar el país de algún modo y me dirigí hacia Tilbury. Allí tuve mucha suerte, o así me lo pareció. Hablé con un marinero en una taberna del puerto. El hombre había bebido mucho porque no quería hacerse a la mar. Su esposa estaba a punto de dar a luz, y no podía soportar la idea de dejarla sola. Tenía el corazón destrozado. Yo me aproveché de su embriaguez. No debería haberlo hecho, pero me sentía desesperado, dominado por una gran urgencia de abandonar el país..., de contar al menos con una posibilidad. Se me ocurrió que podría ocupar su puesto..., y eso fue lo que hice. Era un marinero de cubierta en el *Atlantic Star*, y se llamaba John Player. El barco zarpaba aquel mismo día... en dirección a Sudáfrica. Pensé que, si lograba llegar allí, podría empezar una nueva vida, y que quizá algún día se descubriría la verdad sobre lo sucedido y entonces podría regresar a casa. Estaba desesperado, Rosetta. Fue un plan alocado, pero funcionó. Temía constantemente que alguien pudiera descubrir el engaño..., pero nadie se dio cuenta de nada. Y después ocurrió el naufragio.

—Enseguida me di cuenta de que en ti había algo diferente a los demás, de que no encajabas en el barco.

—Lo supiste gracias a nuestros encuentros en cubierta, a primeras horas de la mañana.

—Sí.

—¿Era algo tan evidente?

—Un poco.

—Tenía miedo de Lorimer.

—Oh, comprendo. Su propia casa no está muy lejos de la mansión de los Perrivale.

—Así es. De hecho, él acudió allí en una ocasión. Yo tenía entonces unos diecisiete años. Me encontraba en los establos cuando él llegó. Fue un encuentro breve, y uno cambia mucho a esa edad. Probablemente no podía reconocerme, pero yo tenía miedo.

—¿Y ahora? —pregunté—. ¿Qué pasa ahora?

—Todo parece indicar que esto podría ser el final de la historia.

—¿Qué sucedió aquel día? ¿Puedes hablarme de ello?

—Creo que te lo puedo contar. Al fin y al cabo, uno desea hablar con alguien, y tú y yo..., bueno, nos hemos hecho amigos..., verdaderos amigos. Confiamos el uno en el otro, y aunque pensara que pudieras traicionarme, lo cierto es que aquí no podrías hacerme mucho daño, ¿verdad? ¿A quién podrías delatarme estando aquí?

—¡Jamás se me ocurriría traicionarte en ningún sitio! De todos modos, has dicho que eres inocente.

—Nunca tuve la sensación de pertenecer a la mansión de los Perrivale. Eso es algo bastante triste para un niño. Conservo vagos recuerdos de lo que solía pensar antes. La vida era cómoda y fácil. Tenía cinco años cuando todo cambió para convertirse en lo que yo llamo «el ahora». Hubo alguien a quien yo llamaba Angel. Era una mujer rolliza, cariñosa y que olía a lavanda; siempre estaba allí para

consolarme. También había otra mujer, a quien yo llamaba tía Ada. No vivía en la misma casa de campo con nosotros, pero venía a visitarnos con frecuencia, y yo solía esconderme debajo de la mesa, que estaba cubierta con un mantel rojo, aterciopelado y suave. Puedo experimentar aún la sensación de aquella tela, y el débil olor de las bolas de naftalina, y escucho una voz estridente, preguntando: «¿Por qué no, Alice?», con un tono de reproche. Alice era la persona a la que yo llamaba Angel y que olía a lavanda.

»Recuerdo cierta ocasión en que viajé en tren en compañía de Angel. Íbamos a visitar a tía Ada, al hogar de la Bruja. En aquel entonces yo creía que tía Ada era una bruja. Me agarré a la mano de Angel cuando entramos en la casa. Se trataba de una casa pequeña, con ventanas de cristales emplomados, lo que dejaba el interior en semipenumbra, aunque todo allí relucía. Tía Ada le estuvo diciendo a Angel lo que tenía que hacer. A mí me enviaron a jugar al jardín. Había agua en el fondo, y yo tenía miedo porque me veía separado de Angel y creía que tía Ada le diría que debía separarse de mí, y dejarme allí. Recuerdo la gran alegría que sentí cuando volví a verme de nuevo en el tren, en compañía de Angel. Le dije entonces: "¡No volvamos nunca a casa de la Bruja!".

»No volvimos, pero tía Ada vino a visitarnos. La oí diciendo debes hacer esto, debes hacer aquello, y Angel replicaba: "¡Bueno, Ada, las cosas son así, ya ves!". Y hablaban del chico, y yo sabía que se referían a mí. Tía Ada estaba convencida de que yo terminaría por convertirme en un criminal si no se me imponía una mayor disciplina. Algunos dirán que ella tenía razón. Pero no ha sido así, Rosetta. Soy inocente.

—Te creo —le aseguré.

—Había un hombre que solía visitarnos —siguió contando—. A su debido tiempo, descubrí que se trataba de sir Edward Perrivale. Traía regalos para Angel y para mí. Ella siempre parecía sentirse contenta cuando él venía, de modo que yo también. Solía encaramarme a sus rodillas y él me miraba y de vez en cuando me sonreía. Después decía: "Buen chico. Eres un chico estupendo". Y eso era todo. Pero yo pensaba que era algo bastante agradable y que representaba un cambio con respecto a tía Ada.

»Un día había estado jugando en el jardín y entré en la casa. Me encontré a Angel sentada en una silla, ante la mesa. Se había llevado la mano al pecho, estaba pálida y apenas podía respirar. Me eché a llorar. "¡Angel, Angel, estoy aquí!" Me asusté mucho porque ella no me miraba. Y de pronto, cerró los ojos y ya no fue más como Angel. Yo estaba muy asustado y no hacía más que pronunciar su nombre. Cayó hacia delante, sobre la mesa. Empecé a gritar. Acudió gente. Me apartaron de allí, y supe que algo terrible había sucedido. Después vino tía Ada, y no sirvió de nada esconderse debajo de la mesa. No tardó en encontrarme y me dijo que era un niño travieso. Pero a mí no me importaba lo que me llamara. Yo solo quería que Angel estuviera allí.

»Estaba muerta. Fue una época extraña, desconcertante. No recuerdo gran cosa..., excepto que hubo un constante flujo de gente que acudió a la casa, y a mí ya no me parecía el mismo lugar de antes. Ella estaba en un ataúd colocado en el salón,

con las cortinas echadas. Tía Ada me tomó de la mano y me acercó al ataúd para verla por última vez! Me hizo besar su helado rostro. Yo grité y traté de huir. La que estaba allí no era la Angel que yo había conocido..., indiferente ante mi presencia y mi necesidad de ella. ¿Por qué te cuento todo esto..., y lo hago como si fuera un niño? ¿Por qué no me limito a decirte que murió y basta?

—Me lo estás contando como se debe contar —le dije—. Me has descrito la situación tal y como tú mismo la viviste..., y así es como quiero verla.

—Aún escucho el sonido del toque de difuntos —siguió diciendo—. Aún veo a las figuras vestidas de negro y a tía Ada, como una tenebrosa profetisa del inminente desastre..., observándome todo el tiempo, amenazadora.

»Sir Edward acudió para asistir al funeral. Se habló mucho y siempre había referencias al chico! Yo sabía que mi futuro estaba en el fiel de la balanza, y me sentía muy asustado.

»Le pedí a la señora Stubbs, que solía venir por casa, que fregara el suelo donde estaba el ataúd, y ella me dijo: "¡No te preocupes en absoluto por ella. Está a salvo. Ahora se encuentra en el cielo, con los verdaderos ángeles!". Entonces, oí que alguien decía: "El chico tendrá que marcharse con Ada, claro".

»No podía imaginar un destino peor que aquel. Casi lo había sospechado ya. Ada era la hermana de Angel, y puesto que Angel estaba ahora en el cielo, alguien tenía que encargarse del chico. Pero yo sabía que me quedaba una cosa por hacer. Tenía que encontrar a Angel, de modo que me dispuse a ir al cielo para verla y decirle que debía regresar o yo me quedaría con ella allí donde estuviera.

»No había llegado muy lejos cuando me encontré con uno de los granjeros conduciendo un carro lleno de heno. El hombre se detuvo y me preguntó: "¿Adonde vas, jovencito?". Y yo le contesté: "¡Voy al cielo!". "Es un largo camino", me dijo. "¿Y piensas ir tú solo?" "Sí", le contesté. "Angel está allí y yo voy a verla." "Eres el pequeño Simon, ¿verdad?", me preguntó. "He oído hablar de ti. Anda, sube y te llevaré un rato." "¿Es que usted también va al cielo?", le pregunté. "No, espero que todavía no", me contestó. "Pero conozco el camino que debes seguir." Me aupó al carro y me colocó junto a él, en el pescante. Y lo que hizo fue llevarme de regreso a casa. Sir Edward fue el primero en verme. Llevándose una mano a la cabeza, el hombre que me había traicionado dijo: "Disculpe, señor, pero este chico pertenece aquí. Lo he recogido en el camino. Según me ha dicho, iba camino del cielo. Creí que sería mejor traerlo de vuelta, señor".

»Sir Edward tenía una extraña expresión en su rostro. Le dio algo de dinero al hombre, así como las gracias, y después me dijo: "Tenemos que hablar, ¿verdad?". Me llevó al interior de la casa y me hizo entrar en el salón, donde todavía olía a lirios, pero el ataúd ya no estaba allí y, experimentando una terrible sensación de soledad, me di cuenta de que ella ya no estaría allí nunca más.

»Sir Edward me puso sobre sus rodillas. Pensé que iba a decirme: "¡Estupendo, muchacho!", pero no lo hizo. Lo que me dijo fue: "De modo que tratabas de encontrar el camino para ir al cielo, ¿no es así, muchacho?". Yo asentí y él añadió: "No es un sitio al que tú puedas llegar". Yo le observaba la boca mientras hablaba. Tenía una línea de pelo sobre el labio superior, y una barba puntiaguda..., estilo Vandyke,

aunque eso no lo sabía yo entonces. "¿Por qué te has marchado?", me preguntó. Yo no fui capaz de expresarme con lucidez. Me limité a decir: "¡Tía Ada!". A pesar de todo, él pareció comprender. "No quieres ir a vivir con ella, ¿verdad? Pero es tu tía." Sacudí la cabeza, negándolo: "¡No, no, no!". "No te gusta ella, ¿verdad?" Yo asentí y entonces él dijo: "Bien, bien. Veamos qué se puede hacer". Él estaba muy pensativo. Creo que fue entonces cuando tomó una decisión, ya que al día siguiente oí decirle a alguien que me iban a llevar a una gran mansión. Sir Edward iba a aceptarme en su familia.

Se detuvo un instante en su narración y me sonrió.

—Supongo que habrás sacado tus propias conclusiones —prosiguió—. Y estoy seguro de que serán correctas. En efecto, yo era su hijo..., un hijo ilegítimo, aunque me resultó difícil creerlo tratándose del hombre a quien más tarde llegué a conocer tan bien. Estaba seguro de que amó a mi madre, Angel. Cualquiera la habría amado. Eso fue lo que percibí cuando los vi juntos, aunque, claro está, él no podía casarse con ella. Mi madre no pertenecía a su clase social. Seguramente él se enamoró de ella, la instaló en aquella casa de campo y acudía a visitarla de vez en cuando. Nadie me dijo nunca estas cosas, ni sir Edward ni ninguna otra persona. Solo fue una suposición mía, pero me pareció tan plausible que terminó siendo aceptada por todos. ¿Por qué, si no, me habría admitido en su hogar, cuidándome y educándome como a uno de sus propios hijos?

—De modo que así fue como llegaste a Perrivale Court —dije.

—En efecto. Yo era dos años mayor que Cosmo y tres más que Tristan. En ese aspecto tuve mucha suerte ya que de otro modo lo habría pasado muy mal. Aquellos dos años de diferencia me proporcionaron cierta ventaja. Y yo la necesitaba porque, tras haberme instalado en su casa, sir Edward pareció perder interés por mí, aunque en varias ocasiones le vi observándome a hurtadillas. Entre los sirvientes se despertó cierto resentimiento contra mí. De no haber sido por la niñera probablemente habría estado allí tan mal como en casa de tía Ada. Pero la niñera se compadeció de mí. Me dio cariño y me protegió. Siempre recuerdo lo mucho que le debo a aquella buena mujer.

»Más tarde, cuando yo tenía unos siete años, tuvimos un tutor, el señor Welling, y recuerdo que me llevaba bien con él. Debió de enterarse de los rumores, pero eso no le afectó en absoluto. Yo era un niño mucho más serio que Cosmo y Tristan y, además, dos años mayor.

»Estaba, desde luego, lady Perrivale. Se trataba de una persona terrible, y me alegró mucho que pareciera no darse cuenta de mi existencia. Raras veces hablaba conmigo e incluso tuve la impresión de que ni siquiera me veía. Era una mujer corpulenta a la que todos temían, excepto sir Edward, claro. En aquella mansión, todo el mundo sabía que su dinero había salvado Perrivale Court, y que era hija de un millonario propietario de minas de carbón o de una siderurgia. Parecía existir una divergencia de opinión al respecto. Era hija única y su padre quiso que tuviera un título, para lo cual estuvo dispuesto a pagar lo que fuera, y buena parte del dinero ganado con el carbón o el hierro se dedicó a reforzar los techos y los muros de Perrivale Court. Debió de haber sido un buen acuerdo para sir Edward, ya que,

además de haberle permitido conservar el techo sobre su cabeza, ella también le dio dos hijos. Yo solo tenía un deseo: no cruzarme en el camino de ella. Y bien..., ahora ya tienes una imagen del hogar en que me crié.

—Sí, ¿y después tuviste que ir a la escuela?

—Sí, pero eso fue algo decididamente bueno para mí. Allí se me trató como un igual entre otros. Yo era aplicado, bastante bueno en el deporte y me las arreglé muy bien. Perdí un poco de aquella agresividad que había ido acumulando durante los años anteriores, cuando estaba dispuesto a defenderme incluso antes de necesitarlo. Buscaba desaires e insultos allí donde no los había. Sí, la escuela fue muy buena para mí.

»Pero la escuela terminó. Dejamos de ser chicos. En la propiedad había suficiente trabajo para todos, y los tres trabajábamos relativamente bien juntos. Los tres nos habíamos hecho adultos.

»Yo tenía veinticuatro años cuando el mayor Durrell se instaló a vivir en las cercanías. Llegó acompañado de su hija. Era una joven viuda que tenía una niña pequeña. La viuda era asombrosamente hermosa, con el cabello pelirrojo y los ojos verdes. Algo bastante insólito. Todos nos sentimos fascinados por ella. Cosmo, y sobre todo Tristan, pero ella prefirió a Cosmo y se anunció su compromiso.

Le miré con intensidad. ¿Le había gustado a él la viuda, tal y como se había sugerido? ¿Acaso la perspectiva de su matrimonio con otro despertó su cólera, su desesperación o sus celos? ¿Tenía la intención de que la viuda fuera suya? No. Creí en él. Me había hablado con la más completa sinceridad. Me había descrito la habitación de los niños, presidida por la amable niñera, y la llegada de aquella fascinante viuda..., Mirabel, según habían informado los periódicos.

—Sí —continuó diciendo—, ella prefirió a Cosmo. Lady Perrivale se sintió encantada. Estaba muy ansiosa de que sus hijos se casaran y le dieran nietos, y le gustó mucho que Cosmo se convirtiera en el prometido de Mirabel. Al parecer, la madre de Mirabel había sido antigua compañera suya en el colegio, y según oí decir era su mejor amiga. Se había casado con el mayor y, aunque ahora había muerto, lady Perrivale recibió muy cálidamente al viudo y a su hija como sus vecinos. Conocía al mayor desde que este se casó con su buena amiga. Él le había escrito, comunicándole que se había retirado del ejército y que estaba pensando en instalarse en alguna parte. ¿Qué tal le parecía en Cornualles? La perspectiva le gustó mucho a lady Perrivale y poco después les encontró una casa de campo llamada Seashell. Así fue como el padre y la hija llegaron a vivir allí. Después, claro está, se produjo el compromiso con Cosmo, que no tardó mucho en anunciarse. Así pues, comprenderás cuál era el escenario.

—Empiezo a verlo con mucha claridad —le aseguré.

—Todos trabajábamos en la propiedad, en una granja llamada Bindon Boys. El granjero que había vivido y trabajado allí había muerto unos tres años antes, y el terreno había sido arrendado temporalmente a otro campesino, quien, sin embargo, no se hizo cargo de la casa. Se encontraba en muy mal estado y necesitaba una restauración, así como decorarla de nuevo.

—Sí, se dijeron bastantes cosas sobre Bindon Boys.

—Sí..., en un principio los lugareños la conocían con el nombre de Bindon Boys, hasta que ese se convirtió en su nombre oficial. Todos habíamos inspeccionado la casa y estábamos a punto de decidir que debía hacerse con ella.

Asentí con un gesto, Visualicé los negros titulares de la prensa: «El caso de Bindon Boys. La policía espera una detención inminente». Ahora todo lo veía de una forma muy diferente a como lo vi cuando el señor Dolland nos leyó la historia ante la mesa de la cocina.

—Estuvimos varias veces en la casa. Había mucho trabajo por hacer. Recuerdo el día con toda claridad. Cosmo y yo habíamos acordado vernos en la casa para discutir algún plan acerca de ella. Acudí a la casa y le encontré allí..., muerto... con el arma de fuego a su lado. No me lo pude creer. Me arrodillé junto a él. La chaqueta se me manchó de sangre. Su sangre. Tomé el arma entre mis manos... y fue entonces cuando apareció Tristan y me encontró. Recuerdo bien sus palabras: «¡Dios santo, Simon! ¡Le has matado!». Le dije que acababa de llegar... y que lo había encontrado muerto. Él miró fijamente el arma que aún sostenía en la mano..., y comprendí perfectamente lo que estaba pensando.

Se detuvo en seco en su narración y cerró los ojos, como si tratara de alejar aquellos recuerdos de su memoria. Le puse una mano en el hombro.

—Sabes que eres inocente, Simon —le dije—. Y algún día lo demostrarás.

—Si no logramos salir de esta isla nadie sabrá jamás la verdad.

—Vamos a salir de aquí —afirmé—. Lo presiento.

—Solo es una esperanza.

—La esperanza es buena cosa.

—Pero te desgarras el corazón cuando es infundada.

—Pero no es este el caso. Vendrá un barco. Lo sé. Y entonces...

—Sí, entonces ¿qué? Tendré que ocultarme. No puedo regresar. No me atrevo. Si lo hiciera me detendrían y, como quiera que he escapado, todos dirán que eso prueba mi culpabilidad.

—¿Qué sucedió en realidad? ¿Tienes alguna idea?

—Creo que existe una posibilidad de que fuera el viejo Harry Tench. Odiaba a Cosmo. Unos años antes había alquilado una de las casas de campo. Era un hombre que bebía mucho, y el lugar quedó arruinado. Cosmo lo echó y colocó en su lugar a otro hombre. Tench se marchó, pero luego regresó. Se había convertido en un vagabundo, en una especie de tunante. La gente dijo que había jurado vengarse de los Perrivale, y de Cosmo en particular. Hacía varias semanas que no se le veía por los alrededores, pero si había planeado matar a Cosmo lo más probable es que procurara no dejarse ver por allí. Durante la investigación se mencionó su nombre, pero en último término se le descartó como sospechoso. Yo era un sospechoso más probable. Se dijeron muchas cosas sobre la enemistad entre Cosmo y yo. De pronto, toda la gente parecía recordar cosas de las que ni siquiera yo era consciente. Se concedió mucha importancia al compromiso matrimonial entre Mirabel y Cosmo.

—Lo sé. El clásico *crime passionnel*. ¿Estabas... enamorado de ella?

—Oh, no. Todos nos sentimos un poco deslumbrados por ella..., pero no, no estaba enamorado.

—Y cuando se anunció su compromiso con Cosmo..., ¿demostraste de alguna forma sentirte desilusionado?

—Probablemente, Tristan y yo expresamos la suerte que había tenido Cosmo, y aseguramos envidiarle o algo por el estilo. Pero no creo que lo dijéramos muy en serio. —Se produjo un silencio. Después, añadió—: Ahora ya lo sabes todo. Y me alegra habértelo contado. Es como si me hubiera descargado un peso de los hombros. Dime... ¿te conmueve saber que estás en compañía de un sospechoso de asesinato?

—Solo puedo pensar en que esa persona me salvó la vida..., y también la de Lucas.

—Así como la mía, claro.

—Bueno, si no hubieras salvado tu vida, ninguno de nosotros estaríamos aquí. Me alegra que me lo hayas contado todo. Desearía que se pudiera hacer algo..., enderezar las cosas..., para que pudieras regresar. Quizá lo consigas algún día.

—Eres optimista. Crees que vamos a abandonar esta isla olvidada de Dios. Crees en los milagros.

—Bueno, me parece que he presenciado algunos en estos últimos días.

Me tomó de la mano y la apretó.

—Tienes razón y yo me muestro como un desagradecido. Nos recogerán..., y quizá algún día regresaré a Perrivale Court y todos sabrán la verdad.

—Estoy segura de ello —le dije levantándome—. Hemos estado hablando durante mucho tiempo. Lucas se estará preguntando qué ha sido de nosotros.

Transcurrieron otros dos días. Las reservas de agua habían disminuido mucho y empezábamos a quedarnos sin cocos. Simon había encontrado un robusto palo que Lucas utilizó a modo de muleta. Según dijo, la pierna le dolía menos, pero yo no confiaba mucho en que se la hubiéramos entablillado bien. A pesar de todo, fue capaz de avanzar unos pocos pasos, cosa que le alegró mucho.

Cuando estábamos solos, Simon me contó más detalles de su vida y tuve una imagen mucho más clara de cómo había sido esta. Me sentía fascinada. Anhelaba ser de alguna ayuda para descubrir la verdad y contribuir a establecer su inocencia. Quise saber más detalles de Harry Tench. Ya había decidido que él fue el asesino. Simon dijo que Cosmo no debía haberse mostrado tan duro con aquel hombre. Ciertamente que Harry Tench era un pobre campesino, y que si la propiedad debía prosperar se la debía cuidar de modo adecuado, pero habría podido conservar a Harry Tench dándole algún otro trabajo. Cosmo, sin embargo, insistió en que aquel hombre no servía para nada como trabajador; es más, Tench se había mostrado insolente, algo que Cosmo no pudo aceptar.

Hablamos de cómo Harry Tench pudo matar a Cosmo. No tenía hogar fijo; a menudo dormía en los graneros; en alguna ocasión admitió haber dormido en Bindon Boys. Quizá estaba allí cuando llegó Cosmo, poco antes de que apareciera Simon. Quizá creyó que su oportunidad había llegado. Pero estaba el tema del arma de fuego. Eso necesitaba una explicación. Se descubrió que procedía del salón de armas de Perrivale Court. ¿Cómo podría haberse apoderado de ella un hombre como Harry Tench?

Seguimos hablando del tema, y yo estaba segura de que para Simon fue un gran

alivio poder compartirlo con alguien.

Transcurría el quinto día de nuestra estancia en la isla, y era por la tarde. Simon y yo habíamos dedicado toda la mañana a seguir explorando. Encontramos unas pocas bayas que creímos comestibles, y estábamos considerando comerlas cuando escuchamos un grito..., seguido por el sonido de un silbato.

Era Lucas. Regresamos presurosos a su lado. Señalaba hacia el horizonte, lleno de excitación. Solo era una pequeña mancha. ¿Lo imaginábamos o acaso conjurábamos en nuestras mentes algo que tanto anhelábamos divisar?

Seguimos escudriñando el mar, en silencio, casi conteniendo la respiración. La mancha empezó a adquirir forma.

—¡Lo es! ¡Lo es! —gritó Simon.

* * *



En el serrallo

Después de haber estado tan cerca de la muerte y durante tanto tiempo, había pensado que cualquier cosa sería preferible; pero los temores por los que tuve que pasar durante las semanas siguientes superaron todo lo imaginable.

¿Cuántas veces me dije a mí misma que habría sido preferible hundirme con el barco, o que nuestro pequeño bote hubiera sido destruido por el huracán?

Recuerdo ahora la alegría que sentimos al principio, cuando vimos el barco en el horizonte. Poco después, una vez rescatados, tuve la seguridad de que habría sido mucho mejor permanecer en la isla, con la esperanza de ser socorridos, aunque fuera en vano. ¿Quién sabía?, quizá hubiéramos podido encontrar alguna forma de sobrevivir; allí, al menos, habíamos disfrutado de cierta paz y seguridad.

Nuestra euforia inicial por estar a punto de ser rescatados se vio sustituida por un temeroso recelo en cuanto desembarcaron aquellos hombres de tez oscura, turbantes rojos en las cabezas y espadas cortas colgando de sus cinturas. Llegamos inmediatamente a la conclusión de que no comprendíamos su idioma. Supuse que debían de ser de origen árabe. Su barco no era precisamente el *Atlantic Star*. Parecía más bien una antigua galera. No se me había ocurrido pensar que en alta mar aún pudiera haber piratas, pero recordé que una noche, durante la cena, el capitán del *Atlantic Star* nos dijo que todavía quedaban barcos que seguían rondando por ciertas aguas, llevando a cabo algún que otro inicuo comercio. Y enseguida me di cuenta de que acabábamos de caer en manos de tales hombres.

No me gustó el barco; tampoco me gustaron aquellos hombres, y pronto estuvo claro que tanto Simon como Lucas compartían mis sospechas.

Nos mantuvimos cerca, como protegiéndonos los unos a los otros. Ellos eran unos diez hombres. Se arremolinaron a nuestro alrededor y nos contemplaron con miradas escrutadoras. Uno de ellos se me aproximó y tomó entre sus manos un mechón de mis cabellos. Los hombres nos rodeaban y conversaban animadamente entre sí. Ahora que había tomado tanto el sol, mi cabello era aún más rubio, y comprendí que se sintieran tan asombrados por su color, tan distinto del suyo.

Percibí la inquietud experimentada por Simon y Lucas, que se me acercaron más. Sabía que ambos lucharían hasta la muerte por mí, lo cual me proporcionó cierta sensación de consuelo.

La atención de los hombres se dirigió a Lucas, que había permanecido de pie, apoyado en su bastón improvisado. Tenía un aspecto pálido y enfermizo.

Los hombres siguieron conversando y haciendo gestos de asentimiento con sus cabezas. Me miraron, y después a Simon. Se echaron a reír y asintieron de nuevo. Sentí el terrible temor de que fueran a llevarnos a nosotros y a dejar allí a Lucas.

—Permaneceremos juntos — dije.

—Sí — murmuró Simon—. No me gusta nada su aspecto.

—Ha sido una mala suerte que nos hayan encontrado ellos —susurró Lucas—. Habría sido mejor... —¿Qué crees que son?

Simon sacudió la cabeza y yo me sentí muda de terror. Temía a aquellos hombres, sus voces gritonas, sus miradas de soslayo, y lo que todo aquello implicaba en cuanto a lo que podían hacer con nosotros.

De repente, tomaron una decisión. Uno de ellos, al parecer su jefe, señaló algo y cuatro hombres se encaminaron hacia nuestro bote, lo examinaron y regresaron, asintiendo a los demás. Parecían dispuestos a llevarse nuestro bote a la galera. Simon avanzó un paso, pero se vio obstaculizado por un hombre con una espada.

—Déjalos que se lo lleven —le susurré.

Poco después nos llegó el turno. El jefe hizo señas a dos hombres, que desenvainaron las espadas y se colocaron detrás. Nos empujaron un poco y comprendimos lo que se nos indicaba. Nos iban a llevar a la galera. Lucas avanzó cojeando entre los dos. Al menos, seguíamos estando juntos.

—De todos modos, no habríamos podido resistir mucho más tiempo en esa isla —murmuró Simon.

Fue difícil subir a Lucas a bordo. Ninguno de aquellos hombres nos ayudó. Teníamos que ascender por una escala de cuerda, lo que representaba una dificultad casi insuperable para Lucas. Creo que Simon medio le transportó hasta cubierta.

Después, nos encontramos de pie en cubierta, rodeados por hombres curiosos. Todos parecían mirarme exclusivamente a mí. Algunos me tocaron los cabellos. Se echaron a reír, se retorcieron las manos y tiraron de él.

De pronto, se produjo un silencio repentino. Apareció un hombre. Supuse que se trataba del capitán del barco. Era más alto que los otros, y en sus vividos ojos oscuros había una expresión de humor. De hecho, sus bien definidos rasgos mostraban cierto refinamiento, lo que me permitió concebir una pequeña esperanza.

Gritó algo y los hombres retrocedieron. Nos miró a los tres y a continuación inclinó la cabeza a modo de saludo.

—¿Ingleses? —preguntó.

—Sí..., sí—nos apresuramos a contestar.

Asintió con un gesto. Aquello parecía ser todo su conocimiento de nuestro idioma; pero su actitud cortés era reconfortante. Se volvió hacia los hombres y les habló de una forma que pareció amenazadora. Todos se mostraron sumisos. Se volvió hacia nosotros y dijo:

—Vamos.

Le seguimos hasta un pequeño camarote. Había un banco y nos sentamos agradecidos en él. El capitán levantó una mano y dijo:

—Comer.

Abandonó el camarote y cerró la puerta con llave tras él.

—¿Qué significa esto? —pregunté. Lucas creyó que tratarían de pedir un rescate por nosotros.

—Es un asunto que puede reportarles algún beneficio —dijo—. Estoy seguro de que es eso lo que intentan hacer.

—¿Quieres decir que rondan los mares en busca de naufragos?

—Oh, no. También se dedicarán a algún otro comercio. Contrabando, quizá..., o incluso asaltar otros barcos cuando les sea posible..., como los antiguos piratas. Le pondrían las manos encima a cualquier cosa de la que pudieran beneficiarse. Supondrán que tendremos un hogar en alguna parte, y que somos ingleses. Esta clase de hombres suelen considerar millonarios a todos los ingleses.

—Cuánto me alegra seguir estando juntos.

—Sí —dijo Lucas—. Creo que hubo un momento en que se preguntaron si valdría la pena hacer el esfuerzo de llevarme consigo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Simon mirándome con fijeza.

—Todo lo que podamos por permanecer juntos.

—Rezo para que así sea.

Nos trajeron comida. Estaba caliente y muy sazonada. En una situación normal, yo la habría rechazado, pero estábamos medio muertos de hambre y cualquier alimento nos parecía delicioso. Lucas nos aconsejó que comiéramos poco.

Después de comer me sentí algo mejor. Me pregunté cómo se las arreglarían para pedir rescate por nosotros. ¿A quién se lo exigirían? Mi padre tenía una hermana a la que apenas había visto durante los diez últimos años. ¿Estaría dispuesta a pagar un rescate por su sobrina? Quizá mis padres hubieran llegado ya a casa, pero, en cualquier caso, no eran ricos.

¿Y Simon? Lo último que desearía es que se conociera su verdadera identidad. En cuanto a Lucas... probablemente era el que se encontraba en mejor posición de los tres, puesto que procedía de una familia rica.

—Me gustaría saber dónde estábamos —dijo Simon—. Ese dato nos sería de gran ayuda.

Me pregunté si acaso ya tenía planes para escapar. Era un joven de muchos recursos, tal y como había demostrado al huir de Inglaterra.

Si lo había hecho una vez, cabía la posibilidad de que volviera a conseguirlo.

Meditamos tristemente, y estoy segura de que los tres habríamos preferido seguir en la isla. Es posible que allí la comida fuera escasa, y las esperanzas de salvación mínimas, pero al menos habríamos estado en libertad.

La primera noche tuve una experiencia muy desagradable. Estaba todo a oscuras y tratábamos de dormir cuando escuché unos pasos al otro lado de la puerta y a continuación el sonido de una llave que giraba en la cerradura.

Me quedé mirando cómo la puerta se abría silenciosamente.

Dos hombres entraron en el camarote. Creo que eran dos de los que habían desembarcado para llevarnos consigo, pero no lo supe con certeza, puesto que todos me parecían iguales.

Habían venido para llevarme. Me sujetaron entre ambos y yo grité. Lucas y Simon despertaron enseguida.

Los hombres intentaban sacarme a la fuerza del camarote, y por sus gruñidos y expresiones comprendí muy bien cuáles eran sus intenciones.

—¡Dejadme! —grité.

Simon golpeó a uno. Pero recibió una patada del otro y fue a parar a un extremo del camarote. Lucas blandió su muleta y lanzó golpes hacia ellos.

Se produjo un gran alboroto de gritos y otros hombres aparecieron ante la puerta. Todos se reían y hablaban entre sí. Simon se incorporó, se me acercó y me colocó detrás de él. Vi que la mano le sangraba.

Me sentí invadida por un gran temor. Sabía que estaba en grave peligro.

No me atreví a imaginar lo que habría ocurrido si no hubiera aparecido en aquellos momentos el capitán. Ordenó algo, y los hombres adoptaron actitudes sumisas. Entonces me vio, medio protegida por Simon y con Lucas a mi lado.

Simon les indicó con gestos que si intentaban hacerme algún daño tendrían que vérselas con él. Se mostró imponente. Lucas también se mostró protector, pero estaba lisiado, claro.

El capitán comprendió enseguida lo ocurrido. Sabía muy bien cuáles habían sido las motivaciones de aquellos hombres. Yo era diferente; tenía el cabello largo y trigueño y ellos nunca habían visto nada semejante. Es más, yo era una mujer, y eso parecía bastarles.

El capitán se inclinó hacia mí y su gesto sugirió una disculpa por el brutal comportamiento de sus hombres. Después, me indicó que le siguiera.

Simon avanzó un paso. El capitán sacudió la cabeza.

—Ella..., segura —dijo—. Yo... solo... capitán.

Por muy extraño que pueda parecer, confié en él. Sabía que era el capitán de un barco involucrado en algún tipo de comercio inicuo pero, por alguna razón, creí que me ayudaría. En cualquier caso, se trataba del capitán. Si hubiéramos intentado desobedecerle, no lo habríamos podido hacer durante mucho tiempo. Estábamos a su merced. A pesar de sus gestos, ni Simon ni Lucas habrían podido defenderme durante mucho tiempo. Por lo tanto, no tenía más remedio que confiar en el capitán.

Caminé tras él, pasando por entre aquellos hombres. Algunos extendieron las manos como para tocarme el cabello, pero ninguno se atrevió a hacerlo. Comprendí que sentían mucho respeto por el capitán y era evidente que este había dado órdenes terminantes de que nadie me tocara.

Me llevó a un pequeño camarote que me pareció adosado al suyo. Se apartó a un lado para dejarme entrar. Era algo más cómodo que el camarote que acababa de abandonar. Había mantas y cojines sobre una especie de diván. Allí descansaría mucho mejor. Detrás de una cortina había una jofaina y un jarro de agua. ¡Podía lavarme!

El capitán señaló el camarote con las manos y me dijo:

—Segura aquí... Yo ver segura.

—Gracias.

No sé si me comprendió pero mi tono de voz expresaba mi gratitud.

Se inclinó de nuevo ante mí y cerró la puerta con llave.

Me dejé caer sobre la cama. Y entonces empecé a temblar con violencia, al comprender la penosa experiencia de la que acababa de salvarme el capitán.

Tardé bastante tiempo en recuperar mi compostura. Me pregunté cuáles podrían ser las intenciones del capitán. Quizá Lucas tuviera razón. Tuve la sensación

de que debía de estar en lo cierto. Aquellos hombres pensaban en un rescate, y si era así desearían entregarnos sanos y salvos.

Aparté la cortina y me di el lujo de lavarme un poco.

Regresé al diván y me eché en él. Me sentí exhausta, tanto física como mental y emocionalmente. Durante un rato me olvidé de todos los peligros que me rodeaban.

Y me quedé dormida.

Creo que traté de olvidarme de aquellos días en los que viví en un estado de terror permanente. Cada vez que escuchaba pasos, cada vez que se abría la puerta de mi camarote, me invadía una abrumadora angustia. En tales situaciones, la propia imaginación puede convertirse en nuestro peor enemigo.

Me servían la comida con regularidad y gracias a ello me tomé un respiro para no estar en constante alerta; a pesar de todo, conocía muy bien los peligros que me rodeaban. No estaba segura de cuáles serían sus propósitos, pero era evidente que habían planeado algo especial para mí. Sin lugar a dudas, el capitán había intervenido para evitarme una desgracia, y al menos debía sentirme agradecida por ello. Confiaba en aquel hombre..., no porque creyera en su caballerosidad, sino porque su actitud significaba que yo debía ser tratada con cierto respeto debido a lo que él había planeado para mí.

Empecé a comer con regularidad, y también atendí otras necesidades. Fue una bendición poder lavarme con frecuencia. Habría deseado saber hacia dónde se dirigía el barco y qué destino me esperaba. Quería saber dónde estaban Simon y Lucas.

El capitán acudió una vez a mi camarote. Yo acababa de lavarme el cabello, que me estaba secando cuando escuché golpes en la puerta. En ningún momento dejó de mirarme el cabello, pero se comportó con amabilidad. Sabía que deseaba hablar conmigo, pero su inglés era exasperantemente limitado.

—¿Tú... vienes... barco... Inglaterra?

—Sí —contesté—. Pero naufragamos.

—¿Inglaterra... sola? ¿No? —preguntó sacudiendo la cabeza.

—En compañía de mis padres..., mi padre y mi madre.

Era inútil. Supuse que trataba de averiguar de qué clase de familia procedía. ¿Poseía dinero? ¿Cuánto estarían dispuestos a pagar por recuperarme?

Abandonó sus intentos de hacerse comprender, pero por la forma en que contemplaba mi cabello y sonreía para sí, me di cuenta de que le agradaba lo que veía.

Una mañana, al despertarme, observé que el barco ya no se balanceaba. El sol ya había salido y cuando miré por la pequeña portilla divisé unos edificios blancos.

Percibí ruidos y ajeteo. La gente se gritaba con voces excitadas. De una cosa estaba segura: acabábamos de llegar a nuestro destino, y no tardaría en saber lo que me aguardaba.

A lo largo de la mañana fui dándome cuenta poco a poco de lo que me esperaba, y me sentí llena del más profundo horror. Empecé a preguntarme si no

habría sido mucho mejor no haber escapado tan milagrosamente del mar embravecido.

El capitán acudió a mi camarote. Traía una capa negra, un velo para el rostro y una redecilla. Me indicó por señas que me pusiera todo aquello. Tuve que introducirme el cabello en la redecilla, y cuando estuve vestida por completo tenía el aspecto de una mujer árabe, como las que se encuentran en cualquier mercado oriental.

Me llevaron a tierra y, para mi gran alivio, logré ver a Simon un instante. Pero enseguida me sentí angustiada, ya que no vi a Lucas.

Simon me reconoció a pesar de mi disfraz y observé el temor que se reflejó en su rostro al verme de aquella guisa. Tratamos de acercarnos, pero fuimos apartados con brusquedad.

El sol era abrasador y yo tenía mucho calor con aquellas ropas. Caminamos en grupo, con Simon acompañado por un hombre a cada lado y el capitán avanzando junto a mí.

Jamás olvidaré aquella caminata. Nos encontrábamos en lo que supuse sería la kasbah. Las calles eran estrechas, empedradas y llenas de hombres con túnicas y de mujeres vestidas como yo. Las cabras deambulaban entre nosotros; algunos perros de aspecto famélico nos husmeaban, esperanzados. Distinguí a una rata introduciéndose en un resquicio entre las piedras. Había pequeñas tiendas abiertas a la calle, con mesas donde se exponían baratijas, ornamentos de latón, pequeños artículos de cuero y alimentos, exóticos, muy sazonados y nada apetitosos a mis ojos. El olor era nauseabundo.

Algunos de los comerciantes saludaron al capitán y a sus hombres, y yo experimentaba cada vez mayor angustia por mi eventual destino, pues todos parecían conocer el propósito de su visita. Me pregunté cuántas mujeres jóvenes habrían caminado por aquellas calles en compañía del capitán. Si al menos hubiera podido acercarme a Simon... ¿Y qué habían hecho con Lucas?

Penetramos en una calle algo más ancha, donde había unos pocos árboles, la mayoría de ellos palmeras polvorientas. Allí, las casas era más grandes. Giramos ante una puerta de entrada y nos encontramos en un patio donde había una fuente. En el patio había varios hombres; supuse que se trataría de sirvientes, pues se apresuraron a ponerse en pie cuando entramos, y empezaron a hablar excitadamente entre ellos.

Uno se nos acercó y se inclinó reverencialmente ante el capitán, quien hizo un gesto de asentimiento y movió sus manos. Fuimos conducidos a través de una puerta y entramos en un gran salón. Las ventanas estaban cubiertas de cortinajes y situadas en nichos. Aquella disposición debía de servir para dejar penetrar el mínimo calor posible.

Un hombre vestido con espléndidos ropajes se inclinó ante el capitán y pareció ávido por demostrarle el mayor respeto. Al parecer, le dijo que le siguiéramos, pues fuimos conducidos a través de una puerta y entramos en otro salón. Y allí, sobre un estrado, reclinado en un sillón muy ornamentado, estaba un hombre pequeño y viejo.

Iba vestido suntuosamente, pero era tan pequeño y arrugado que aquellas ropas no hacían más que acentuar su edad. Era muy viejo, a excepción de sus ojos,

muy oscuros y vivos; me hicieron pensar en los ojos saltones de un mono.

El capitán se acercó al sillón y se inclinó ante el anciano, que hizo un movimiento con la mano, a modo de saludo. Después, deduje que el capitán había dado órdenes a sus hombres para que nos llevaran a Simon y a mí.

A continuación, el capitán me agarró de un brazo y me empujó hacia delante. Dejó caer la capa al suelo, y me quitó el velo y la redecilla, de tal modo que el cabello me cayó en cascada sobre los hombros. Los vividos ojos del anciano se abrieron como platos. Murmuró algo que pareció agradar al capitán. El viejo tenía los ojos fijos en mi cabello. Ambos empezaron a discutir con excitación. Cómo habría deseado saber lo que estaban diciendo.

Después, Simon también fue empujado hacia delante. El viejo entrecerró los ojos, le sopesó y le observó de arriba abajo. Simon era muy alto y fuerte y, al parecer, su fortaleza física le causó al viejo tan buena impresión como mi cabello.

El anciano asintió con un gesto y supongo que aquello fue la señal de que habían llegado a un acuerdo.

El capitán se acercó al viejo y se ensimismaron en una conversación. Eso nos dio a Simon y a mí una oportunidad para acercarnos.

—¿Dónde está Lucas? —pregunté con un susurro.

—No lo sé. Me sacaron del camarote y me trajeron aquí. Él no estaba conmigo.

—Espero que esté bien. ¿Dónde nos encontramos?

—Creo que en alguna parte de la costa del norte de África.

—¿Qué van a hacer con nosotros? ¿De qué están hablando?

—Probablemente están regateando.

—¿Regateando?

—Me da la impresión de que nos están vendiendo.

—¡Como si fuéramos esclavos!

—Así parece.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé. Esperar a que llegue nuestra oportunidad. Ahora mismo, somos impotentes. Tendremos que esperar el momento adecuado y entonces... largarnos de aquí... si podemos.

—¿Estaremos juntos?

—No lo sé.

—Oh, Simon..., espero que no nos perdamos el uno al otro.

—Recemos porque así sea.

—Estoy muy asustada, Simon.

—Yo también, te lo aseguro.

—¿Quién es ese viejo?

—Supongo que será un mercader.

—¿Un mercader... de esclavos?

—Eso, entre otras cosas. Supongo que comerciará con cualquier cosa que tenga a mano, siempre que valga la pena. Y eso incluye a la gente.

—Tenemos que encontrar un modo de escapar.

—¿Cómo?

—Echar a correr..., ir a cualquier parte.

—¿Acaso crees que llegaríamos muy lejos? No, es mejor esperar. Si nos mantenemos juntos, lo lograremos. Quién sabe, es posible que se nos ofrezca una oportunidad. Ya nos las arreglaremos.

—Oh, Simon, creo que deberíamos intentarlo.

Recuerdo la forma en que ambos nos miramos. Atesoré aquel instante, para recordarlo en los momentos más oscuros y amenazadores. Y durante las semanas que siguieron lo recordaría con mucha frecuencia.

Hay ciertas cosas que una no querría tener que recordar. Una desearía alejarlas de la mente y creer que jamás sucedieron. A veces, la mente ayuda de tal modo que esos acontecimientos se convierten en un recuerdo borroso. Tal como me sucedió a mí.

Recuerdo que estuve en la casa del mercader. Debí de haber estado allí una sola noche. Recuerdo la terrible angustia que sentí, las crueles imágenes que acudían a mi imaginación y que me asaltaban continuamente, todas ellas relacionadas con mi destino. El viejo aquel me pareció un ogro horrible. Yo solo tenía un consuelo. Simon estaba conmigo, en la misma casa. La transacción acordada con el capitán nos afectó a ambos.

Aquel mismo día, algo más tarde, el capitán abandonó la casa y jamás volví a verle.

Al día siguiente me envolvieron en las mismas vestiduras con las que había llegado y me ocultaron el pelo de la misma forma. Después, Simon y yo fuimos conducidos por las calles de la kasbah hasta el puerto, donde nos esperaba un nuevo barco. Era evidente que ahora el anciano se había hecho cargo de nosotros, aunque no nos prestó la menor atención y tuve la impresión de que solo estaba allí para proteger su propiedad, que éramos nosotros.

No teníamos idea de adonde nos llevaba.

A bordo del barco, Simon y yo tuvimos una o dos oportunidades de hablar. El tema principal de nuestra conversación fue Lucas.

Simon me contó que habían tenido una o dos entrevistas con el capitán. No los habían tratado mal. Me dijo que se habían interesado mucho por Lucas. Simon creía que se lo habían llevado a alguna otra parte. Los habían separado y ya no pudieron hablar, pero imaginaba que Lucas se sentía esperanzado..., o al menos no se mostraba muy alarmado.

—Creo que hubo un momento en que creyó que le arrojarían por la borda puesto que no era capaz de realizar ningún trabajo. Me imagino que eso es lo que querían que yo hiciera.

Permanecí en silencio, sin atreverme a pensar en cuál sería mi destino.

Simon creía que el lugar que acabábamos de abandonar era Argelia.

—En los viejos tiempos solía ser un refugio de piratas; contaban con la protección del gobierno turco. Quizá lo siga siendo. La kasbah es un lugar ideal para efectuar transacciones de todo tipo. No creo que haya muchos capaces de

aventurarse por ella en ciertas épocas.

Probablemente tenía razón.

Continuamos viaje a lo largo de la costa Siria, en dirección a los Dardanelos, y desde allí hacia nuestro destino, que, según se nos comunicó a su debido tiempo, era Constantinopla.

Cuando nos aproximábamos al Bósforo, una mujer entró en mi camarote. Iba acompañada por una joven que llevaba entre sus brazos una gran cantidad de telas. Resultaron ser vestidos, que dejó sobre el diván. Después, me dirigieron toda su atención. Yo ya las había visto en el barco, y me había preguntado cuáles serían sus obligaciones. Pronto me di cuenta de que habían acudido a mi camarote para ayudarme a vestirme con aquellos espléndidos ropajes.

Había pantalones bombachos largos, hechos de una seda exquisita, que se ceñían a los tobillos. Sobre ellos me pusieron una túnica de un material muy hermoso y transparente. La tela relucía con lentejuelas que parecían pequeñas estrellas. Me dejaron el cabello suelto, extendido sobre los hombros. Me lo peinaron mientras se miraban entre sí, asintiendo y riendo.

Una vez que estuve así vestida, retrocedieron unos pasos y dieron unas palmadas.

—Quiero mis ropas —alcancé a decir.

Pero no podían comprenderme. Siguieron riendo y mirándose. Me acariciaron el cabello y me sonrieron.

Poco después, el anciano acudió al camarote. Me observó con atención y se frotó las manos.

Mis temores aumentaron más que nunca. Sabía que las conjeturas de Simon eran acertadas. Íbamos a ser vendidos como esclavos: él como un joven fuerte para trabajar, y yo destinada a un propósito mucho más siniestro.

Tuve la impresión de que Simon se sentía mucho más preocupado por mi propio destino que por el suyo.

Trajeron la capa, el velo y la redecilla y el esplendor de mis ropajes quedó oculto a la vista de los demás. Llevando a Simon a mi lado, nos hicieron descender del barco y nos introdujeron en un carruaje que nos estaba esperando, acompañados por el anciano y otro hombre mucho más joven que parecía un empleado o ayudante. Y así atravesamos las calles de Constantinopla.

Yo estaba demasiado preocupada por mi inminente destino para darme cuenta de lo que me rodeaba, pero más tarde supe que la ciudad estaba dividida en dos partes, la cristiana y la turca, y que ambas se hallaban conectadas por dos puentes, contruidos de una manera bastante chapucera, pero adecuados y muy necesarios. Vagamente, me di cuenta de la existencia de mezquitas y minaretes y, con gran desolación por mi parte, tuve la impresión de hallarme muy lejos del hogar.

Nos condujeron a la parte turca de la ciudad.

Me sentía perdida y muy asustada. No dejaba de mirar a Simon, para tranquilizarme un poco con su presencia.

Viajamos en el carruaje durante largo rato. Aquello era como otro mundo: calles estrechas, una increíble suciedad por todas partes, edificios exquisitos, con espiras deslumbradoramente blancas elevándose hacia el más azul de los cielos; mezzitas, bazares, casas de madera apenas más grandes que cabañas, ruido y personas por todas partes. La gente se apartaba presurosa ante el carruaje y yo pensaba que atropellaríamos a alguien, pero siempre se las arreglaban para escapar casi de debajo de los cascos de los caballos.

Al fin entramos en una avenida tranquila. Los árboles y los arbustos mostraban flores de brillantes colores. El carruaje se detuvo ante un alto edificio blanco, un poco apartado de la avenida principal.

Descendimos del carruaje, y un hombre vestido con túnica blanca salió a recibirnos. El anciano se inclinó ante él con una actitud obsequiosa y el saludo fue devuelto de modo algo condescendiente. Fuimos introducidos en la casa, en un salón que me pareció muy oscuro después de la luminosidad del sol en el exterior. Las ventanas eran similares a las que había visto antes, retiradas y cubiertas de cortinajes.

Se nos acercó un hombre alto. Llevaba un turbante con una joya incrustada y una larga túnica blanca. Se sentó en un sillón como si fuera un trono, y observé que el anciano se comportaba con mayor deferencia que nunca.

Los pensamientos se agolparon en mi mente: ¿iba a ser ese mi nuevo propietario?

Me quitaron la capa y el velo y dejaron mi cabello al descubierto. El hombre sentado en la silla quedó claramente impresionado al verlo. Jamás me había sentido tan humillada en mi vida. Después, el hombre miró a Simon y asintió con un gesto.

Había dos hombres de pie ante la puerta; supongo que se trataba de guardias. Uno de ellos dio una palmada y enseguida acudió una mujer. Era algo rolliza, de mediana edad e iba vestida de forma muy cuidada, como yo.

Se me acercó, me estudió, tomó entre sus manos mi mata de pelo y sonrió débilmente. Después me subió las mangas de la túnica y me empujó. Frunció el ceño, sacudió la cabeza y emitió pequeños sonidos que sin duda alguna indicaban desaprobación.

El anciano empezó entonces a hablar con suma rapidez; el otro hombre hablaba con más serenidad. La mujer dijo una palabra o dos y asintió con prudencia. Resultaba angustioso no saber lo que decían. Solo podía suponer que se estaban refiriendo a mí, y que no se sentían tan contentos conmigo como había esperado el anciano.

A pesar de todo, parecieron llegar a alguna clase de acuerdo. El viejo dio unas palmadas y el otro hombre asintió. La mujer también hizo un gesto de asentimiento. Les estaba explicando algo. El hombre la escuchó con suma atención. Al parecer, ella le estaba asegurando algo.

Luego, la mujer me hizo un gesto para que la siguiera.

Simon quedó atrás. Le dirigí una mirada angustiada y él hizo un movimiento, para seguirme. Uno de los guardias avanzó y le cerró el paso, llevándose una mano a la empuñadura de su espada.

Vi una expresión de impotencia en el rostro de Simon; después, la mujer rolliza

me sujetó con firmeza por el brazo y me condujo afuera del salón.

Me dijeron que había sido destinada al serrallo de uno de los más importantes pachás de Constantinopla. Todos los hombres que había visto hasta aquellos momentos no eran más que sus sirvientes.

El harén es una comunidad de mujeres y en él no se permite la entrada de ningún hombre, a excepción de los eunucos, como aquel importante caballero al que había visto regatear mi precio con el anciano. Según descubrí, aquel hombre era el eunuco jefe, e iba a tener que verlo con frecuencia.

Tardé algún tiempo en darme cuenta de que debía sentirme agradecida por las duras pruebas por las que había tenido que pasar, ya que mi frágil estado físico fue la razón principal por la que se me dejó en paz durante aquellas semanas. Mi cabello de color trigueño me distinguía entre las demás mujeres. Yo era un precioso objeto, gracias a ser tan diferente de las demás. Todas eran de pelo y ojos oscuros. Mis ojos, en cambio, eran de un azul claro, y eso, al igual que el color de mi cabello, me distinguía.

A quienes tenían el deber de aliviar los hastiados sentidos del pachá, les parecía que mi diferencia me haría especialmente aceptable ante sus ojos. Pero, según descubrí más tarde, ellos también habían notado otra cosa en mí. Aquellas mujeres eran serviles por naturaleza. Habían sido llevadas allí sabiendo que formaban parte del sexo inferior, y que su misión en la Tierra consistía en complacer los deseos de los hombres. Yo, en cambio, poseía un espíritu de independencia. Procedía de una cultura diferente, y eso me distinguía casi tanto como mis ojos azules y mi cabello trigueño.

Sin embargo, cuando me desnudaron y me obligaron a meterme en un baño aromático que se me había preparado, la vigilante mujer que estaba a cargo de todas nosotras observó que mi piel era muy blanca y suave, sobre todo en aquellas partes que no habían estado expuestas al sol. Antes de que se me ofreciera al pachá se tenía que restaurar e igualar el color de toda mi piel. Además, había llegado allí muy mal alimentada, y al pachá no le gustaban las mujeres demasiado delgadas. Disponía del potencial, pero tenía que recuperarme; y ese proceso duraría algún tiempo.

¡Qué agradecida me sentí por ello! Dispuse de tiempo para adaptarme, para aprender las costumbres del harén, y quizá incluso para descubrir lo que había sido de Simon. ¡Quién podría saberlo! Por el momento, había sido muy afortunada, y aún me quedaba esperanza de escapar antes de alcanzar el estado en que se me considerara lo bastante valiosa para someterme al hombre que me había comprado.

En cuanto me di cuenta de que estaba a salvo, aunque solo fuera por el momento, mi estado de ánimo se reavivó y recuperé la esperanza. Decidí aprender todo lo posible sobre el ambiente que me rodeaba, y no dejé de hacer preguntas a mis compañeras.

La persona más importante del harén era Rani, la mujer de mediana edad que me había inspeccionado y decidido que aún no era lo bastante valiosa para someterme al pachá. Si hubiéramos podido entendernos en un lenguaje común,

podría haber aprendido mucho de ella. Las otras mujeres le tenían un respeto reverencial. Todas la adulaban y se mostraban muy obsequiosas, pues era ella quien seleccionaba a las que debían ser presentadas al pachá. Cuando llegaba la orden, dedicaba mucho tiempo a reflexionar sobre la cuestión, y en esos momentos resultaba divertido ver cómo todas ellas trataban de llamar su atención sobre sí mismas. Me extrañó mucho darme cuenta de que aquello que yo tanto temía era buscado con anhelo por todas las demás.

En el harén había algunas jovencitas que no debían de tener más de diez años de edad, y mujeres que debían de rondar la treintena. Todas llevaban una vida muy extraña, y más tarde descubrí que algunas estaban allí desde su infancia..., y que habían sido entrenadas para proporcionar placer a algún hombre rico.

Apenas tenían nada que hacer durante todo el día. Yo tenía que tomar un baño diario y someterme a masajes con ungüentos. Era un mundo muy alejado de la realidad. El aire estaba impregnado del olor a almizcle, sándalo, pachulí y esencia de rosas. Las mujeres se sentaban junto a las fuentes y se dedicaban a charlar ociosamente. A veces escuchaba el tañido de un instrumento musical. Recogían flores y las entrelazaban en el aire; se escrutaban los rostros en pequeños espejos de mano; observaban el reflejo de sus figuras en los estanques; a veces participaban en juegos; charlaban, se reían y se contaban sus pequeñas historias.

Dormían en un salón amplio y aireado, lleno de divanes; todas ellas vestían con ropas muy hermosas. Era un estilo de vida de lo más extraordinario y aquellas mujeres se limitaban a dejar transcurrir los días, sin pensar en nada que no fuera su propia hermosura y cómo matar el tiempo, con la esperanza de ser seleccionadas para compartir la cama del pachá.

Existía gran rivalidad por obtener ese honor. No tardé en darme cuenta de ello. Mi presencia atrajo mucho la atención. Era tan diferente a ellas que supongo a ninguna le cabía la menor duda de que, en cuanto estuviera preparada, sería elegida por ser una extranjera, y nada más.

Mientras tanto, continuaban progresando los intentos por eliminar los resultados de los duros momentos por los que había tenido que pasar. Me sentía como un pavo engordado para las fiestas de Navidad. Me resultó difícil aceptar la comida que me ofrecían, muy condimentada. Para mí fue un pequeño juego tratar de deshacerme de aquella comida sin que Rani se diera cuenta.

Resultó muy excitante el día en que descubrí que una de las mujeres más maduras, y creo que una de las más hermosas, era francesa. Se llamaba Nicol y desde el principio me di cuenta de que era algo distinta a las demás. Ella también parecía importante, desde luego con un rango inferior al de Rani.

Un día en que estaba sentada junto a la fuente, se acercó y se sentó a mi lado.

Me preguntó en francés si hablaba su idioma.

¡Al fin podía comunicarme! Fue maravilloso. Mis conocimientos de francés no eran muy profundos, pero al menos pudimos entablar una conversación.

—¿Eres inglesa? —me preguntó. Le dije que sí y ella siguió preguntándome—: ¿Cómo has venido a parar aquí?

Con un francés balbuceante, le dije que mi barco había naufragado y que

después habíamos sido recogidos en una isla.

Ella llevaba siete años en aquel harén. Era de origen criollo, nacida en Martinica, adonde regresaba desde Francia después de haber asistido a la escuela. Su barco había sido asaltado y hundido por los corsarios, que la llevaron allí y la vendieron como hicieron conmigo.

—¿Y has estado aquí todos estos años? —pregunté—. ¿Cómo lo has podido soportar?

Se encogió de hombros.

—Al principio se siente mucho miedo —me dijo—. Entonces solo tenía dieciséis años. Odiaba el convento. La vida aquí me pareció mucho más fácil. Me gustaron las ropas..., esta clase de vida ociosa. Y yo era diferente a las demás, como tú. Le gusté al pachá.

—Tengo entendido que te convertiste en la favorita del harén —dije.

—Sí —asintió—, gracias a que tuve a Samir.

Había visto a Samir, un hermoso niño de unos cuatro años de edad, muy mimado por las demás mujeres. Era el niño de mayor edad que había en el harén. Había otro, Feisal, que tenía un año menos y que también era muy atractivo. Lo había visto en compañía de otra mujer algunos años más joven que Nicol. Se llamaba Fátima.

Fátima era una belleza voluptuosa, con una espesa mata de cabello negro y unos ojos oscuros y lánguidos. Se mostraba muy inmoderada en la comida, indolente y vana. Permanecía sentada junto al estanque durante horas, comiendo dulces y alimentando con ellos a uno de sus pequeños perros spaniel que le hacían constante compañía. Fátima se ocupaba con verdadera pasión de cuatro seres: ella misma, Feisal y sus dos pequeños perros.

A veces venían a buscar a ambos niños y entonces se llevaban a cabo numerosos preparativos. Iban a ver al pachá. También había dos pequeños bebés en el harén. No había niñas. Al principio, no dejé de preguntarme cómo era posible que todos los hijos del pachá fueran varones.

Nicol me lo explicó. Dijo que si una mujer del harén daba a luz a una niña, esta era sacada del harén y entregada quizá a la familia de la mujer. Al pachá no le interesaban las hijas, solo los hijos; y si una de las mujeres tenía un hijo hermoso e inteligente, como era el caso de Samir, era considerada en alta estima.

Samir, al ser el mayor, sería el heredero del pachá. Esa era la razón por la que otras mujeres tenían celos de ella. Nicol había sido colocada por encima de las demás en las preferencias del pachá—aunque eso podía ser engañoso—, pero Samir siempre estaría allí, recordándole al pachá que él era capaz de engendrar hijos exquisitos; y solía favorecer a las mujeres que le ayudaban a demostrarlo.

Me dijo que, en secreto, le había enseñado a Samir a hablar francés, y que se sintió aterrorizada cuando el pachá lo descubrió. Pero el eunuco jefe dijo que se había sentido muy complacido por el hecho de que el niño aprendiera todo lo posible, añadiendo que ella podía continuar enseñándole.

Me sorprendió mucho que una mujer perteneciente al mundo occidental pudiera haberse adaptado de tal modo a este estilo de vida, y que incluso se sintiera

orgullosa de la posición que ocupaba, y odiara con mucha intensidad a toda mujer que intentara arrebatársela.

Pero, en cualquier caso, me agradó mucho hablar con ella y descubrir detalles del mundo que me rodeaba.

Me enteré así de la tremenda rivalidad existente entre ella y Fátima, que tenía grandes ambiciones para su hijo Feisal.

—De no ser por Samir —me dijo—, Feisal sería el heredero del pachá, y entonces ella sería la primera dama. Tiene muchos deseos de ocupar mi puesto.

—Nunca lo conseguirá. Tú eres mucho más hermosa e inteligente. Además, Samir es un niño maravilloso.

—Feisal tampoco es malo —admitió—. Y si yo muriera...

—¿Y por qué ibas a morir?

—Fátima es una mujer muy celosa —dijo, encogiéndose de hombros—. En cierta ocasión, hace ya tiempo, una de las mujeres envenenó a otra. No sería muy difícil hacer lo mismo conmigo.

—No se atrevería.

—Una de las mujeres se atrevió.

—Pero fue descubierta.

—De eso hace ya algún tiempo, a pesar de lo cual siguen hablando del asunto. Se la llevaron de aquí y la enterraron en los terrenos de ahí fuera hasta el cuello. La dejaron expuesta al sol... hasta morir. Ese fue su castigo. —Me estremecí de espanto—. Desearía que le aplicaran el mismo castigo a Fátima si le hiciera algún daño a mi hijo.

—Debes asegurarte de que no lo consiga.

—Eso es lo que intento.

La vida me resultó algo más fácil a partir de que establecí contacto con Nicol.

Disponíamos de nuestros hermosos ropajes, de perfumes, ungüentos, dulces y tiempo de ocio; éramos como aves del paraíso en jaulas de oro. Después de las privaciones por las que había pasado, me pareció extraño llevar ahora ese estilo de vida.

Y no dejaba de preguntarme cuánto tiempo duraría.

El pachá estaba fuera, y esta noticia me encantó.

Una especie de letargo se posesionó del harén. Las mujeres permanecían echadas, sin hacer nada, admirándose soñadoramente en los espejos de mano, que llevaban en los amplios bolsillos de sus pantalones bombachos, mordisqueando dulces, cantando o tocando pequeños instrumentos musicales, e incluso peleándose.

Dos de ellas se pelearon con singular encono, rodando sobre el piso de mosaicos, agarrándose del pelo y pateando de un modo salvaje hasta que Rani acudió y las golpeó, les dijo que acababan de caer en desgracia y que no tendrían la menor oportunidad de ver al pachá durante tres meses. Eso no tardó en calmarlas.

Cuando el pachá regresó se produjo un gran revuelo. Todas se mostraron dóciles y ávidas de agradar, desplegando sus encantos, aunque no tenían más

compañeras que otras mujeres y algún que otro eunuco.

Rani seleccionó a seis. Sus ojos se posaron sobre mí y mi sensación de horror se vio sustituida por otra de alivio en cuanto me di cuenta de que aún no me consideraba preparada para tan gran honor.

Las seleccionadas eran dos que ya habían estado antes con el pachá, recibiendo un trato especial, y cuatro novicias.

Todas las observamos mientras se las preparaba. Primero se las bañó, se les ungió la piel y se les perfumó el cabello. Se les aplicó alheña a las plantas de los pies y las palmas de las manos. Se enrojecieron sus labios con cera de abeja y se les agrandaron los ojos con carboncillo. Se les prendieron flores en el cabello, y se les pusieron brazaletes en las muñecas y en los tobillos antes de ser vestidas con ropajes suntuosos.

Todas esperamos a ver quiénes de ellas serían devueltas.

En esta ocasión, la elegida fue una de las más jóvenes.

—Se dará muchos aires cuando regrese —me dijo Nicol—. Siempre lo hacen..., sobre todo las más jóvenes. Creí que te había llegado el turno a ti. —La expresión de mi rostro debió de reflejar mi repulsión, pues añadió—: ¿No lo deseas?

—Deseo con todas mis fuerzas poder marcharme de aquí.

—Si él te hubiera visto..., habrías sido la elegida.

—Yo... no..., no...

—Llegará el momento. Quizá pronto.

—Haría cualquier cosa..., cualquier cosa por escapar.

Nicol permaneció pensativa.

Nicol me informó de que para recibir los pequeños privilegios que formaban parte de la vida del harén, había que estar a buenas con dos personas; una era Rani, desde luego, y la otra el eunuco jefe.

—Él es el verdaderamente importante, ya que es como si fuera el pachá del harén. He logrado que sea muy buen amigo mío.

—Eres muy astuta.

—Desde que estoy aquí... Es el único hogar que conozco.

—¿Y te has adaptado a todo esto..., a ser una más entre muchas?

—Es el único modo de vivir aquí —me contestó—. Samir es mi hijo. Algún día será el pachá. Yo seré entonces la madre del pachá, y ese es un puesto muy honorable, te lo puedo asegurar.

—¿No te gustaría un matrimonio normal..., esposo e hijos..., y no tener que pasarte todo el tiempo preguntándote si alguien te va a sustituir?

—Esto es lo único que conozco —dijo, señalando la estancia con un amplio movimiento de los brazos—. Lo mismo sucede con todas las demás. No conocen nada más. Todas quieren convertirse en la favorita del pachá. Desearían tener un hijo que superara a todos los demás... y que le proporcionara a su madre una posición tan elevada de la que nadie pudiera desplazarla.

—¿Puede suceder eso?

- Sí, es posible.
- ¿Y es eso lo que ambicionas?
- Mi ambición la tengo puesta en Samir. Dime cuál es la tuya.
- Marcharme de aquí. Regresar a mi hogar... y a mi propia gente. Encontrar a quienes estaban conmigo cuando naufragamos.
- Es casi seguro que serás la elegida del pachá. Cuando Rani crea que estás preparada, te enviará a él. Y le gustará, porque eres diferente. Debe de estar bastante harto de todas estas bellezas de piel oscura. Tú, en cambio, eres algo completamente nuevo. Si tienes un hijo... tu futuro estará asegurado.
- Haría cualquier cosa por escapar de ese futuro, Nicol. Estoy muy asustada. Yo no deseo esto. No es aquello para lo que he sido educada, y no puedo comprenderlo. Me siento sucia..., vendida como una esclava..., una mujer sin personalidad... y sin vida propia.
- Hablas de una forma extraña y, sin embargo, te comprendo. Yo tampoco empecé siendo como una de ellas.
- Pero has aceptado esta forma de vida.
- Era demasiado joven para otra cosa, y ahora debo tener en cuenta la existencia de Samir. Deseo todo esto... por él. Algún día será el pachá. Y eso es lo que más deseo.
- Cumplirás tu deseo. Él es el hijo mayor.
- A veces tengo mucho miedo de Fátima. Cada vez que visita al pachá lleva consigo un poderoso estimulante. Sé que lo prepara ella misma. Hay formas de despertar los deseos de un hombre. He oído hablar de eso. Es algo hecho de rubíes machacados, huesos de pavo real y testículos de carnero. Se mezcla y se vierte un poco en el vino. Creo que ella lo utiliza cada vez que va a ver al pachá.
- Pero ¿dónde..., dónde encuentra esas cosas?
- Rani dispone de un armario secreto en el que guarda muchas cosas extrañas. Hierbas..., pociones..., toda clase de mezclas. Rani sabe mucho de estas cosas. Es posible que disponga de ese estimulante entre sus perfumes y ungüentos.
- Pero dices que se trata de un armario secreto.
- Siempre lo tiene cerrado con llave, pero es posible que haya formas de encontrarla. Fátima debe de ser muy astuta en esa cuestión. La conozco muy bien. Haría cualquier cosa..., cualquier cosa. Y eso es de lo que tengo miedo.
- Pero ¿cuándo va a ver al pachá?
- Ella y yo somos las madres de sus hijos favoritos. El pachá envía a buscarnos de vez en cuando..., como una especie de visita de cortesía, para hablar de nuestros hijos y pasar la noche con él. Oh, temo a esa mujer. Es muy decidida y está dispuesta a cualquier cosa. Tiene depositadas todas sus esperanzas en Feisal. El pachá se siente muy orgulloso de él. El eunuco jefe es quien me lo cuenta todo, ya que a él no le gusta Fátima. Eso no es bueno para ella. A veces se comporta de un modo muy tonto, y las mujeres tontas cometen imprudencias. Cuando empezó a verse favorecida se dio muchos aires, creyéndose que ya era la primera dama. Se mostró muy poco respetuosa con el eunuco jefe..., de modo que ahora son enemigos. Fue una tontería por parte de Fátima. Si pudiera, me haría algún daño, a mí y a Samir.

—Pero Samir es el hijo mayor, y es muy brillante e inteligente.

—Eso lo sé, pero todo está en manos del pachá. Ahora le gusta Samir. Se siente orgulloso de él. Es el mayor y el favorito. Mientras las cosas se mantengan así, todo estará bien. Pero, en cualquier caso, es el pachá quien decide y sin duda alguna tendrá muchos hijos. Si Fátima tiene la oportunidad de hacernos algún daño, a mí o a Samir, lo hará.

—No creo que se atreva.

—Ya sucedió una vez... en el harén.

—Pero no volverá a suceder. Todos saben lo que ocurrió la última vez. Eso será suficiente para contenerlas a todas.

—No lo sé. Fátima es una mujer muy decidida. Está dispuesta a arriesgar mucho, por Feisal y por sí misma. Debo estar muy vigilante.

—Yo también vigilaré.

—Y ahora, además, estarás tú. Tendrás un hijo. Ese hijo será diferente. Será como tú. En Samir y en Feisal..., bueno, hay cierta similitud. Pero tu hijo será muy diferente.

Me sentí horrorizada ante el simple pensamiento de tener un hijo del pachá, y retrocedí espantada.

—Es cierto —prosiguió—. ¿Estás diciendo la verdad al afirmar que no deseas nada de todo esto?

—Hasta el punto de que casi desearía no haberme salvado del naufragio. Desearía haber permanecido en aquella isla. Si pudiera escapar... Oh, Nicol, si fuera posible. Haría cualquier cosa por conseguirlo..., cualquier cosa.

Nicol se quedó mirando fijamente ante sí, sumida en profundas reflexiones.

Pocos días más tarde, me hallaba sentada junto a la fuente cuando ella se aproximó y se sentó a mi lado.

—Tengo algo para ti —dijo.

—¿Para mí? —le pregunté, sorprendida.

—Creo que te agradará. El eunuco jefe me lo ha dado para ti. Procede del hombre que vino contigo.

—¿Quieres decir...? Nicol, ¿dónde está?

—Ten cuidado. Es posible que nos vigilen. Fátima lo vigila todo. Coloca tu mano sobre el borde de la fuente. Te deslizaré un papel debajo de la palma.

—Nadie está mirando ahora.

—¿Cómo puedes estar segura? En todas partes hay ojos que vigilan. Todas esas mujeres parecen ociosas. Y lo son..., pero como no tienen otra cosa que hacer se inventan intrigas..., aun cuando no existan más que en su imaginación. Se sienten aburridas, buscan excitación, y cuando esta no aparece intentan producirla por su propia cuenta. No tienen otra cosa que hacer excepto vigilar y murmurar. Haz lo que te digo si quieres que te entregue la nota.

—Oh, sí, lo haré.

—Después, procura estar alerta. El eunuco jefe dice que es muy importante. Él

podría perder la vida por esto. Lo hace por mí..., porque yo se lo he pedido.

Dejé la mano sobre el borde de la fuente, con una actitud indolente. Nicol dejó la suya cerca de la mía y al cabo de un momento me deslizó un papel arrugado bajo la palma.

—No lo mires ahora. Guárdatelo y actúa con naturalidad.

Deslicé el papel en el bolsillo de mi pantalón. Apenas podía permanecer sentada de la impaciencia que sentía. Pero Nicol me dijo que no sería prudente levantarme y alejarme de allí con paso apresurado. Alguien podría sospechar algo y eso tendría consecuencias terribles para nosotros.

Sabía que si un hombre intentaba comunicarse con una de las mujeres del harén y era descubierto, podía ser condenado a una muerte cruel y lenta. Y a la mujer en cuestión no le esperaría mejor suerte. Esa había sido la regla durante siglos, y podía estar segura de que aún prevalecía en aquel lugar que parecía haber retrocedido, o no haber salido nunca de otra época.

Así pues, tuve que reprimir mi impaciencia hasta el momento en que tuve la sensación de que podía alejarme sin despertar una curiosidad indebida. Todas estaban acostumbradas a verme a solas cuando no estaba en compañía de Nicol, pues ella era la única con la que podía hablar. Me introduje en la sala donde dormíamos. Estaba desierta. Me senté en el diván y extraje de mi bolsillo el trozo de papel, que decía:

Rosetta:

Estoy cerca de ti. He sido traído aquí contigo y trabajo en los jardines, fuera del harén. He podido realizar un servicio para una persona importante y su orgullo le exige devolvérmelo. Así lo hace permitiendo que esta nota llegue a tus manos. Estamos cerca. No dejes de pensar. Haré algo. No temas. No pierdas la esperanza.

S.

Me sentí casi desmayada de alivio. Arrugué el papel. Habría querido conservarlo, ocultarlo bajo mis ropas, sentirlo contra mi piel, aunque solo fuera para recordarme que él lo había escrito, que estaba cerca y que pensaba en mí.

Pero debía destruirlo. Era peligroso conservarlo, ya que si lo descubría alguien podía significar nuestra perdición. Lo rasgué en pedacitos muy pequeños. Los esparciría en algún lugar... dejando caer cada vez unos trocitos para que nadie los descubriera.

Más tarde, hablé con Nicol.

—Te veo más feliz —me dijo—. Lo que te he traído te ha gustado.

—Oh, sí, pero es difícil ver cómo puede haber cambios en mi situación. ¿Alguna vez ha salido alguien de aquí?

—A veces, si el pachá no está interesado por una mujer, y sabe que jamás volverá a estarlo, se le encuentra un marido. Unas pocas han regresado al seno de sus familias.

—Pero ¿ha escapado alguna?

—No lo creo posible —contestó, negando con un movimiento de cabeza.

—Nicol, tengo que lograrlo —le dije—. Tengo que hacerlo.

—Sí —dijo con lentitud—, tienes que hacerlo. Si no lo consigues, no tardarás en ser enviada al pachá. Se te está poniendo la piel muy blanca. Has engordado algo y ya no pareces tan esquelética. Ahora eres diferente de cuando viniste. Rani está muy contenta contigo. Será dentro de poco..., quizá la próxima vez que él envíe a por alguien.

—Ahora está fuera.

—Sí, pero regresará. Y en cuanto regresa siempre envía a buscar a alguien... Entonces, Rani dirá: «Sí, la rubia; ya está preparada. Qué contento se sentirá el pachá por haberle ofrecido tal regalo..., algo como no había probado jamás». Casi estoy segura de que le gustarás. Es posible incluso que te conserve a su lado. Sin duda alguna, tendrás un hijo. Le gustarás mucho al pachá, porque eres diferente. Incluso es posible que tu hijo le guste más que Feisal... y más que Samir. El eunuco jefe asegura que el pachá se siente muy interesado por Occidente..., y sobre todo por Inglaterra. Quiere saber más de ese país. Quiere tener noticias de la gran reina.

—No..., no. —Casi lloré—. Odio todo esto. No me quedaré aquí. Me las arreglaré para escapar. No me importa lo que me hagan..., pero no me quedaré aquí para eso. Haría cualquier cosa... Nicol, ¿puedes ayudarme?

Me miró fijamente y una ligera sonrisa se dibujó en sus labios.

—El eunuco jefe es buen amigo mío —dijo con lentitud—. No desearía que se me sustituyera como primera dama. Quiere que siga siendo la madre del próximo pachá. Entonces trabajaremos juntos. Somos amigos, ¿comprendes? A través de él me entero de lo que pasa en el exterior, y a través de mí él se entera de lo que ocurre aquí dentro. Sé todo lo que pasa aquí. Se lo puedo contar. Él me recompensa con información del exterior. Quizá...

—¿Quizá?

—Bueno, solo quizá... pueda descubrir algo.

Le puse una mano en el brazo y la sacudí ligeramente.

—Si pudieras ayudarme, Nicol... Si supieras algo...

—Te ayudaré —me aseguró—. Nadie debe sustituir a Samir. Además, tú y yo somos buenas amigas.

Había esperanza. Era lo último que me quedaba, y empezaba a aprender que la esperanza es lo último que pierden los que se encuentran en una situación desesperada.

La nota recibida y las palabras de Nicol me dieron aquella esperanza que tanto necesitaba.

Pensé en todos los peligros por los que había pasado desde aquella aciaga noche en que el desastre se abatió sobre el *Atlantic Star*. Había tenido una buena suerte extraordinaria. ¿Se mantendría? Sabía que Nicol me ayudaría todo lo que pudiera. No lo haría solo por el hecho de que fuéramos buenas amigas, sino sobre todo porque pensaba que podía convertirme en una amenaza para su posición. Nicol era una mujer realista. Y el eunuco jefe la favorecía. Sin duda alguna, él también tendría sus razones para hacerlo así. Pero ¿qué importaban los motivos siempre y cuando ambos actuaran en mi favor?

Yo estaba desesperada. Necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir.

Tenía razones para abrigar cierta esperanza. Dos de las personas más importantes del serrallo estaban de mi parte. Y Simon no se encontraba muy lejos.

Sí, había esperanza. Por primera vez desde que entrara en aquel lugar, escapar de él ya no me parecía algo completamente imposible.

Rani se sentía complacida en mi presencia. Gruñía de satisfacción mientras me daba masajes.

Me sentí abatida. Escapar de allí parecía algo remoto, al menos bajo la fría luz de la razón. Me había permitido sentirme entusiasmada por una oleada de euforia. Pero ¿cómo podría escapar?

Aquella tarde, me dirigí al dormitorio y me tumbé en mi diván. Las cortinas estaban echadas y la estancia aparecía fresca y en semipenumbra. Alguien entró. Vi a Nicol a través de los ojos semicerrados.

—¿Estás enferma? —me susurró.

—Enferma de miedo —contesté. Se sentó a mi lado, sobre el diván—. Temo que no haya nada que pueda salvarme.

—Rani tiene intención de enviarte... la próxima vez.

—Yo... no iré.

Se encogió de hombros, un gesto suyo muy habitual.

—El eunuco jefe dice que el pachá estará fuera durante una semana. Cuando regrese enviará a buscar...

—Una semana. Oh, Nicol, ¿qué puedo hacer?

—Disponemos de una semana —me dijo.

—¿Qué podemos hacer?

—Al eunuco jefe le gusta tu hombre. Quiere ayudarlo. Ellos han hablado. Rani tiene muchos deseos de presentarte al pachá. Quiere que él sepa que cuando llegaste aquí no estabas en muy buenas condiciones... aparte de tu cabello, que, además, no parecía entonces muy lustroso. Ahora, en cambio, brilla. Te ha hecho engordar para el pachá, y ahora que estás preparada te enviará a él. El pachá se sentirá agradecido para con el hombre que te trajo aquí, y que no es otro que el eunuco jefe, pero ha sido Rani la que te ha devuelto la salud. A pesar de todo..., ya te he dicho que disponemos de una semana.

—¿Qué podremos hacer? Dímelo.

—Tu amigo tendrá que ocuparse de todo.

—¿Qué le harían si se enteraran de que me ha escrito una nota?

—Es casi seguro que le convertirían en un eunuco. En cualquier caso, es posible que lo hagan. Ese es el destino que corren algunos de los hombres jóvenes vendidos a los pachás. Se les pone a trabajar en los jardines y durante un tiempo siguen siendo jóvenes normales, pero si se les necesita para trabajar en el harén..., bueno, ¿cómo se podría confiar en un hombre joven entre tantas mujeres? Por eso tienen a los eunucos. Es muy probable que ese sea el destino de tu amigo. No permanecerá siempre trabajando en los jardines. Los eunucos son buenos sirvientes. Pueden estar

entre las mujeres del harén sin sentir tentaciones.

—No comprendo qué se puede hacer.

—Harás lo que se te diga que hagas. Debes recordar que si empiezas esto... te pueden descubrir, y en tal caso... cualquier cosa sería preferible.

—Me pregunto si Simon estará dispuesto a correr tantos riesgos. Cuando pienso en lo que podría sucederle...

—Si quieres escapar no puedes permitirte un fracaso —dijo Nicol—. Rani no tardará en enviarte al pachá. Recuérdalo.

Permanecí en silencio, preguntándome cómo podría soportar tal destino. Además, Nicol hablaba de un modo enigmático. ¿Qué planes podrían hacerse?

Ella se mostraba vaga. A veces incluso pensaba que solo me hablaba así para consolarme.

Mi angustia fue aumentando a medida que transcurrieron los días. Me dije a mí misma que, a su debido tiempo, no me quedaría más remedio que afrontar lo inevitable.

El pachá regresó. Observé la mirada de Rani puesta en mí, con una expresión especulativa. Se frotó las manos con cierta satisfacción y supe que había llegado el momento; y después, cuando el eunuco jefe visitó a Rani aquella misma noche, supe que mi destino había quedado decidido.

Tal y como era la costumbre, otras cinco mujeres fueron seleccionadas conmigo, ya que a Rani no le correspondía elegir en lugar del pachá; era él quien debía tomar su propia decisión en cuanto a quién honraría.

Entre las otras cinco había una joven muy bonita, cuyo nombre, según descubrí, era Aida. Debía de tener unos doce años de edad... Era delgada, pero empezaba a mostrar los primeros signos de feminidad. Tenía un largo cabello negro y grandes ojos, lo que le daba un aspecto de inocencia virginal. Imaginé que resultaría muy atractiva para un hombre cuyos sentidos debían de estar hastiados por los excesos.

Me interesé por Aida porque deposité en ella mis últimas esperanzas. Tuve la seguridad de que ella contaba con muy buenas posibilidades de ser la elegida. La joven se sentía muy excitada; danzaba por los jardines, sin ocultar a nadie su alegría. Fátima gruñó diciendo que ya empezaba a darse aires.

—Es muy bonita —le dije a Nicol—. Sin duda alguna, el pachá la preferirá a ella, ¿verdad?

—Bonita sí que lo es —admitió, sacudiendo la cabeza—, pero también lo son cientos de mujeres..., y muy parecidas a ella. El mismo cabello..., los mismos ojos, encanto y aidez. Tú, en cambio, destacarás entre todas. Y el eunuco jefe dice que el pachá se siente muy interesado por Inglaterra. Admira a la reina inglesa.

Sus palabras me deprimieron aún más y me sentí llena de temor. ¿Cómo era el pachá? Debía de ser bastante joven. Hacía relativamente poco que se había convertido en el heredero de su padre. Hablaba un poco de inglés, según sabía Nicol por el eunuco jefe. Quizá pudiera hablar con él..., interesarlo por Inglaterra, convertirme en una especie de Sherezade capaz de mantener su atención contándole

historias sobre el estilo de vida inglés.

Aquel día me pareció interminable. Hubo momentos en los que casi me convencí de estar soñando. ¿Cómo era posible que todo aquello me estuviera sucediendo a mí? ¿Cuántas jóvenes de mi edad llevaban vidas tranquilas y convencionales en Inglaterra y de pronto se veían transportadas a un harén turco?

Después, me dije que debía prepararme para el destino que me esperaba. El pachá observaría la diferencia que me caracterizaba. Debía rezar para que no me eligiera. Si no lo hacía, se podía decidir que yo no era adecuada para el harén. ¿Qué sucedería entonces? Quizá pudiera convencerlos para que me dejaran marchar. Aida era una joven tan bonita... Estaba acostumbrada a este estilo de vida y, además, disfrutaba con ello.

Rani se me acercó. Había llegado el momento de iniciar los preparativos.

Me suavizó el pelo con sus propias manos, con una actitud casi exultante. Después me peinó y finalmente dio una palmada y aparecieron dos de sus chicas. Ella se levantó y les hizo una seña.

Fui llevada al baño, donde me sumergieron bajo chorros de agua perfumada. Luego de que me secaran, tuve que tumbarme para que me frotaran la piel con ungüentos que olían a almizcle y pachulí. Me perfumaron el cabello. El olor me hizo sentir náuseas y supe que jamás volvería a oler aquellos perfumes sin experimentar el mismo temor paralizante que sentí entonces.

Me vistieron con sedas perfumadas de lavanda, con los pantalones bombachos sujetos a los tobillos, donde me colocaron brazaletes de joyas. Sobre los pantalones me pusieron una túnica hasta la cintura. Era de seda, recubierta de una fina capa de gasa. Se habían cosido abundantes lentejuelas sobre la seda, que relucían de modo misterioso a través de la gasa, despidiendo un brillo sutil. Tuve que admitir que el vestido poseía un gran encanto.

Me calzaron unas sandalias con las puntas curvadas hacia arriba. Eran de satén y estaban recamadas de joyas.

Volvieron a peinarme, de modo que el cabello me cayera sobre los hombros, y me pusieron en la cabeza un ramillete de malvas, así como en los tobillos. Me enrojecieron los labios, me pintaron cuidadosamente los ojos con carboncillo, de modo que parecieron enormes y de un profundo color azul.

Y así estuve lista para ser sometida.

Salvajes pensamientos se arremolinaban en mi mente. ¿Qué podía suceder si me negaba a ir, o si trataba de escapar del harén? Pero ¿cómo lo haría? Las puertas estaban cerradas y guardadas por los eunucos del pachá..., hombres altos y fornidos, todos ellos elegidos por su tamaño. ¿Cómo podía escapar de allí?

Tenía que afrontar la realidad. No había forma de escapar. Rani me tomó de la mano y sacudió la cabeza ante mí. Me estaba amonestando por alguna razón. Debía de ser por mi expresión despectiva. Me decía que sonriera, que mostrara felicidad y aprecio ante el gran honor que podía recaer sobre mí aquella noche.

Pero no podía fingir.

Nicol estaba cerca de nosotras. Fue una de las mujeres que ayudaron a vestirme. Le dijo a Rani algo que esta pareció considerar. Después, asintió con un

gesto y le entregó una llave a Nicol, que se alejó.

Me senté en el diván. Me sentía impotente. Había llegado hasta tan lejos para terminar así. Tuve una visión de mí misma... elegida por el pachá..., embarazada de un niño que sería el rival de Samir y de Feisal. Mi padre era un hombre importante, un profesor del Museo Británico. Deseaba decirles que si el pachá intentaba tratarme como a una vulgar esclava, tendrían muchos problemas. Yo era inglesa. La gran reina no permitía que sus súbditos fueran tratados de ese modo.

Intentaba con ello darme un poco de valor. Sabía que no me decía más que tonterías sin sentido. ¿Qué le importaba a aquella gente quién fuera yo? Allí eran ellos los que mandaban. Yo no era nadie.

Quizá pudiera decirle al pachá lo ávidas que estaban las otras mujeres de compartir su cama. ¿Por qué no elegir a una de ellas y dejarme marchar? ¿Me sería posible explicárselo así? ¿Me escucharía? Y si me escuchaba, ¿me comprendería?

Nicol regresó. Llevaba una copa en la mano.

—Bebe esto —dijo—. Te sentirás mucho mejor.

—No. No lo beberé.

—Te aseguro que te hará bien.

—¿Qué es?

Una de las otras mujeres añadió su capacidad de persuasión. Se abrazó a sí misma con los brazos y se balanceó de un lado a otro.

—Te está diciendo que te hará desear hacer el amor. Eso te facilitará las cosas. En cualquier caso, ha sido Rani quien lo ha ordenado. Dice que no te muestras muy vehemente, y que al pachá le gustan las mujeres vehementes.

Pensé que se trataba de algún tipo de afrodisíaco.

—No lo tomaré —dije.

—No seas tonta —susurró Nicol acercándose un poco más a mí. Me miró directamente a los ojos, como si tratara de decirme algo sin palabras—. Tómalo —siguió diciendo—. Te sentará bien..., es justo lo que necesitas ahora. Bébelo... Soy tu amiga.

Percibí un significado oculto en sus palabras. Tomé la copa y bebí su contenido. Era repugnante.

—Pronto... —dijo Nicol—. Pronto...

Al cabo de unos momentos empecé a sentirme muy mal. Nicol ya había desaparecido, llevándose la copa. Intenté mantenerme en pie, pero no pude. Me sentí mareada.

Una de las mujeres llamó a Rani, que acudió con expresión de consternación. Sentí las gotas de sudor corriendo por mi rostro, y me vi fugazmente en uno de los espejos. Estaba muy pálida.

Rani le estaba gritando a todo el mundo. Me pusieron en un diván. Me sentía muy enferma.

Nicol apareció de nuevo. No sé si fue imaginación o realidad, pero lo cierto es que creí verla sonriendo a hurtadillas.

No fui presentada al pachá. Permanecí tumbada en el diván, sintiéndome muy enferma, a punto de morir. Creí que había llegado mi hora.

Pensé en Nicol y en aquella sonrisa suya a hurtadillas. Ella lo había hecho. Temía que yo pudiera gustarle al pachá, que pudiera quedar embarazada y tener un hijo capaz de superar a Samir. ¿Podía ser así..., o era realmente mi amiga? Fuera cual fuese la respuesta, lo cierto era que por el momento me había salvado del pachá.

Al día siguiente ya había empezado a recuperarme, y con la recuperación se abrió paso en mí la idea de que Nicol lo había hecho por salvarme de lo que yo más temía. Claro que, al mismo tiempo, se ayudaba a sí misma. ¿Por qué no? Nicol era francesa y adoptaba un punto de vista realista acerca de las cosas de la vida. Lo cierto era que servirse a sí misma y a mí a un tiempo debió de haberle parecido una idea indudablemente atractiva.

A medida que me sentía mejor comprendí que, en realidad, no había estado tan gravemente enferma, ya que en caso contrario no habría recuperado la salud con tanta rapidez.

Más tarde, Nicol me contó que cuando Rani la envió a su armario en busca del afrodisíaco que solía darles a algunas mujeres que iban a ver al pachá por primera vez, lo sustituyó por una droga que ella sabía tendría la virtud de ponerme enferma, lo que me evitaría ser presentada al pachá.

—¿No era lo que deseabas? —me preguntó—. ¿No me dijiste que harías cualquier cosa...?

—Sí, sí, y te lo agradezco mucho, Nicol.

—Ya te dije que era tu amiga. Aida fue la elegida esa noche. No ha regresado todavía. Debe de haber obtenido el favor del pachá. Jamás la habría elegido si tú hubieras estado allí.

—Me alegra mucho saberlo. Ella tenía verdaderas ganas de ser elegida.

—Ese pequeño monstruo será insoportable cuando regrese. Para nosotras es un gran honor permanecer en las habitaciones del pachá. Se considerará demasiado importante hasta para dirigirnos la palabra... Será insufrible. Ya lo verás.

Me recuperaba poco a poco de mi enfermedad, y Rani también de su desilusión, aunque se sentía algo más tranquila al ver que Aida había obtenido tanto favor.

Aida regresó al cabo de tres días. Se había convertido en un personaje muy importante. Cuando entró en el harén, su actitud había cambiado por completo; estaba lánguida y nos contemplaba con desprecio. Llevaba unos hermosos pendientes de rubíes, así como un magnífico collar, también de rubíes, en el cuello. La actitud de Rani con ella también experimentó un cambio. La pequeña Aida se había convertido en una de las damas importantes del harén.

Ella estaba segura de haber quedado embarazada.

—Estúpida criatura —dijo Nicol—. ¿Cómo puede saberlo ya? —A pesar de todo, Nicol se mostró preocupada—. Es posible que estés a salvo durante algún tiempo —me consoló—. Porque si le ha gustado tanto como para mantenerla a su lado durante tres días y tres noches seguidas, es muy probable que pida que se la envíen de nuevo. Eso fue lo que me sucedió a mí. En estos momentos, la mujer más agradecida de todo el harén debería ser Aida, y esa gratitud te la debe a ti.

—Quizá él no me habría elegido a mí. Es posible que le hubiera gustado más ella.

Nicol me miró con incredulidad.

Después, experimenté un gran alivio al enterarme por Nicol, que lo supo gracias al eunuco jefe, de que el pachá estaría fuera durante tres semanas.

¡Tres semanas! Podían suceder muchas cosas durante ese tiempo. Quizá tuviera alguna noticia de Simon. Si fuera posible encontrar un medio de salir de aquel lugar... Si alguien podía hacerlo, él lo haría.

Transcurrieron algunos días. Aida se estaba haciendo muy impopular. Siempre llevaba puestos los rubíes, se sentaba junto al estanque, los tomaba entre las manos y los admiraba, recordándole así a todo el mundo el gran favor con el que se la había distinguido, y cómo sentía lástima de todas las demás por no tener la belleza y los encantos necesarios para fascinar al pachá.

Su aspecto era lánguido y aparentaba experimentar las molestias propias del embarazo.

Nicol se reía de ella. Y también las demás. Una de ellas discutió con Aida de un modo tan violento que terminaron por enzarzarse en una pelea, de la que Aida salió con el rostro maliciosamente arañado.

Eso hizo que Aida se deshiciera en llantos. Con aquel rostro herido, ya no podría ser enviada al pachá cuando este regresara.

Rani se enojó mucho, y las dos mujeres fueron encerradas durante tres días. Según me aseguró Nicol, a Rani le habría gustado apalearlas, pero tuvo miedo de dejarles cardenales en el cuerpo, sobre todo en el de Aida. Una de las características de un harén es que quienes pertenecen a él no son sometidas a violencia física.

No obstante, y según Nicol, fue un verdadero alivio verse libres de aquella pequeña criatura tan arrogante, aunque solo fuera durante tres días.

Una vez transcurridos los tres días, Aida no pareció haber cambiado en absoluto. Seguía mostrándose tan lánguida como antes, e incluso mucho más segura de estar embarazada y de que tendría un niño varón. No se quitaba el collar ni para dormir, y guardaba los pendientes en un pequeño joyero, junto a su cama. Se los ponía en cuanto se levantaba por la mañana.

A mi pesar, me vi envuelta en las intrigas del harén. Ello se debió en buena medida a mi amistad con Nicol. Me dijo que de vez en cuando estallaban violentas peleas, y que existían grandes celos entre todas las mujeres. Aida, al igual que Fátima, era una de las que más problemas creaban. Ambas habían sido elegidas y eso era algo que no podían olvidar. Si Aida estaba efectivamente embarazada, y daba a luz un niño varón, eso haría aumentar mucho las rivalidades ya existentes.

—Pero Samir es el mayor —dijo Nicol—. Tiene que seguir siendo el hijo favorito.

Le dije que estaba segura de que así sería.

Sin embargo, tuve la impresión de que Nicol se sentía cada vez menos confiada. No obstante, estaba dispuesta a continuar actuando en favor de Samir, y sabía muy

bien que aquello era algo que debía tener presente de modo constante.

Durante aquellos días, los pensamientos de Nicol parecieron fijarse por completo en Aida. No era la única que pensaba así. A Fátima le sucedía otro tanto. Ambas habían sido las principales rivales, ambas tenían hijos con aspiraciones a heredar las riquezas del pachá. Ahora, ambas se dedicaron a vigilar a Aida.

Para una joven de su edad, era insólito haber satisfecho al pachá durante tres noches seguidas, y mucho más teniendo en cuenta que permaneció en sus aposentos. Así pues, no cabía la menor duda de que Aida le había impresionado de algún modo.

Además, había permanecido el tiempo suficiente para quedar embarazada, y existía una buena probabilidad de que, en efecto, lo estuviera. En consecuencia, ella era un objeto de preocupación para todas, especialmente para Nicol y Fátima.

Eran las primeras horas de la madrugada y yo estaba medio dormida. Era medio consciente de la luz de la luna penetrando por las ventanas del dormitorio. Con los ojos semicerrados, creí percibir un movimiento en la estancia. Distinguí a una figura borrosa inclinándose sobre un diván situado en un rincón. El sueño se apoderó de mí y ya no volví a pensar en aquel incidente.

Al día siguiente se produjo una gran consternación. Los pendientes de rubíes de Aida habían desaparecido. Ella misma nos recordó que siempre llevaba puesto el collar, pero que guardaba los pendientes en un pequeño joyero junto al diván donde dormía.

Rani entró en el dormitorio, preguntando a qué venía tanto alboroto. Aida gritaba furiosa, acusándonos a todas. Alguien le había robado los pendientes. Se lo diría al pachá. Él no toleraría que hubiera ladronas en el harén. Todas seríamos azotadas y expulsadas de allí. Se le tenían que devolver sus hermosos pendientes. Si no los recuperaba ese mismo día le pediría al pachá que nos castigara a todas.

Rani se enfadó.

—Pequeña tonta —dijo Nicol—. ¿Acaso no sabe aún que no debe enojar jamás a las personas importantes? Supongo que se cree tan relevante como para conseguir lo que quiera sin su apoyo.

Se registró el dormitorio, pero los pendientes no aparecieron por ninguna parte.

Fátima dijo que se trataba de algo terrible, y que se debía registrar incluso a los niños. Había algunos niños que nacían ladrones, y aseguró que si Feisal fuera uno de ellos, ella misma se ocuparía de castigarlo con severidad.

Rani dijo que, sin lugar a dudas, no tardarían en encontrar los pendientes. No podían estar muy lejos. No tenía ningún sentido que alguien le robara las joyas a otra mujer, pues entonces ¿cuándo podría lucirlos la ladrona en aquel recinto cerrado?

Yo estaba en los jardines, en compañía de Nicol.

—Esa pequeña idiota arrogante se lo tiene bien merecido —comentó Nicol—. No llegará muy lejos.

—Alguien tiene que haberse apoderado de los pendientes.

—¿Quizá como una especie de broma?

—Ahora recuerdo algo —dije con lentitud—. Yo estaba medio despierta. Vi a alguien en el dormitorio... Sí, lo recuerdo bien... Estaba junto al diván donde dormía Aida.

—¿Cuándo?

—Anoche. Creí estar soñando. Me encontraba en ese estado en el que una no está muy segura de hallarse dormida o despierta. Desde que estoy aquí he tenido sueños muy extraños..., sobre todo después de haber ingerido aquel líquido que me diste a beber. A veces estoy medio dormida..., medio despierta..., casi como si tuviera alucinaciones. En realidad, no estoy segura de si eso lo vi o lo soñé.

—Bueno, si creíste ver a alguien junto al diván de Aida y resulta que a la mañana siguiente han desaparecido sus pendientes... lo más probable es que no estuvieras soñando.

En ese momento Samir se nos acercó. Sostenía algo muy brillante en las manos.

—Mira, mamá —dijo—, cosas bonitas...

Nicol tomó el pequeño joyero en sus manos y lo abrió. Allí estaban los pendientes de rubíes.

Nicol intercambió conmigo una mirada llena de temor y comprensión.

—¿Dónde has encontrado esto, Samir? —le preguntó al niño con voz temblorosa.

—En mi barco.

Se refería a su barco de juguete, el orgullo de su vida. Casi nunca se le veía sin él. Acostumbraba hacerlo navegar en los estanques.

—Se los tengo que llevar a Rani enseguida —dijo Nicol mirándome.

Extendí una mano para detenerla. Miré a Samir con expresión de duda. Nicol comprendió el significado de mi mirada y le dijo al niño:

—Vete a jugar. No le cuentes a nadie lo que has encontrado. No es nada importante. Pero no digas una sola palabra a nadie. Prométemelo, Samir.

El niño asintió con un gesto y se alejó.

—En cuanto a lo que recuerdo... —dije—, podría haber sido Fátima la que vi anoche. ¿Qué pasaría si fuera ella quien robó los pendientes? Cuanto más pienso en ello, más segura estoy de que eso fue lo que ocurrió. ¿Acaso no ha dicho que se debería registrar a todo el mundo..., incluidos los niños? A veces, Fátima comete tonterías. No tiene demasiada sutileza. Resulta fácil leer su mente. Ella quiere hacerte daño..., a ti y a Samir. De modo que robó los pendientes, los dejó en el barco de Samir y ahora pretende hacernos creer que el niño los robó.

—¿Por qué?

—Para convertirlo en un ladrón.

—Pero si solo es un niño.

—Entonces, quizá esté equivocada. ¿Qué habría sucedido si se hubieran encontrado los pendientes en su barco de juguete? El niño habría dicho no saber cómo habían llegado hasta allí, pero ¿lo habrían creído? Es posible que se informara del caso al pachá. Aida, al menos, estaría dispuesta a decírselo en cuanto volviera a verlo..., como es muy posible que suceda. En tal caso, quizá se castigara al niño. El pachá se sentiría disgustado con él. ¿Comprendes adonde voy a parar? Pero quizá esté equivocada.

—No..., no. No creo que estés equivocada.

—En mi opinión, ella dirá que Samir robó los pendientes y que, al descubrirse el

hurto, sintió miedo y te los entregó a ti.

—En tal caso, ¿qué podemos hacer?

—Librarnos de ellos... enseguida. Déjalos caer... en cualquier parte. No deben encontrártelos a ti. ¿Qué explicación darías? Si contaras la verdad te preguntarían cómo es que aparecieron en el barco de Samir. Dirían que fue el niño quien los puso allí. Será un asunto muy desagradable. Déjalos... cerca del estanque. El joyero llamará la atención y no tardarán en encontrarlo. Y entonces Samir no tendrá nada que ver con ello. Estoy segura de que es mejor que sea así.

—Tienes razón —admitió Nicol.

—Entonces, cuanto antes te desprendas de ellos, tanto mejor.

Asintió con un gesto. Tomando toda clase de precauciones para no ser vista, dejó caer el joyero en el interior del estanque y luego se alejó de allí.

—Estoy segura de que ha sido Fátima —le dije—. Estoy tratando de recordar lo que vi anoche. Para ella habría sido muy fácil levantarse de su diván en un momento en que nos creía dormidas a todas... y apoderarse del joyero.

—Sí, fue Fátima. Lo sé. Ha sido ella. Oh, cómo odio a esa mujer. Creo que un día voy a matarla.

El joyero fue descubierto. Aida aseguró que no lo comprendía. Lo había dejado junto a su diván. Alguien debía de haberlo cogido y luego, asustada ante la magnitud del hurto, se había desprendido de él.

Rani dijo que, como se habían encontrado los pendientes, ya no había más que hablar del tema.

Pero, en realidad, no sucedió así. La enemistad entre Fátima y Nicol aumentaba de forma alarmante. Ya era casi seguro que Aida no estaba embarazada, lo cual contribuía a aumentar la rivalidad entre las madres de Samir y de Feisal. Aida se mostraba malhumorada. Alguien dijo que había simulado el robo de sus pendientes solo para llamar la atención sobre el hecho de haberle gustado tanto al pachá como para que este se los regalara. En el harén había muchas riñas y desprecios mezquinos, quizá porque nadie tenía gran cosa que hacer.

Sin duda alguna, Nicol me estaba agradecida. Comprendía con toda claridad el peligro que habían corrido, tanto ella como Samir, puesto que si el niño hubiera sido considerado como un ladrón, habría disminuido mucho el favor del pachá para con él. Nicol estaba segura de que había sido una trama urdida por Fátima y digna de ella.

A partir de entonces Nicol se mostró más abierta conmigo. Yo siempre supe que existía una amistad muy especial entre ella y el eunuco jefe, pero ahora me confesó que ambos habían estado juntos en el mismo barco, y que ya entonces habían entablado muy buena amistad. No me dijo que hubieran estado enamorados, pero sin duda alguna se habrían sembrado entonces las semillas del amor. Cuando ella fue llevada al harén, él fue vendido al pachá. En aquel entonces se necesitaban eunucos, y ese había sido su destino. Era un hombre alto, apuesto e inteligente, de modo que había ascendido con rapidez hasta alcanzar el rango que ostentaba entonces. Nicol le pasaba información sobre lo que sucedía en el harén, y él le daba noticias sobre lo que ocurría en el mundo exterior. Ambos se habían adaptado y obtenían las mayores

ventajas posibles de su situación.

Ahora que conocía lo cerca que habían estado el uno del otro, antes de su cautividad, comprendí mejor la naturaleza de su relación. Les había costado algún tiempo resignarse a aquel estilo de vida, pero él había terminado por convertirse en el eunuco jefe, y ella abrigaba la intención de convertirse en la primera dama del harén a su debido tiempo.

Mi relación de amistad con Nicol se fue profundizando cada vez más.

Yo había salvado a su hijo de una situación que pudo haber perjudicado mucho las oportunidades de ambos. Comprendí que ella me aceptaba sin reservas como amiga, y que deseaba devolverme el favor.

Intenté hacerle comprender que, entre amigas, los favores no se pagan. Me dijo que, aun dándose cuenta de ello, haría por mí lo que pudiera. Y ella sabía muy bien que yo solo deseaba una cosa: escapar de allí. En algún momento, hacía ya mucho tiempo, ella se había sentido exactamente igual que yo, lo cual le permitía comprender mi situación.

Lo primero que hizo fue traerme una nueva nota. Creo que le contó a su amigo, el eunuco jefe, la historia de los pendientes, asegurándose también su ayuda. Me entregó la nota tomando las mismas precauciones que la vez anterior, y cuando me encontré a solas la leí:

No pierdas la esperanza. Gracias a un amigo mío, sé lo que sucede al otro lado del muro. Si aparece una oportunidad, estaré preparado. Tú también debes estarlo. No desesperes. Contamos con amigos. No te olvido. Tendremos éxito.

¡Qué alivio fue leer aquellas palabras!

A veces, cuando me sentía con ánimo pesimista, me preguntaba qué podría hacer Simon. Entonces, me convencía de que él haría algo. Tenía que seguir confiando.

Nicol vigilaba a Samir. Yo también me dediqué a vigilarlo a hurtadillas. El niño y yo nos habíamos hecho buenos amigos.

Él sabía que yo pasaba bastante tiempo con su madre, y que existía una comprensión especial entre ambas; tuve la impresión de que el niño también quería participar de ella.

Se trataba de un niño encantador, de muy buen aspecto y saludable; y como quería a todo el mundo, creía que todo el mundo también le amaba a él.

Una vez en que estaba sentada junto al estanque, se me acercó y me enseñó su barco de juguete. Lo pusimos a flote sobre el agua y el niño se quedó observando su avance con expresión soñadora en sus ojos.

—Ha venido de un lugar muy lejano, muy lejano —dijo.

—¿De dónde? —le pregunté.

—DeMart... Mart...

—De Martinica —dije, con una repentina inspiración.

El niño asintió, con expresión de felicidad.

—Y se va a un lugar que está en Francia —siguió diciendo—. A Lyon. Allí hay

una escuela. —Supuse que su madre le habría contado la historia, porque el niño continuó—: ¡Piratas! —gritó—. Van a intentar capturarnos, pero no se lo permitiremos, ¿verdad? ¡Bang, bang! ¡Fuera de aquí, horribles piratas! No nos gustáis. —Movi6 las manos como si fueran bajeles imaginarios. Se volvi6 y me sonri6—. Est6 bien ahora. No te asustes. Ahora se marchar6n todos. —Despu6s, se6al6 hacia un 6rbol y dijo—: Higos.

—¿Te gustan los higos? —le pregunt6.

Asintió vigorosamente. Su madre se acerc6 a nosotros. Había escuchado las 6ltimas palabras.

—Es un glot6n para los higos, ¿verdad, Samir? —pregunt6.

El ni6o se encogió de hombros y asintió con un gesto de cabeza.

M6s tarde recordaría aquella escena.

Estaba sentada junto al estanque, pensando en lo r6pidos que pasaban los días, y pregunt6ndome cu6ndo regresaría el pach6. ¿Podría escapar de nuevo a mi suerte? Ya no habría ninguna otra droga como la que me dio Nicol. Si ocurriera algo parecido, Rani terminaría por sospechar algo. Y, de todos modos, si la tomaba no sabía qu6 efectos podría causarme. ¿Qu6 sabía Nicol sobre aquellos extra6os brebajes? Adem6s, supuse que en una nueva ocasi6n sería la propia Rani quien prepararía el afrodisíaco. No era estúpida. Incluso cabía la posibilidad de que sospechara lo sucedido. ¿Quedaba alguna esperanza? ¿Podía Simon ofrecerme algo m6s que palabras de consuelo?

Samir se acerc6. Llevaba un higo en la mano.

—Oh, qu6 higo tan precioso, Samir.

—SÍ, me lo ha dado Fátima.

—¡Fátima! —Un estremecimiento de alarma me recorri6 todo el cuerpo—. Dámelo, Samir —le pedí.

—No es tuyo. Es mío —dijo el ni6o, escondiéndolo tras la espalda.

—Solo enséñame.

Retrocedió un paso y despu6s, sacando la mano de detr6s de la espalda, me lo enseñ6. Hice adem6n de quitárselo, pero se volvi6 y ech6 a correr. Yo le seguí.

Acudi6 corriendo junto a su madre, quien lo levant6 y me mir6 al tiempo que yo llegaba a su lado.

—Fátima le ha dado un higo —me limité a decir. Nicol se puso p6lida—. Lo tiene en la mano. No ha querido d6rmelo.

Nicol se lo arrebat6 y el ni6o se puso a hacer pucheros.

—No te preocupes —le dijo ella—. Te daré otro.

—Pero ese es mío. Fátima me lo dio.

—No importa —dijo Nicol con la voz temblorosa—. Te daré otro m6s grande y mejor. Pero este no es bueno. Tiene gusanos dentro.

—¿Me los enseñas? —exclam6 Samir, excitado.

—Antes te daré otro higo mejor.

—Me entreg6 el higo y a6adi6—: Regresaré enseguida.

Se alejó en compañía de Samir y regresó pocos minutos después.

—¿Qué piensas? —le pregunté.

—Esa mujer es capaz de cualquier cosa.

—Yo también lo creo.

—Rosetta, voy a probarlo.

Se sentó sobre las baldosas sosteniendo el higo en la mano y contemplándolo con expresión sombría. En aquellos momentos apareció uno de los pequeños perros de Fátima.

Nicol se echó a reír y llamó al perro, que se acercó enseguida. Ella le extendió el higo, el animal lo agarró entre los dientes y se lo tragó de un bocado, mirándola como si esperara más.

—¿Por qué le habrá dado un higo? —pregunté.

—Quizá se sintiera culpable por lo de los pendientes y quisiera congraciarse con él.

Nicol me miró con expresión sarcástica. Luego, volvió a mirar al perro. El animal se había alejado hacia un rincón y parecía sentirse enfermo. Nicol volvió a mirarme con expresión de triunfo.

—Es una bruja..., una verdadera bruja... Habría matado a Samir.

—No podemos estar seguras.

—¿No te parece prueba suficiente? Mira al perro.

—Pudo haber sido otra cosa.

—Estaba perfectamente bien antes de tragarse el higo.

—¿Crees que sería capaz de llegar tan lejos? ¿Qué le sucedería si la descubrieran?

—Sería condenada a muerte por asesinato.

—Ya lo habrá pensado.

—Fátima nunca piensa. Solo tiene una idea fija metida en la cabeza: desembarazarse de Samir, para que Feisal pueda convertirse en el hijo favorito del pachá.

—Nicol, ¿crees realmente que sería capaz de llegar a tales extremos?

El perro se retorció sobre el suelo. Ambas lo contemplamos llenas de horror. De pronto, las patas del animal se pusieron rígidas y quedó tumbado de lado, inmóvil.

—Pudo ser Samir —susurró Nicol—. Si no le hubieras visto con ese higo... La mataré por esto.

En aquel momento llegó Aida.

—¿Qué le ocurre al perro? —preguntó.

—Ha muerto —contestó Nicol—. Ha comido un higo.

—¿Un qué?

—Un higo.

—¿Y cómo ha podido morir por eso? Es el perro de Fátima.

—Sí —asintió Nicol—. Ve a decirle que su perro ha muerto porque se ha comido un higo.

Me sentí verdaderamente alarmada. Hasta ese momento había sentido cierto desprecio por las rivalidades entre ambas, pero cuando estas conducían a un intento

de asesinato, ya era otra cuestión.

No se podía esperar que el asunto terminara así. Nicol no era la clase de persona que pasaba por alto una cosa así.

Sus comentarios sobre el higo y la muerte del perro serían suficientes para demostrarle a Fátima que sospechaba de ella, puesto que fue ella quien dio el higo a Samir, el mismo higo que después envenenó a su propio perro.

Entre Nicol y Fátima había un estado de guerra declarada. Todo el mundo comentaba la muerte del perro de Fátima, causada por un higo.

Rani se sentía preocupada. Odiaba que hubiera problemas en el harén, y le gustaba pensar que era capaz de mantenerlo todo en orden.

Nicol y Fátima intercambiaban miradas de abierta provocación y todas esperábamos que empezaran los problemas.

Le rogué a Nicol que tuviera mucho cuidado. Sería mucho mejor para ella contarle a Rani o al eunuco jefe lo que sospechaba; ellos podrían hacerse cargo de la situación.

—Quiero enfrentarme a Fátima —me dijo—. Ellos no creerán lo que ha hecho esa mujer. Dirán que la muerte del perro se debió a otra cosa. No querrán que el pachá se entere de que en el harén se ha producido un intento de asesinato.

—Él no tardará en regresar —dije temerosamente—. Sin duda alguna, se enterará de algo.

—No. No se enterará de nada. Además, ellos intentarán echar tierra sobre el asunto antes de que él regrese. Pero no voy a permitirlo. Intentó acusar a mi hijo de ladrón, y cuando fracasó ha tratado de envenenarlo.

—Y ninguno de sus intentos ha tenido éxito.

—No. Gracias a ti. Has sido muy buena amiga mía, y te lo recompensaré en cuanto pueda. Sí, te compensaré por todo el bien que me has hecho, y a ella por todo el mal que ha causado.

La situación no podía mantenerse en calma por mucho tiempo. Fátima se aproximó a Nicol cuando esta se hallaba en los jardines.

—Estás haciendo circular malvados rumores sobre mí —dijo.

Yo ya había aprendido lo bastante del idioma para comprender a grandes rasgos lo que ambas se dijeron.

—Nada puede ser más malvado que la verdad de lo sucedido —replicó Nicol—. Has tratado de matar a mi hijo.

—Yo no he hecho nada de eso.

—¡Embustera! Envenenaste un higo y trataste de matarlo. Pero en lugar de eso resultó muerto tu perro. Eso lo prueba.

—Yo no le di el higo a tu hijo. Ese niño es un embustero, y también un ladrón.

En cuanto escuchó aquellas palabras, Nicol levantó una mano y la descargó con fuerza sobre la mejilla de Fátima, quien se lanzó sobre ella gritando. Me sentí aterrorizada al ver que blandía un cuchillo en la mano. Fátima había acudido bien preparada para la batalla.

Algunas mujeres se pusieron a gritar.

—Llamad a Rani —dijo alguien—. Llamad al eunuco. Llamadlos.

Fátima había hundido el cuchillo en el muslo de Nicol y la sangre se extendió con rapidez sobre sus pantalones bombachos, salpicando por todas partes.

Rani acudió corriendo, gritándoles que se detuvieran y acompañada por el eunuco jefe. La fuerza del hombre le permitió apartar a Fátima, que no dejaba de patear y chillar, mientras Nicol permanecía en el suelo, sangrando profusamente.

Entonces aparecieron otros dos eunucos que estaban trabajando en los jardines. Rani les ordenó que se llevaran a Fátima. El eunuco jefe se arrodilló junto a Nicol. Le dijo algo a Rani. Luego, levantó tiernamente a Nicol en brazos y la transportó al interior del edificio.

Yo estaba horrorizada. Sabía que tarde o temprano habría problemas entre ellas, pero jamás me habría imaginado que se produjera una lucha tan brutal, con cuchillo y todo. El arma le había proporcionado ventaja a Fátima. Ahora me sentía preocupada por Nicol, por quien sentía un gran afecto. Era la única con quien me podía comunicar. Gracias a ella, la vida había sido un poco más tolerable para mí.

Entonces pensé en Samir. Pobrecillo, ¿qué sería de él?

Estaba muy asustado y acudió a mí en busca de consuelo.

—¿Dónde está mi mamá? —preguntó, quejumbroso.

—Está enferma.

—¿Cuándo se pondrá mejor?

—Tenemos que esperar y ver qué pasa —le dije.

Fue una de las respuestas más insatisfactorias que pude ofrecerle, según recuerdo muy bien por mi propia infancia.

Fátima fue puesta bajo vigilancia. Me pregunté qué sería de ella entonces. Estaba segura de que aquel incidente no se pasaría por alto con facilidad. Hacerlo habría significado despreciar la ley y el orden del harén, y eso era algo que no se podían permitir ni Rani ni el eunuco jefe.

Por lo poco que pude comprender, las mujeres se dedicaron a hablar sobre el higo envenenado y el ataque de Fátima contra Nicol; Aida y sus pretensiones dejaron de ser el tema principal de sus conversaciones.

Rani estaba furiosa porque, evidentemente, Fátima había tenido acceso al armario donde ella guardaba sus pócimas. Me pregunté con qué frecuencia habrían sido utilizadas para eliminar discretamente a alguna persona no deseada del harén. Imaginé que el pachá impartiría órdenes, a través de su eunuco jefe, cuando deseara desembarazarse de alguien discretamente. Eso tenía que haber sucedido de vez en cuando. Los secretos de aquel armario debían estar celosamente guardados, y el hecho de que Fátima hubiera tenido acceso a ellos debió de ser motivo de alarma.

El eunuco jefe se hallaba en constante comunicación con Rani. Yo le veía con frecuencia en el harén.

Nicol fue acostada en una estancia privada. A mí se me permitió visitarla, debido quizá a que ella misma lo solicitó así. Todos esperaban con ansiedad que se recuperara, y estaban dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de ayudarla.

Me estremecí al verla. Tenía el muslo envuelto en vendajes y estaba muy pálida; mostraba unos oscuros cardenales sobre la frente.

—Esa serpiente habría acabado conmigo... si hubiera podido... Y estuvo a

punto de lograrlo —me dijo—. ¿Cómo está Samir?

—Ha preguntado por ti.

—No quería que me viera... así —dijo, con el rostro iluminado por una sonrisa.

—De todos modos, creo que le gustaría mucho verte.

—Entonces, quizá...

—Se lo diré. Se alegrará mucho.

—¿Lo estás cuidando por mí?

—Todo lo bien que puedo, pero es a ti a quien quiere.

—Sé que han encerrado a esa perra bruja. Eso es un gran alivio para mí.

—Así es. Ya no está entre nosotras.

—Gracias a Dios. No podría permanecer aquí sabiéndola libre... y sintiéndome impotente. ¿Sabe Samir el grave peligro que ha corrido?

—Es demasiado pequeño para comprenderlo —contesté.

—A veces, los niños son mucho más agudos de lo que se cree. Escuchan. Y hay pocas cosas que se les escapen por alto. En ocasiones se imaginan incluso demasiadas cosas..., pero Samir sabrá que algo anda mal. Percibirá el peligro.

—Yo le cuidaré. No tienes que preocuparte por él, y en cuanto creas que debe venir a verte, estoy segura de que te lo permitirán.

—Oh, sí. No quieren que muera. En tal caso, el pachá haría muchas preguntas. Se preguntaría cómo está cumpliendo Rani su deber de cuidar de nosotras. Es posible que la sustituyera. Ella siempre está pensando en esa posibilidad. Y el pachá me recordará porque soy la madre de su hijo.

—¿Y qué me dices de Fátima? Ella también es la madre de otro hijo suyo.

—En realidad, Fátima nunca le gustó. Es una estúpida. Siempre lo fue. Es la madre de Feisal, cierto, pero nada más. Feisal es un niño muy bien parecido, pero eso no quiere decir que Fátima conserve el favor del pachá si ella representa una amenaza en el harén. Yo no tenía cuchillo. Fue ella quien lo sacó. Podría haberme matado. Eso era lo que intentaba hacer. Y ahora... he perdido mucha sangre. La herida es profunda. Tardará mucho tiempo en curar.

Al día siguiente acompañé a Samir a verla.

El niño se arrojó sobre el diván y ambos se abrazaron, emocionados. Noté que las lágrimas me corrían por las mejillas. El niño se sentía muy alegre. Su madre estaba allí. Se daba cuenta de que aún estaba enferma, pero estaba allí.

Se sentó junto a ella, y Nicol le preguntó qué estaba haciendo y se interesó por el barco de juguete.

—Los piratas estuvieron a punto de atraparlo —contestó el niño.

—¿De veras?

—Sí, pero yo lo salvé a tiempo.

—Eso son buenas noticias.

—¿Cuándo te vas a levantar?

—Muy pronto.

—¿Hoy?

—Bueno..., no, hoy no.

—¿Mañana?

—Ya veremos.

Allí volvía a estar la misma respuesta. Samir suspiró, dándose cuenta de la vaguedad de la misma.

—Tienes a Rosetta —le dijo ella.

El niño se volvió hacia mí y sonrió, al tiempo que extendía su mano. Nicol se mordió un labio y bajó la mirada. Estaba tan conmovida como yo, y en aquel instante estoy segura de que sintió por mí tanto afecto como yo por ella.

El día siguiente Rani hizo entrar al eunuco jefe. Nicol habló con él en francés. Le contó todo lo que yo había hecho y que gracias a mi rápida reacción Samir había salvado la vida.

—Le debo la vida de Samir —dijo Nicol—. Tengo que compensarla por ello.

Él asintió con un gesto, y creo que las miradas que cruzaron fueron de amor.

La tragedia de sus vidas se me presentó con mayor claridad que nunca. De no haber sido por la desgracia que había caído sobre ellos, todo habría sido muy diferente. Vi el barco en mi imaginación. Me representé sus encuentros a hurtadillas..., la amistad que surgió entre ambos mientras estuvieron a bordo, cuando la gente se podía ver cada día si así lo deseaba. Las relaciones suelen florecer en esa clase de ambientes. Y eso mismo podría haber sucedido entre aquellos dos jóvenes. ¿Qué habría pasado si se les hubiera permitido permanecer juntos? Me los imaginé en alta mar..., en las noches cálidas, sentados en cubierta, arropados por el cielo estrellado, con el suave chapoteo del mar en calma mientras el barco navegaba, rodeados por un ambiente idílico y propicio para el amor. Y entonces..., el asalto, el naufragio, la venta como esclavos y el final de una historia de amor que solo acababa de empezar.

¿Acaso yo no lo comprendía mejor que nadie? ¿Acaso no me había sucedido lo mismo?

¡Pobre Nicol! Cruelmente separada de su amado y, sin embargo, destinada a no vivir lejos de él, e incluso a tener que verlo con frecuencia: ella como miembro de un harén en el que daría a luz un hijo de su inflexible dueño; él destinado a perder su virilidad solo por ser un hombre alto y fuerte y porque de ese modo podía ser útil para aquel hombre desconocido y despiadado. ¿Cómo era posible que algunas personas infligieran tanto daño a otras? ¿Cómo se atrevían a arrancarnos de un mundo civilizado para someternos a su bárbaro estilo de vida? Pero, a pesar de todas mis preguntas, se atrevían a hacerlo así. Disponían de la oportunidad y, por el momento, de la fuerza, y gracias a ello jugaban con nuestras vidas.

Nicol mejoraba. Era una mujer muy sana y Rani demostró ser una enfermera excelente. Sabía con exactitud cómo tratar las heridas. Me pregunté cuánta práctica habría adquirido en una comunidad donde la ociosidad hacía surgir tanta violencia.

Cada día llevaba a Samir a ver a Nicol. El niño se sentía más feliz. Ya no tenía miedo. Sabía que su madre estaría enferma durante un tiempo, pero ella seguía estando allí, él la podía ver, y yo actuaba como su sustituta temporal.

—El eunuco jefe acaba de visitarme —me dijo Nicol un día—. Me cuenta

muchas cosas. Todos ansían solucionar esta cuestión antes del regreso del pachá. Si pudieran conseguirlo, no tendrían por qué decirle nada.

—¿Y qué pasa con Fátima?

—Rani dirá que tuvo que ser enviada fuera de aquí..., con su familia. Ya llevaba algún tiempo quejándose de su conducta. Incluso puede decir que me atacó con un cuchillo. Si hay cicatrices tendrá que haber también una explicación. Muchas cosas dependen de ello. Ya habrá tiempo para decidir. Pero Fátima será enviada fuera de aquí.

—¿Y qué pasará con Feisal?

—Él se quedará. Es el hijo del pachá. No puede marcharse.

—Oh..., pobrecillo.

—Estará mucho mejor aquí que con la estúpida de su madre.

—¿Quién se ocupará de él?

—Las otras mujeres. Nadie ha discutido con Feisal. Ese niño no puede evitar tener una madre como la que tiene. Fátima permanecerá encerrada por el momento. Me parece justo. Esa mujer es un animal salvaje.

—¡Pero qué castigo tan terrible para ese niño!

—Fátima merecería perder la vida. Estuvo dispuesta a cobrarse la vida de Samir. Cada vez que pienso en ello, recuerdo lo mucho que te debo. No me gusta deber nada a nadie. He hablado con Jean..., el eunuco jefe. Él comprende... y es posible que pueda ayudar. Sí..., creo que ayudará.

El corazón empezó a latirme con tal rapidez que apenas fui capaz de hablar.

—¿Cómo...? —logré decir.

—El pachá se ha retrasado. No regresará hasta dentro de dos semanas. Lo que se tenga que hacer debe hacerse antes de su regreso.

—¿Sí?

—Ya te lo he dicho, Fátima será enviada fuera de aquí. Vendrá un carruaje para llevársela. El eunuco jefe tendrá que abrir las puertas. El carruaje esperará en el exterior. Será para llevarla de regreso con su familia. Ya no se requiere su presencia aquí, en el harén.

—¿Suceden estas cosas a menudo?

—Es la desgracia más definitiva —dijo Nicol sacudiendo la cabeza—. Si me hubiera matado, habría sido condenada a muerte. Es posible que decida suicidarse —añadió con cierto alivio.

—¡Oh, no...! —exclamé.

—No debería hacerlo —replicó Nicol echándose a reír—, porque de ese modo echaría a perder nuestros planes. Escucha.

Guardó silencio durante unos segundos. Yo apenas podía contener mi avidez por saber más. De repente, la esperanza resurgía en mi interior.

—Todas las mujeres tienen que ir cubiertas por un velo cuando salen. Solo las que pertenecen a clases inferiores no lo llevan. Por lo tanto, una mujer se parece a cualquier otra... Oh, te echaré de menos, porque somos muy buenas amigas, ¿verdad? Pero eso es lo que tú deseas. Nunca habrías llegado a ser una buena mujer para el harén. Tienes demasiado *esprit*. Eres incapaz de olvidar tu orgullo..., tu

dignidad. No, no lo harías ni por todos los rubíes del mundo.

—Nicol, explícame con claridad lo que quieres decir. No me tengas sobre ascuas. Has sido muy buena amiga. No olvido que en cierta ocasión me salvaste gracias a aquella poción.

—Con la cual te pusiste enferma durante un tiempo.

—Eso no importa, ya que me salvó. Me dio un respiro.

—Bueno, pero olvídale. ¿Acaso no has salvado tú a Samir?

—Nos hemos ayudado la una a la otra. Y ahora..., dime lo que tengas que decirme, por favor.

—El eunuco jefe ayudará... si es que se puede hacer.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Él vendrá para llevarse a Fátima. Ella estará cubierta por una capa, con velo y redécilla..., y si detrás de todos esos ropajes resultara que no estuviera Fátima, sino Rosetta..., ¿qué más daría?

—¿Sería... posible? —pregunté con la respiración entrecortada.

—Podría ser. Te llevará a través de las puertas. Nadie tendrá idea de que no se trata de Fátima sino de ti. Todo el mundo sabrá que Fátima iba a ser devuelta a su familia.

—¿Y dónde estará Fátima durante todo ese tiempo?

—En su habitación. Ella tendrá que estar preparada para una hora precisa, pero el carruaje acudirá media hora antes. Entonces, el eunuco jefe dirá que eso no importa, y como es él quien hace los arreglos, vendrá a verme. Tú estarás aquí, en esta habitación..., preparada y esperando. Él saldrá contigo y si te ven, todos creerán que eres Fátima. Es posible que algunos se atrevan a mirarte, pero se les advertirá que permanezcan en el interior del edificio, para no aumentar así la vergüenza de Fátima. El eunuco jefe abrirá las puertas y tú las cruzarás en su compañía. Luego, él volverá a cerrar las puertas y tú entrarás en el carruaje, que estará fuera, esperando. Todo saldrá de acuerdo con el plan previsto, excepto que serás tú la que se marche, en lugar de Fátima.

—¿Adonde me llevarán?

—A la embajada inglesa. Allí contarás tu historia. Ellos te enviarán de regreso a tu hogar. No podrás decirles el nombre del pachá, puesto que no lo conoces. Además, un país extranjero no puede interferir en los asuntos internos de otro. El deber de la embajada consistirá exclusivamente en enviarte de regreso a casa.

—No puedo creerlo. Parece todo demasiado fácil.

—No es fácil. Es algo inteligente y bien planeado. El eunuco jefe es un hombre muy inteligente.

—Y cuando se descubra lo que ha hecho..., ¿qué le sucederá a él?

—Dirá que fue un error. Todo el mundo conoce tu poca predisposición. Te las arreglaste de algún modo para ocupar el lugar de Fátima. El eunuco jefe vino para llevarse a una mujer del harén. La única persona que planteará problemas será Rani, pero no será tan estúpida como para pelearse con el eunuco jefe. Puede sospechar todo lo que quiera, pero no podrá hacer nada. Las cosas habrían sido muy diferentes si el pachá hubiera conocido tu existencia. Pero tú ibas a ser una sorpresa, de modo

que por ese lado no existe la menor dificultad. Probablemente, se le dirá que hubo ciertos problemas en el harén, y que Fátima me atacó con un cuchillo. Teniendo en cuenta las circunstancias, al eunuco jefe y a Rani les pareció lo más prudente enviarla a su casa. Luego, lo más probable es que Fátima sea enviada a su casa poco tiempo después.

—Oh, Nicol, casi no puedo creerlo. He abrigado esperanzas durante tanto tiempo, y he intentado pensar en tantas posibilidades... Y ahora, de pronto, tú y el eunuco jefe planeáis hacer esto por mí. No estaré soñando, ¿verdad?

—Por lo que a mí respecta estás bien despierta.

—El eunuco jefe arriesga mucho por mi causa.

—No, no lo hace por ti —replicó Nicol con suavidad—, sino por mí.

—Nicol, ¿qué puedo decirte? El que hagas esto por mí... —Me gusta pagar mis deudas. Esto tiene que funcionar... o yo no lo haría.

—No me debes nada..., nada...

—Sé lo que quieres decir. Pero tú has hecho mucho por mí, y siento una gran alegría por ofrecerte lo que más deseas.

—Tú también podrías escapar.

—Hay momentos en la vida en que ya es demasiado tarde, y eso es lo que sucede conmigo. Es demasiado tarde para... nosotros, pero no para ti. Y ahora... prepárate. No digas nada a nadie. Para que todo funcione bien debemos guardar la máxima discreción posible.

—Lo sé. Solo deseo pensar en lo que tengo que hacer. Me has sorprendido. En estos momentos me siento aturdida.

—Piensa en todo lo que te he dicho. Tendrás que actuar con mucho cuidado. Es muy importante que nada falle.

No pude dormir, ni comer. Repasaba una y otra vez el plan. ¡Verme libre de nuevo! No sentir ya más este terrible miedo pesando sobre mí. Me pareció un alivio tan enorme que al principio ni siquiera me di cuenta. Ser dueña de mi propio destino, volver a ser una persona con capacidad para tomar sus propias decisiones, no ser la esclava que depende de los caprichos de un dueño que podía ordenar mi presencia y sumisión en cualquier momento que le viniera en gana.

Pensé en Simon. ¿Cómo se las arreglaba? Una vez que estuviera libre, tendría que informar sobre lo que le había sucedido a él. Tenía que ser rescatado. No se podía vender a la gente como esclavos. La esclavitud había sido abolida. En el mundo civilizado no podía haber esclavos. Oh, pero... lo había olvidado. Simon no quería que lo encontraran. Él se ocultaba. Claro que estaba trabajando como esclavo en el jardín del pachá, pero al menos no se le juzgaba por un crimen que no había cometido.

¿Y Lucas? ¿Qué habría sido de él?

Pero no debía pensar en ninguna otra cosa que no fuera en escapar. Debía recordar que eso era lo que había anhelado y por lo que tanto había rezado, y que ahora estaba a punto de suceder. Milagrosamente, me había ganado amigos muy

poderosos, que estaban en situación de ayudarme y que lo harían así.

Sabía que sería una empresa arriesgada, pero no debía permitir que mi mente se desviara. Debía estar perfectamente preparada para cuando llegara el momento.

Transcurrió el tiempo y un buen día Nicol me dijo:

—Mañana será el momento. Fátima está ahora en una habitación, a solas, en espera de que se la lleven. Estará enojada y muy asustada. La envían de regreso a su casa, cubierta de oprobio. Perderá a Feisal. Rani dice que tiene mucha suerte. Podría haber sido castigada con la pena de muerte. Si Samir hubiera muerto..., si me hubiera matado..., entonces habría sido asesinato. Tú la libraste de la muerte. Fátima lleva varios años en el harén y esto es una terrible desgracia para ella. Se suicidaría si pudiera, lo sé. Pero ya basta de hablar de Fátima. El eunuco jefe acudirá para llevársela a ella, pero en su lugar te llevará a ti.

—Pero entonces ella tendrá que quedarse aquí.

—Naturalmente. No puede llevaros a las dos. Pero el cambio no será detectado hasta que estés bien lejos. No sería lo mismo si el pachá supiera que estás aquí. Ibas a ser una sorpresa para él. El trabajo del eunuco jefe consiste en encontrar mujeres, y el de Rani en cuidarlas y prepararlas para el pachá, quien no podrá echar de menos aquello que desconoce.

—Pero ¿qué le pasará a Rani? Ha sufrido tanto...

—Oh, se sentirá muy enojada, pero sabe que no debe plantearle problemas al eunuco jefe. Después de todo, es posible que Fátima se quede aquí. Pero también pueden decidir enviarla de vuelta a su casa. ¡Quién sabe! A lo mejor le estás haciendo otro favor. No sé si el asunto acabará bien o no, pero, en cualquier caso, a ti ya no te incumbe. Se hablará mucho..., se murmurará..., pero todas estas mujeres se interesan tanto por sí mismas que no piensan durante demasiado tiempo en los demás. Todo se olvidará.

—Y si, después de todo, Fátima se queda, ¿qué será de ti y de Samir?

—Hasta alguien como Fátima es capaz de aprender a veces ciertas lecciones. Si se queda aquí, será muy dócil, no temas. Ha estado demasiado cerca del desastre para volver a intrigar.

—Espero que se quede. Lo espero por el bien de Feisal.

—Olvidas que pudo haber matado a mi hijo..., y también a mí, si hubiera tenido la oportunidad.

—Lo sé. Pero lo hizo por amor a su propio hijo.

—Y por ella misma. Siente la gran ambición de convertirse en primera dama.

—Tú serás la que lo consiga, Nicol.

—Esa es mi intención. Algún día mi Samir será pachá... Estoy decidida a ello. Pero lo más importante ahora es lograr que nuestro plan funcione. Resultará bien, no te preocupes. El eunuco jefe se ocupará de que así sea.

—Oh, Nicol, desearía que vinieras conmigo.

—No lo haría —dijo negando con la cabeza—, aunque pudiera. Mi vida ya pertenece a este sitio. Hace años, antes de dar a luz a Samir, todo habría sido

diferente. Sentí todo lo que tú sientes ahora..., pero el destino fue demasiado para mí. En aquel entonces no pude hacer nada, y ahora esta es mi vida. Samir se convertirá en pachá. Eso es lo que más deseo. Eso es por lo único que rezo.

—Y yo rezo para que lo consigas.

—Esa es mi intención —afirmó con gesto decidido—. Podrías pensar que abrigo ambiciones imposibles. Pero eso ya sucedió una vez..., hace algún tiempo. Hubo aquí una joven como yo. Se llamaba Aimée Dubucq de Rivery, y procedía de Martinica, como yo misma. También ella regresaba a su hogar después de haber sido educada en Francia. Su barco fue asaltado y ella fue vendida al harén del sultán. Hace tiempo que leí algo sobre el caso, y ahora me parece que estoy volviendo a revivir la historia. Sé cómo se sentía..., la desesperación que experimentó al principio, hasta que se adaptó y lo sublimó todo en favor del futuro de su hijo. Logró sus propósitos, y su hijo se convirtió en sultán. Como ves, su destino es muy parecido al mío. Ella tuvo éxito, y yo también lo tendré.

—Lo tendrás, Nicol —afirmé—. Sé que lo tendrás.

Y llegó el día.

Desde que fuera herida, Nicol había dispuesto de una pequeña habitación privada, apartada del dormitorio común. Las ropas que yo debía ponerme habían sido introducidas en aquella habitación por el eunuco jefe en una de las ocasiones en que acudió a ver cómo ella mejoraba de su herida.

Me vestí y tuve el mismo aspecto que cualquier otra mujer de las que se encuentran por las calles. Yo era un poco alta, cierto, pero supongo que también habría más de una mujer de mi altura.

Llegó el eunuco jefe y vio que ya estaba preparada.

—Debemos ser muy precavidos—dijo—. Sígueme.

Le acompañé afuera de la habitación después de haberme despedido por última vez de Nicol. No había nadie. Él había dado órdenes para que todo el mundo permaneciera en el dormitorio y nadie fisgoneara.

Fue mucho más sencillo de lo que había imaginado. Nos dirigimos juntos hacia las puertas. Yo bajé la cabeza, como si me sintiera humillada.

Un guardia abrió las puertas y trasparamos el umbral, con el eunuco jefe delante, y yo a uno o dos pasos detrás. El carruaje estaba esperando. El eunuco jefe me empujó al interior y subió detrás de mí. Inmediatamente, el cochero hizo restallar el látigo sobre el caballo y el carruaje se puso en marcha.

Llegamos a una avenida y avanzamos durante unos minutos. Luego, el carruaje se detuvo.

Me pregunté qué estaba sucediendo. ¿Acaso me iban a dejar allí, tan cerca de los dominios del pachá? Me sentía demasiado aturdida para pensar con claridad, pero ante ese pensamiento me sentí llena de angustia.

El eunuco jefe descendió del carruaje y, al mismo tiempo, el conductor bajó del pescante. Inmediatamente, el eunuco jefe ocupó su lugar y el conductor subió al interior, junto a mí.

Creí estar soñando.

—¡Simon! —susurré.

Él me rodeó con sus brazos, y ambos permanecemos estrechamente abrazados. En aquellos momentos, tuve la sensación de haber despertado de una larga pesadilla. No solo estaba libre de todos los temores que me habían acosado desde que fuera capturada, sino que, además, Simon estaba conmigo.

—¡Tú... también! —me oí decir.

—Oh, Rosetta —susurró él—. Hay tantas cosas por las que sentirse agradecidos...

—¿Cuándo...? ¿Cómo...? —empecé a preguntar.

—Hablaemos más tarde —replicó él—. Por el momento..., esto es suficiente.

—¿Adonde nos lleva?

—Ya veremos. Nos está ofreciendo una oportunidad.

No hablamos más. Nos tomamos de las manos, apretándolas con fuerza, como si temiéramos volver a estar separados.

Todavía no se había hecho de noche y a través de la ventanilla del carruaje reconocí algunos de los edificios que había visto por primera vez durante mi primer viaje hacia los dominios del pachá. Distinguí el castillo de las Siete Torres, las mezquitas, las míseras casas de madera.

Sentí un gran alivio cuando cruzamos el puente que, según sabía, separaba las zonas turca y cristiana de la ciudad. Nos encontrábamos ahora en la parte norte del Cuerno de Oro.

Seguimos avanzando durante un tiempo hasta que el carruaje se detuvo de improviso y el eunuco jefe descendió del pescante del conductor. Nos hizo señas para que bajáramos. Levantó la mano e hizo un gesto que nos dio a entender que allí terminaba su compromiso.

—No sabemos cómo agradecerécelo —dijo Simon en francés.

—La embajada está ahí —dijo, asintiendo—. Es ese edificio alto.

—Sí, pero...

—Marchaos..., marchaos ahora mismo. Es posible que ya os estén buscando. — Volvió a subir al pescante del carruaje, con un gesto abrupto—. Buena suerte —gritó desde allí.

Y el carruaje se puso en marcha. Simon y yo estábamos solos en Constantinopla.

Sentí una gran excitación. Estábamos en libertad... los dos. Solo teníamos que caminar hasta la embajada y contar nuestra historia, y ellos nos protegerían, informarían de nuestro paradero a nuestras familias y nos enviarían de regreso a casa.

—¿Puedes... creerlo? —pregunté, volviéndome hacia Simon.

—Es difícil creerlo. Te llevaré hasta la embajada. Tendrás que explicar que acabas de escapar de un harén.

—Parece algo increíble.

—Te creerán. Ellos saben lo que ocurre aquí..., sobre todo en la parte turca de la

ciudad.

—Vamos, Simon. Contémoselo todo. Pronto estaremos en nuestras casas.

Él permaneció inmóvil, sin dejar de mirarme.

—Yo no puedo acudir a la embajada.

—¿Qué...?

—¿Has olvidado acaso que he escapado de la justicia inglesa? Ellos me enviarían de regreso a nuestro país..., de eso puedes estar segura.

—¿Quieres decir que te vas a quedar aquí? —le pregunté, angustiada.

—¿Por qué no? Al menos durante algún tiempo, hasta que trace mis propios planes. Es un lugar tan bueno como cualquier otro para un fugitivo de la justicia. Pero creo que trataré de abrirme camino hasta Australia. Ya tengo cierta experiencia por haber trabajado en un barco. Creo que ese será el mejor lugar para mí.

—Simon, no puedo marcharme sin ti.

—Claro que puedes. Serás sensata... en cuanto lo hayas pensado un poco.

—Oh, no...

—Escúchame, Rosetta, te acompañaré hasta la embajada inglesa ahora mismo. Tú entrarás. Explicarás lo que te ha pasado. Ellos harán todo lo necesario por ayudarte. Te harán regresar a casa... pronto. Nos han traído hasta cerca de la embajada precisamente con ese propósito.

—Pero para los dos —dije.

—Bueno, ¿cómo iban a saber ellos que yo no podía aprovechar la situación? Pero tú sí puedes. Y sería una tontería que no lo hicieras enseguida. Insisto en que lo hagas.

—Podría quedarme aquí, contigo. Ya encontraremos una forma de...

—Escucha, Rosetta. Hemos tenido mucha suerte, la mayor suerte del mundo. Ahora no puedes darle la espalda a esta oportunidad única. Sería una gran estupidez. Hemos encontrado amigos muy valiosos. Nicol para ti, y el eunuco jefe para mí. Tú fuiste de una gran ayuda para ella, y yo tuve la suerte de entablar una estrecha amistad con él. Nuestros casos eran muy similares, y eso hizo que tuviéramos algo en común. Él fue comprado de un modo muy parecido a como lo fui yo. Pudimos entendernos en su idioma. Cuando se enteró de que tú y yo estábamos juntos, le pareció muy significativo. Él estaba con la joven francesa... y tú estabas conmigo. Eso nos proporcionaba un sentimiento de camaradería. ¿No lo comprendes? Hemos tenido una buena fortuna inmensa. Podríamos haber pasado toda la vida en ese lugar. Tú como esclava a las órdenes del pachá..., yo guardando el harén con los eunucos..., y quizá convertido en uno de ellos. Todo pudo haber sucedido así, Rosetta. Y, sin embargo, hemos escapado. Debemos sentirnos agradecidos para con los ángeles protectores que se han cuidado de nosotros. Ahora, debemos asegurarnos de que sus esfuerzos no fueron en vano.

—Lo sé, lo sé. Pero no puedo marcharme sin ti, Simon.

Él miró alrededor. Estábamos cerca de una iglesia y, al examinarla con mayor atención, resultó una iglesia inglesa.

Había una tablilla de anuncios en el muro. Nos acercamos a ella y leímos que había sido construida como una dedicatoria a los caídos en la guerra de Crimea.

—Entremos —dijo Simon—. Ahí podremos pensar y quizá hablar con más calma.

Todo estaba muy tranquilo en el interior de la iglesia. Afortunadamente no había nadie. Mi aspecto de mujer turca habría parecido incongruente allí. Nos sentamos en un banco, cerca de la puerta, preparados para escapar si fuera necesario.

—Y ahora —dijo Simon—, seamos sensatos.

—No dejas de decirlo, pero...

—Es necesario.

—No puedes pedirme que te abandone, Simon.

—Jamás olvidaré que has dicho eso.

—Ha pasado mucho tiempo. No dejaba de preguntarme una y otra vez qué te estaba pasando, y ahora que por fin estamos juntos...

—Lo sé —dijo. Guardó silencio durante un momento y después continuó—: El eunuco jefe me mantuvo informado de todo. Sabía que la francesa te había salvado del pachá al darte una dosis de cierta medicina. Fue él quien le proporcionó aquella medicina para que te la administrara.

—¿Te lo dijo él?

—Sí. Yo le había hablado de ti. Le conté la historia de nuestro naufragio, del tiempo que pasamos juntos en la isla. Dijo que eso le recordaba su propia experiencia. Creo que quiso darnos una oportunidad debido a que nuestras historias eran tan similares, y a que esa oportunidad existía. Él solía decirme: «Ocurrirá lo mismo contigo, a menos que logres salir de aquí». En su caso no tuvo la menor oportunidad. Pero nosotros sí la tuvimos. Fue una fantástica buena suerte, Rosetta.

—Casi no puedo creer que estemos juntos. Parece como si lo hubiéramos estado buscando desde el principio. Primero en el barco, después en la isla, y ahora aquí.

—Hemos tenido nuestras oportunidades y las hemos aprovechado. Y ahora no debemos darle la espalda a lo que se nos ofrece.

—No puedo abandonarte.

—Recuerda que mi plan original era salir de Inglaterra. ¿Qué sucedería si regresara ahora?

—No puedes quedarte aquí. Ellos pueden buscarte. ¿Qué te ocurrirá si te encuentran? El castigo por escapar es...

—No me encontrarán.

—Podríamos demostrar que eres inocente. Juntos lo conseguiríamos.

—No. No es el momento.

—¿Llegará alguna vez ese momento?

—Quizá no. Pero si regresara contigo me detendrían enseguida. Y entonces me encontraría en la misma situación en que estaba antes de marcharme.

—Quizá no debiste marcharte nunca.

—Piénsalo un momento: si no lo hubiera hecho, jamás nos habríamos conocido. No habríamos estado juntos en aquella isla. Ahora, al mirar atrás, me parece una especie de paraíso.

—Un paraíso bastante incómodo, por cierto. ¿Has olvidado lo hambrientos que estábamos..., lo mucho que anhelábamos divisar un barco?

—Y entonces nos encontramos entre las garras de los corsarios. No, no me olvido de eso.

—La isla no fue ningún paraíso.

—Pero estábamos juntos.

—Sí— admití—. Estábamos juntos, y así deberíamos continuar.

—Esta es tu oportunidad, Rosetta —insistió—. Tienes que aprovecharla. Voy a hacer que la aproveches.

—Pero yo deseo quedarme contigo, Simon. Lo deseo más que cualquier otra cosa.

—Y yo deseo que estés a salvo. Será muy fácil para ti.

—No, sería la decisión más dura que haya tenido que tomar en mi vida.

—Estás permitiendo que tus emociones momentáneas te hagan perder tu buen sentido. Mañana mismo lo lamentarías. En la embajada tendrán una buena cama para ti. Escucharán con simpatía tu historia, y te ofrecerán toda la ayuda necesaria para que regreses a casa rodeada de comodidades.

—¡Y dejarte a ti atrás!

—Sí —afirmó con brusquedad—. Y ahora te llevaré a la embajada. Oh, Rosetta, no me mires así. Es lo mejor para ti. Eso es lo que deseo. Es una gran oportunidad..., como solo tendrás una vez en la vida. No debes pasarla por alto. Estás emocionalmente agotada. No comprendes tus verdaderos sentimientos. Más adelante serás capaz de valorarlos como es debido. Pero ahora tienes que marcharte. Te lo ruego. Yo tengo que ocuparme de mí mismo. Eso ya será bastante difícil. Pero me las arreglaré mejor... solo.

—¿Quieres decir que yo sería una carga?

Simon dudó un momento y me miró con fijeza.

—Sí —contestó. Y entonces me di cuenta de que debía marcharme:—. Es lo mejor para ti, Rosetta —prosiguió con suavidad—. Jamás te olvidaré. Quizá un día...

Yo no dije nada. Pensé: «Jamás volveré a ser feliz. Hemos pasado por tantas cosas... juntos».

Me tomó las manos entre las suyas y las mantuvo contra su pecho por un momento. Después, juntos, abandonamos la iglesia y nos encaminamos hacia las puertas de la embajada.

* * *



Trecorn Manor

En el transcurso de unos pocos días había pasado de un mundo fantástico e irreal a la más completa normalidad. Me extrañó la forma en que fui recibida en la embajada. Casi me dio la impresión de que no era nada tan insólito como yo me había imaginado el que una joven naufragara en medio del océano y fuera vendida en un harén.

La piratería había sido abolida casi un siglo antes, pero aún quedaban algunos que seguían dedicándose a ese comercio inicuo en alta mar, y los poderosos continuaban manteniendo sus harenes detrás de altos muros guardados por eunucos, tal y como habían hecho en el pasado. Es posible que algunos actos no se pudieran realizar abiertamente, pero seguían existiendo.

La embajada era un pequeño enclave, un pequeño trozo de Inglaterra en un país extranjero, y desde el momento en que crucé el umbral me sentí como en casa.

No tardaron en quitarme las extrañas vestiduras que llevaba y me ofrecieron ropas adecuadas. Me interrogaron y yo conté todo lo sucedido. Sabían que el *Atlantic Star* había naufragado y que solo hubo unos pocos supervivientes. Se establecería un contacto inmediato con Londres. Conté la historia de cómo había logrado sobrevivir, gracias a la ayuda de un marinero de la tripulación, cómo llegamos a la isla y cómo fuimos recogidos por los corsarios y vendidos como esclavos.

Sabía que no debía decir nada sobre el hecho de que Simon hubiera escapado conmigo. Mi historia fue aceptada sin mayores problemas.

Tuve que permanecer en la embajada durante un tiempo. Me dijeron que intentara relajarme y que recordara que ya estaba a salvo. Me visitó un médico, un anciano inglés que se mostró muy amable y suave. Me hizo algunas preguntas. Le dije cómo había logrado entablar una buena amistad en el harén, donde no fui molestada durante todo el tiempo que permanecí allí. Eso pareció aliviarle mucho. Dijo que me encontraba en buenas condiciones, pero que debía cuidarme. Haber pasado por tantas penalidades podía tener sobre mí algunos efectos no discernibles en un primer momento. Si yo deseaba hablar de ello, debía hacerlo; pero, en caso contrario, se respetarían mis deseos.

Yo pensaba mucho en Simon, pues, naturalmente, no podía quitármelo de la cabeza. Eso hizo que aparentara preocupación, y quienes me rodeaban supusieron que mi actitud se debía al horror del que acababa de escapar.

Es más, no podía dejar de preguntarme qué habría pasado en el harén, cuál habría sido la reacción de Rani al descubrir que yo había ocupado el lugar de Fátima. ¿Qué habría sucedido al descubrirse la fuga de Simon? Afortunadamente el eunuco jefe había estado involucrado en todo el asunto, y sin duda se ocuparía de que hubiera el menor alboroto posible. Estaba segura de que Rani se habría enojado mucho, pero hasta ella tenía que inclinarse ante el eunuco jefe.

Me pregunté por la suerte de Nicol. Había pagado su deuda de una forma elegante, y confiaba fervientemente en que fuera recompensada por todo lo que había hecho por mí, y pudiera conservar el alto favor del pachá con respecto a Samir.

Pero eso era algo que nunca sabría. Aquellas personas habían salido de mi vida de un modo tan repentino como habían entrado.

Después, me sentí abrumada por el milagro de la libertad. No tardaría en regresar a casa. Llevaría la vida normal de una joven inglesa. Jamás dejaría de sentirme agradecida por haber pasado incólume por todo aquel horror, excepto por el hecho de qué, en ese proceso, había perdido a Simon.

Los días que pasé en la embajada me parecen ahora muy vagos. Por la mañana, al despertarme, creía durante unos segundos que seguía estando en el diván del harén. Entonces me invadía una angustia terrible. ¿Sería convocada ese día a presencia del pachá? Hasta ese momento no había cobrado plena conciencia de la enorme tensión por la que tuve que pasar.

Enseguida recordaba dónde me encontraba y una sensación de gran alivio se apoderaba de mí... hasta que pensaba en Simon. ¿Cómo se las estaría arreglando en aquella ciudad extraña? ¿Habría encontrado un barco en el que trabajar para pagarse el viaje a Australia? Supuse que era uno de los mejores lugares a los que podía ir teniendo en cuenta sus circunstancias. ¿Cómo sobreviviría? Era un hombre joven, fuerte y lleno de recursos. Abrigaba la esperanza de que encontrara su camino. Algún día, cuando fuera capaz de demostrar su inocencia, regresaría a casa. Quizá volvería a verle y entonces podríamos reanudar nuestra amistad en el mismo punto en que la habíamos interrumpido. Me había dado a entender que me amaba. ¿Me amaba de una forma especial, o solo se trataba del afecto natural que surge entre dos personas que han pasado juntas por tantas penalidades?

Era libre de volver a casa, de regresar a la mansión de Bloomsbury. ¿Seguiría siendo nuestra casa? ¿Qué les habría sucedido a mis padres? ¿Seguirían estando en la cocina el señor Dolland, la señora Harlow, Meg y Emily? ¿Cómo podría ser si mis padres no estaban allí? Me había imaginado a menudo la escena: el señor Dolland sentado al extremo de la mesa, con las gafas subidas sobre la frente, contándoles a los demás el suceso del naufragio. Pero si mis padres no habían regresado, ¿qué habría sido de mis amigos de la cocina?

A veces, la vida seguía pareciéndome tan incierta como lo había sido tras los muros del harén.

El embajador me pidió que acudiera a verle, y así lo hice. Era un hombre alto, dignificado por una actitud ceremoniosa. Se mostró muy amable y gentil, como todos los demás miembros de la embajada.

—Tengo noticias para usted —me dijo—. Algunas son buenas... y otras malas. La buena noticia es que su padre sobrevivió al naufragio. Ahora se encuentra en su casa de Bloomsbury. La mala noticia es que su madre desapareció en el océano. Se ha informado a su padre de que está usted a salvo, y espera con impaciencia su regreso al hogar. El señor y la señora Deardon regresan a nuestra patria dentro de unos días.

Parece una buena idea y sería muy conveniente que usted viajara en su compañía.

Yo apenas le escuchaba. ¡Mi madre muerta! Intenté recordarla, pero solo pude pensar en su sonrisa distraída cuando su mirada se posaba sobre mí. «Ah..., la niña...», y: «Esta es nuestra hija Rosetta. Me temo que le parecerá muy poco educada»; recordaba con mayor claridad a Felicity en aquella ocasión. Y ahora mi madre había muerto. El cruel océano nos la había arrebatado. Siempre había pensado en ella y en mi padre juntos, y me pregunté cómo se sentiría él sin ella.

La señora Deardon acudió a verme. Era una mujer rolliza y algo coqueta, que no dejaba de hablar en ningún momento, lo que me pareció un verdadero alivio, ya que no tenía muchas ganas de decirme nada a mí misma.

—Querida—me dijo—, ¡qué calvario ha sufrido! ¡Cuánto ha tenido que pasar! Pero no importa. Jack y yo cuidaremos de usted. Tomaremos un barco que nos conducirá desde Constantinopla hasta Marsella, y desde allí atravesaremos Francia hasta Calais. ¡Qué viaje! Siempre me ha dado miedo.

Pero no hay más remedio que hacerlo. De todos modos, a cada minuto que pasa una sabe que está más cerca del hogar.

Era la clase de mujer que le proporcionaba a uno un breve resumen de su vida en apenas cinco minutos de conversación. Me enteré de que Jack trabajaba en el servicio diplomático, que ambos habían ido juntos a la escuela, se habían casado cuando tuvieron veinte años, y habían tenido dos hijos, el pequeño Jack, que trabajaba ahora en el Foreign Office, y Martin, que aún estaba en la universidad. Probablemente él también pasaría a formar parte del servicio diplomático. Era como una tradición familiar.

Comprendí que aquella mujer iba a aliviarme de la pesada carga de sostener una conversación en la que quizá dijera algo que pudiera lamentar después. Mi mayor temor en aquellos momentos era cometer alguna indiscreción que pudiera afectar a Simon. Debía respetar a toda costa su deseo de mantener el secreto. Debía recordar que si yo descubría cuál era su paradero, lo buscarían, lo detendrían y se enfrentaría entonces a una posible sentencia de muerte.

Salí en compañía de la señora Deardon para comprarme algunas ropas. Nos sentamos en el carruaje, mientras ella no dejaba de parlotear. Ella y Jack llevaban ya tres años en Constantinopla.

—¡Qué lugar! Me estremecí de emoción cuando Jack me comunicó el lugar al que había sido destinado. Ahora, en cambio, daría cualquier cosa por salir de aquí. Me gustaría algún lugar agradable, como París, Roma o cualquier sitio parecido. Algún lugar no muy lejos de casa. Este país está a miles de kilómetros de distancia y es tan extraño... Pero, querida, ¡qué costumbres tienen aquí! ¡Y qué cosas suceden en la parte turca! Solo Dios lo sabe, aunque usted ya ha tenido una experiencia al respecto. Lo siento, no debería haberlo mencionado. Sé cómo se siente usted. Le ruego me disculpe. ¡Mire! Al otro lado del mar se ve Scutari. Fue un lugar muy agradable durante la guerra de Crimea, cuando la maravillosa Florence.

Nightingale se hizo cargo de sus enfermeras. Creo que ellas desempeñaron un papel mucho más importante de lo que se admite en la victoria final. Ahora estamos en la parte norte del Cuerno de Oro. La otra parte es muy siniestra. Oh, ya empiezo

de nuevo... No estamos muy lejos del Gálata, el barrio de los comerciantes... Fue fundado por los genoveses hace ya muchos siglos. Jack le contará toda la historia. A él le interesan mucho esa clase de cosas. Las calles son increíblemente ruidosas y sucias. Nuestra gente no se arriesgaría a ir allí. Nosotros estamos en el mejor barrio de todos, en Pera. La mayoría de las embajadas están allí, así como las legaciones y consulados. También hay algunas casas muy bonitas.

Mientras hablaba, yo permanecía sumida en una especie de sueño. Los recuerdos de los días pasados en la isla cruzaban por mi mente..., cómo nos marchábamos Simon y yo y dejábamos a Lucas vigilando por si aparecía algún barco..., y finalmente la llegada de la galera de los corsarios. Y, una vez más, volvía a hacerme la misma pregunta: ¿dónde estaría ahora? ¿Qué sería de él? ¿Me enteraría alguna vez?

—Aquí hay un sastre muy bueno. Veamos qué podemos hacer. Tenemos que ponerla presentable antes de su regreso a casa.

La señora Deardon continuó hablando. Lo más encantador de su actitud era que no esperaba ninguna respuesta.

Pareció transcurrir mucho tiempo antes de que abandonáramos Constantinopla por barco. Abordar el buque, mucho más pequeño que el *Atlantic Star*, contemplar el Bósforo hacia la histórica Scutari, donde nuestros hombres habían sufrido tanto en aquel hospital que, desde la distancia, parecía un palacio árabe, echar un último vistazo a las torres y minaretes de Constantinopla..., todo aquello fue una gran experiencia emocional para mí.

El señor Deardon era un hombre alto, de cabello canoso y actitud muy digna. Era el típico diplomático inglés, bastante reservado, dando siempre la impresión de que nada podría alterar su compostura o quebrantar su reserva.

El viaje hasta Marsella fue incómodo, tal y como había pronosticado la señora Deardon. El *Apollo* tuvo que atravesar una tormenta casi tan furiosa como la que había experimentado yo, y hubo momentos en que todo me pareció un sueño que volvía a repetirse. Si el *Atlantic Star* había sucumbido a la furia de la tormenta, me preguntaba cómo podría sobrevivir el *Apollo*.

La señora Deardon se metió en su camarote y no salió de él. Eché de menos su incesante parloteo. El señor Deardon, en cambio, aceptó la furia de la tormenta con el equilibrio que se esperaba de él. Llegué a la conclusión de que se mantendría sereno y digno, sin preocuparse por ningún posible desastre.

Pude acudir a cubierta y allí recordé vividamente la ocasión en que Simon me encontró durante la gran tormenta y me ordenó que saltara al agua. Creí que conservaría recuerdos de él durante toda mi vida.

Finalmente, aquel martirio acabó. La señora Deardon se recuperó con rapidez y volvió a ser la misma parlanchina de siempre. El señor Deardon la escuchaba con contenida resignación; pero su parloteo me alegraba. La escuchaba vagamente mientras en mi interior seguía el hilo de mis pensamientos, sabiendo que si se me descubría prestando poca atención se achacaría a las terribles situaciones por las que había tenido que pasar.

Después siguió el largo viaje a través de Francia, la llegada a Calais y la travesía

del Canal.

Todos nos sentimos emocionados al divisar los blancos acantilados de Dover. Las lágrimas acudieron a los ojos de la señora Deardon, e incluso su marido mostró, por primera vez, cierta emoción, expresada en sus labios apretados.

—Estamos en casa, querida —dijo la señora Deardon—. Siempre sucede lo mismo. Una piensa en los narcisos... y en la hierba verde. No hay un verde más verde que el nuestro. Es lo único en lo que se piensa cuando se está lejos. Y la lluvia, querida, esa bendita lluvia nuestra. ¿Sabía que en Egipto se pasan a veces hasta un año entero sin que caiga una sola gota de agua? Solo conocen esas horribles tormentas de arena. Estuvimos en Ismailía..., ¿durante cuántos años, Jack? Bueno, en realidad no fueron tantos..., y en todo ese tiempo apenas vi caer una gota de agua. Y aquí estamos ahora, querida. Ahí están los acantilados blancos. Nos encontramos en casa. ¡Qué alegría volver a verlos!

Y después de eso: Londres.

Los Deardon insistieron en no acompañarme a casa.

—Deben ustedes venir y conocer a mi padre —dije—. Querrá conocerlos.

A la señora Deardon le habría gustado mucho hacerlo así, pero el señor Deardon se mostró firme en su decisión, demostrando su talento como diplomático.

—La señorita Cranleigh querrá encontrarse a solas con su familia —dijo.

—Sin duda alguna a mi padre le gustaría agradecerles todo lo que han hecho por mí—le dije, mirándole con expresión de agradecimiento—. Quizá puedan ustedes venir a cenar un día con nosotros.

—Eso será un gran placer —asintió el señor Deardon.

Así pues, me despedí de ellos junto al carruaje que me llevó a casa y se quedó esperando hasta que llamé a la puerta y esta se abrió. A continuación, el señor Deardon ordenó al cochero que continuara su camino.

Fue el señor Dolland quien abrió la puerta.

Lancé un grito de alegría y me arrojé en sus brazos. El tosió un poco por la emoción. En aquellos primeros instantes no me di cuenta de que algo había cambiado en nuestro hogar. Y allí estaba también la señora Harlow. Me precipité hacia ella. Había lágrimas en sus ojos.

—Oh, señorita Rosetta..., señorita Rosetta —decía llorando, sin dejar de abrazarme—. Está usted aquí. OH..., ha sido terrible.

Y allí estaban también Meg y Emily.

—Es maravilloso volver a verla —gritaron.

Y después... Felicity. Nos arrojamos la una en brazos de la otra.

—Tenía que venir —me dijo—. Hace dos días que estoy aquí. Le dije a James: «Tengo que ir».

—Felicity... Felicity... ¡Qué maravilla volver a verte!

Escuché una ligera tos. Por encima del hombro de Felicity distinguí a mi padre. Parecía sentirse violento y azorado. Me dirigí hacia él.

—Oh, padre...

Me tomó entre sus brazos y me sostuvo así, con cierta rigidez. Creo que era la primera vez que me abrazaba.

—Bienvenida..., bienvenida a casa, Rosetta —empezó a decir—. No puedo expresarte...

Y entonces pensé: «Le importo. Se preocupa por mí. Solo que... es incapaz de expresarlo».

Una mujer alta y delgada permanecía de pie, uno o dos pasos por detrás de él. Por un instante pensé que, después de todo, mi madre se había salvado. Pero se trataba de otra persona.

—Tu tía Maud está aquí —dijo mi padre—. Vino para atenderme a mí y la casa cuando...

¡Tía Maud! La hermana de mi padre. Solo la había visto una o dos veces durante mi infancia. Era alta y bastante severa. Se parecía algo a mi padre, pero le faltaba su apariencia de desvalimiento.

—Todos nos sentimos muy aliviados al ver que has regresado sana y salva a casa, Rosetta —me dijo—. Ha sido un período muy angustioso para tu padre... y para todos nosotros.

—En efecto —asentí—, lo ha sido para todos.

—Bueno, ahora ya has regresado. Tu habitación está lista. ¡Oh, qué alivio que estés en casa!

Me sentí medio atontada por la sorpresa.

La tía Maud allí..., ocupando el lugar de mi madre. Ya nada volvería a ser igual que antes.

¡Qué razón tuve al pensar así! La casa había cambiado. La tía Maud demostró ser una persona estricta y disciplinada. Ahora la cocina aparecía perfectamente en orden. Ni siquiera se planteó la posibilidad de que yo comiera allí. Debería comer en compañía de mi padre y de tía Maud, y en la forma adecuada. Afortunadamente, durante aquellos primeros días conté con la presencia de Felicity.

No pude esperar a escuchar el veredicto procedente de la cocina. El señor Dolland dijo, con su habitual discreción, que la señorita Cranleigh era una buena ama de casa y que nadie podía dejar de respetarla. La señora Harlow se mostró de acuerdo con esta opinión.

—En realidad, las cosas no funcionaban del todo bien en los viejos tiempos —dijo ella—. No cabe la menor duda de que el señor Dolland obraba milagros, pero en esta casa se necesitaba un amo, o un ama de llaves, y un ama de llaves es mucho mejor porque sabe lo que se hace.

De modo que, al parecer, tía Maud sabía lo que se hacía. Sin embargo, había desaparecido por completo el ambiente poco convencional que reinara antes, y yo anhelaba desesperadamente recuperarlo.

El señor Dolland seguía interpretando ocasionalmente alguno de sus papeles, pero las escenas de *Las campanas* ya habían perdido para mí todo su horror. Después de haber pasado por aventuras tan horribles, ya no me estremecía en absoluto el

asesinato del judío polaco. Meg y Emily echaban de menos los antiguos tiempos; pero una de las cosas de las que seguí disfrutando fue el hecho de que siguieran estando allí algunas de las personas con las que había compartido mi infancia.

Las comidas, naturalmente, eran muy diferentes. Todo debía servirse de la forma adecuada. La conversación ya no se veía dominada por los descubrimientos antiguos o la traducción de un fragmento de papiro. La tía Maud hablaba de política y del tiempo; me dijo que cuando mi padre se sintió triste por la pérdida de mi madre, propuso organizar algunas cenas... para sus colegas del museo..., profesores y cosas así.

Me alegró mucho que Felicity estuviera con nosotros, al menos durante aquellos primeros días, aparte de la alegría que sentía de volverla a ver. Sabía que si ella no hubiera estado allí, solo habría deseado encerrarme en mi habitación y evitar aquellas interminables comidas. Pero Felicity aligeraba la conversación contando historias divertidas sobre la vida en Oxford, los éxitos de su hijo Jamie, que ya tenía tres años de edad, y de la pequeña Flora, que aún no había cumplido un año.

—Tienes que venir a conocerlos, Rosetta —dijo—. Estoy segura de que tu padre podrá prescindir de ti al cabo de un tiempo. Pero por el momento, claro, acabas de regresar...

—Claro, claro —asintió mi padre.

Yo hablaba con Felicity de un modo mucho más libre, y necesitaba hablar con alguien, aunque debía hacerlo con precaución..., incluso con ella. Me resultaba algo difícil hablar de mis aventuras, ya que Simon había desempeñado en ellas un papel tan importante, y no debía traicionarle pronunciando su nombre o haciendo alguna observación extraña.

Pero Felicity y yo habíamos estado siempre tan unidas que ella se dio cuenta de que algo me ocurría.

El día después de mi llegada acudió a mi habitación. Comprendí que, tras haber percibido la existencia de algún problema, deseaba ayudarme a resolverlo. ¡Si alguien pudiera ayudarme!

—Háblame con franqueza, Rosetta —dijo de pronto—. ¿Quieres hablar? Sé lo difícil que debe de ser para ti hablar acerca de lo ocurrido. Dímelo si es así. Pero creo que te ayudaría...

—No estoy muy segura... —dije, vacilante.

—Comprendo. Debió de resultarte muy penoso. Tu padre nos contó cómo te perdieron de vista cuando regresaste a buscar sus notas.

—Oh, sí. Resulta extraño comprobar cómo detalles tan nimios son capaces de cambiar la vida de una.

—Él tiene remordimientos por ello, Rosetta. Sé que no suele expresar sus verdaderas emociones..., pero eso no quiere decir que no las tenga.

—Todo es muy diferente ahora —dije—. La casa..., todo. Sé que las cosas ya nunca volverán a ser como antes.

—Es una verdadera suerte que tu tía Maud esté aquí.

—Cuando yo era niña casi nunca la veíamos. Casi no la reconocí al verla. Me parece tan extraño que ahora viva en esta casa...

—Supongo que ella y tu madre no se llevaban muy bien. Eso es fácil de comprender. Eran muy diferentes. Tus padres estaban enfrascados en su trabajo y, por otro lado, tu tía es muy eficiente en cuanto a la dirección de una casa.

—Me gustaba esta casa tal y como era..., aunque no fuese eficiente —repliqué con una sonrisa.

—Tu padre echa terriblemente de menos a tu madre. Estaban el uno tan cerca del otro en todo lo que hacían..., siempre estuvieron muy unidos. Ha sido un golpe muy triste para él. No puede...

—No puede expresarlo —dije, y Felicity asintió con un gesto.

—Y en cuanto a ti, Rosetta, cuando te sientas más cómoda en casa tienes que venir una temporada con nosotros. A James le encantará y a ti te gustarán mucho los niños. James es un niño muy independiente, y Flora apenas empieza a dar sus primeros pasos. Son adorables.

—Sería maravilloso ir.

—Solo tienes que decirlo. Yo tendré que marcharme pasado mañana. Quería estar aquí cuando regresaras.

—¡Cuánto me alegra de que haya sido así!

—Y a propósito, ¿sabes algo de Lucas Lorimer?

—¿Lucas...? ¡No!

—OH..., ¿no lo sabías? Claro, cómo ibas a saberlo. Él ha regresado.

—¿Que ha regresado...? —repetí.

—Es evidente que no te habías enterado. Él nos contó toda la historia. Al principio te supusimos ahogada, y fue un verdadero alivio saber que habías logrado escapar con vida del naufragio. Pero nos sentimos terriblemente preocupados al saber que habías caído en manos de aquellos malvados. He tenido incluso pesadillas preguntándome qué había ocurrido.

—Háblame de Lucas.

—Es una historia bastante triste. ¡Que eso tuviera que sucederle a él! Solo le he visto en una ocasión desde que regresó. James y yo fuimos a Cornualles. James tenía que pronunciar una conferencia en una facultad universitaria en Truro..., y pasamos de visita por Trecorn Manor. Creo que a él no le gusta ver a nadie. Trecorn Manor es un lugar antiguo y encantador. Su familia lo posee desde hace muchos años. La propiedad fue heredada por Carleton, el hermano de Lucas. Ese es otro aspecto triste. Para un hombre como Lucas siempre será muy difícil ser el hijo segundón. Antes era una persona llena de vitalidad.

—¿Qué le sucedió?

—Bueno, fue capturado contigo, como ya sabes, pero se las arregló para hacer un trato con aquella gente. Les convenció para que lo dejaran en libertad, a cambio de algunas joyas de la familia. No sé muy bien cómo lo consiguió. Evidentemente, no quiso hablar mucho del tema, y una no puede hacer preguntas..., al menos demasiadas preguntas. A pesar de todo, lo dejaron marchar. Fue una especie de rescate. El pobre Lucas jamás volverá a ser el mismo de antes. Le gustaba tanto viajar... James siempre dijo que era una especie de diletante. Se trata de su pierna. Quedó gravemente dañada durante el naufragio. Si hubiera podido recibir atención

médica en aquellos momentos... Ha visitado a varios especialistas de huesos, tanto en el país como en el extranjero, en Suiza y Alemania, pero siempre le han dicho lo mismo. Se descuidó el tratamiento de la herida en el momento más importante. Ahora cojea bastante y tiene que caminar con ayuda de un bastón, además de sufrir mucho dolor. Creo que ahora está algo mejor, pero la pierna nunca se pondrá bien. Eso le ha cambiado. Antes era tan chistoso y divertido... Ahora, en cambio, se muestra taciturno. Es la última persona a la que debería haberle sucedido algo así.

Me sentí retroceder hacia el pasado. Le vi siendo izado al bote salvavidas, los inútiles esfuerzos que hicimos por entablillarle la pierna..., su figura, tumbada en la isla, vigilando el horizonte en busca de un barco, mientras Simon y yo explorábamos la isla y nos contábamos nuestros secretos.

—De modo que no le ves a menudo...

—No. Bueno, en realidad no vive tan lejos. Le he pedido que venga a casa y se quede con nosotros una temporada, pero él rechaza mis invitaciones. Creo que no quiere ir a ninguna parte..., ni ver a nadie. Como ves, en él se ha producido un cambio completo. Solía llevar una vida social bastante ajetreada, y parecía disfrutar mucho de ella.

—Me gustaría volverle a ver.

—Desde luego. Es posible que él también se interese. O quizá no quiera que nada ni nadie le recuerde lo sucedido. Lo más probable es que intente olvidarlo todo. Te diré lo que voy a hacer. Ven a casa y también lo invitaré a él. Es posible que decida hacer el esfuerzo de verte. Después de todo, estuvisteis solos en aquella isla.

—Oh, sí, Felicity, disponlo todo de ese modo.

—Así lo haré..., dentro de poco.

Me sentí excitada ante la perspectiva, pero ni siquiera a Lucas podía hablarle de Simon. Ese era un secreto que sólo compartíamos nosotros. Simon me lo había contado porque confiaba en mí. Yo debía respetar aquella confianza. Si a él lo encontraran y lo llevaran a Inglaterra detenido por mi indiscreción, nunca me lo perdonaría. Para Lucas, Simon seguiría siendo el marinero de cubierta que salvó nuestras vidas.

Felicity tuvo que regresar a su casa, y nuestro hogar quedó muy triste con su ausencia. Había tal ambiente de normalidad que me vi obligada a afrontar los hechos y extraer una conclusión lógica.

Me había engañado a mí misma al imaginar que, una vez de regreso en casa, podría demostrar la inocencia de Simon. ¿Cómo?, me pregunté. ¿Por dónde podía empezar? ¿Yendo a su casa? ¿Conociendo a las personas que habían desempeñado un papel importante en el drama que terminó con el asesinato de su hermanastro? No podía aparecer en Perrivale Court y decir: «Sé que Simon es inocente, y he venido aquí para descubrir la verdad y solucionar el misterio». ¡No podía comportarme como un investigador de Scotland Yard!

Necesitaba tiempo para pensar. Me sentía obsesionada por la necesidad de demostrar su inocencia, para que así pudiera regresar y llevar una vida normal. Pero,

en el caso de que pudiera llevar a cabo aquella tarea aparentemente imposible, ¿dónde podría encontrarlo después? Todas aquellas ideas no eran más que fantasías. No cabían en este mundo lógico.

La influencia de tía Maud sobre la casa era muy marcada. Los muebles estaban muy pulidos, los suelos brillaban, el latón relucía, y todo, por muy pequeño e insignificante que fuera, ocupaba el lugar que le correspondía. Ella acudía todos los días a la cocina, para consultar las comidas con la señora Harlow. Tanto esta como el señor Dolland habían asumido una nueva actitud muy digna, y hasta Meg y Emily cumplían con su trabajo de un modo mucho más riguroso, sin interrumpir sus tareas para sentarse un rato después de las comidas y escuchar los discursos del señor Dolland, tal y como solían hacer antes de que se produjera la tragedia. Y yo estaba segura de que si lo hubieran hecho así, se habrían visto interrumpidas por una llamada imperiosa, y el señor Dolland tendría que haber abandonado la cocina, después de ponerse su chaqueta negra, para hacer una ceremoniosa aparición en alguna habitación del piso superior.

Creo que la nueva situación me importaba a mí mucho más que a ellos. Todos habíamos estado tan felizmente juntos en el pasado que tardé algún tiempo en darme cuenta de que los buenos sirvientes siempre prefieren una casa bien llevada antes que un hogar feliz.

A menudo descubría a tía Maud observándome con expresión especulativa. Sabía que, a su debido tiempo, yo también sería incluida en su esquema de las cosas, y que a los ojos de tía Maud solo había una salida digna para mí, puesto que era una mujer joven y virgen: el matrimonio. Aquellas cenas que pretendía seguir organizando solo tendrían un único propósito: buscarme un marido adecuado. Me imaginé cómo sería: serio, ligeramente barrigudo, académico, erudito, quizá un profesor de cierto éxito en el mundo académico. Alguien como James Grafton, aunque no tan apuesto. Quizá trabajara en el Museo Británico, o en Oxford, o en Cambridge. Todo se mantendría dentro del círculo de mi familia. Era posible que a tía Maud mi padre le pareciera una persona muy distraída, y supongo que sintió muy poco respeto por mi madre como ama de casa, que era la verdadera razón por la que se habían visto tan poco en vida de mi madre, pero, al fin y al cabo, mi padre era un hombre muy respetado en su profesión y, en consecuencia, a ella le parecería sensato que yo me casara con alguien similar. Estaba segura de que, inducida por ella, y a diferencia de mi madre, yo podría llegar a ser la esposa de un profesor y una buena ama de casa al mismo tiempo.

Ella se haría cargo de todo el asunto y por tanto todo se desarrollaría de la forma más ortodoxa posible. Tía Maud odiaba perder cualquier cosa, incluso el tiempo. Estaba convencida de que, de no ser por mi extraña aventura, las operaciones en ese sentido ya habrían empezado hacía tiempo. Pero, tal y como estaban las cosas, se me permitió cierto respiro.

Evidentemente, el médico le había advertido a tía Maud que debía tratarme con cierto cariño. Aún no había olvidado todas las calamidades por las que tuve que pasar, y necesitaba tiempo para rehabilitarme y adaptarme a un estilo de vida civilizado. Tía Maud siguió sus instrucciones con una brusca eficacia, y mi padre

hizo lo mismo, aunque a cierta distancia. En cuanto a la señora Harlow, se aseguraba de que yo estaba cómodamente sentada y me hablaba como cuando tenía cinco años. Hasta el señor Dolland bajaba su tono de voz al hablar conmigo, y descubrí que Meg y Emily me observaban con respetuosa admiración.

Mi padre solo se refirió al naufragio en una ocasión. Me contó cómo se vieron envueltos en una multitud de pasajeros que avanzaba hacia los botes. Quisieron esperarme, regresar y buscarme..., pero uno de los oficiales los tomó por los brazos y los obligó a avanzar junto con los demás.

—Pensábamos que te unirías a nosotros en cualquier momento —dijo con voz lastimera.

—Fue todo realmente caótico —dije—. No podría haber sido de otro modo.

—Perdí el contacto con tu madre cuando nos empujaban para que subiéramos a los botes...

—No debemos obsesionarnos por ello —dije.

—Si no hubieras regresado para buscar aquellas notas, todos habríamos permanecido juntos.

—No..., no. Tú y mamá fuisteis separados... Lo mismo habría sucedido de estar yo.

Se sentía tan angustiado que comprendí que no debíamos hablar de ello. Le dije que tenía que intentar olvidar.

Todo esto me afectó profundamente, y sentí un gran deseo de escapar, marcharme a Cornualles, ir a Perrivale Court y comenzar la imposible tarea de descubrir lo que había sucedido allí en realidad. Necesitaba tiempo. Necesitaba trazarme un plan. Deseaba desesperadamente emprender alguna acción, pero no sabía por dónde empezar.

Bajé a la cocina y traté de recuperar el espíritu de los viejos tiempos. Le pedí al señor Dolland que interpretara la escena de «Ser o no ser». Él lo hizo, pero, de algún modo, tuve la impresión de que le faltaba convicción, de que ya no lo hacía con la misma facilidad que antes, y de que todos los presentes se dedicaban a observarme a mí antes que al señor Dolland.

—¿Recuerda... que justo antes de marcharme... se produjo un caso de asesinato? —le pregunté.

—¿Cuándo fue eso, señorita Rosetta? Déjeme pensar. Hubo la historia de aquel hombre que se casaba con las mujeres por su dinero.

—Y después se desembarazaba de ellas —añadió la señora Harlow.

—No, no estaba pensando en eso. Me refiero al caso de aquellos dos hermanos..., uno de los cuales fue asesinado con un arma de fuego en una granja abandonada. ¿No escapó alguien?

—Ah, ya sé a cuál se refiere. Fue el caso de Bindon Boys.

—Sí, ese. ¿Se enteraron de lo que sucedió?

—OH..., el asesino escapó. Creo que nunca llegaron a atraparlo.

—Fue más listo que la policía —añadió la señora Harlow.

—Ahora lo recuerdo —siguió diciendo el señor Dolland—. Se trataba de Simon Perrivale..., que fue adoptado de niño. Mató a su hermano adoptivo. Creo que había

una mujer de por medio. Cuestión de celos y todo eso.

—Sé que usted guarda recortes de periódicos, señor Dolland. ¿Conserva algunos referentes a ese caso?

—Oh, solo guarda cosas relacionadas con el teatro —intervino la señora Harlow—. De esta o aquella obra..., de tal o cual actor o actriz, ¿verdad, señor Dolland?

—En efecto —contestó él—. Esos son los recortes que suelo conservar. ¿Qué quería saber sobre ese caso, señorita Rosetta?

—Oh..., solo me preguntaba si tendría usted algún recorte, eso es todo. Sé que tenía álbumes. Ocurrió todo antes de marcharme de viaje... y había ido desapareciendo de mi memoria.

Intercambiaron unas breves miradas.

—Oh, considero que todo eso ya ha pasado —dijo la señora Harlow, como si estuviera consolando a una niña pequeña.

—La policía no cerró el caso —añadió el señor Dolland—. No lo hará mientras no haya descubierto al asesino y aclarado las cosas. Lo tienen en sus archivos. Eso es lo que suelen decir. Darán con él cualquier día de estos. Ese hombre dará un paso en falso. Quizá solo tenga que cometer un error, y enseguida le habrán atrapado.

—Dicen que los asesinos no pueden resistir nunca volver al escenario del crimen —comentó la señora Harlow—. Eso es lo que hará cualquier día ese Simon como se llame. Puede apostar a que así será.

No pude evitar el preguntarme si él regresaría algún día.

¿Qué podía hacer yo? Solo abrigaba aquella obsesiva ilusión de que podría demostrar su inocencia para que él regresara sin temor. Entonces, él volvería a conocer la libertad y ambos estaríamos juntos.

Transcurrieron algunas semanas. Después de haber vivido envuelta en un temor y una angustia constantes, aquellos días tan previsiblemente pacíficos me parecieron entonces interminables.

Tía Maud intentó que me interesara por las cosas de la casa, todas aquellas cosas que una joven como yo debía conocer. Creía con firmeza que su deber consistía en hacer aquello en lo cual habían fracasado mis padres: prepararme para el matrimonio. Tenía que aprender a comportarme con la servidumbre. Mi actitud para con ellos dejaba mucho que desear. Claro que era necesario mantener cierta amistad, pero siempre desde la distancia. Yo me mostraba demasiado familiar, con lo cual los estimulaba a hacer lo mismo conmigo. Así pues, la culpa no era de ellos. Lo que yo necesitaba aprender era una mezcla de condescendencia indiscernible, amistad sin familiaridad, de tal modo que, por muy amistosa que una se comportara con ellos, nunca se atrevieran a traspasar la sutil línea que nos separaba. Mi tía tampoco me echaba la culpa a mí. Según ella, eran otros los responsables. Pero no había razón alguna para que yo continuara mostrando una actitud tan poco satisfactoria. Lo primero que debía hacer era aprender a tratar a la servidumbre. Debía escuchar a tía Maud cuando ella ordenaba las comidas. En una o dos ocasiones me pidió que

presenciara su visita diaria a la cocina. Por otro lado, debía mejorar mis habilidades de costura y practicar más con el piano. Hizo una alusión a la necesidad de tomar clases de música. Me dijo que no tardaría mucho en poner en práctica su idea de invitar a gente a la casa.

Yo le escribí a Felicity: «Por favor, Felicity, quiero salir de aquí. Si pudieras invitarme... pronto».

Recibí contestación inmediata: «Ven en cuanto puedas. Oxford y los Grafton te estamos esperando».

—Voy a pasar una temporada en casa de Felicity —le dije a tía Maud.

Ella me sonrió con aires de suficiencia. En casa de Felicity conocería a hombres jóvenes..., la clase de hombres jóvenes que yo necesitaba conocer. El lugar del que surgiera el plan no le importaba en absoluto. La operación «Matrimonio» podía iniciarse tanto en Oxford como en Bloomsbury.

Llegar a Oxford fue una experiencia excitante. Siempre me había gustado lo poco que había visto de aquella ciudad. Me parecía una ciudad muy romántica, allí donde se encontraban el Cherwell y el Támesis —llamado aquí Isis—, con sus torres y chapiteles elevándose hacia el cielo, y su ambiente de indiferencia con respecto al mundo cotidiano. Me gustó mucho la ciudad, pero lo más agradable de todo fue estar en compañía de Felicity.

Los Grafton tenían una casa en la calle Broad, cerca de los colleges Balliol, Trinity y Exeter, no lejos del lugar donde los mártires Ridley y Latimer fueron quemados en la hoguera por sus opiniones religiosas. El pasado lo envolvía todo y allí encontré la paz, lejos de la eficacia de tía Maud, y de las sutiles atenciones que me dedicaban todos los habitantes de la casa.

Con Felicity las cosas eran diferentes. Ella me comprendía mucho mejor que los demás. Sabía que guardaba en mi pecho secretos de los que no me atrevía a hablar. Quizá pensara que algún día lo haría. En cualquier caso, fue lo bastante sensible para saber que debía esperar a que fuera yo la que lo hiciera, sin hacer ningún intento por sonsacármelos.

James se mostró como un hombre lleno de tacto y encanto, y los niños fueron una gran distracción para mí. El pequeño Jamie ya hablaba bastante; me mostraba sus dibujos y me señalaba con orgullo el gato o el tren que acababa de dibujar. Flora me observó con cierta suspicacia durante un tiempo, pero finalmente decidió que yo era inofensiva y hasta permitió que la sentara sobre mi regazo.

Al día siguiente de llegar, Felicity me dijo:

—En cuanto supe que ibas a venir le escribí a Lucas Lorimer. Le dije que nos sentiríamos encantados de tenerlo una temporada entre nosotros, y que suponía que tú y él teníais muchas cosas de que hablar.

—¿Ha aceptado? —le pregunté.

—Todavía no. La última vez que le vi comprendí con claridad que no deseaba hablar de sus aventuras. Probablemente tiene miedo de que sea demasiado doloroso hablar de sus recuerdos.

—Me gustaría verle.

—Lo sé. Por eso le pedí que viniera.

Durante todo el día pensé en Lucas cuando fue izado a la galera de los corsarios, y en el momento en que, tras habernos encontrado en la isla, parecieron dudar sobre si llevarlo consigo o no. Apenas le había visto desde entonces.

¿Qué le había ocurrido? ¿Cómo había logrado quedar en libertad cuando Simon y yo fuimos vendidos como esclavos? A pesar de su impedimento, había logrado eludir a sus captores, algo que nosotros no habíamos conseguido.

Había muchas cosas que deseaba preguntarle.

Al día siguiente estábamos desayunando cuando llegó el correo. Felicity extrajo una carta, la abrió, la leyó, sonrió y levantó la vista moviendo el papel en el aire.

—Es de Lucas —me dijo—. Llegará mañana. Me alegra tanto... Pensé que le gustaría verte. ¿No te agrada la perspectiva, Rosetta?

—Sí. Estoy encantada.

—Me atrevería a decir que quizá será un poco... inquietante —comentó, mirándome con expresión de ansiedad.

—No lo sé. Ahora ambos estamos a salvo.

—Sí, pero ¡qué experiencia habéis pasado! Sin embargo, creo que es mucho mejor para ambos que os veáis y habléis con franqueza. No sirve de nada reprimir estas cosas.

—Tengo enormes deseos de volver a verle.

Felicity envió un carruaje a la estación para recogerlo. James fue a recibirlo. Habíamos hablado sobre la conveniencia de que también fuéramos nosotras, pero finalmente decidimos que sería mucho mejor esperar en la casa.

En cuanto le vi me sentí profundamente conmovida. Claro que le había visto en peores condiciones, en la isla y cuando lo izamos al bote salvavidas, pero ahora lo comparaba con el hombre que había conocido antes del naufragio. Tenía grandes sombras bajo los ojos, y aquella chispa un tanto cínica de su mirada había sido sustituida por otra de desesperación. Tenía el rostro demacrado, lo que le daba un aspecto casi cadavérico. También había desaparecido la tolerante actitud divertida con la que parecía contemplar el mundo. Ahora parecía muy débil y desilusionado.

Nuestro encuentro fue muy emotivo. Su expresión cambió en cuanto me vio. Sonrió y se acercó, apoyado en su bastón. Extendió la mano libre y tomó la mía. La sostuvo durante un instante, mirándome a los ojos con intensidad.

—Rosetta —dijo, haciendo una ligera mueca con los labios.

La evidente emoción que experimentaba le hizo parecer diferente..., en cierto modo indefenso. Jamás le había visto así antes. Sabía que él estaba recordando, al igual que yo, la isla donde Simon y yo lo dejábamos a solas para que vigilara el horizonte, la llegada de los corsarios, todos aquellos días que pasamos en el bote salvavidas.

—Oh, Lucas —dije—. Cuánto me alegra verte... sano y salvo.

Hubo un breve silencio en el que ninguno dejó de mirar al otro, casi como si no pudiéramos creer que el otro fuera una persona real.

—Sé que ambos tendréis muchas cosas que deciros —intervino Felicity—. Pero

antes vayamos a mostrarle su habitación a Lucas, ¿os parece?

Ella tenía razón. Había muchas cosas de las que hablar. La primera noche fue algo difícil. James y Felicity se mostraron como anfitriones perfectos, llenos de comprensión, interviniendo con habilidad y naturalidad cada vez que se producían silencios tensos.

Felicity fue la personificación del buen tacto. Sabía que había cosas de las que desearíamos hablar a solas, y que eso solo se produciría cuando ambos estuviéramos preparados para ello. Al día siguiente, James acudió a la universidad y ella nos dijo que tenía que cumplir un compromiso.

—Os ruego que me disculpéis, pero esta tarde tengo que dejaros solos.

En el jardín había un lugar muy agradable, protegido por un muro de ladrillos rojos, con un pequeño estanque en el centro, el típico jardín de estilo Tudor, con su rinconcito íntimo. Las rosas habían florecido, y le sugerí a Lucas que fuéramos allí.

Hacía una tarde muy suave, agradablemente cálida sin ser muy calurosa, y nos dirigimos con lentitud hacia aquel lugar. El aire estaba en calma, y protegidos por los muros que rodeaban el jardín fue como si hubiéramos retrocedido dos o tres siglos en el tiempo.

—Sentémonos aquí—dije—. Ese estanque es tan bonito y está todo tan tranquilo... —Hubo un silencio y después proseguí—: Sería mejor que habláramos de lo ocurrido, Lucas. Los dos queremos hablar de ello, ¿no es así?

—Sí —admitió—. Supongo que es en eso en lo que más pensamos.

—¿No te parece todo como un sueño? —le pregunté.

—No —contestó con brusquedad—. Ha sido todo de lo más real. Llevo conmigo un recuerdo permanente. Aquí me encuentro ahora... en estas condiciones.

—Lo siento. No supimos cómo entablillarte bien la pierna... y no disponíamos de nada apropiado.

—Mi querida jovencita —dijo casi con acritud—, no te estoy acusando de nada. Solo a la vida..., al destino, o como quieras llamarlo. ¿No lo comprendes? Voy a tener que pasarme el resto de la vida así.

—Pero al menos estás aquí..., al menos estás con vida.

—¿Acaso crees que eso es para regocijarse? —replicó encogiéndose de hombros.

—Al menos así será para algunas personas. Tus amigos..., tu familia. Estás impedido, y sé que debe de dolerte de vez en cuando, pero te podrían haber sucedido cosas mucho peores.

—Tienes razón al reprenderme. Me estoy mostrando egoísta, gruñón y desagradecido.

—Oh, no, no... ¿Crees..., es posible... hacer algo?

—¿Qué?

—Bueno, en la actualidad se dispone de muchos medios y técnicas. Últimamente se han hecho toda clase de descubrimientos médicos.

—El hueso quedó roto. No fue encajado a su debido tiempo. Ahora es demasiado tarde para hacer nada.

—Oh, Lucas, lo siento mucho. Si hubiéramos podido hacer algo..., ¡qué diferente sería todo!

—Hiciste todo lo que buenamente pudiste, y soy un egoísta al pensar en mis propias desgracias. No puedo soportar la idea de lo que te sucedió a ti.

—Pero yo escapé. Los temores estaban solo en mi cabeza.

Quiso saber con todo detalle lo sucedido, de modo que le conté la amistad con Nicol, cómo me había administrado aquella poción, salvándome así de las atenciones del pachá, y cómo aquella poción la suministró el propio eunuco jefe, que era un gran amigo de ella. Lucas escuchó muy atentamente.

—Gracias a Dios —dijo al fin—. Eso podría haberte marcado tanto como yo lo estoy..., o quizá más. ¿Y qué le sucedió a aquel hombre..., John Player?

El silencio que se produjo entre nosotros pareció durar un largo rato. Escuché el zumbido de una abeja, y la nota alta de un grillo. «Ten cuidado —me dije a mí misma—. Podrías traicionarle con suma facilidad. Recuerda que no es solo un secreto tuyo, sino también de Simon.»

—Él... fue vendido al mismo pachá —me oí decir.

—Pobre diablo. Me imagino su destino. Era un hombre extraño. Siempre tuve una rara sensación con respecto a él.

—¿Qué clase de sensación? —le pregunté, angustiada.

—La de que las cosas no eran lo que parecían. De vez en cuando imaginaba que le había visto en alguna parte. En otras ocasiones me daba la impresión de que ocultaba algo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué podría haber ocultado?

—Cualquier cosa. No tengo ni la más remota idea. Solo era la impresión que me causaba. No era la clase de hombre que uno espera encontrar fregando la cubierta de un barco, ¿no te parece? Aunque debo admitir que era un hombre lleno de recursos.

—Creo que ambos le debemos la vida.

—Sí, tienes razón. Y me gustaría saber qué fue de él.

—En los jardines del harén había muchos hombres. Él era alto y fuerte...

—Me atrevería a decir que habrían pagado un precio justo por él. —Se produjo un nuevo silencio. Yo no osaba hablar, por temor a decir algo inconveniente. Lucas prosiguió en voz baja—: Qué extraño que estuviéramos los tres en aquella isla..., sin saber si nos encontrarían antes de que muriéramos de hambre.

—¿Cómo conseguiste regresar a casa, Lucas?

—Bueno, ya sabes que soy pájaro viejo. —Me sonrió y, al hacerlo, volvió a ser el hombre que yo había conocido—. Aproveché mis oportunidades. Logré aprender algo de su lengua, y eso me ayudó mucho. Algunos años antes ya había aprendido algunas palabras, cuando viajé por el mundo. Es curioso lo mucho que ayuda poder comunicarse con los demás. Les ofrecí dinero... por la libertad de los tres. Les dije que en mi país era un hombre muy rico. Me creyeron, porque sabían que yo había viajado mucho. No quisieron considerar la idea de dejaros en libertad a ti y a Player. Erais demasiado valiosos para ellos, pero yo no. Mi cojera me hacía inútil. —¿Ves cómo todo tiene sus pequeñas ventajas? —Hubo momentos en que deseé que me arrojaran por la borda.

—No debes decir eso. Significa aceptar la derrota... e incluso darle la bienvenida. No es esa la mejor forma de vivir.

—Tienes toda la razón. Oh, qué agradable es estar contigo, Rosetta. Recuerdo lo ingeniosa que fuiste en la isla. Te debo tantas cosas...

—Pero la mayoría de ellas se las debemos...

—A ese tal Player. Bueno, él era una especie de líder, ¿no? Estaba hecho para ese papel... y le sentaba muy bien. Debo admitir que lo hizo a la perfección. Y yo era el impedido, el único que representaba una molestia.

—No fuiste nada de eso para nosotros. ¿Cómo te las habrías podido arreglar tú solo en aquella isla? Cuéntame el resto.

—Cuando comprendí que no podía salvaros a ninguno de los dos, y que nada lograría que aquellos hombres se separaran de ti o de Player, me concentré en mi propio caso. En ese sentido, me parecieron más manejables. ¿Qué precio obtendrían por mí? ¿Por un hombre en mis condiciones? Ninguno. Les dije que si me dejaban en libertad, les enviaría una valiosa joya. Si trataban de venderme no conseguirían nada, pues ¿quién querría comprar a un hombre que ni siquiera podía caminar sin bastón? Si me arrojaban por la borda, eso también sería improductivo para ellos. Pero si aceptaban mi oferta de cambiar mi vida por una joya, al menos habrían obtenido algo de sus esfuerzos.

—¿De modo que te dejaron marchar... a cambio de la promesa de enviarles una joya?

—En realidad, todo fue cuestión de simple lógica. Solo tenían dos alternativas. Arrojar me por la borda o liquidarme de cualquier modo y perderlo todo, o aceptar la oportunidad de que yo cumpliera mi palabra y les enviara la joya. Se les ocurrió, como le habría sucedido a cualquiera, que yo no cumpliera mi parte del trato. Y si no lo cumplía, bueno, a ellos les daba lo mismo arrojarme por la borda. Pero lo más sensato les pareció aceptar al menos esa oportunidad, ya que era la única forma de obtener algo a cambio de mi vida. Así que... me dejaron en Atenas..., a una o dos calles de la embajada inglesa. El resto fue sencillo. Se informó a mi familia y no tardé en emprender el viaje de regreso a casa.

—¿Y la joya?

—Mantuve mi palabra. Se trataba de un anillo que perteneció a mi madre... Se podría decir que era una de las joyas de la familia, que habían sido repartidas entre mi hermano y yo. Había sido el anillo de compromiso de mi madre y de mi abuela. Si me hubiera comprometido, lo habría sido también de mi futura esposa.

—No tenías por qué enviarlo.

—No, pero esas gentes conservan los recuerdos durante mucho tiempo. No deseaba pasarme el resto de mi vida preguntándome si el destino volvería a cruzarme de nuevo en su camino. Además, ¿y si otro pobre diablo caía en sus manos y trataba de emplear esa misma táctica? Si se hubieran sentido engañados, no habrían aceptado un segundo acuerdo. Por otro lado, ese anillo no me habría servido de nada. No es muy probable que alguien quiera casarse conmigo... en mis condiciones.

—¿Se la llevaste tú mismo o sabías adonde enviarla?

—Habíamos acordado un lugar donde debía entregarla. Hay una vieja posada en la costa italiana. Se me advirtió que siguiera sus instrucciones al pie de la letra. Tenía que enviar la joya a esa posada. Creo que era un lugar frecuentado por contrabandistas. Allí sería recogida. No la llevaría yo mismo, ya que no estaba en condiciones de hacerlo, y así lo admitieron. Pero les dije quién la llevaría. Dick Duvane, mi antiguo ordenanza durante el tiempo que pasé en el ejército. Él también abandonó conmigo la carrera de las armas y desde entonces hemos permanecido juntos. Es mi mayordomo, mi confidente, y a menudo viajamos juntos. No es un sirviente, sino uno de los mejores amigos que he tenido nunca. No sé qué haría sin él. Confío por completo en él.

—Me alegro de que hayas salido con vida, Lucas.

—Supongo que yo también... Solo que...

—Ya lo sé. Y te comprendo.

Permanecimos en silencio. Aún estábamos en el jardín cuando Felicity acudió a buscarnos.

La visita a Oxford me fue de gran ayuda. La forma tan lógica con la que Lucas contemplaba la vida, por muy amarga que fuera, me hizo tocar la tierra con los pies. ¿Qué podía hacer yo? ¿Cómo podía demostrar la inocencia de Simon? Ni siquiera me encontraba en el lugar de los hechos. No sabía nada de la familia de Perrivale Court, excepto lo que me había contado Simon y lo que había leído en los periódicos después del asesinato. Si pudiera hallar los medios para conocerlos, para ir a Perrivale Court de un modo natural. ¿Qué esperanzas tenía en ese sentido? Pensé en Lucas. ¿Y si le pedía ayuda? Él disponía de recursos. Así lo demostraba la forma en que había salido de una situación tan peligrosa. No vivía muy lejos de Perrivale Court; no mantenía amistad con la familia, y ni siquiera la conocía bien, a pesar de haber estado allí una vez, mucho tiempo atrás, cuando visitó el lugar en compañía de su padre. Deseé haber hablado de Simon con él, haber logrado su ayuda. ¿Me atrevería a proponérselo?, me pregunté. Pero no podía estar segura de cuál sería su reacción.

Me sentía más impotente que nunca, pero aquella visita a Oxford contribuyó a animarme un poco.

Lucas abandonó Oxford el día anterior a mi partida. Al despedirse, parecía desamparado y bastante vulnerable, y sentí un gran deseo de consolarlo. En cierto momento pensé que sugeriría encontrarnos de nuevo, pero no dijo nada.

Felicity y yo lo acompañamos a la estación. Parecía marcharse de mala gana y permaneció junto a la ventanilla, observándonos en el andén, mientras el tren se alejaba poco a poco, llevándolo de vuelta al oeste.

—Es muy triste —dijo Felicity—. Es un hombre cambiado.

Al día siguiente regresé a casa.

Tía Maud quiso saber a quién había visto en Oxford. Le dije que no me había distraído mucho porque a Felicity le pareció que yo necesitaba un período de descanso. Cuando estaba cenando con ella y con mi padre, comenté que Lucas

Lorimer estuvo en Oxford al mismo tiempo que yo.

Mi padre se mostró interesado enseguida.

—Oh, sí..., el joven que estaba con nosotros en el *Atlantic Star*. —Se volvió hacia tía Maud y añadió—: Le sucedió algo de lo más extraordinario. Descubrió una piedra en su jardín de Cornualles. Una antigua piedra egipcia. Es un verdadero misterio saber cómo fue a parar allí. Pero fue un descubrimiento muy excitante. Sí, ese joven estaba con nosotros en el *Atlantic Star*.

—Fue uno de los supervivientes —le dije a tía Maud.

Comprendí el hilo de los pensamientos de mi tía. Así pues, ¿me había encontrado con un hombre en Oxford? ¿Quién era él? ¿Procedía de buena familia? ¿Estaba en posición de mantener a una esposa?

—Está lisiado —dije con brusquedad—. Resultó herido en el naufragio.

Tía Maud pareció sentirse desilusionada, y después resignada. Me imaginé cuáles serían sus ideas sobre invitar a cenar a jóvenes elegibles. ¡Cómo echaba de menos a Felicity y la paz que se respiraba en Oxford!

Implacable, tía Maud continuó poniendo en práctica su política. Hubo varias cenas a las que invitó a jóvenes que consideraba adecuados. Acosaba a mi padre para que invitara a sus conocidos; ante mi diversión y su desazón, la mayoría de ellos ya eran de edad madura, y tan fanáticamente dedicados a su trabajo que no tenían la menor intención de introducir un estorbo en sus vidas, en forma de una esposa, o de casarse con una esposa erudita y enérgica y formar una familia de genios.

Fueron pasando las semanas, convertidas en meses. Me sentía muy inquieta y no veía manera alguna de escapar.

Felicity nos hizo una rápida visita. Le resultaba difícil dejar a sus hijos durante mucho tiempo. La niñera que tenía era buena, y disfrutaba con la responsabilidad de quedarse a cargo de los niños, pero a Felicity no le gustaba nada dejarlos.

Estaba segura de que solo había venido porque se sentía preocupada por mí.

Le dije lo mucho que echaba de menos los viejos tiempos en nuestra casa, agradablemente desorganizada. Sabía que debía sentirme agradecida para con la infatigable tía Maud, pero en la vida había algo más que muebles bien pulidos y comidas servidas a tiempo. Tía Maud era una persona tan arrolladora que nos sometía a todos, y su influencia se sentía principalmente en la cocina, donde yo había pasado tantas horas felices.

—Rosetta, ¿tienes algo en la cabeza? —me preguntó Felicity. Y al verme vacilar, continuó—: ¿No te gustaría hablar del tema? Sabes que soy muy comprensiva. Pero no quiero presionarte. Sé que, por muy terrible que pueda parecer una preocupación mientras la vivimos, a veces puede ser muy importante lo que suceda después. Ha ocurrido, Rosetta. Ya ha pasado todo. No creas que no comprendo lo que significa estar en un harén. Tuvo que haber sido terrible. Pero escapaste. Fue un gran golpe de suerte, a pesar de lo cual ha dejado en ti sus secuelas. Me preocupas, y también me preocupa Lucas. Siempre me ha gustado ese joven. Antes era muy divertido. Ha viajado mucho y solía hablar con naturalidad de sus viajes. Siempre me pareció una persona muy alegre. Y ahora creo que se está encerrando en su amargura. Es un error. Claro que es angustioso para él, sobre todo porque siempre

fue una persona muy activa. Voy a ser muy franca contigo. James tiene que volver a Truro para pronunciar una nueva conferencia en la universidad. Iré con él y sugeriré hacerle una visita mientras estamos en Cornualles. Sería muy agradable que nos acompañaras. ¿Qué te parece?

No pude ocultar el entusiasmo que me produjo aquel plan. Ir allí, no estar tan lejos de Perrivale Court..., bueno, por lejos que estuviera, me encontraría más cerca. Sin embargo, no estaba tan segura de lo que debería hacer una vez que estuviera allí. En mi mente predominaba un solo pensamiento: no traicionar a Simon.

—Ya veo que la idea te parece atractiva —dijo Felicity.

Después de plantearle la cuestión, tía Maud pareció complacida. Sus intentos de ponerme en contacto con jóvenes en edad de contraer matrimonio no habían alcanzado mucho éxito. Pero siempre confiaba en que hubiera algo más productivo.

Los Grafton se movían dentro de los círculos más adecuados. James Grafton era para ella «alguien en el ambiente de Oxford». Tía Maud no estaba muy bien informada en cuanto a esa clase de detalles. Para ella, las personas eran adecuadas o no, y los Grafton eran de lo más adecuado, a pesar de que Felicity solo hubiera sido una institutriz. Así pues, se mostró favorable a la idea, que también aceptó mi padre, sobre todo cuando se le dijo que sería bueno para mi futuro.

Se dispuso que acompañara a James y a Felicity a Truro.

A instancias de Felicity, James le escribió a Lucas para comunicarle que estaríamos en Cornualles, y que creía sería una buena oportunidad para hacerle una visita, y vernos todos.

Se recibió una pronta respuesta afirmativa. Lucas nos invitaba a quedarnos al menos algunos días. Trecorn Manor estaba demasiado lejos de Truro para permanecer allí solo un día.

El cambio que experimenté fue evidente para todos.

—Siempre te entendiste muy bien con Felicity —me dijo la señora Harlow—. Recuerdo el día en que llegó a esta casa y esperábamos encontrarnos con una señora madura y mandona. Desde el primer momento en que bajó del carruaje me encariñé con ella..., y a ti te sucedió lo mismo.

—Sí —admití—. Es una amiga maravillosa. ¡Qué suerte tuve de que viniera aquí!

—Yo diría que en ese aspecto te tocó en suerte lo mejor.

—Oh, sí, así fue. Le debo muchas cosas a Felicity.

Trecorn Manor era una agradable mansión de estilo reina Ana, construida en una época notable por su elegancia. Se hallaba sobre terrenos muy bien cuidados. Pensé en lo interesante que sería ver a Lucas en el ambiente de su propio hogar.

Lucas nos recibió calurosamente.

—Me alegra muchísimo que hayáis venido —nos dijo, y creo que lo sentía de verdad.

Nos presentó a su hermano Carleton, y a Theresa, la esposa de este. Carleton se parecía un poco a Lucas, pero ambos tenían temperamentos muy distintos, según descubrí pronto. Carleton era un hombre campechano, de trato fácil, completamente enfrascado en la administración de la propiedad; era el típico señor de campo.

Theresa era la mujer más adecuada para ser su esposa. Absorbida por completo en su familia, cumplía sus deberes con encanto, tolerancia y total eficacia; era, sin lugar a dudas, la esposa y madre ideal.

Tenían dos hijos gemelos, un niño y una niña, Henry y Jennifer, de cuatro años. Supuse que Carleton y su esposa eran admirados y respetados por todos los que trabajaban en la propiedad, que ella intervenía infatigablemente en los asuntos de la iglesia y de la comunidad rural. Era la clase de mujer capaz de cumplir con su deber sin ahorrar esfuerzos y que, además, obtenía placer haciéndolo.

Comprendí que Lucas no acababa de encajar en aquel ambiente. Cuando estuvimos a solas, Felicity me dijo:

—Lucas no podría haber tenido un hogar mejor al que regresar.

Aquel comentario me asombró. Aquel ambiente de bienestar podía ser mortificante para un hombre en su situación. Tuve la impresión de que no había deseado nada de todo aquello antes de que se produjera el naufragio. Así lo demostraban sus frecuentes ausencias, señal de su incapacidad para tolerarlo. Era triste darse cuenta de que las virtudes propias de personas como Carleton, su esposa, y la propia tía Maud, tan admirables en sí mismas, crearan atmósferas tan desagradables para quienes los rodeaban.

Teníamos la intención de quedarnos en Cornualles una semana, todo el tiempo del que podía disponer James, y yo sabía que Felicity no deseaba dejar solos a los niños durante más tiempo.

Se nos mostraron nuestras habitaciones, situadas en el primer piso, y desde las que se contemplaban los prados que rodeaban la mansión. La habitación de James y Felicity estaba situada junto a la mía. Theresa nos acompañó.

—Espero que os sintáis cómodos —nos dijo—. Es una pena que solo podáis quedaros una semana. Nos encanta tener huéspedes. Desgraciadamente, no sucede muy a menudo. Me alegra mucho que hayáis venido. Lucas se siente muy contento de que estéis aquí...

—Vacilamos antes de sugerir la posibilidad de venir —dijo Felicity—. Fue un atrevimiento por nuestra parte.

—Nos habría disgustado mucho saber que veníais por aquí y no pasabais a vernos. Carleton está muy preocupado por Lucas... y yo también. Está muy cambiado.

—Bueno, pasó por una experiencia terrible —dijo Felicity.

—Y también por ti —me dijo Theresa poniéndome una mano en el brazo—. He oído hablar de lo ocurrido. Lucas no dice gran cosa. Carleton asegura que obtener información de él es como intentar extraer sangre de una piedra. Antes era un hombre tan activo... Esto le ha afectado mucho. Pero se alegró en cuanto se enteró de que ibais a venir.

—Le gusta hablar con Rosetta —dijo Felicity—. Después de todo, ambos estuvieron juntos. Siempre he creído que hablar ayuda a la gente.

—Es maravilloso que los dos escaparaís de aquello. Estuvimos muy preocupados por Lucas. Y cuando supimos que regresaba a casa..., bueno, fue maravilloso. Después... todo fue muy diferente. Tal y como es Lucas... nunca le

resultó fácil ser el hermano menor.

Se encogió de hombros y pareció algo azorada, como si creyera estar hablando demasiado.

Sabía que tenía razón. Antes del accidente, Lucas siempre se había preocupado por el hecho de que su hermano mayor fuera el cabeza de familia tras la muerte de su padre. Era un hombre al que le gustaba dirigir, y para él nunca resultó fácil representar el papel de segundón. Así, tras abandonar el ejército, pero incluso mientras estuvo en él, se dedicó a viajar mucho. Había tratado de obtener una amplia erudición en arqueología. Escribió un libro, inspirado por su descubrimiento, y había estado a punto de pronunciar una conferencia cuando se produjo el desastre. En aquella época debió de parecerle que estaba a punto de ganarse bien la vida fuera de Trecorn Manor, que era lo que más deseaba; y después del naufragio regresó... tal y como estaba en ese momento. Comprendía que se sintiera desilusionado con la vida. Anhelaba mantener más conversaciones con él. Quizá pudiera hacerle ver el futuro de modo diferente. Quizá pudiera inspirarle un poco de esperanza. No creía que existieran muchas oportunidades de lograrlo, pero al menos deseaba intentarlo.

Lucas aún era capaz de cabalgar, lo que para él representaba una verdadera bendición. Claro que necesitaba cierta ayuda para montar y desmontar, pero una vez sobre el caballo volvía a ser el mismo de antes. Siempre fue un jinete excelente y me di cuenta enseguida de que existía una fuerte relación entre él y su montura, Charger, que parecía comprender que su amo había cambiado y necesitaba cuidados.

—Nunca nos preocupamos por Lucas cuando sale a dar largos paseos —nos dijo Theresa—. Si monta a Charger sabemos que regresará a casa cuando lo desee.

La primera noche de nuestra estancia allí, durante la cena, me preguntó si sabía montar.

—Tuve pocas oportunidades en casa—le dije—. Pero en la escuela recibí lecciones de equitación. De modo que, aunque no soy novata, me falta algo de experiencia.

—Deberías practicar un poco mientras estés aquí—me sugirió Carleton.

—Sí—asintió Lucas—. Yo me ocuparé de enseñarte.

—Quizá sea un poco aburrido para un jinete tan hábil —repliqué.

—Será un verdadero placer —me aseguró.

Theresa se desvivió por nosotros. Era una mujer muy amable y me di cuenta de lo feliz que se sentía por el hecho de que estuviéramos allí, ya que creía que eso era agradable para Lucas, y que ambos nos llevábamos muy bien.

Se acordó que, después de pasar dos días en Trecorn Manor, James regresaría a Truro para cumplir con su trabajo, mientras Felicity y yo nos quedaríamos allí, en espera de su regreso, uno o dos días tras su partida, y después nos marcharíamos todos juntos.

No tardé en adaptarme a la nueva rutina. Lucas y yo salíamos a cabalgar juntos y hablábamos bastante, a menudo acerca de nuestra aventura. Solíamos recorrer el mismo camino, y estoy segura de que aquellos paseos nos beneficiaban a ambos. Por lo que a mí concernía, solo deseaba conocer algo más de Perrivale Court.

Acudía con frecuencia a la habitación de los niños. Yo le gustaba a Jennifer.

Hasta entonces había tenido poco que ver con niños y ahora no estaba muy segura de saber tratarlos, pero Jennifer lo solucionó. Me informó de que se llamaba Jennifer Lorimer, vivía en Trecorn Manor y tenía cinco años. Todo esto me lo dijo con gran seguridad en sí misma y fue casi como si compartiéramos una confianza especial. Aunque era la chica, se había convertido en líder con respecto a su hermano gemelo. Era una niña vivaz y hablaba mucho. Henry, en cambio, era un niño mucho más tranquilo, y muy serio; siempre seguía a Jennifer y como ella había decidido que yo le gustaba, también le gusté a él.

Además, allí estaba Nanny Crockett, otra buena aliada. Creo que me aceptó porque establecí muy buena relación con los gemelos. No era precisamente joven, pero en la habitación de los niños era quien ostentaba todo el poder. Ellen, la muchacha de catorce años que la ayudaba en sus quehaceres con los niños, la trataba como si fuera una verdadera reina. Aparentaba rondar los sesenta años. Tenía el pelo gris, que se peinaba en un moño que le daba cierto aspecto adusto; sus ojos grises siempre estaban alerta, y tenía una forma muy particular de apretar los labios cuando desaprobaba algo, en cuyo caso podía llegar a ser indomable. Se trataba de una mujer con opiniones concretas, que se mantenía fiel a ellas.

—Tuvimos mucha suerte de conseguirla —me confió Theresa—. Es una niñera muy experimentada. No es joven, claro, pero tanto mejor. Es tan activa como una joven y tiene mucha más experiencia.

A Nanny Crockett le encantaba charlar un poco de vez en cuando, sobre todo cuando los niños dormían su breve siesta por la tarde, y si en esos momentos yo no estaba en compañía de Lucas, estaba con ella.

Felicity y Theresa tenían intereses comunes: dirigir un hogar y cuidar del esposo y de los hijos. Eran compañeras ideales. Me imaginaba que cuando estaban juntas hablaban de Lucas y de mí. Creían que ambos éramos buenos «el uno para el otro», y desde luego se nos estimulaba a estar juntos cada vez que se presentaba la oportunidad. No es que sus esfuerzos fueran necesarios, ya que Lucas demostraba con toda claridad que prefería mi compañía a la de cualquier otra persona. Me di cuenta de que, desde mi llegada, Lucas había empezado a ser un poco más el mismo de antes. Se echaba a reír de vez en cuando, y en ocasiones incluso hacía un chiste, aunque a menudo en sus palabras había cierto atisbo de la amargura que parecía formar parte necesaria de su conversación.

Sabía que aquella rutina no tardaría en verse interrumpida por el regreso de James. Yo disfrutaba de mi estancia, pero no dejaba de tener presente la necesidad de descubrir la verdad sobre Simon, y había veces en que me sentía sumida en una profunda frustración y desesperación.

Resultaba angustiante hallarse tan cerca de su antiguo hogar, pero ¿cómo podía acudir allí sin despertar sospechas? Temía hacer preguntas directas. El simple hecho de que Lucas se lo hubiera encontrado en un momento anterior de su vida implicaba que sería muy fácil dar un paso en falso y revelarle, incluso inadvertidamente, quién era en realidad John Player. Y si lo descubría, ¿cómo podía estar segura de cómo reaccionaría? Claro que John Player había salvado nuestras vidas, pero si Lucas creyera que era un asesino, un fugitivo de la justicia, ¿qué haría al respecto?

Para mí habría sido un gran alivio hablar con él sobre Simon, pero no me atreví. A veces, pensé en contárselo a Felicity. De hecho, estaba a punto de hacerlo, pero cada vez que me parecía llegado el momento oportuno, siempre me contenía.

No obstante, empezaba a sentirme desesperada y un día, durante el almuerzo, tuve que hablar y pregunté con precaución:

—¿No se produjo por esta zona un asesinato...?

Theresa arqueó las cejas, me miró y contestó:

—Sin duda te refieres a lo sucedido en Perrivale Court.

—Sí —asentí, confiando en no mostrar la emoción que experimentaba cada vez que se planteaba el tema—. Yo..., sí, creo que fue allí donde sucedió.

—Fue el hijo adoptivo —dijo Lucas.

—Lo habían estado cuidando durante toda su vida —añadió Carleton— y demostró su gratitud asesinando a uno de los hijos de la casa.

—Creo que antes lo mencionamos —le dije a Lucas—. ¿No me dijiste que lo habías conocido?

—Oh, sí..., hace muchos años—, pero solo un momento.

—Y ese lugar, ¿está muy lejos de aquí?

Theresa miró a Carleton, que reflexionó unos instantes.

—Yo diría que unos diez kilómetros a vuelo de pájaro, pero si no eres un pájaro podría estar algo más lejos.

—¿Está cerca de algún lugar..., de un pueblo o una ciudad?

—Podría estarlo —contestó Carleton—. ¿Qué dirías tú, Lucas? Quizá Upbridge sea la ciudad más cercana.

—Está a unos tres kilómetros de esa ciudad —añadió Lucas—. El pueblo más cercano es Tretarrant.

—Bueno, pero eso no es más que un pequeño villorrio.

—Sí. Upbridge es la ciudad cercana más grande.

—Si a eso le puedes llamar grande —añadió Carleton—. Apenas alcanza la categoría de ciudad.

—Bueno, es un lugar pequeño, pero muy agradable —intervino Theresa—. Aunque yo he estado allí pocas veces.

—Me atrevería a decir que pareció más importante... después de la muerte de ese hombre.

—El *Upbridge Times* se vendió bastante en aquella época —dijo Lucas—. Disponían de buena información interna. Conocían bien a la familia. Ya veo que sientes un interés morboso por ese lugar, Rosetta. Te diré lo que vamos a hacer. Mañana cabalgaremos hasta allí y verás por ti misma la notable ciudad de Upbridge.

—Me gustaría mucho —dije, con el corazón latiéndome apresurado, pero con una sensación de triunfo.

Aquello representaba cierto progreso.

Lucas y yo salimos al día siguiente. Una vez que él hubo montado, apenas pude creer que no fuera el mismo de nuestro primer encuentro.

—Ya sabes que está a unos diez kilómetros de aquí —me dijo—. ¿Te sientes con ánimos para esa cabalgada? ¿Diez kilómetros de ida y diez de vuelta? Te diré lo que vamos a hacer. Comeremos por el camino, quizá en la vieja Upbridge. Ahora que lo pienso, creo que hay un lugar muy bueno a este lado de Tretarrant. ¿Crees que podrás resistirlo?

—Claro que sí. Es un desafío.

Lo fue, y en diversos sentidos.

Además, yo no dejaba de decirme: «¿De qué te servirá ver el lugar?». A pesar de todo, ¿quién sabía lo que podía surgir de aquella visita?

—La posada en la que estoy pensando —prosiguió Lucas—, creo que se llama La Cabeza del Rey. Un nombre muy original, ¿no te parece? El rey en cuestión fue Guillermo IV, que no fue precisamente el más popular de los monarcas, excepto quizá en la cuestión de dar su nombre a las posadas. Siempre había confiado en encontrar una que se llamara Carlos I. Cabeza Cortada sería mucho mejor que La Cabeza del Rey. Pero como los mesoneros suelen ser muy diplomáticos, ese nombre nunca ha aparecido en una posada.

Me eché a reír. Lucas era capaz de olvidar la amargura durante un tiempo; pero a menudo había algo a mano para recordársela.

Pasamos junto a unas zarzamoras.

—Este año habrá una buena cosecha —me dijo—. ¿Recuerdas la emoción que sentimos cuando descubrimos algunas en la isla?

—Lo cierto es que nos emocionábamos cada vez que encontrábamos algo comestible.

—A veces me maravilla...

—Sí, a mí también me sucede lo mismo.

—Me pregunto qué habría sido de nosotros si no hubieran aparecido los piratas por allí.

—Solo el cielo puede saberlo.

—Tal y como sucedieron las cosas resultó que aquello fue como saltar de la sartén al fuego.

—Al menos logramos escapar del fuego.

—Tú y yo sí, pero me pregunto qué habría sido de John Player.

—Sí, yo también me lo pregunto.

Permanecí en silencio. Tuve la impresión de que no tardaría en contarle la verdad, a pesar de mi determinación de no hablar del tema. La tentación era muy grande.

—Confío en que se encuentre bien. A mí me pareció una persona capaz de sobrevivir a todo.

—Necesitará mucha suerte —comenté—. Y a propósito, ¿a qué distancia estamos?

—¿Empiezas a sentirte cansada?

—Oh..., no.

—Pues yo creo que algún día serás una verdadera campeona.

—Por el momento solo deseo montar razonablemente bien.

- En tal caso ya casi lo has logrado.
- Viniendo de ti, es un gran cumplido.
- Dime la verdad, ¿soy lo que se podría denominar un viejo tacaño?
- Te vas acercando. Podrías tener derecho a ese calificativo antes de que yo me convirtiera en una campeona.
- Tienes razón —dijo, echándose a reír—. Seamos francos y no me engañes. Estoy cansado de sentirme protegido. Carleton y Theresa..., bueno, casi los oigo pensar en voz alta: «¿Qué debemos decir ahora para no enojar al pobre diablo?».
- De acuerdo, te diré lo que pienso.
- Me sienta muy bien estar contigo, Rosetta. Confío en que no abandones Trecorn durante mucho tiempo.
- Sabes que tengo que regresar con James y Felicity. A ella no le gusta dejar solos a los niños.
- Debemos aprovechar todos los días que estés aquí —dijo él, suspirando—. Has tenido una idea muy buena al querer salir a dar este largo paseo. Solo confío en que no sea demasiado largo para ti.
- ¿No acabas de decir que algún día sería campeona? Pues es posible que ese día no esté tan lejos.
- Bien. Cruzaremos por ese campo. Creo que es un buen atajo.
- Cuando cruzábamos el campo, Lucas detuvo su montura.
- Ahí tienes un magnífico panorama. Es una costa muy agradable, ¿no te parece?
- ¡Agradable! En todo caso será espectacular y muy recortada, pero en modo alguno agradable. Ese calificativo no se ajusta a la verdad.
- Tienes razón. Las gentes del lugar solían actuar a lo largo de toda esta costa, atrayendo a los barcos cuando el mar estaba enfurecido, para que se estrellaran contra las rocas; de ese modo podían robar las mercancías que transportaban. Te apuesto a que en las noches de tormenta los lugareños escuchaban los gritos de los marinos naufragados. Los ruidos producen a veces extraños sonidos y si son escuchados por oídos susceptibles, ¡ahí aparecen los fantasmas!
- ¿Naciste siendo cínico?
- Espero que sí. De otro modo habríamos tenido dos santos en la familia.
- ¿Te estás refiriendo a Carleton como si fuera un santo? ¿Por qué la gente siempre trata de modo tan protector a los santos?
- Eso tiene una respuesta muy sencilla: porque nos resulta muy difícil seguir sus pasos. Nosotros, los pecadores, experimentamos la necesidad de sentirnos ligeramente superiores, debido a que lo estamos pasando mejor.
- ¿Crees que los pecadores se lo pasan mejor que los santos?
- Oh, sí. Y al mismo tiempo tienen la sensación de que no es justo que eso sea así. Esa es la razón por la que adoptan una actitud protectora para con la santidad. Carleton es una buena muestra de ello. Él siempre hizo lo más correcto. Aprendió a dirigir la propiedad, se casó con la mujer adecuada, tuvo a Henry como heredero y a la encantadora Jennifer; la gente que trabaja para él lo adora; bajo su dirección, la propiedad es mucho más próspera de lo que fue jamás. Oh, sí, él tiene todas las

virtudes. El caso es que nunca se tiene bastante gente buena alrededor de uno. Si hubiera muchos cómo él, el mercado quedaría saturado y perderían buena parte de su gloria. De modo que, como puedes ver, los pecadores también tienen su utilidad.

—Es una gran ventaja que Carleton sea tan buen señor.

—Todo aquello que rodea a Carleton es bueno.

—Tú tienes tus propias virtudes..., igual que él.

—Oh, pero él dispone de dos piernas sanas para moverse.

La amargura había surgido de nuevo, siempre dispuesta a aparecer en la superficie. Sentí mucho haber permitido que la conversación llegara a tal punto.

—A Carleton todo le sale bien —siguió diciendo—. Siempre ha sido así. Oh, no me interpretes mal. Sé que las cosas le salen bien gracias a su naturaleza.

—Lucas —le dije con seriedad—, has tenido mala suerte. Pero eso ha terminado. Ahora ya nada puede cambiarlo. Y aún quedan muchas cosas en la vida.

—Tienes razón. A menudo pienso en Player y me pregunto qué le sucedería. Mi naturaleza malvada queda demostrada por el hecho de que esa clase de pensamientos produzcan en mí una módica sensación de consuelo. Al menos, yo estoy en libertad.

—Sí, estás en libertad.

—Oh, mira. Ya se distingue la casa, allá, a lo lejos.

—¿La casa?

—Perrivale Court. Mira justo delante de ti y gira un poco hacia la derecha. Está allí.

Al fin la vi. Parecía enorme e imponente, construida sobre un ligero declive que daba al mar.

—Es bastante impresionante —dije.

—Es muy antigua. En comparación con ella, Trecorn es moderna.

—¿Podríamos echarle un vistazo más de cerca?

—De acuerdo.

—Acerquémonos, entonces.

—Pero si lo hacemos tendremos que sacrificar Upbridge.

—Lo prefiero.

—Creo que empiezas a sentirte un poco cansada. —Quizá —admití.

Y durante todo el rato no dejaba de pensar que aquel era el hogar al que había sido llevado Simon a la edad de cinco años.

Seguimos cabalgando. Ahora ya podía ver la mansión con mayor claridad. Era casi un castillo, de piedra gris, con una torre y almenas.

—Tiene aspecto medieval —dije.

—Sin duda alguna, una parte lo es..., pero estos lugares tan antiguos han sido restaurados muchas veces, y en ocasiones no queda de ellos más que una extraña mezcolanza.

—Viniste aquí una vez, ¿no es cierto?

—Sí, pero no lo recuerdo muy bien. Se me había olvidado por completo hasta que ocurrió el asesinato. Eso me lo hizo recordar, claro.

Confiaba en que apareciera alguien. Quizá el hermano que había sobrevivido, o

la hermosa mujer que podía haber causado toda la tragedia. Me habría gustado mucho verla, aunque solo fuera un instante.

—Estoy seguro de que La Cabeza del Rey no está muy lejos de aquí—dijo de pronto Lucas. Y poco después el tortuoso camino dio un giro, alejándose de la costa. Lucas exclamó—: ¡Ah, ahí está! Solo que no es La Cabeza del Rey. El lugar es el correcto, pero el nombre no. Se llama El Rey Marino. Se trata del mismo monarca, pero con otro apelativo. Vamos, dejaremos los caballos en los establos. Creo que les vendrá muy bien un descanso. Y mientras ellos se refrescan, nosotros haremos lo mismo. Más tarde, si nos queda tiempo, aunque lo dudo mucho, echaremos un vistazo a Upbridge. Pero no te desilusiones si no disponemos de tiempo.

Le aseguré que estaba pasando un día muy agradable y que en modo alguno me sentiría desilusionada.

Le ayudé a desmontar con toda la naturalidad que pude, y después de comprobar que los caballos quedaban en buenas manos, entramos en el salón. No había nadie más en el local, y fue muy agradable disponer de todo el comedor para nosotros.

El posadero se nos acercó exultante de alegría.

—¿Qué será, señor..., señora? Me temo que solo podemos ofrecerles algo frío. Pero les prometo carne y jamón excelentes. Y hay sopa de lentejas caliente.

Le dijimos que eso era precisamente lo que necesitábamos, y el hombre nos sirvió además sidra en jarras de peltre. A continuación nos sentamos a comer.

Una sirvienta llevó la comida, que fue excelente, y mientras estábamos comiendo se nos acercó la esposa del posadero para ver si estaba todo en orden o necesitábamos algo. Se trataba de una mujer a la que sin duda le gustaba charlar con sus clientes.

Nos preguntó de dónde veníamos. Le dijimos que de Trecorn Manor.

—Oh, lo conozco bien. Un lugar muy antiguo y bonito..., aunque no tanto como Perrivale, claro.

—Oh, Perrivale Court —dije con cierta ansiedad—. Hemos pasado cerca. ¿Está habitado ahora?

—Pues claro que sí. Los Perrivale han vivido ahí desde que existe el mundo. Fanfarronean diciendo que llegaron con el Conquistador, y les gustó tanto el lugar que se han quedado aquí desde entonces.

—Hay muchos así —comentó Lucas—. Se sienten contentos por haber llegado al principio.

—Oh, por aquí siempre ha habido Perrivale. Ahora solo queda sir Tristan, después de que el señor Cosmo fuera...

—Creo que leí algo sobre eso en los periódicos —la interrumpí—. Pero hace ya mucho tiempo.

—Sí, tiene usted razón. En aquella época la gente no hablaba de otra cosa. Pero todo se olvida con rapidez. La gente es muy voluble. Si ahora les pregunta usted por el asesinato de Perrivale, algunos jóvenes no le sabrán decir nada. Yo digo que eso ya es historia, y que la gente debería conocerla.

—Algunas personas dirían que se tiene una mente morbosa por querer absorber

y retener esa clase de conocimientos —observó Lucas.

La mujer le miró como si le creyera un poco loco, y observé cómo aparecía la desconfianza en la expresión de Lucas, como para convencerla de que estaba diciendo lo que pensaba.

—Bueno —dijo la mujer, a la defensiva—, cuando ocurrió todo este lugar se llenó de gente..., periodistas, detectives y personas así. Dos de ellos se quedaron... bajo este mismo techo. Dijeron que estaban llevando a cabo una investigación, y que este era el lugar más cercano.

—Sí, está situado muy convenientemente —admitió Lucas.

—Bueno, tengo que ir a ver cómo van las cosas. Nunca puedo dejar de hablar.

La mujer se alejó y yo dije:

—Estaba empezando a ser interesante. Me habría gustado escuchar más cosas.

—Los que contemplan la escena obtienen a menudo una visión distorsionada.

—Pero al menos están cerca del lugar de los hechos.

La sirvienta nos trajo dulces de postre. Estaban deliciosos, y bien empapados de jerez. Me alegré de que a la posadera le fuera difícil no seguir charlando, y cuando estábamos terminando de comer el postre se nos acercó para hablar un rato más.

—La gente no suele acercarse por aquí —nos confió—. Bueno, tenemos el local abierto, pero los visitantes como ustedes no suelen pasar por aquí. Todo fue muy diferente en aquella época..., ya saben, cuando sucedió lo de los Perrivale.

—El asesinato es bueno para los negocios —comentó Lucas.

La mujer le miró cautelosamente y yo me apresuré a intervenir:

—Debió de enterarse usted de muchas cosas respecto a esa familia.

—Bueno..., no lo puedo evitar, después de haber vivido aquí toda la vida, ¿no le parece? Yo nací en esta posada. Era de mi padre, y después, al casarme con William, él se hizo cargo. Mi hijo..., otro William, hará lo mismo algún día. No me sorprendería nada que así fuera.

—Una dinastía de posaderos —murmuró Lucas.

—Está muy bien que se conserve en el seno de la familia —me apresuré a añadir—. Eso será un orgullo para usted, ¿no?

Ella me miró lisonjeramente. Estaba pensando que yo era amable y lo bastante normal para disfrutar de un poco de charla, a pesar de mi compañero.

—¿Suele usted ver mucho a los Perrivale? —le pregunté.

—Oh, sí, siempre andan entrando y saliendo. Los he visto por aquí desde que tengo uso de razón. Recuerdo cuando trajeron aquí a ese tal Simon. Ese fue el que..., ya saben.

—Sí, lo sé —asentí.

—Debió de suceder hace ahora unos veinte años por lo menos. William y yo acabábamos de casarnos. Se produjo una buena escena, se lo puedo asegurar, cuando sir Edward llegó a la mansión y dijo que el niño se quedaría allí. Casi se produjeron fuegos artificiales. Y es natural, porque ¿qué mujer soportaría una cosa así?

—Estoy de acuerdo —afirmé.

—Pero ¿por qué razón un hombre lleva a su casa a un niño extraño? Todo el mundo aseguró que la señora era una santa por haberlo aceptado. Aunque, en

realidad, ella no tenía nada de santa. Según parece, era una arpía. Pero sir Edward era de esa clase de hombres que no hablan mucho... y siguen su propio camino. Dijo que el chico se quedaría, y se quedó.

—Ese fue Simon —dije.

—¿Qué otra cosa podía esperarse de ese chico? Cuando la mona se viste de seda, mona se queda, se lo puedo asegurar.

—¿Quiere decir...?

—Bueno, ¿de dónde venía ese chico?, pregunto yo. No me extrañaría que procediese de alguna callejuela.

—¿Y por qué razón habría permitido sir Edward que viviera en una callejuela, para decidir después llevarlo a Perrivale Court?

—Lo cierto es que a la gente a veces le quema la conciencia, ¿no le parece? En cualquier caso, el chico llegó aquí. Fue tratado como uno más de la familia. Cuando llegó el momento adecuado, tuvieron un tutor..., eso fue antes de ir a la escuela. Era un buen chico. Solía contarnos cosas sobre cómo era la vida allá arriba. Después, todos fueron a la escuela, incluso el propio Simon, como Cosmo y Tristan. ¿Y cómo les devolvió los favores recibidos? Pues nada más y nada menos que asesinando al señor Cosmo. ¿Le parece que eso es gratitud?

—Pero ¿está usted segura de que fue él quien cometió el asesinato?

—Está tan claro como la nariz que tiene usted en la cara. De no ser así, ¿por qué habría huido?

—Sí, eso parece bastante definitivo —intervino Lucas.

—Pudo haber otras razones —protesté.

—Oh, eso es una muestra definitiva de culpabilidad —insistió Lucas.

—Sí, era culpable. Estaba celoso de aquella viuda, Mirabel... En aquel entonces aún era la señora Blanchard. Ahora, claro está, es lady Pervale. Llegó aquí en compañía de su padre, el mayor... No encontraría usted un caballero más amable que él. Allí estaban el padre y aquella joven Kate que en aquel entonces se llamaba señora Blanchard. Era una verdadera belleza, de las que tienen el cabello rojo. Ningún hombre podía evitar el mirarla dos veces. A Tristan también le gustaba, por no decir nada de Simon. Y allí estaban los tres jóvenes, perdidamente enamorados, según decían, de la misma viuda. ¿Y qué fue lo que hizo Simon? Atrajo con malas artes a Cosmo a aquella granja abandonada, Bindon Boys se llama, y una vez allí lo mató. Según dijeron, le atravesó la cabeza de un balazo. Podría haber escapado sin ser descubierto, de no haber sido porque el señor Tristan, ahora sir Tristan, llegó en ese momento y le descubrió con las manos ensangrentadas.

—¿Dónde está esa casa de campo?

—Oh..., junto a la costa. Aún se mantiene en pie, aunque está hecha una ruina. Iban a restaurarla cuando ocurrió la tragedia. Después de eso han dejado que se vaya desmoronando poco a poco. A nadie le gustaría vivir en una casa en la que se ha cometido un asesinato. Bueno, ya estoy hablando demasiado. William dice que siempre lo hago.

—Ha sido muy interesante.

—Bueno —dijo ella con orgullo—, no se comete un asesinato a las puertas de

todos los sitios. Y le aseguro que no todo el mundo está dispuesto a escuchar la historia. Pero cuando sucedió, la gente no hablaba de otra cosa.

Cuando salimos de la posada me sentía confundida y algo deprimida por las opiniones expresadas por la mujer acerca de Simon. Aparte de eso, me sentí excitada por haber hablado con alguien que vivió cerca de él en la época del asesinato. Llegué a la conclusión de que a la posadera no le cabía la menor duda sobre su culpabilidad. Y temí que eso fuera un veredicto general. Al huir se había condenado a sí mismo.

Poco después, ya en el camino de regreso, Lucas me dijo:

—Parece que has disfrutado con la conversación de nuestra posadera. ¿Te pareció tan apasionante conocer un poco la historia local?

—Me pareció interesante.

—El asesinato fascina a la mayoría de la gente, y en este caso mucho más debido al misterio que lo rodea. Pero ¿es realmente tan misterioso?

—¿Crees tú que esa es la verdad?

—Está bastante claro, ¿no? Él huyó de aquí.

No me atreví a decir nada más. Pero quise haberle gritado: «¡El es inocente! Sé que es inocente». Apenas logré contenerme.

Estaba muy cansada cuando regresamos a Trecorn Manor.

Me había gustado mucho ver Perrivale Court, pero no había descubierto nada nuevo, y solo había confirmado los fuertes sentimientos que había en contra de Simon. Claro que solo había escuchado la opinión de una persona. A pesar de todo, el hecho de haber huido siempre se volvería en su contra.

Disfrutaba de uno de mis agradables momentos en compañía de Nanny Crockett. Los gemelos dormían la siesta que, según la niñera, les beneficiaba mucho. Ellen tenía la tarde libre y se había ido a visitar a sus padres, que vivían en un pueblo cercano.

Me enteré así de algunas cosas sobre la historia de Nanny Crockett. Había llegado desde Londres para hacerse cargo de su primer puesto de trabajo en Cornualles.

—Al principio me resultó algo difícil —me confesó—. No podía acostumbrarme. Echaba de menos demasiadas cosas. Pero los pequeños empezaron a significar algo para mí. Finalmente me adapté a este lugar..., a la meseta, al mar y a todo eso. Debería usted echarles un vistazo a las cercanías. Valen la pena.

Le dije que había disfrutado mucho con la cabalgada.

—Fuimos muy lejos, cerca de un lugar llamado Upbridge. ¿Lo conoce usted?

—¡Que sí lo conozco! —gritó Nanny Crockett—. Vaya que sí conozco Upbridge. En una época viví allí, y antes había vivido cerca.

—¿Conocía usted Perrivale Court?

Permaneció en silencio por un momento. En su rostro apareció una expresión extraña que no logré desentrañar. Después, contestó:

—Creo que sí lo conozco muy bien. Viví allí durante ocho o nueve años.

—¿Quiere decir... en la mansión?

—Me refiero a Perrivale Court, señorita.

—¿De veras vivió usted allí?

—Pues claro que sí, fui la niñera de los chicos.

—¿Quiere decir... de Cosmo, Tristan... y Simon?

—Así es. Yo estaba allí, en la habitación de los niños cuando llevaron a Simon. Recuerdo muy bien aquel día. Es algo que jamás se me olvidará. Allí apareció él. Me lo entregaron y sir Edward me dijo: «Este es Simon. Debe ser tratado como los otros». Y allí estaba aquella pequeña criatura. Enseguida comprendí que estaba muy asustado, de modo que le tomé de la mano y le dije: «No tengas miedo, cariño. Estás con Nanny Crockett, y todo irá bien». Sir Edward estaba muy contento conmigo, algo bastante raro, se lo puedo asegurar. Me dijo: «Gracias, Nanny. Cuida del chico. Se sentirá un poco extraño al principio». A partir de ese momento, Simon y yo nos caímos muy bien.

Yo apenas podía contener mi excitación.

—¡Qué cosa más extraña! Me refiero al hecho de traer a un niño a la casa, así, sin más. ¿Había alguna explicación?

—Oh, sir Edward no era hombre de explicaciones. Tomaba las decisiones, y ahí se acababa toda explicación. Si él decía que el chico debía quedarse en la habitación de los niños, así tenía que hacerse.

—Hábleme de ese niño. ¿Cómo era?

—Un pequeño muy agradable..., inteligente como nadie. Anhelaba volver a ver a alguien llamado Angel. Lo único que se me ocurrió fue que se trataba de su madre. Obtuve pequeños fragmentos de información de él mismo, pero ya sabe usted cómo son los niños. No siempre ven las cosas tal como nosotros. Me hablaba de Angel, y habló también de una tal tía Ada que le producía un gran terror. Al parecer, acababan de enterrar a Angel y a continuación a él lo habían llevado a Perrivale. Cuando sonaban las campanas de la iglesia se imaginaba que tocaban a difuntos. En cierta ocasión lo encontré escondido debajo de la cama, tapándose las orejas con las manos para no escuchar el sonido. Creía que aquella tal Ada iba a ir para llevárselo... y entonces sir Edward decidió llevárselo consigo a Perrivale.

Escuché. En mi mente volví a encontrarme de nuevo en la isla, y escuché la propia voz de Simon contándome cómo se había ocultado bajo la mesa cuando apareció tía Ada.

—Bueno, el caso es que el niño estaba allí, y su presencia despertó muchas murmuraciones, se lo aseguro. ¿Quién era aquel chico? ¿Por qué se le había llevado a la casa? Todos decían que era de sir Edward, y debo admitir que tenían razón. Pero resultaba extraño porque él no era de la clase de hombres que se dedican a perseguir a las mujeres. Era un caballero muy digno, rígido y honesto.

—Esa clase de personas tienen a veces una vida secreta.

—Seguro que sí. Pero, de algún modo, una no se imaginaba a sir Edward cometiendo esa clase de tonterías. Sería difícil describirselo. Quería que todo funcionara como un reloj. Las comidas a su hora y en su sitio, y se armaba un buen jaleo en cuanto alguien llegaba tarde. Ya sabe cómo son esa clase de personas. En la mansión trabajaba un lacayo que había servido en el ejército. Solía decir que aquella

casa le recordaba un campamento militar. De modo que, como usted comprenderá, sir Edward no era de la clase de hombres que se dedican a perseguir a las mujeres. No era como algunos de los que he oído hablar, y en cuyas casas no había mujer que se sintiera segura. En Perrivale Court, en cambio, las mujeres estaban muy seguras..., incluso las más bonitas.

—¿Se mostraba amable con el chico?

—No era amable... ni cruel. Se limitó a llevarlo y a decir que se le tratara como a los demás. Después pareció olvidarse del chico. El niño no gustó a la servidumbre. Ya sabe cómo son los sirvientes..., siempre temiendo que alguien esté por encima de ellos. Creían que el joven Simon no tenían ningún derecho a estar allí, en la habitación de los niños, junto con los otros dos niños..., y debo admitir que lo demostraron.

—¿Le importó a él?

—¿Quién sabe lo que sucede en la mente de los niños? Pero este era muy inteligente. Creo que se daba cuenta de todo lo que sucedía a su alrededor.

—Pero usted le quiso.

Ella sonrió con ternura, prendida de sus recuerdos.

—De todos los niños que he cuidado, él fue muy especial para mí. En cuanto a él..., creo que yo ocupé el lugar de aquella Angel. Era a mí a quien acudía en cuanto había algún problema..., y los problemas no faltaron. Menos mal que era mayor que los otros dos..., les llevaba un año o dos, nada más. Pero mientras fueron pequeños eso representó una ventaja para él. Sin embargo, los otros no tardaron en percibir las diferencias. Ellos eran los hijos de la casa, mientras que Simon no era más que un extraño. Ya sabe cómo son los niños. Cosmo, el mayor de los hermanos, se daba aires de importancia, ¡vaya que sí! Ya creía ser todo un sir, mientras que Tristan se comportaba como un pequeño diablo. A menudo he descubierto que eso es lo que suele suceder con los hijos más pequeños. ¿Sabe lo que quiero decir? Ah..., pero Simon... era mi preferido. De todos los niños que he cuidado, él fue siempre mi preferido. No sé a qué se debió..., quizá al hecho de que lo llevaran a la casa de aquel modo, a que había perdido a su madre, y al verle metido en todo aquel lío...

—Le conoció usted muy bien —dije, manifestando lo que pensaba—. Según usted, ¿qué sucedió?

—Creo que... No, estoy segura... Tengo la absoluta seguridad de que él no lo hizo. No era de esa clase de personas. No podría haber hecho una cosa así.

—Pero, de todos modos, huyó —observé.

—Oh, eso es lo que dicen todos. Si lo hizo, sus razones tendría. Era capaz de cuidar de sí mismo. Siempre lo fue. Sabía salir bien librado de cualquier situación. Eso es lo que siempre me digo..., porque ahora me siento preocupada. Me despierto por la noche y pienso: ¿Dónde estará? Y entonces me digo: Esté donde esté, sabrá componérselas y cuidar de sí mismo. Y luego me siento mejor. Sé que sabrá arreglárselas. Cuando los dos hermanos intentaban engatusarlo, él siempre les sacaba ventaja. Era más inteligente, y al hallarse en su situación, bueno, tuvo que ocuparse de sí mismo. Siempre hizo lo mejor para sus intereses, y creo que nadie mejor que él lo sabía.

—Estuve en la posada El Rey Marino... El señor Lucas y yo estuvimos comiendo allí. Según la posadera, Simon es culpable.

—Me está usted hablando de Sarah Marks. ¿Qué es lo que sabe ella? Vieja charlatana. Cree saberlo todo solo por ser la esposa del posadero. Pero con ella no se escuchan más que murmuraciones. Sería capaz de destrozar la reputación de cualquiera con tal de tener algo de que hablar. La conozco muy bien... y conozco a Simon. Estaría dispuesta a apostar mi vida por su inocencia.

—Oh, Nanny, ¿dónde cree que puede estar?

—Bueno, no hay forma de saberlo, ¿no? Se marchó de aquí. Estará esperando que llegue su momento.

—¿Quiere decir que regresará cuando pueda arrojar alguna luz sobre el asunto?

—Creo que sí.

—¿Cree usted que... le escribirá alguna vez?

—Es posible. Sabe que conmigo no correrá ningún peligro. Por otro lado, no querrá que yo me vea implicada. ¿No dice la ley algo al respecto?

—Creo que lo llaman encubrimiento.

—Eso es. Aunque a mí no me importaría. Daría cien libras, si las tuviera, solo por recibir noticias tuyas.

Me sentí entrañablemente unida a ella. Era una aliada. La había hecho hablar del tema. Después de eso acudí con mayor frecuencia a la habitación de los niños cuando estos dormían la siesta, solo para charlar un rato con Nanny.

La amistad que me unía con los gemelos fue aumentando. Jennifer me había catalogado como de su propiedad, y adoptaba esa actitud conmigo, lo que me proporcionaba gran placer. Me comunicaba cosas confidenciales sobre sus muñecas. Me enteré así de sus manías, tanto de las buenas como de las malas. Allí estaba el osito Reggie, que no quería tomarse la medicina, y Mabel, que solo tenía un ojo, pues había perdido el otro en un misterioso accidente, y tenía miedo de la oscuridad, por lo que Jennifer se la llevaba todas las noches a la cama. Inventé aventuras y los niños me escuchaban contarlas, embelesados.

El tiempo transcurría con excesiva rapidez y no tenía ningún deseo de marcharme; pero, claro está, no tardaríamos en tener que hacerlo. Felicity empezaba a mostrarse inquieta, aunque sabía que nuestra estancia allí me hacía mucho bien, tanto a mí como a Lucas. Y como era tan generosa, reprimió sus propios deseos y se alegró por nosotros.

Ni siquiera ella sospechaba lo bueno que era para mí estar cerca de la antigua casa de Simon y, sobre todo, haber descubierto la participación de Nanny Crockett en su historia. Felicity se sentía feliz solo de verme con Lucas y de observar mi alegría en la habitación de los niños.

Y entonces, un día, los acontecimientos tomaron un rumbo dramático.

El día empezó muy normal.

Durante el desayuno comentamos la fuerte lluvia caída la noche anterior, y terminamos por hablar de la anciana señora Gregory, madre de uno de los campesinos.

—Tengo que hacerle una visita —dijo Theresa—. Hace casi un mes que no voy a

verla. Pensará que me he olvidado de ella.

Supuse que la señora Gregory estaría postrada en cama y que su mayor placer sería tener una visita con la que charlar un rato. Theresa sería especialmente bienvenida, gracias a lo mucho que sabía sobre los asuntos de la comunidad. Me dijo que solía visitar a la anciana con la mayor regularidad posible, y que en tales ocasiones siempre le llevaba un pequeño regalo, una tarta, dulces, una botella de vino, cualquier cosa que le gustara. Pero lo más importante para la anciana era que ella permaneciera durante una hora a su lado, charlando.

—También está ese pequeño asunto del techo de los Mason —dijo Carleton— Si tienes oportunidad podrías darte una vuelta por allí y decirles que Tom Alien pasará cualquier día de esta semana.

—Iré esta misma mañana —dijo Theresa. Hacía una mañana muy agradable y suave, sin demasiado calor; un día ideal para cabalgar. Lucas parecía más contento de lo habitual y ambos nos dirigimos hacia Upbridge.

—Este es tu paseo favorito —me dijo, sonriente—. Creo que el viejo Snowdrop ya se dirige hacia allí sin esperar instrucciones. Me da la impresión de que tienes una mente morbosa y te sientes fascinada por ese asesinato.

—Es un paseo muy agradable —le dije. Aquel día tuve la clara sensación de estar haciendo algún progreso. Nos encontrábamos a pocos kilómetros de Upbridge, pero decidimos iniciar el regreso para no llegar tarde al almuerzo. Podríamos haber ido a comer a la posada El Rey Marino, pero como no habíamos dicho nada en casa, nos pareció mejor regresar.

Avanzábamos por un estrecho y tortuoso camino cuando, al girar en una curva, vimos directamente delante de nosotros a un pastor con un rebaño de ovejas que bloqueaba el paso. Nos apartamos un poco y observamos a los animales, y mientras estábamos allí, esperando, un jinete se nos acercó. Se trataba de una mujer joven de notable belleza. Llevaba el sombrero negro de amazona descuidadamente colocado sobre su cabello rojo, y sus ojos verdes, profusamente pintados de negro, nos contemplaron con esa divertida expresión que suele aparecer en la gente cuando se encuentra con una obstrucción en su camino.

—Estos son los peligros de la vida en el campo —comentó.

—Algo que debemos aceptar —replicó Lucas.

—¿Vienen desde muy lejos?

—De Trecorn Manor.

—Oh... en tal caso usted debe de ser el señor Lorimer, el náufrago.

—El mismo. Y me acompaña la señorita Cranleigh, que naufragó conmigo.

—¡Qué interesante! Yo soy Mirabel Perrivale.

—Encantado de conocerla, lady Perrivale.

Me sentía tan abrumada que fui incapaz de decir nada. Era una mujer decididamente hermosa. Me imaginé lo impresionados que debieron de sentirse los tres jóvenes cuando aquella hermosa dama apareció ante ellos.

—Gracias al rebaño —dijo ella—. Oh..., ya casi han abandonado el camino.

Avanzó un poco. Al final de la recta, el camino se bifurcaba en dos direcciones. Lady Perrivale tomó la de la izquierda. Nosotros giramos a la derecha.

—Buenos días —se despidió Lucas y ella desapareció de la vista.

—Qué mujer más hermosa —dije—. De modo que es Mirabel..., la *femme fatale*...

—Y debes admitir que tiene el aspecto adecuado.

—Sí, lo admito, no podría decir lo contrario. Qué extraño ha sido encontrarla así.

—No tanto. Ella vive por aquí cerca.

—Y cuando mencionaste Trecorn supo enseguida quién eras.

—Bueno, a mi manera soy conocido, del mismo modo que ella lo es a la suya. Haber sobrevivido a un naufragio se convierte aquí en una pequeña noticia que comentar... No es lo mismo que estar involucrado en un caso de asesinato, pero al menos es algo.

En cuanto llegamos a Trecorn Manor uno de los mozos de los establos se acercó corriendo.

—Ha habido un accidente —nos dijo.

—¿Un accidente? —gritó Lucas—. ¿De quién se trata?

—De la señora Lorimer. El cabriolé en el que viajaba... Acaban de traerla.

Todo en la casa estaba absolutamente triste.

Aquella misma mañana Theresa estaba llena de vida, y poco después había muerto. Todos nosotros estábamos demasiado atónitos como para tomar conciencia de la trágica verdad.

Al parecer, fue a visitar a la señora Gregory, tal y como era su intención, llevándole algunos regalos; charló un rato con ella y después se marchó. Cuando se dirigía a casa de los Mason prefirió tomar el camino de la colina. Era un camino que había recorrido muchas veces y nada peligroso. Pero la noche anterior había llovido mucho, y de la colina se produjo un fuerte desprendimiento de tierras en el instante en que ella pasaba. Debió de caer justo delante del caballo, que se asustó y se encabritó, volcando el cabriolé ladera abajo, hacia el valle. Theresa había muerto a consecuencia de la caída, y Trecorn Manor acababa de convertirse en una mansión trágica.

—Me alegro de estar aquí—me dijo Felicity—. No es que podamos hacer mucho para consolar al pobre Carleton. Eran tan felices juntos..., estaban muy unidos. ¿Qué hará él ahora?

—Pobrecillo Carleton. Está demasiado conmocionado para darse cuenta por completo de lo ocurrido. ¿Crees que deberíamos quedarnos algún tiempo más?

—Bueno, supongo que deberíamos esperar un poco. En estos momentos no podemos hablar con ninguno de ellos. Quizá después del funeral... Esperemos y veamos cómo se desenvuelven las cosas.

En cuanto se me presentó la oportunidad, le pregunté a Lucas si creía que debíamos marcharnos.

—Oh, no, por favor —me contestó—. Mi pobre hermano se encuentra en un estado lamentable. No creo que todavía sea capaz de aceptar lo ocurrido. Tenemos

que pensar en él antes que nada. Dependía de ella mucho más de lo que le gusta admitir. Estaban muy unidos. Me temo que todos aceptábamos como algo muy natural a Theresa..., su bondad, su generosidad, su forma de restarle importancia a todo lo que hacía por nosotros. Ahora comprendemos lo maravillosa que era. Carleton tuvo mucha suerte con ella..., pero eso significa que para él va a ser mucho peor afrontar su pérdida. La echará de menos a cada instante. Todos la echaremos de menos... Por favor, Rosetta, no te vayas.

—James tendrá que regresar a su trabajo.

—Sí..., no tardará en venir a recogeros. —Asentí con un gesto—. Pero eso no significa que tú también tengas que marcharte.

—Pero yo debo marcharme con ellos.

—No veo por qué. A ti no te espera ninguna obligación.

—Yo... no creo que se desee mi presencia aquí... en estos momentos.

—No digas tonterías. Sé que tu presencia ayudará mucho.

Le conté a Felicity lo que habíamos hablado.

—Tiene razón —sentenció—. Tu presencia aquí ha representado un gran cambio para él. Creo que ha podido hablar sobre esa terrible época que pasasteis juntos.

—Pero no puedo quedarme si tú no estás.

—Supongo que tu tía Maud diría que debes regresar a casa —dijo, elevando las cejas—. Pero, después de todo, no veo por qué no puedes quedarte un poco más de tiempo. James tendrá que regresar, y yo me iré con él.

Lo dejamos así y poco después regresó James. Quedó conmocionado ante la noticia. Nosotros ya empezábamos a darnos cuenta de la enormidad de la tragedia que se había abatido sobre aquella casa.

—Este lugar ya no volverá a ser el mismo de antes —me dijo Nanny Crockett—. La señora Lorimer era la que se ocupaba de que todo funcionara debidamente. Su ausencia va a significar un gran cambio. Pero lo que más me preocupa son los niños. Van a echar mucho de menos a su madre. Sí, claro, me tienen a mí, y ahora la tienen a usted, pero seguro que la van a echar mucho de menos. Ella siempre andaba entrando y saliendo de esta habitación. Ellos solían esperar sus visitas. No sé cómo les va a afectar todo esto.

Fue una época muy triste. Yo me sentía desesperadamente apenada por Carleton, que deambulaba de un lado a otro como en una pesadilla. Lucas dijo que en aquellos momentos era imposible hablar de nada. Su hermano solo era capaz de hablar de Theresa. Lucas también estaba profundamente afectado.

—Esto ha sido lo peor que podía sucederle a Carleton —dijo—. He sido un egoísta al quejarme de mis propios problemas, al decirme que él era el afortunado, que todo le salía bien... Y ahora, míralo, nada le consuela.

Yo temía el momento del funeral. La gente acudió desde todas partes de la región. Fue un verdadero acto de duelo. Theresa había sido una mujer querida y respetada por muchos.

Nanny Crockett se quedó con los niños en la habitación. Me pregunté qué estarían pensando los pequeños, mientras escuchaba el tañido del toque a difuntos. Pensé en Simon, que había escuchado un tañido similar muchos años antes. Aquel sonido había significado para él la muerte, la pérdida de Angel y el verse arrojado a lo desconocido.

Una vez que todos se marcharon, la casa quedó sumida en un profundo silencio. Subí a la habitación de los niños. Nanny Crockett se había vestido de luto. Sacudió la cabeza con expresión de tristeza.

—No dejan de hacer preguntas —me dijo—. ¿Qué se les puede decir a unos niños tan pequeños? No comprenden. «Se ha marchado al cielo», les digo. «¿Y cuándo volverá?», me preguntan. «Bueno», contesto, «cuando las personas se marchan al cielo se quedan allí durante un tiempo.» Jennifer me dijo: «No sería correcto marcharse tan pronto, ¿verdad?». Casi me echo a llorar. También me dijo: «Creo que está tomando el té con Dios, y los ángeles están con ella». Es como para partírsele a una el corazón.

Los niños nos oyeron hablar en voz baja y acudieron corriendo.

Permanecieron quietos, mirándome, con una expresión solemne en sus rostros. Percibían que algo terrible había ocurrido, y que todo el mundo estaba muy triste.

Jennifer me miró, y de pronto su rostro se contrajo.

—Quiero ver a mi mamá —dijo.

Extendí los brazos y la niña se refugió en ellos. Henry la siguió enseguida. Los mantuve fuertemente abrazados.

Eso fue lo que me hizo tomar una decisión. No podía marcharme tan pronto. Tenía que quedarme una temporada.

Me alegré de haberme quedado. Tuve la sensación de estar haciendo algo útil y de que aportaba cierto consuelo al hogar destrozado.

Pasé mucho tiempo en compañía de los niños, sobre todo a las horas en que era costumbre que su madre estuviera un rato con ellos. Entre Nanny Crockett y yo nos las arreglamos para ayudarlos a pasar los primeros trágicos días de dolor. Eran demasiado pequeños para comprender del todo lo sucedido, y nuestra presencia suavizó algo la inquietud que inevitablemente sintieron; hubo momentos en que se distraían con algo y se olvidaban; pero en otras ocasiones alguno se despertaba por la noche y lloraba, llamando a su mamá. Entonces el otro se despertaba y compartían la terrible pérdida. Pero Nanny Crockett o yo solíamos estar allí para ofrecerles consuelo.

Carleton seguía estando como aturdido. El golpe fue mucho más brutal por lo inesperado. Afortunadamente, había mucho trabajo que hacer en la propiedad; eso lo mantuvo ocupado, y allí adonde fuera, todos lo recibían con simpatía y comprensión. Yo sabía que nunca volvería a ser el mismo. Se sentía particularmente destrozado porque, para él, la vida siempre había seguido un ritmo alegre y esperaba que siguiera siendo así. Sabía que a veces le resultaría difícil creer que aquello hubiera ocurrido, y que se sentiría incapaz de comprender que Theresa ya no estaba allí, y

que jamás volvería a estar.

Lucas se mostró más filosófico. Él no esperaba que la vida fluyera tranquilamente. La tragedia ya le había golpeado, y no le pareció nada sorprendente que reapareciera en su vida. Quizá por eso pudo enfrentarse a la nueva situación de un modo mucho más realista.

—Has hecho mucho por nosotros —me dijo—. Dentro de la desgracia, hemos sido muy afortunados por tenerte a nuestro lado.

—Desearía hacer más —le dije.

—Tú y Nanny Crockett habéis sido maravillosas con los niños. En cuanto a Carleton..., solo el tiempo puede ayudarle.

Dábamos cortos paseos a caballo y los días empezaron a transcurrir con lentitud.

* * *



La institutriz

No podía quedarme indefinidamente en Trecorn Manor, pero tampoco sentía el menor deseo de regresar a Londres. Había acudido a Trecorn Manor con la esperanza de descubrir algo que me ayudara a resolver el misterio; empezaba a comprender lo ridículamente optimista que había sido.

La muerte de Theresa alejó de mis pensamientos aquella otra tragedia, pero regresó poco a poco. A veces creía que si pudiera ir a Perrivale Court y conocer personalmente a alguno de los partícipes principales en el drama, progresaría algo. Había sido una estúpida al confiar en ello, solo por el hecho de hallarme cerca de aquella casa. Me sentía fuera de lugar y sola. Hubo momentos en que estuve a punto de confiárselo todo a Lucas. Él era inteligente y sutil, capaz de tener ideas. Pero, por otro lado, también podría tildar de tontería romántica la fe que yo había depositado en Simon. Si adoptaba ese punto de vista realista, me diría: «Se encontró a ese hombre con el arma en la mano, y después huyó y no quiso afrontar una investigación. Eso habla por sí mismo. El hecho de que demostrara tener muchos recursos y nos ayudara a salvar nuestras vidas no quiere decir que sea inocente».

No, no debía confiar en Lucas, pero ¡cómo anhelaba confiar en alguien! Alguien capaz de trabajar conmigo, de unirse a mí en mis esfuerzos por llevar adelante la investigación, alguien que creyera en la inocencia de Simon.

No había la menor posibilidad. Debía regresar a casa. Ya habían transcurrido dos semanas desde la partida de Felicity y James, y en un principio yo solo pretendía quedarme una semana más.

Al pensar en la perspectiva de regresar a Bloomsbury, bajo el dominio de tía Maud, me sentí verdaderamente deprimida, incapaz de afrontarlo. Además, debía considerar mi futuro. Mi fantástica aventura había significado una especie de puente entre mi niñez y mi vida adulta.

Me sentía perdida y sola. Si al menos pudiera demostrar la inocencia de Simon, me decía una y otra vez. Si él regresara y pudiéramos estar juntos.

Habíamos establecido entre ambos un lazo que parecía indestructible. Lucas había compartido aquella aventura con nosotros, pero él no se vio tan implicado. Por muy cerca que estuviera durante aquellos días, no compartió el secreto y eso le dejó aparte. Era muy perceptivo, y a menudo me preguntaba si no habría sospechado algo.

¡Cuántas veces al día estuve a punto de comunicarle mis verdaderos sentimientos, de contárselo todo!

Él me habría ayudado mucho a solucionar el misterio. Pero ¿me atrevería a contárselo?

No dejaba de reflexionar, pero a medida que pasaban los días me di cuenta de que no podía seguir así. Tenía que tomar una decisión, tarde o temprano. ¿Debía

abandonar una investigación que parecía inútil? ¿Debía regresar a Bloomsbury y ponerme en las capaces manos de tía Maud?

Uno de mis grandes consuelos fue hablar con Nanny Crockett. Ella era el más fuerte eslabón que me unía con Simon. Le amaba tanto como yo; sí, ahora ya lo admitía; y esto establecía un lazo muy fuerte entre nosotras.

Era una mujer a la que le gustaba hablar, y el asesinato de Bindon Boys era para ella un tema tan absorbente como para mí. En realidad, Nanny abordaba el tema sin necesidad de estímulo alguno. Y así, poco a poco fueron surgiendo algunos datos que adquirieron una importancia vital para mí.

Incluso sabía cosas sobre el hogar de los Perrivale en aquella época.

—Yo iba de vez en cuando por allí —me dijo—. Eso fue antes de que todo estallara. Cuando los niños empezaron a ir a la escuela acepté un puesto de trabajo en Upbridge, de modo que no me alejé mucho. Me hice cargo de una pequeña llamada Grace de la que, con el tiempo, llegué a sentirme muy orgullosa. Ella me ayudó a compensar un poco la pérdida de mi niño preferido. Bueno, no es que lo hubiera perdido del todo, no. Simon no era de los que hubieran permitido eso. Venía a verme y en ocasiones yo iba a Perrivale y tomaba allí una taza de té con el ama de llaves, la señora Ford, que era amiga mía, y con la que siempre me había entendido bien. Ella dirigía las cosas en aquella casa, y aún lo sigue haciendo. Hasta el mayordomo estaba bajo sus órdenes. Es una persona que sabe mantener las cosas en orden, aunque tiene buen corazón. Y creo que eso es lo que debería hacer una buena ama de llaves. Eso no quiere decir que le permitiera interferir en la habitación de los niños, aunque jamás lo intentó, y por eso siempre fuimos buenas amigas, o casi siempre. De modo que iba por allí de vez en cuando a tomar una taza de té y a enterarme de cómo iban las cosas.

—Así pues, usted solo dejó de verlos cuando vino a trabajar aquí.

—Oh, sigo yendo de vez en cuando. Si Jack Cáster tiene que llevar una carga de algo y pasar por Upbridge, viene a verme y me lleva. Me deja en la mansión y vuelve a recogerme cuando ha terminado sus asuntos. Es una bonita excursión y me permite mantenerme en contacto con los que viven en Perrivale.

—¿De modo que todavía va a Perrivale Court!

—Bueno, hace uno o dos meses que no voy por allí. Y cuando sucedió todo aquello no fui durante una larga temporada. De alguna forma, no me pareció que fuera correcto. Estaba la policía y todo el mundo andaba cuchicheando... Ya sabe lo que quiero decir.

—¿Cuándo fue usted por última vez?

—Creo que hará unos tres meses. Aquello ya no parece lo mismo... desde que Simon se marchó.

—De eso hace más tiempo.

—Sí..., hace más tiempo. Cuando se ha cometido un asesinato en un lugar, parece que todo cambia.

—Hábleme de la casa. Me gustaría saber detalles.

—Usted es como los demás, señorita. No puede resistir la tentación de enterarse de lo ocurrido, cuando se trata de un asesinato.

—En este caso se trata de un hecho muy misterioso, ¿no? Y usted no cree que Simon lo cometiera.

—No, no lo creo, y daría cualquier cosa por demostrarlo.

—Quizá la respuesta se encuentre en algún lugar de aquella mansión.

—¿Qué quiere decir?

—Alguien mató a Cosmo, y quizá alguien de la casa sepa quién lo hizo.

—Desde luego, alguien, en alguna parte, conoce toda la verdad.

—Hábleme de la casa.

—Bueno, allí estaba sir Edward.

—Ahora ya ha muerto.

—Sí. Murió más o menos en la época en que se cometió el asesinato. Ya estaba muy enfermo, y no tenía muchas esperanzas de vida.

—¿Y la vieja lady Perrivale?

—Era una arpía, una de esas norteñas, diferente de nosotros. Estaba acostumbrada a vivir a su aire, y sir Edward se lo permitía, excepto cuando pretendía llevar a algún joven a casa. A ella, claro, no le gustaba que le dieran órdenes, pero de todos modos él dijo que así sería, y así fue. Ella nunca olvidaba que Perrivale se había salvado gracias a su dinero. La señora Ford dijo que las carcomas y los bichos se habrían ocupado del lugar, y con bastante rapidez, de no haber sido porque aquella mujer apareció justo a tiempo en la familia. Y tenía a sus hijos, Cosmo y Tristan. Se sentía orgullosa de ellos. Y entonces llegó Simon. Creo que habría sido mejor para el pequeño que los alborotos se hubieran planteado con toda claridad, y no se le tratara con tanto desprecio. No solo se trataba de lady Perrivale, sino también de la servidumbre. Yo no permitía nada de eso en la habitación de los niños..., como ya le dije antes.

—Me gusta escucharlo y creo que cada vez surge algún detalle más.

—Bueno, en cualquier caso, la vida en Perrivale Court no era muy feliz. Las cosas no funcionaban bien entre sir Edward y su esposa. Él siempre se comportó como un caballero, siempre la trató como la señora de la casa, pero ella era una mujer que seguía su propio camino con cualquier hombre. En cuanto a sir Edward, su situación resultaba curiosa. Era el dueño de todo, pero el lugar se había salvado gracias al dinero de su esposa, quien se ocupaba de que nadie lo olvidara. Por otro lado, sir Edward era muy estricto. En cuanto alguna de las chicas era descubierta en una situación comprometida con alguno de los hombres, las campanas tañían a boda antes de que apareciera la menor señal de posibles problemas. En el salón se rezaba todas las mañanas, y todo el mundo tenía que asistir.

Permanecimos en silencio durante un rato. Ella sonrió con aire ausente al recordar el pasado.

—Llegó el momento en que los chicos fueron enviados a la escuela y ya no se necesitaron los servicios de Nanny Crockett. Pero entonces conseguí un trabajo en Upbridge..., casi podría decirse que a un tiro de piedra, así que no me sentí muy separada. Grace era una niña muy linda. Sus padres eran los Burrows..., muy respetados en Upbridge. Su padre era el doctor Burrows y ella era hija única. Estuve con ella hasta que la enviaron a la escuela. Ella solía decirme: «Serás la niñera de mis

bebés, ¿verdad, Nanny Crockett?, cuando yo tenga bebés». Yo le contestaba que las niñeras se hacen viejas, como cualquier persona, y que llega un momento en que tienen que pensar en sí mismas como solían hacerlo con respecto a los pequeños que cuidaban. Siempre resulta triste despedirse. Una se siente comprometida con ellos. Es como si fueran hijos propios mientras está una con ellos. Así son las cosas.

—Sí, lo sé. La separación es muy triste.

—Yo he tenido suerte con mi preferido. Simon solía venir a verme, y de vez en cuando yo iba allí y tomaba una taza de té con la señora Ford.

—Y después de haberse hecho cargo de Grace Burrows, ¿vino usted aquí?

Ella asintió y prosiguió:

—Todo ocurrió el último año que estuve con los Burrows.

—¿De modo que estaba usted bastante cerca cuando sucedió? —pregunté, percibiendo en mi tono de voz una nota de excitación.

—Vi una o dos veces a aquella mujer.

—¿A quién?

—A la viuda.

—¿Qué pensaba usted de ella?

Permaneció un rato en silencio y finalmente contestó:

—Cuando está presente una mujer como esa suelen suceder cosas. Tienen algo peligroso. Algunos dijeron que era una bruja. Ya sabe que por estos parajes se habla de esas cosas. Les gusta creer que la gente va volando por ahí, montada en escobas, haciendo el mal. Pero lo cierto es que el mal se abatió sobre Perrivale después de que ella apareciera.

—¿Cree usted que ella estuvo implicada?

—La mayoría de la gente así lo cree. Por aquí no se ven muchas mujeres como ella. Tenía un aspecto muy diferente a lo habitual. Un abundante cabello rojo, y ojos verdes que, de algún modo, no se corresponden con el color del pelo. Bueno, el caso es que esa viuda apareció entre nosotros trayendo consigo a su pequeña hija Kate..., casi tan extraña como su madre. El padre, en cambio, era diferente. A todo el mundo le gustaba el mayor. Se mostraba alegre con todos y era un caballero muy amable, muy diferente a su hija.

—Hábleme de la niña. Sabe usted mucho de niños. ¿Qué pensaba de ella?

—Al que mejor conozco es a mi preferido..., conozco todas sus pequeñas costumbres y hábitos como si los estuviera leyendo en un libro abierto. Pero en cuanto a esa niña..., bueno, nunca tuve mucho que ver con ella, ni lo habría querido. Creo que será igual que su madre. Según creo se llama Kate. Un bonito nombre, pero algo vulgar y diferente al de su madre: Mirabel. ¿Qué clase de nombre es ese?

—Parece que es el suyo. El mío es Rosetta. Es probable que a usted le parezca extraño.

—Oh, no, es bonito. Es, en realidad, una rosa pequeña, ¿y qué hay más hermoso que las rosas?

—Dígame lo que descubrió sobre Mirabel y Kate.

—Solo que forman una pareja muy peculiar. Ambas llegaron en compañía del padre de Mirabel, el mayor, y ocuparon la casa de campo Seashell. Pronto quedó

claro que la joven viuda andaba a la caza y captura de un apuesto esposo rico, de modo que centró su interés en los Perrivale. La gente decía que podría haberse llevado a cualquiera de los tres, pero ella se fijó en Cosmo. Era el mayor. El heredaría la propiedad y el título..., así que tenía que ser Cosmo.

—Y en cuanto a la familia, ¿se mostró de acuerdo con esta mujer surgida de no se sabía dónde? Teniendo en cuenta los gustos convencionales de sir Edward, supongo que planteó objeciones.

—Oh, sir Edward estaba demasiado ausente, y en cuanto a lady Perrivale, se sintió tan encantada con Mirabel como todos los demás. Según dijeron, el mayor había sido un antiguo amigo suyo, que se había casado con una amiga de la escuela y Mirabel era el resultado de dicho matrimonio. Fue ella quien quiso que se instalaran en Cornualles. No sé qué hay de verdad en todo ello, pero eso es al menos lo que dice la historia. El mayor siempre estaba de visita en Perrivale. Oh, ella estaba muy entusiasmada con él. El mayor era la clase de hombre que se llevaba bien con todo el mundo. Desde luego, lady Perrivale estaba a favor del matrimonio de Mirabel. —Y entonces... ocurrió.

—Todos creyeron que Simon también se sentía atraído por ella, y que ese era el verdadero motivo del asesinato.

—Él no lo hizo, Nanny —aseguré muy seria—. ¿Por qué iba a hacerlo? No creo que estuviera enamorado de esa mujer.

—No —dijo—. Tenía demasiado sentido común. Además, la muerte de Cosmo no significaba necesariamente que ella cayera en sus brazos. No..., no es esa la respuesta. Cómo desearía conocer la respuesta.

—Usted cree en la inocencia de Simon, ¿verdad, Nanny? Quiero decir, si cree en ella de un modo absoluto.

—Desde luego. Y conozco a ese chico mejor que nadie.

—¿Acaso hay alguno de nosotros que conozca realmente a los demás?

—Yo conozco a mis niños —aseguró con altivez.

—Si pudiera ayudarlo, ¿lo haría, Nanny?

—Con todo mi corazón.

Y entonces se lo conté todo. Le narré toda la historia, empezando por nuestro primer encuentro en la cubierta del barco, hasta que nos separamos a las puertas de la embajada inglesa en Constantinopla.

Nanny estaba atónita.

—¿Y ha estado usted aquí durante todo este tiempo sin decirme una sola palabra?

—No podía estar completamente segura de usted. Tenía que proteger a Simon, ¿me comprende?

Ella asintió con un gesto lento. Luego, se acercó y me sujetó por la mano.

—Nanny —le dije con un solemne tono de voz—. Deseo solventar este asunto más que ninguna otra cosa. Quiero descubrir la verdad.

—Eso es también lo que yo quiero —afirmó.

—Usted sabe muchas cosas sobre ellos, y, además, tiene acceso a la casa. —Asintió y entonces, con una repentina oleada de esperanza, añadí—: Usted y yo

vamos a trabajar juntas. Demostraremos, entre las dos, la inocencia de Simon. —Los ojos le brillaban. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz—. Lo conseguiremos... juntas.

¡Qué gran cambio significó compartir mi secreto con Nanny Crockett! Hablábamos continuamente, repasando una y otra vez los mismos detalles, pero fue sorprendente ver cómo, al hacerlo así, surgían las ideas. Estábamos convencidas de que en la casa había alguien que sabía quién había matado a Cosmo Perrivale, y compartíamos el ardiente deseo de encontrar la verdad para demostrar la inocencia de Simon.

Pocos días después de haber confiado por completo en Nanny, Jack Cáster dejó un mensaje diciendo que iba a llevar una carga a Upbridge, y que si Nanny Crockett quería que la llevara estaría encantado de hacerlo, pues sabía lo mucho que le gustaba dar aquel paseo.

Aquello fue como una respuesta a nuestras plegarias. Nanny dijo que, si yo me ocupaba de los niños, iría; parecía hallarse en un estado de gran excitación.

Fue un día muy largo. No vi a Lucas, ya que pasé la mayor parte del tiempo con los niños. Jugué con ellos, les leí cuentos y les conté historias. Estaban muy contentos, pero yo contaba los minutos que faltaban para el regreso de Nanny, aunque no sabía qué esperaba que descubriera en tan corto lapso de tiempo.

Regresó con excitación contenida, pero no quiso decirme nada hasta que los niños tomaron su sopa de leche, el pan y la mantequilla y se acostaron en sus camas.

Después nos sentamos para tener nuestra pequeña conversación.

—Bien, fue una verdadera bendición haber ido —empezó—. Parece que la señora se encuentra en un estado espantoso.

—¿Se refiere usted a lady Perrivale?

—Me refiero a la pequeña lady Perrivale.

Entrelazó las manos sobre el regazo y me observó con expresión de satisfacción y, como suele suceder con aquellas personas portadoras de noticias excitantes, retrasó el momento de comunicármelas, como si saboreara el placer que iba a proporcionarme.

—Sí, sí, Nanny —la urgí con impaciencia.

—No es nada insólito en aquella casa. Son cosas que suceden con regularidad, pero están desesperados. Se trata de la pequeña Kate.

—Dígame lo que ha hecho, Nanny, y qué tiene que ver con nosotras.

Se arrellanó en la silla y sonrió con expresión de connivencia, lo que me resultó mucho más irritante porque seguía sin saber qué había sucedido.

—Bueno —prosiguió—, la situación es la siguiente. La institutriz que trabaja allí se ha despedido. Es algo que suele suceder con las institutrices, sobre todo en esta zona. Ninguna soporta a la pequeña Kate durante más de una semana. Pero eso hace que toda la casa quede alborotada. Realmente, esa tal Kate debe de ser una especie de demonio. La señora Ford me ha dicho que están todos rezando por encontrar una institutriz capaz de darle a Kate la educación que debería tener..., y no me

importaría decir que también la necesitan para evitar que la niña se cruce en el camino de los mayores. Y como no pueden conseguirla, se sienten desesperados, y la pequeña Kate no deja de reírse porque lo último que ella desea en aquella casa es la presencia de una institutriz. Solo Dios sabe cuántas habrán pasado ya por allí, y ninguna se ha quedado. La señora Ford cree que pronto será demasiado tarde y que los mayores se darán por vencidos. Esa Kate es una pequeña diablesa. Siempre quiere hacer lo que se le antoje. La señora Ford dice que como no consigan a alguien capaz de controlarla, las institutrices no serán las únicas en abandonar la mansión. Bueno, así están las cosas en Perrivale. —Me miró fijamente y prosiguió—: Entonces le dije a la señora Ford: «Me pregunto...». Ella me miró intensamente y dijo: «¿Qué te estás preguntando, Nanny?». «Bueno, no sé si estoy hablando demasiado..., pero se me acaba de ocurrir una idea.»

—Sí, Nanny, continúa —le dije, con la respiración entrecortada.

—Pues le dije a la señora Ford: «No sé..., es posible que hable sin tener que hacerlo, de modo que no confíe mucho, pero en la casa donde trabajo hay una mujer joven..., muy bien educada. Ha estado en las mejores escuelas y todo eso... El caso es que el otro día me comentó que le gustaría hacer algo. No es que necesite encontrar un trabajo, nada de eso. Pero lo cierto es que se siente un poco inquieta sin hacer nada. Se porta muy bien con los dos niños que cuido, le gusta enseñarles cosas. Bueno..., no sé... Solo es una idea que se me acaba de ocurrir». Tendría que haber visto usted el rostro de la señora Ford. Creo que me darían una medalla si pudiera encontrarles una institutriz.

—Nanny, ¿qué está sugiriendo?

—Bueno, siempre hemos dicho que si usted pudiera introducirse en esa casa... Hemos dicho muchas veces que el secreto tiene que estar muy bien guardado en alguna parte de esa mansión. Y no hay forma de descubrirlo desde fuera.

A medida que iba comprendiendo la oportunidad que se me presentaba, me sentí enormemente excitada.

—¿Cree usted que me aceptarán?

—Saltarán sobre usted. Tendría que haber visto el rostro de la señora Ford. No dejaba de decirme: «¿Se lo preguntarás? ¿Crees que querrá venir?». Yo me mostré muy precavida.

Quería hacerles pensar que usted necesitaría que la convencieran. Le dije: «Lo único que puedo hacer es mencionárselo. No puedo comprometerme a nada... No estoy muy segura de que acepte». Pero ella no dejaba de insistir. Quería aprovechar la oportunidad.

—No poseo ninguna experiencia de ese tipo. ¿Cómo voy a saber si seré capaz de hacerlo?

—Por la forma en que se las arregla usted con los gemelos.

—Ellos no son niños difíciles de nueve años.

—Eso es cierto. Pero cuando la señora Ford me lo comentó, creí que la situación nos venía como anillo al dedo.

—Así parece. No he dejado de anhelar que se me presentara una oportunidad.

—Pues aquí la tiene.

—¿Qué más dijo la señora Ford?

—Se preguntó cuánto tiempo se quedaría..., si es que aceptaba usted. No comprende que alguien quiera ser la institutriz de la señorita Kate, y mucho menos si no necesita trabajar. Yo no le dije que había una razón especial, claro. Entonces, dejó de hablar de ese modo, temiendo que yo no ayudara, y me dijo: «Bueno, quizá la señorita Cranleigh logre manejarla..., quizá todo se deba a que las otras institutrices no han sido buenas», y siguió diciendo cosas por el estilo. Se mostró muy ansiosa de que yo se lo pidiera a usted. Alcanzaría una alta estima a los ojos de la señora si lograra encontrar una institutriz capaz de quedarse algún tiempo. Le dije que no confiara mucho, pero que, de todos modos, hablaría con usted.

Me sentí tan asombrada por la sugerencia que al principio me resultó difícil comprender todas sus implicaciones. Trataba de conservar la serenidad. Iba a meterme en una casa extraña, como una especie de sirviente de alto rango. ¿Qué pensaría mi padre? ¿Y tía Maud? Jamás me lo permitirían. Además, ¿cuál sería mi actitud con una niña que tenía la mala reputación de haberle hecho la vida insoportable a todas las que pasaron por el mismo puesto?

Y, sin embargo, apenas unas horas antes había rezado rogando que se me presentara una oportunidad. Comprendía con toda claridad que jamás descubriría la verdad oculta tras el asesinato de Cosmo Perrivale, a menos que lograra introducirme en aquella casa, a menos que pudiera enterarme de algo acerca de sus habitantes.

A pesar de mis dudas, en lo más profundo de mí sabía que aceptaría aquella oportunidad que parecía caída del cielo.

Nanny Crockett me observaba con intensidad; una leve sonrisa se extendió sobre su rostro.

Sabía que yo iría a Perrivale Court.

Pronto quedó muy claro que sería muy bien recibida en Perrivale Court. Lady Perrivale debía de sentirse desesperada por conseguir una institutriz para su hija, y recibió con entusiasmo la sugerencia de que yo podía aceptar el puesto.

Lady Perrivale envió un carruaje a Trecorn Manor para que me llevara a Perrivale Court, con el propósito de hablar lo antes posible sobre la cuestión.

Me sentí aliviada por el hecho de que Lucas no estuviera cerca cuando me marché, aunque me sentía muy excitada ante la perspectiva de seguir avanzando en la tarea que me había impuesto.

Le hice jurar a Nanny Crockett que no diría nada al respecto, pues no quería que Lucas se enterara hasta que todo estuviera definitivamente acordado. Sabía que él se asombraría tanto que me haría preguntas embarazosas y, desde luego, intentaría disuadirme, ya que, al no conocer mis motivaciones, le sería difícil comprender por qué aceptaba aquel trabajo.

A estas alturas ya había dejado de asombrarme ante los extraños giros del destino, y que ahora me permitían aprovechar esta oportunidad. Durante el pasado más reciente me habían sucedido tantas cosas extrañas que estaba preparada para

todo. Supongo que cuando se abandona un estilo de vida convencional, se debe estar preparada para lo inesperado y lo insólito. Así pues, allí estaba yo, transportada en un espléndido carruaje tirado por dos nobles caballos, uno negro y otro blanco, y conducido por un cochero que llevaba la suntuosa librea de los Perrivale.

Llegamos a Perrivale Court. Contemplé el mar, en la distancia. Era un día ligeramente azul y apacible y la temperatura era benigna. Cada vez que me encontraba con el mar siempre visualizaba en mi mente la embravecida tempestad que había jugado con mi vida y con las de muchos otros. Jamás volvería a confiar en el mar. Ahora, si iba a vivir en Perrivale Court, tendría que verlo todos los días. Y eso me recordaría lo ocurrido.

¿Si iba a vivir en Perrivale? Tendría que hacerlo. Cada vez estaba más convencida de lo imperativo que era obtener aquel puesto de trabajo.

El lugar parecía envuelto en una atmósfera en la que el tiempo se hubiera detenido. Los grises muros de piedra, maltratados por los vientos de tantos siglos, le daban el aspecto de una fortaleza, con sus almenas y puestos de vigilancia. Lucas había comentado que lo habían restaurado tantas veces que ya no quedaba nada de su identidad original. Es posible que fuera así, y me resultó difícil analizar mis sentimientos al pasar bajo la gran puerta de entrada y penetrar en el patio, donde el carruaje se detuvo.

Una puerta se abrió enseguida y en ella apareció una mujer. Era de edad ya madura, acercándose a la vejez, y el instinto me dijo que se trataba de la señora Ford.

Había acudido para darle personalmente la bienvenida a su *protégée*, y me mostró con toda claridad lo contenta que estaba por el hecho de que yo hubiera acudido.

—Entre, señorita Cranleigh —me dijo—. Soy la señora Ford. A lady Perrivale le gustará verla enseguida. Me alegro mucho de que haya venido.

Fue un saludo efusivo, y no correspondía al que habría esperado una institutriz; pero cuando recordé la razón que lo explicaba me sentí menos eufórica.

—Nanny Crockett me lo ha contado todo sobre usted —dijo la señora Ford.

«Espero que no todo», pensé. Me imaginé los encendidos elogios que Nanny habría hecho de mí, y estuve segura de que me había adscrito cualidades que no poseía.

—La acompañaré a ver a la señora —me dijo—. ¿Quiere usted seguirme?

Nos encontrábamos en un gran salón de techo alto, cuyas paredes estaban adornadas con armas, y en una de las cuales había una enorme chimenea con asientos a cada lado. El suelo era de baldosas y nuestros pasos resonaron sobre él y al subir la escalera. Era el típico salón de una gran mansión, con la única diferencia de que en uno de sus extremos había ventanas con vidrieras de colores, que dejaban pasar una intensa luz roja y azul, del matiz del rubí y el zafiro, que se reflejaba sobre el suelo de baldosas. Había una armadura completa, de pie, situada estratégicamente a un lado de la escalera, como un centinela. Parecía tener vida propia y no pude evitar mirarla con inquietud mientras seguía a la señora Ford escalera arriba.

Caminamos a lo largo del pasillo hasta una puerta a la que la señora Ford llamó con suavidad.

—Entre —dijo una voz.

La señora Ford abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarme pasar.

—La señorita Cranleigh, milady —anunció.

Y allí estaba ella, sentada en un sillón que más bien parecía un trono, cubierto con un terciopelo oscuro. Observé que en el cuello llevaba un collar en forma de serpiente. Llevaba el espléndido cabello peinado a lo alto, y los ojos verdes aparecían iluminados por una expresión de placer.

—Señorita Cranleigh —dijo—. Entre, por favor. Gracias, señora Ford. Siéntese aquí, señorita Cranleigh, para sostener una pequeña charla.

Se mostró muy afable conmigo. Era evidente su avidez porque aceptara el puesto. Debía de estar desesperada, pensé, y me estremecí al imaginarme a continuación cómo sería aquella niña.

—La señora Ford me ha dicho que desea usted venir aquí para enseñar a mi hija.

—Se me ha sugerido que necesitaba usted una institutriz —repliqué.

—La última institutriz de Kate tuvo que marcharse con cierta rapidez y, naturalmente, no quiero que sus estudios queden interrumpidos durante mucho tiempo.

—No, claro que no. Pero debo decirle que hasta ahora nunca he enseñado.

—Bueno, todos tenemos que empezar en alguna parte.

—Tengo entendido que su hija tiene ocho años..., ¿o son nueve?

—Acaba de cumplir nueve años.

—No tardará en necesitar una instrucción avanzada. ¿Tiene usted la intención de enviarla a la escuela en un próximo futuro?

Observé una expresión de consternación en sus ojos verdes. ¿Se imaginó acaso a su hija expulsada de una escuela tras otra?

—Todavía no tenemos planes al respecto.

Debía de referirse con ello a Tristan, el padrastro de la niña. Las imágenes acudieron atropelladamente a mi mente. Le vi llegando a la granja abandonada, encontrando a su hermano muerto y a Simon allí de pie, con el arma en la mano. Tuve que hacer un esfuerzo para no seguir imaginándome historias. Aquella casa estaría llena de cosas que estimularían mis recuerdos. Pero eso era lo que yo deseaba. Aquellas personas que no habían sido más que simples nombres se iban a convertir ahora en seres de carne y hueso, y yo tenía que valorar el papel que habían representado en el drama si es que quería descubrir la verdad.

—La señora Ford me ha dicho que es usted muy buena en el trato con los niños —dijo.

—Probablemente se habrá referido a los niños de Trecorn Manor. Solo tienen cinco años.

—Oh, sí... Trecorn Manor. Tengo entendido que está usted allí de visita. Nosotras ya nos hemos visto antes, ¿verdad? Delante de aquel rebaño. ¡Qué mal tuvo que haberlo pasado el señor Lorimer! Me refiero a aquel desgraciado naufragio.

—Sí —dije—. Yo también naufragué.

—¡Qué experiencia tan terrible! Me he enterado de ello a través de la señora

Ford. Pero afortunadamente ha sobrevivido, y en mejores condiciones que el señor Lorimer.

—En efecto, he sido muy afortunada.

Permaneció en silencio unos segundos, con una expresión que indicaba simpatía. Después dijo alegremente:

—Nos agradaría mucho tenerla entre nosotros. A Kate le sentaría muy bien tener a una... dama que la enseñara. La señora Ford me aseguró que ha tenido usted una educación excelente.

—No hubo nada de extraordinario en ella...

Aquello se estaba convirtiendo en una entrevista de lo más insólita. Yo no dejaba de ofrecerle detalles para que no me empleara, y ella parecía decidida a emplearme a toda costa.

—Las habitaciones de la niña son muy agradables. Los niños de la familia han sido criados en ellas a lo largo de muchos años. Eso representa cierta diferencia...

Yo intentaba apartar de mi mente las imágenes de aquel pequeño niño asustado que acababa de ser conducido a las habitaciones por un decidido sir Edward, para caer, gracias a un golpe de buena suerte, en las cariñosas manos de Nanny Crockett.

—Quizá debería conocer a su hija —dije, dándome cuenta de la inquietud que tales palabras produjeron en ella.

Era lo último que habría deseado, y en sus ojos verdes apareció una expresión de consternación. Al parecer, pensaba que en cuanto viera al pequeño monstruo sería suficiente para rechazar su oferta. Casi sentí lástima por ella. Estaba tan ansiosa por encontrar una institutriz para su hija..., cualquier institutriz.

Ninguna candidata a institutriz se habría hallado jamás en la posición en que me encontraba. Me divirtió percibir el poder de que disponía. La decisión dependería exclusivamente de mí. Sabía que no iba a disfrutar con mi trabajo, pero al menos no tendría que humillarme ante quien me lo proporcionaba. Sabía que solo acudía a aquella casa para ayudar a Simon, y estaba convencida de que allí descubriría algunos de sus secretos, lo que, con un poco de suerte, me permitiría conocer la verdad.

—Es posible que no esté en su habitación —me dijo.

—Creo que deberíamos conocernos antes de tomar una decisión —dije con firmeza y, de algún modo, me las arreglé para dar a entender que se trataba de un ultimátum.

De mala gana, se levantó, se acercó al cordón de llamada y poco después apareció una doncella.

—¿Quiere traer a la señorita Kate? —le pidió.

—Sí, milady.

Lady Perrivale parecía tan nerviosa que me pregunté qué estaría a punto de descubrir. «Si es una niña tan imposible —pensé—, habré tenido al menos una oportunidad de echar un vistazo, y si es realmente mala, siempre podré hacer como las otras institutrices: despedirme.»

Cuando llegó la niña quedé sorprendida agradablemente, pero eso quizá se debió a que esperaba algo mucho peor.

Se parecía mucho a su madre. El cabello era un poco menos brillante, y los ojos algo menos verdes. Mostraban un atisbo de azul, quizá porque llevaba un vestido de ese color. Las pestañas y las cejas eran de un color arenoso, y la belleza de su madre se debía en buena medida a sus cejas negras y sus grandes pestañas. Pero era evidente que aquella niña era hija de su madre.

—Kate, querida —dijo lady Perrivale—. Te presento a la señorita Cranleigh. Si tienes suerte, es posible que sea tu próxima institutriz.

La niña me observó, como valorándome.

—No me gustan las institutrices —dijo—. Quiero ir a la escuela.

—Eso no es muy amable, ¿no te parece? —preguntó lady Perrivale con suavidad.

—No —admitió su hija.

—¿Y no te parece que deberíamos ser más amables?

—Quizá debas serlo tú, mamá, pero yo no quiero serlo.

Me eché a reír y dije con toda franqueza:

—Ya veo que tienes muchas cosas que aprender.

—Nunca aprendo a menos que quiera.

—Eso no es muy inteligente, ¿no crees?

—¿Por qué no?

—Porque entonces seguirás siendo una ignorante.

—Si quiero ser una ignorante, lo seré.

—Eso depende de ti, claro está —repliqué con suavidad—, pero jamás le he oído decir a una persona inteligente que quiera ser ignorante.

Miré a lady Perrivale y observé en ella el temor de que rechazara hacerme cargo de su hija.

—En realidad, Kate —intervino ella—, la señorita Cranleigh ha hecho un largo viaje desde Trecorn Manor solo para conocerte.

—Lo sé. Y no ha hecho «un largo viaje». No está tan lejos.

—Tienes que asegurarle que intentarás ser una buena alumna. En caso contrario, es posible que decida no quedarse.

Kate se encogió de hombros.

Me sorprendió casi sentir pena por lady Perrivale. Me pregunté por qué razón permitía que una niña se comportara así, precisamente ella, que parecía la clase de persona capaz de imponer su voluntad.

Me imaginé que la niña sentía cierto antagonismo con respecto a su madre, y que en el fondo de su comportamiento existía un deseo de enojarla. Y me pregunté por qué.

—Si voy a venir a enseñarte, Kate, creo que deberíamos conocernos un poco. Quizá debas enseñarme la habitación de estudio.

Kate se volvió para mirarme. Me di cuenta de que le estaba resultando muy diferente a las demás institutrices a las que estaba acostumbrada. Me imaginé a todas aquellas pobres mujeres necesitadas, con una ávida desesperación por conseguir el puesto, y temiendo hacer algo que pudiera hacérselo perder.

—Si cree usted... —empezó a decir lady Perrivale, incómoda.

—Sí —la interrumpió Kate—, le enseñaré la habitación de estudio.

—Eso está bien —dije.

Lady Ferrivale se incorporó, como dispuesta a acompañarnos. Me volví hacia ella.

—¿Permitirá que Kate y yo nos conozcamos un poco... a solas? —sugerí—. De ese modo sabremos mucho mejor si nos entendemos.

No estoy muy segura de qué fue mayor, si su alivio o su consternación. Por un lado se alegraba de dar por terminada la entrevista, pero por el otro temía lo que pudiera suceder cuando me encontrara a solas con Kate.

La niña me condujo escalera arriba, subiendo los escalones de dos en dos.

—Está muy arriba —me dijo por encima del hombro.

—Suele pasar con las habitaciones destinadas al estudio.

—La señorita Evans resoplaba y jadeaba cada vez que tenía que subir la escalera.

—La señorita Evans, ¿fue acaso la infortunada dama que intentó enseñarte antes? —pregunté.

La niña se echó a reír con sorna. ¡Pobre señorita Evans!, pensé. Verse a merced de tal criatura.

—No es un lugar muy bonito allá arriba —siguió diciendo Kate—. Hay fantasmas. ¿Tiene usted miedo de los fantasmas?

—Nunca he conocido a ninguno, de modo que resulta difícil contestar esa pregunta.

—Espere y verá —dijo sin dejar de reír—. Pueden dar mucho miedo. En las casas viejas como esta siempre hay fantasmas. Salen por la noche, cuando una está durmiendo..., sobre todo cuando alguien no les gusta, y a ellos nunca les gustan los extraños.

—Oh, ¿de veras? Yo más bien creía que preferirían regresar para ver a los miembros de la familia.

—No sabe usted nada sobre fantasmas.

—¿Y tú sí?

—Pues claro. Sé que hacen cosas horribles..., como tintinear las cadenas y asustar a la gente por la noche.

—Quizá hayas escuchado demasiados chismes.

—Espere y verá —dijo ominosamente, casi traicionando los planes que abrigaba—. Si se queda usted, quedará aterrorizada hasta las entrañas. Se lo prometo.

—Gracias por la promesa. ¿De modo que es aquí?

—Esta habitación está situada en lo más alto de la casa. Desde aquí se contempla el enorme hueco de la escalera, porque esta sube y sube. Alguien se ahorcó una vez dejándose caer por esta barandilla. Era una institutriz.

—Quizá tuvo a una alumna como tú. —Eso hizo que se echara a reír, y me miró con cierto aprecio—. Además —proseguí—, tuvo que haber sido una operación bastante difícil de realizar, y la persona en cuestión debió de ser muy hábil. Así que esta es la habitación de estudio. ¿Qué libros tienes?

- Un montón de cosas viejas y aburridas.
- Querrás decir que te aburren a ti. Probablemente, esa es la razón por la que no las comprendes.
- ¿Cómo sabe usted lo que comprendo o no?
- Bueno, tú misma me has dicho que nunca aprendes nada a menos que quieras, y supongo que eso sucede con mucha frecuencia, lo cual explica tu ignorancia.
- Es usted una institutriz muy divertida.
- ¿Cómo lo sabes? Jamás he sido institutriz.
- Pues le voy a dar un pequeño consejo —me dijo, con expresión conspiradora.
- Es muy amable por tu parte. ¿De qué se trata?
- No se quede aquí. Yo no soy una niña muy amable, ¿sabe?
- Oh, sí, eso ya lo he descubierto.
- ¿Por qué...? ¿Cómo...?
- Tú misma me lo has dicho, y, en cualquier caso, es algo bastante evidente, ¿no crees?
- Bueno, en realidad no soy tan mala. Solo que no me gusta que me digan lo que tengo que hacer.
- Eso no es nada extraño, te lo aseguro, lo cual te pone a la altura de la gente vulgar. Pero hay algunas personas que quieren aprender, y así lo hacen. Se trata de las personas que obtienen recompensas en la vida. —Se me quedó mirando con expresión de extrañeza. Yo seguí diciendo—: Bien, ya he visto la habitación de estudio. Ahora regresaré para ver de nuevo a tu madre.
- Va usted a decirle lo terrible que soy, que no le gusto nada y que no está dispuesta a quedarse aquí.
- ¿Es eso lo que quieres que le diga? —No me contestó, lo cual me sorprendió y me agradó al mismo tiempo. Le pregunté—: ¿Sueles adivinar lo que la gente va a hacer?
- Bueno, está claro que no se va a quedar. Usted no es pobre como la señorita Evans. No necesita quedarse. Nadie se quedaría aquí a menos que tenga necesidad de hacerlo.
- Me encantaría que me acompañaras a ver a tu madre. En caso contrario, creo que podré encontrar el camino por mis propios medios.
- Nos observamos como dos generales en el campo de batalla. Me di cuenta de que, a su pesar, se sentía ligeramente interesada por mí. No me había comportado como una institutriz normal, y ella, desde luego, tampoco había actuado como una futura alumna. Pero tuve la sensación de que había disfrutado con nuestro pequeño tanteo, al igual que yo, debía admitirlo. Pensé que se trataba de una niña consentida, pero había otra razón, como suele suceder, para que se comportara de ese modo. No acababa de comprender cuál era su actitud con respecto a su madre, pero sentía una creciente curiosidad y me propuse descubrirlo.
- Por muy extraño que parezca, aquella niña difícil, que había impulsado a tantas institutrices hacia la desesperación, me atraía de un modo raro. Quería saber más acerca de ella. En cualquier caso, sabía que iba a quedarme en la casa, pero, tras

haber conocido a lady Perrivale y a su hija, me sentí intrigada por conocer mejor sus personalidades.

Kate pasó a mi lado y empezó a bajar la escalera.

—Es por aquí —indicó.

La seguí hasta el salón donde habíamos dejado a lady Perrivale, quien me miró con ansiedad, como dispuesta a aceptar la derrota.

—Kate me ha mostrado la habitación de estudio —le dije—. Es muy luminosa, está bien aireada y se halla en un lugar muy agradable..., en lo más alto de la casa. —Me detuve un momento, disfrutando de mi poder con cierta complacencia. Después, proseguí diciendo—: He decidido que, si nos ponemos de acuerdo en los detalles habituales, me gustaría quedarme durante un período de prueba... por ambas partes. Digamos que un mes, y si a partir de ese momento nos parece que la situación es satisfactoria, podremos hacer planes para el futuro.

La sonrisa de ella fue deslumbradora. Había llegado a la conclusión de que pasar un rato en compañía de Kate habría terminado por decidirme. Ahora estaba dispuesta a prometer cualquier cosa, y el salario que me ofreció, estoy segura de ello, era mucho más alto del que normalmente se pagaba a una institutriz.

—¿Cuándo...? —preguntó con avidez.

—¿Qué le parece el próximo lunes... para empezar la semana? Como sabe usted, no vengo de tan lejos.

—Magnífico.

Kate me miraba llena de asombro. Sin hacerle el menor caso, dije fríamente:

—Si el carruaje pudiera llevarme de regreso a Trecorn Manon...

—No faltaría más —se apresuró a decir lady Perrivale—. Esperamos verla el lunes por aquí.

Me sentí triunfante mientras era conducida de regreso a Trecorn Manor. Sabía que iba a tener éxito en mis propósitos. Iba a descubrir quién había sido el asesino de Cosmo. Y después tendría que encontrar a Simon, algo que todavía no sabía cómo conseguir. Pero yo lo pensaría cuando llegara el momento.

No dejaba de pensar en la suerte que había tenido al confiar en Nanny Crockett, ya que, sin duda, eso me había permitido avanzar unos cuantos pasos más. Estaba segura de hallarme en el único camino posible hacia el descubrimiento del misterio.

Nanny me estaba esperando y apenas podía contener su impaciencia. No la mantuve en suspenso durante mucho tiempo.

—Empiezo el lunes que viene —le dije.

Se acercó y me abrazó.

—Sabía que lo conseguiría. Lo sabía.

—Lady Perrivale estaba decidida. Ninguna aspirante a ese puesto habría tenido una entrevista tan extraordinaria como la que tuve. Casi daba la impresión de ser ella la que deseaba el trabajo.

—Bueno, la señora Ford me dijo cómo serían las cosas. —Me miró con ansiedad—. ¿Ha visto usted... a la niña?

—Es un verdadero desafío —dije, asintiendo con un gesto—. Pero si es posible descubrir la verdad, la descubriré.

—Por el bien de Simon. Pobre de él..., por ahí, solo. Si pudiera regresar junto a nosotras...

—Lo conseguiremos, Nanny. Estamos en el buen camino.

Y puesto que había llegado tan lejos, tenía que afrontar las dificultades. Tendría que comunicarle a mi padre que había decidido aceptar un puesto de trabajo como institutriz. Eso le enojaría mucho. Y no debía olvidarme de tía Maud. Estaba convencida de que ella desaprobaba mi decisión, porque convertirme en institutriz no contribuía en nada a aumentar mis oportunidades de lo que ella consideraba un buen matrimonio. Pero cuando se enteraran yo ya estaría instalada en Perrivale Court.

También tendría que escribirle a Felicity. Me pregunté cuál sería su reacción. Si hubiera conocido la verdad que se ocultaba tras mi decisión, habría comprendido, pues percibía con claridad mi propia inquietud. Ella había sido institutriz, aunque yo fui una niña muy distinta de Kate, y Felicity y yo nos entendimos muy bien desde el principio.

Sin embargo, no estaba preparada para la reacción de Lucas.

No le vi hasta la hora de la cena, aquella misma noche. El momento de las comidas era muy doloroso desde la muerte de Theresa. Todos éramos conscientes del vacío existente en el lugar que ella solía ocupar, al otro extremo de la mesa, frente a Carleton. De vez en cuando, sin poderlo evitar, alguno de nosotros miraba en aquella dirección. Sostener una conversación era trabajoso, y había prolongados momentos de silencio en los que Lucas y yo buscábamos algo que decir. Antes de la muerte de Theresa procurábamos que las comidas fueran prolongadas, pero ahora eran ocasiones por las que todo el mundo quería pasar con la mayor rapidez posible.

—No te he visto en todo el día —me dijo Lucas—. Esta tarde te he estado buscando.

—He ido a Perrivale Court.

—¡Perrivale Court! —repitió, incrédulo.

—Sí..., en realidad voy a trabajar allí.

—¿Qué?

—Como institutriz. Lady Perrivale tiene una hija..., Kate. Voy a ser su institutriz.

—Pero ¿por qué?

—Bueno, algo tengo que hacer y...

—¡Qué idea tan ridícula! —Se volvió hacia Carleton, que tenía la vista tristemente perdida en su plato—. ¿Has oído eso? —preguntó—. Rosetta pretende ir a Perrivale Court para trabajar como institutriz de una niña.

—Sí, lo he oído —dijo Carleton.

—Bueno, ¿no te parece que es una locura?

Carleton se limitó a toser ligeramente.

—Empezaré el lunes que viene —agregué—. Tengo que empezar a hacer algo y he creído que esta sería una buena forma de comenzar.

Lucas se quedó sin habla.

—Ha sido muy amable por tu parte quedarte tanto tiempo con nosotros —dijo Carleton—. Le has gustado mucho a los niños. Sabíamos que solo te quedarías una temporada, hasta que ellos se hubieran recuperado de...

Todos permanecemos en silencio. En cuanto terminamos de cenar, Lucas me llevó al salón.

—Me gustaría hablar contigo —me dijo.

—¿Sí?

—Sobre esa tontería que...

—No es ninguna tontería. Es algo perfectamente razonable. Quiero hacer algo.

—Podrías hacer muchas cosas. Si tienes tantos deseos de cuidar niños, ¿por qué no te ocupas de los dos que hay en esta casa?

—No es lo mismo, Lucas.

—¿Qué quieres decir con que no es lo mismo? ¿Te das cuenta del lío en que te estás metiendo?

—Si me resulta insoportable, lo dejaré.

—¡Ese lugar! Hay algo en él. ¡Y tú allí! No puedo ni imaginármelo.

—Hay muchas mujeres jóvenes que aceptan trabajos como institutrices.

—No estás calificada para ello.

—¿Cuántas de ellas lo están? He tenido una buena educación y soy capaz de enseñar algunas cosas.

—Es absurdo. Dime, Rosetta, ¿por qué lo haces? Tiene que haber un motivo.

Permanecí en silencio durante unos segundos. Tenía deseos de contárselo todo. Así lo había hecho con Nanny Crockett, siguiendo un impulso, pero en su caso había comprendido que ella estaba emocionalmente involucrada en el asunto, y era evidente que, al hacerlo, había dado un paso en la buena dirección. Vacilé. Con Lucas no estaba tan segura. Debería sentirse agradecido para con el hombre que le había salvado la vida, pero Lucas era un realista, y yo no estaba muy segura de su posible reacción.

—Después de haber pasado por todo aquello —siguió diciendo él—, bueno, es natural que te sientas un poco inestable. La vida en casa parece sombría... y predecible. Lo que tú buscas es un cambio. Creo que esa es la razón por la que has tomado esa ridícula decisión.

—Yo no veo que sea ridícula, Lucas.

—Te entiendes tan bien con los gemelos, y tú y Nanny no paráis de hablar, como si estuvierais urdiendo una conspiración. Siempre estáis juntas.

Contuve la respiración. ¿Conspiración? Fue casi como si lo hubiera adivinado todo.

Lucas preguntó con una mirada penetrante:

—¿Cómo te enteraste de que necesitaban una institutriz en Perrivale Court? Supongo que gracias a Nanny Crockett. He oído decir que sigue siendo amiga de alguien que trabaja en aquella casa.

—Bueno, sí...

—Lo suponía. Y lo habéis planeado entre las dos. Es una locura, te lo aseguro.

¡Ir tú a ese lugar! Tiene algo muy desagradable desde que se cometió aquel asesinato. No deberías ir a esa clase de sitios, con todos esos problemas..., y esa mujer comprometida con la víctima y que después se apresura a casarse con otro...

—Eso no tiene nada que ver con el trabajo de institutriz.

—¡Institutriz! —exclamó con desprecio—. ¿Tú, una institutriz?

—¿Por qué no?

—No eres de esa clase.

—Entonces ¿cómo son las institutrices? Son de todas clases, te lo aseguro.

—En cualquier caso, tú no encajas en ninguna categoría. Harías mucho mejor en casarte conmigo.

Me quedé mirándole con intensidad.

—¿Qué has dicho?

—Estás inquieta. Desde que has regresado, todo te parece aburrido, sobre todo después de las aventuras que has vivido. Deseas que suceda algo. Muy bien. Cásate conmigo.

No pude evitar echarme a reír.

—Vamos, Lucas, ¿quién es ahora el que se muestra absurdo?

—Sigues siendo tú. Yo estoy tan sereno y sensible como siempre. Cuanto más pienso en esa idea, tanto más me complace.

—Pero si yo no te importo.

—Claro que me importas. Después de mí, eres la persona a la que más amo en el mundo.

Eso hizo que volviera a reírme y me alegró el ligero alivio que me proporcionó la risa.

—Evidentemente, no te estoy tomando en serio —le dije—, pero debes reconocer que esa es la proposición más insólita que se pueda hacer.

—En cualquier caso, es honesta.

—Sí, de eso estoy segura.

—Y tampoco es tan insólita. Lo que sucede es que la gente no suele decir la verdad. La mayoría de las personas se aman apasionadamente a sí mismas, y cuando declaran su amor por alguien, siempre lo hacen pensando en su propia comodidad y placer. De modo que, como ves, soy igual que la mayoría de la gente..., aunque bastante más honesto.

—Oh, Lucas, es muy amable por tu parte, pero...

—No hay amabilidades ni peros que valgan... Ya sabía yo que habría un pero.

—No me lo puedo tomar en serio, de veras.

—¿Por qué no? Cuanto más pienso en ello, mejor solución me parece. Tú estás abatida... sea cual sea el camino que decidas seguir. Todo ha cambiado para ti. Tu enérgica tía ha entrado en tu antiguo hogar y lo ha cambiado por completo. Acabas de pasar por una aventura increíble. Jamás volverá a sucederte nada parecido, de modo que la vida te parece ahora un tanto aburrida. No estás muy segura de qué camino seguir. Pero, desde luego, harás algo..., te irás a alguna parte para salir del cenagal en el que has caído. Si has considerado la idea de trabajar como institutriz en una casa de sombría reputación, ¿por qué no casarte con un lisiado que, aun siendo

poca cosa, se preocupa por ti y te comprende?

—No lo estás diciendo de un modo muy romántico.

—No estamos hablando de romanticismo, sino de la realidad.

No pude evitar volver a reír y él se me unió en mis risas.

—Oh, vamos, Rosetta —continuó—. Abandona esa loca idea... y considera al menos esta otra proposición. Tiene ciertas ventajas. Somos buenos amigos, ¿no crees? Hemos afrontado la muerte juntos. Te comprendo como muy pocas personas te comprenderán jamás. ¿Acaso deseas regresar a tu tía Maud y a los planes que tiene para ti?

—Desde luego que no —repliqué—. En determinado sentido, tienes razón. Me comprendes... hasta cierto punto.

—En tal caso, abandona esa idea. Enviaré a Dick Duvane a Perrivale para decirles que sigan buscando institutriz. Piensa en lo que te he sugerido. Quédate aquí una temporada. Permite que nos vayamos conociendo más. No tienes necesidad de meterte en nada de eso. Hagamos planes.

—Eres muy bueno conmigo, Lucas.

Puse mi mano en la suya, y él se la llevó a los labios.

—Es cierto, y lo sabes, Rosetta —me dijo, ahora muy serio—. Siento mucho cariño por ti.

—¿Y realmente me colocas en segundo lugar, después de ti? —Se echó a reír y me abrazó ligeramente—. Pero... —intenté decir.

—Sí, ya conozco ese pero. De todos modos vas a ir a Perrivale, ¿no es eso?

—Tengo que ir, Lucas. Hay una razón.

Lucas de peligro relampaguearon en mi mente. Me hallaba, una vez más, a punto de decirle por qué razón tenía que ir a Perrivale. Creía que entonces él lo comprendería. Lucas aceptó que yo estaba decidida y entonces dijo:

—Bien, en tal caso estaré cerca. Nos veremos en El Rey Marino. Y cuando aquello te parezca insoportable, solo tendrás que salir de allí y regresar a Trecorn.

—Eso es un gran consuelo para mí—le dije—. Y, Lucas..., gracias por habérmelo pedido. Significa mucho para mí.

—No creo que sea la última vez que te lo pida. Habrá otras veces. Debes saber que no me doy por vencido con tanta facilidad.

—Para mí ha sido una gran sorpresa, como también creo que lo ha sido para ti.

—Oh, esa idea se ha ido formando en mi mente desde hace ya bastante tiempo..., quizá incluso desde que estuvimos en la isla...

—¿Piensas a menudo en aquella época?

—Siempre está presente... Y yo estoy continuamente preparado para recordarlo. También pienso a menudo en John Player. Sería interesante saber qué ha sido de él.

Permanecí en silencio, angustiada, como cada vez que se refería a Simon.

—Me pregunto si todavía estará en el harén. Pobre diablo. Ha sido el que ha llevado la peor parte de los tres..., aunque ninguno ha salido incólume de la aventura.

La expresión de su rostro se endureció. Nunca estaba muy lejos su rencor contra

el destino por haber convertido a un hombre saludable en un lisiado.

—Daría cualquier cosa por saber qué ha sido de él —insistió.

—Debemos recordar que no estaríamos aquí de no haber sido por él —dije—.

Quizá algún día nos enteremos de algo.

—Lo dudo. Cuando suceden esa clase de cosas, la gente desaparece de la vida de uno.

—Nosotros no hemos desaparecido, Lucas.

—Resulta bastante milagroso que estemos aquí ahora.

—Quizá él también regrese algún día.

—Si logra escapar..., lo que parece imposible.

—Yo lo conseguí, Lucas.

—Eso es toda una historia, pero a él ¿quién le va a ayudar a escapar? No, jamás volveremos a verlo. Mientras estuvimos allí, en aquella isla, los tres nos sentimos muy unidos. Pero eso ya ha pasado. Tenemos que olvidar aquello. Y permíteme decirte una cosa: lo conseguirás mucho mejor siendo la señora de Lucas Lorimer que como la institutriz de una odiosa niña en una casa que en otro tiempo fue el centro de un caso de asesinato.

—Eso tendremos que verlo —le dije.

Los primeros días que pasé en Perrivale Court estuvieron tan abarrotados de impresiones y de emociones reprimidas que me dejaron aturdida. La mansión era fascinante y llena de características inesperadas. Parecía enorme, como un castillo medieval en algunos lugares, como una mansión de estilo Tudor en otros, y algunas habitaciones mostraban una modernidad notable.

Lady Perrivale me dio una cálida pero breve bienvenida y me puso en manos de la señora Ford, quien demostró ser desde el principio mi mejor aliada. Yo era su *protégée*, pues había obtenido la gratitud de lady Perrivale al haberme llevado, y me tomó bajo su protección, dispuesta a hacer todo lo posible para que me quedara en la casa. Poco después de llegar me acompañó a mi habitación.

—Si desea algo, señorita Cranleigh, dígamelo. Me ocuparé de que se sienta tan cómoda como sea posible. Nanny Crockett me ha pedido que me ocupe de usted, y le prometo que así lo haré.

Mi habitación estaba entre la habitación de juegos y el dormitorio de Kate. Era una habitación agradable, con una ventana que daba a un patio. Al otro lado de este había otras ventanas. Inmediatamente, tuve la impresión de estar siendo vigilada, y me alegró que la ventana tuviera pesados cortinajes.

Desde el principio, tuve la sensación de haber penetrado en un mundo de ensueño. Me sentí abrumada al saber que estaba viviendo en la misma casa donde Simon había pasado la mayor parte de su juventud, y ello intensificó aún más mi determinación de demostrar su inocencia.

No tardé en darme cuenta de que Kate sentía interés por mí. Parecía decidida a descubrir todo lo que pudiera acerca de mi persona.

Entró en mi habitación en cuanto la señora Ford me dejó en ella para ordenar

mis cosas. No se molestó en llamar a la puerta, pensando, sin lugar a dudas, que no tenía por qué mostrarse ceremoniosa con una simple institutriz.

—Entonces, ha venido —me dijo—. No creí que viniera, pero después pensé que tal vez sí..., porque usted no habría dicho que vendría si no hubiera tenido intención de hacerlo, ¿verdad?

—Desde luego que no.

—Mucha gente dice que hará cosas y luego no las hace.

—Yo no soy de esa clase de personas.

Se sentó sobre la cama.

—Es una vieja habitación horrible, ¿verdad?

—Creo que es agradable.

—Supongo que, como institutriz, no está usted acostumbrada a esta clase de cosas.

—En mi hogar, en Londres, tengo una habitación muy agradable.

—Entonces ¿por qué no se ha quedado allí?

—Tus modales no son muy buenos, ¿verdad?

—Oh, no. De hecho, soy muy mal educada.

—Bueno, al menos lo sabes..., lo cual es un punto a tu favor. Pero como pareces regocijarte con ello, tienes un punto en contra.

—Es usted muy divertida —dijo, echándose a reír—. Yo hago y digo lo que quiero.

—Lo suponía.

—Y nadie va a cambiarme.

—En tal caso tendrás que hacer el trabajo por ti misma, ¿no te parece? —Me miró con expresión de curiosidad y yo seguí diciendo—: ¿Te importaría levantarte de mi cama? Me gustaría ordenar mis cosas.

Ante mi sorpresa, se levantó y se quedó observándome.

—¿Es eso todo lo que tiene?

—Sí.

—No es mucho, ¿verdad? Supongo que pensará que va a casarse con el dueño de la casa, como Jane Eyre. Pues bien, no lo conseguirá, porque él ya se ha casado... con mi madre. —Elevé las cejas y ella siguió diciendo—: No se muestre tan sorprendida. Eso es lo que piensan muchas institutrices.

—Solo estaba expresando sorpresa ante tu erudición.

—¿Qué es eso?

—En tu caso, cierto conocimiento de la literatura.

—¿Acaso creía que yo no sabía nada?

—Supuse que habías tenido dificultades con tus institutrices.

—Me gusta leer libros sobre la gente. Me gusta, sobre todo cuando les suceden cosas terribles.

—No me sorprende.

Se echó a reír ante mi observación.

—¿Qué cree poder enseñarme?

—Daremos algo de historia, literatura inglesa..., también gramática y, desde

luego, matemáticas.

—No haré nada que no me guste —dijo con un mohín de disgusto.

—Eso ya lo veremos.

—A veces es usted como una institutriz.

—Me alegro de que lo reconozcas.

—Me gusta la forma que tiene de hablar. Me hace reír.

—Pues me parece que te diviertes con excesiva facilidad.

—No es usted como la señorita Evans. Ella era siempre tonta. Estuvo asustada desde el primer momento.

—¿Por ti?

—Pues claro.

—Y tú te aprovechaste de tu posición.

—¿Qué quiere decir?

—Ella trató de hacer su trabajo y tú hiciste todo lo posible por impedirselo. Hiciste que se sintiera tan desgraciada que fin no le quedó más remedio que marcharse.

—No quería que estuviera aquí. Era muy aburrida. No creo que usted sea aburrida. Me pregunto cuánto tiempo quedará.

—Imagino que mientras me convenga.

Sonrió a hurtadillas. Sin duda estaba planeando su campaña.

Por extraño que pareciera, Kate me pareció estimulante, disfrutaba bastante con nuestros enfrentamientos verbal. Subió conmigo a la habitación de estudio, donde inspeccioné los libros de una estantería. Estaba bien provista. Había una pizarra, varios libros de ejercicios, tiza y lápices.

—Voy a tener que pedirte que me muestres algo de tus bajos anteriores —le dije.

—¿Cuándo? —me preguntó con una mueca de disgusto.

—No hay mejor momento que el presente.

Vaciló y pareció disponerse a huir. Me pregunté qué haría si se negaba a permanecer conmigo. Sabía que era perfectamente capaz de eso, y sentí verdadera lástima por mis predecesoras, cuyas posibilidades de ganarse la vida dependieron de aquella criatura caprichosa.

Yo deseaba quedarme allí todo el tiempo necesario, pero al menos no dependía de mi trabajo para vivir.

Sin embargo, por el momento la niña se sentía algo intrigada y decidió cooperar; pasamos una media hora muy interesante durante la cual descubrí que no era tan ignorante como me temía; de hecho, era excepcionalmente brillante. Había leído mucho, lo cual era de una gran ayuda. En eso, al menos, ambas teníamos algo en común.

Durante el primer día aprendí algo acerca de la mansión. Según me dijo la señora Ford, había tres administradores de la propiedad.

—Porque desde entonces..., ¿sabe, señorita Cranleigh?, no solemos hablar de ello... El señor Cosmo y el señor Simon ya no están. Había tres... y ahora solo queda el señor Tristan. Bueno, todo esto era demasiado para él. Siempre hubo un

encargado, incluso antes..., y después dos más. Perrivale es una propiedad muy grande, la mayor de los alrededores. Claro que todo es muy diferente desde que... ocurrió aquello..., y una vez desaparecido sir Edward...

También tuve la oportunidad de ver fugazmente a Tristan, y en cuanto le vi sospeché que sabía algo acerca de lo sucedido realmente en aquella vieja casa de campo.

Tenía tal aspecto que le hacía pensar a una en el villano de una obra de teatro. Tenía piel oscura y cabello suave y brillante, tan abundante que casi parecía un gorro negro, particularmente porque le formaba una punta en el centro de la frente, lo que le daba un aspecto bastante misterioso y siniestro.

Nuestro encuentro fue muy breve. Kate me acompañaba para mostrarme los jardines y él regresaba de los establos en compañía de lady Perrivale. Ella estaba muy hermosa, con un traje de equitación azul oscuro, y un sombrero alto del mismo color. El cabello brillaba bajo el sombrero oscuro.

—Oh, Tristan, te presento a la señorita Cranleigh, la nueva institutriz. —Él se quitó el sombrero y se inclinó ligeramente, de un modo muy cortés—. Ella y Kate están empezando a llevarse muy bien —añadió lady Perrivale con más optimismo del que demostraban los hechos.

—Le he enseñado la habitación de estudio —dijo Kate—. Y ahora le estoy mostrando los jardines.

—Eso está muy bien —dijo lady Perrivale.

—Bienvenida a Perrivale —dijo sir Tristan—. Confío en que su estancia entre nosotros sea prolongada y feliz.

Observé la sonrisa satisfecha de Kate, y me pregunté qué estaría planeando para fastidiarme.

Y entonces, en aquel preciso instante y de un modo ilógico, le asigné a Tristan el papel de asesino, diciéndome que, aun cuando no tenía ninguna prueba en su contra, mi conclusión obedecía a mi sexto sentido.

Estuve muy pensativa mientras examiné los jardines. Kate lo advirtió. Empezaba a darme cuenta de que pocas cosas se le pasaban por alto.

—No le ha gustado Padrito —dijo.

—¿Quién?

—Mi padrastro. Yo le llamo Padrito. A él no le gusta nada, y a mi madre tampoco.

—Supongo que por eso lo haces.

Un nuevo encogimiento de hombros, un nuevo mohín de disgusto al tiempo que se echaba a reír.

—Siempre me invento apodos para las personas —dijo—. Usted es Estirada.

—No estoy muy segura de aprobarlo.

—No tiene usted que aprobar nada. Las personas no tienen elección cuando se trata de nombres. Tienen que aceptar los nombres que se les imponen. Míreme a mí, por ejemplo. Me llamo Kate. ¿A quién le gusta llamarse Kate? A mí me habría gustado llamarme Angélica.

—Eso habría hecho que la gente pensara en ángeles —comenté—, lo cual no

sería lo más conveniente en tu caso.

Volvió a reír. Aquella mañana hubo muchas risas. Finalmente, le dije:

—Empezaremos las clases mañana por la mañana, a las nueve y media, y terminaremos al mediodía.

—La señorita Evans empezaba a las diez.

—Pues nosotras empezaremos a las nueve y media.

Esbozó un nuevo mohín de disgusto, pero por el momento seguía siendo afable.

En realidad, empezábamos a entendernos mucho mejor de lo que había imaginado. Ella parecía interesada por mí. Me pregunté si lograría hacerla trabajar en sus lecciones.

No tardaría en despertarme de un modo brutal.

Fue comprensible que, durante la primera noche en Perrivale Court, me resultara difícil conciliar el sueño. Los acontecimientos del día se arremolinaban en mi mente. Por fin me encontraba allí, en el antiguo hogar de Simon, casi en el escenario del crimen, y dedicada a la monumental tarea de demostrar su inocencia. Me sentí muy reconfortada al pensar en Lucas, a cuyo lado podía regresar en cualquier momento. Me conmovió su propuesta de matrimonio. Me había tomado realmente por sorpresa. Jamás había pensado en él en ese sentido, o solo muy vagamente cuando tía Maud me observó de aquel modo tan especulativo en cuanto se enteró de que le había visto en casa de Felicity.

En mi mente le daba vueltas a cómo debía empezar mi investigación. Iba a ser una empresa difícil y solo se me habría ocurrido embarcarme en ella a consecuencia de las fantásticas aventuras por las que había pasado.

Mientras tanto, tendría que afrontar el problema que me planteaba Kate, lo que representaba toda una tarea. El principio había sido mucho más fácil de lo previsto, pero solo porque había logrado interesar un poco a la niña. Imaginé que no tardaría en sentirse aburrida y entonces volvería a sus andadas. Confiaba en que no me hiciera la vida imposible antes de realizar algún progreso en mi investigación.

Tenía que enterarme de algunos detalles sobre Cosmo, comprometido en matrimonio con la fascinante Mirabel, quien se había convertido para mí en una personalidad concreta. Empezaba a conocer a los personajes. A Simon ya lo conocía bien. A Tristan apenas si acababa de conocerlo. ¿Hasta qué punto había estado Simon enamorado de Mirabel? Después de haberla visto, me imaginaba lo atractiva que resultaría para la mayoría de los hombres.

Debí de quedarme medio adormilada porque me despertó de repente un sonido al otro lado de la puerta. Abrí los ojos y vi que el picaporte giraba con lentitud. La puerta se abrió silenciosamente y una figura se introdujo en la estancia. Iba cubierta con una sábana y enseguida supe quién estaba debajo de ella.

La figura permaneció en el umbral y dijo en un susurro sibilante:

—Márchese de aquí..., márchese... mientras tenga tiempo. Ningún bien le hará quedarse.

Fingí seguir durmiendo. La niña se acercó a la cama. Yo mantenía los ojos

medio cerrados y cuando estuvo lo bastante cerca me incorporé de repente, sujeté la sábana y tiré de ella.

—Hola, fantasma —dije. A la niña se le bajaron todos los humos—. Ha sido una representación muy pobre —añadí—. Una sábana... siempre es una sábana. ¿No crees que podrías haberlo hecho bastante mejor?

—Usted fingió estar durmiendo. No ha sido justo.

—Y tú pretendías ser un fantasma, y todo es justo en el amor y en la guerra, y comoquiera que estamos en una guerra..., porque desde luego no se trata de amor.

—Estaba usted asustada.

—No, no lo estaba.

—¿Ni siquiera por un momento? —preguntó ella, casi implorante.

—Ni por un segundo. Podrías haberlo hecho bastante mejor. En primer lugar, si lo que planeabas era escenificar la aparición de un fantasma, no debiste hablar tanto de fantasmas la primera vez que nos vimos. Como ves, no hiciste más que ponerme en guardia. Entonces me dije: «Esta niña se imagina que puede asustar a una institutriz con sus añagazas».

—¿Con sus qué?

—¿Lo ves? Tienes un vocabulario muy limitado. No me sorprende, puesto que no quieres aprender. Te gusta asustar a las institutrices porque a su lado te sientes ignorante. Y crees que, por un momento, ellas se encuentran en una posición débil y tú en una posición fuerte. Es una actitud bastante cobarde por tu parte, claro, pero es normal que las personas inseguras de sí mismas hagan esa clase de cosas.

—Asusté a la señorita Evans.

—De eso no me cabe la menor duda. A ti las demás personas no te importan en absoluto, ¿verdad? —La niña pareció sorprendida—. ¿No se te ha ocurrido pensar que la señorita Evans solo intentaba ganarse la vida, y que únicamente estaba dispuesta a enseñar a una niña tan desagradable como tú porque se veía obligada a hacerlo?

—¿Yo, desagradable yo?

—Y mucho. Pero si pensaras un poco más en los que te rodean, podrías ser algo menos desagradable.

—Usted no me gusta.

—Y tú a mí no me importas gran cosa.

—Entonces se marchará de aquí, ¿no?

—Probablemente. No creerás que a alguien le guste quedarse para enseñarte, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—Porque has afirmado con mucha claridad que no quieres aprender.

—¿Y qué?

—Eso demuestra que no tienes el menor respeto por la educación, y solo las personas estúpidas piensan así.

—¿Quiere decir que soy una estúpida?

—Así lo parece. Pero podrías cambiar. Te voy a decir una cosa. ¿Por qué no establecemos una tregua?

—¿Qué es una tregua?

—Una especie de acuerdo. Establecer unas condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Podríamos ver si te gusta la forma en que yo enseño y si estás dispuesta a aprender. En caso contrario, me marcharé y podrás tener a otra institutriz. Eso te evitará tener que estrujarte los sesos en busca de métodos para fastidiarme. Podemos hacerlo de una manera civilizada, sin todos esos trucos infantiles para inducirme a que me marche.

—Está bien —admitió—. Hagamos entonces una tregua.

—En tal caso, regresa ahora a tu cama. Buenas noches.

La niña se detuvo en la puerta.

—A pesar de todo, hay fantasmas en la casa—dijo—. Aquí hubo un asesinato... no hace mucho tiempo.

—No fue en esta casa —dije.

—No, pero fue el hermano de Padrito. Uno fue asesinado y el otro huyó. Todos estaban enamorados de mi madre antes de que ella se casara con Padrito.

Evidentemente aquella niña era muy observadora. Advirtió el cambio que se produjo en mi expresión. Regresó a mi lado y se sentó en la cama.

—¿Qué sabes tú al respecto? —le pregunté—. En aquella época tú no estabas en la casa.

—No, vine aquí cuando mi madre se casó con Padrito. Antes de eso vivimos en casa de Yayo.

—¿De quién?

—De mi abuelo. Él vive ahora en la casa Dower. Se marchó allí cuando mi madre se casó. Tenía que disponer de una casa mejor porque era el padre de la señora de la mansión. De todos modos, a Yayo no le gustaba vivir en una pequeña casa de campo. Es un gran caballero. Es el mayor Durrell, y los mayores son muy importantes, puesto que ganan batallas. Antes vivíamos en Londres, pero de eso hace muchos, muchos años. Después vinimos aquí y todo cambió.

—Debiste de conocerlos a todos..., al que fue asesinado y al que huyó.

—Los conocía... en cierto modo. Todos estaban enamorados de mi madre. Yayo solía reírse por ello. Se alegró mucho porque cuando mi madre se casó con Padrito abandonamos la pequeña casa de campo donde vivíamos. Pero antes se produjo todo aquel alboroto. Y después Cosmo fue asesinado y Simon huyó porque no quería que lo ahorcaran. —Permaneció un momento en silencio y luego continuó—: Los ahorcan, ¿sabe? Les ponen una cuerda alrededor del cuello y luego... tiran. Duele mucho..., pero después están muertos. De eso era de lo que tenía miedo. Bueno, ¿quién no lo tendría?

Yo me sentía incapaz de decir nada. No podía dejar de pensar en Simon abandonando la mansión..., abriéndose paso hasta Tilbury..., encontrándose con el marinero John Player en una taberna.

La niña me observaba con atención.

—Los fantasmas regresan cuando alguien ha sido asesinado. Y asustan a la gente. A veces quieren saber lo que ocurrió en realidad.

—¿Crees tú que ocurrió algo... que la gente no sabe?

Me miró astutamente. Yo no estaba segura de ella. Podía estar engañándome. Yo había puesto de manifiesto mi interés y ella se había dado cuenta. Ya debía de haber comprendido que yo me mostraba extraordinariamente interesada por el asesinato.

—Yo estaba allí, ¿no? —dijo—. Recuerdo que estaba con Yayo... Mi madre estaba arriba. Alguien..., uno de los lacayos de Perrivale, llegó a la puerta y dijo: «El señor Cosmo ha sido asesinado». Yayo dijo: «Oh, Dios mío». No se supone que uno deba decir «Oh, Dios mío». Eso es tomar el nombre de Dios en vano. En la Biblia se dice algo al respecto. Yayo subió a ver a mi madre pero no me dejó ir con él.

Intenté pensar en algo adecuado que decir, pero no se me ocurrió nada.

—¿Sabe montar a caballo, Estirada? —me preguntó como no dándole importancia. Asentí con un gesto—. Entonces la llevaré a Bindon Boys..., el escenario del crimen. Eso le gustará, ¿verdad?

—Estás obsesionada con ese crimen —le dije—. Ahora ya ha pasado. Quizá vayamos a ese lugar algún día.

—De acuerdo —dijo ella—. Es un pacto.

—Y ahora, buenas noches.

Me dirigió una mirada sonriente, recogió la sábana y se marchó.

Permanecí tumbada, despierta durante largo rato. Había acudido allí para enseñar a Kate, pero posiblemente fuera ella quien me enseñara a mí.

Kate había decidido hacía tiempo que debía incomodar tanto las vidas de las institutrices que les fuera imposible quedarse en aquella casa, lo cual le proporcionaba un período de libertad antes de que llegara la siguiente y ella empezara a utilizar de nuevo sus tácticas eliminatorias.

Yo era diferente de las demás, sobre todo porque ella percibía que para mí no era imperativo conservar un trabajo como medio de ganarme la vida. Eso hacía que su esquema se tambaleara un poco y me daba cierta ventaja. Intenté convencerme de que todos los niños muestran algunos rasgos de crueldad porque les falta experiencia de la vida y, en consecuencia, les falta capacidad para imaginar el sufrimiento que son capaces de causar.

Aparte de estar poco a poco convencida de que ella podía serme útil en mi investigación, quería compensar el caso de las otras institutrices que habían sufrido antes de mi llegada y, en especial, el de las que tendrían que sufrir después de mi partida. Quería enseñarle a Kate un poco de humanidad. Por muy extraño que pareciera, la situación no me parecía tan desesperada. Algo tenía que haber sucedido para que ella se convirtiera en la cruel criatura que era. Y tenía la sensación de que era posible hacerla cambiar.

A la mañana siguiente, y ante mi sorpresa, se presentó en la habitación de estudio a la hora convenida.

Le dije que había elaborado nuestro programa de trabajo. Empezaríamos con el inglés, al que dedicaríamos aproximadamente una hora; ya veríamos cómo funcionaba. Quería poner a prueba su capacidad de lectura, su pronunciación y sus conocimientos de gramática. Leeríamos juntas.

Había encontrado una colección de libros en la estantería. Tomé *El conde de Montecristo*, y al abrirlo vi un nombre escrito con una letra infantil en la primera página. Decía: «Simon Perrivale». Sentí que las manos me temblaban. Logré ocultar mis emociones ante los ojos alerta de la niña y dije:

—¿Has leído este libro? —Negó con la cabeza y yo añadí—: Lo leeremos algún día y... Oh, aquí hay otro. *La isla del tesoro*. Es un libro sobre piratas.

Eso despertó su interés. En la portada se veía una imagen de John Silver el Largo, con un papagayo sobre el hombro.

—En ese otro libro... —dijo ella—, ahí está su nombre..., el del asesino.

—No sabemos que fuera él —repliqué y me detuve con brusquedad, viendo que ella me miraba sorprendida. Tendría que tomar precauciones con lo que decía—. Después nos dedicaremos a la historia, la geografía y la aritmética. —Ella me miró con sorna—. Ya veremos cómo estás en esas materias —dije con firmeza.

La mañana transcurrió aceptablemente bien. Descubrí que leía con bastante fluidez, y me agradó ver que, sin lugar a dudas, le gustaba la literatura. También le interesaban las personalidades históricas, aunque se cerraba en banda cuando se trataba de aprender fechas. Junto a la pizarra había un globo terráqueo y pasamos un rato interesante descubriendo lugares. Le mostré en qué parte del océano había naufragado. La historia la intrigó, y terminamos la mañana leyendo un capítulo de *La isla del tesoro*. Kate fue absorbida por el libro desde la primera página. Me sentí asombrada ante el éxito alcanzado. Había decidido que trabajaríamos hasta el mediodía. Después, ella tendría libre hasta las tres de la tarde, en que daríamos un paseo por los jardines y los alrededores y aprenderíamos algo sobre la vida de las plantas o simplemente caminaríamos. Reanudaríamos las lecciones de cuatro a cinco. Ese sería nuestro horario de trabajo.

Por la tarde no mostró el menor deseo de quedarse a solas, y se ofreció para mostrarme los alrededores. Me agradó que prefiriera mi compañía y que pareciera conservar su interés por mí.

Me habló de *La isla del tesoro* y me contó lo que creía que iba a suceder. Quiso saber cosas sobre mi naufragio. Empecé a pensar que esa era la razón por la que me había aceptado con tanta rapidez... al menos por el momento, cosa que no había sucedido con anteriores institutrices.

Me llevó hasta el borde de los acantilados y permanecimos sentadas durante un rato, contemplando el mar.

—Aquí suele haber mala mar —dijo ella—. A lo largo de estas costas solían producirse muchos naufragios. Las gentes del lugar encendían luces y atraían los barcos hacia las rocas, aparentando que se trataba de un puerto. Después robaban las mercancías de los barcos encallados. Me habría gustado ser uno de ellos.

—¿Por qué quieres hacer el mal?

—Ser buena es muy aburrido.

—Pero a la larga es mucho mejor.

—Me gustan los plazos cortos.

Me eché a reír ante aquella observación, y ella también. De pronto dijo:

—Mire esas rocas allá abajo. Un hombre se ahogó allí no hace mucho tiempo.

—¿Le conocías?

Guardó silencio durante un rato. Después contestó:

—Era un extraño. Venía de Londres. Está enterrado en el cementerio de la iglesia de Saint Monvenna. Le mostraré su tumba. ¿Le gustaría verla?

—Bueno, supongo que no es uno de los lugares turísticos de la región.

Se echó a reír de nuevo.

—Estaba borracho —continuó—. Se cayó por el acantilado y fue a dar directamente contra esas rocas.

—Debía de estar muy borracho.

—Oh, sí que lo estaba. Hubo un gran alboroto. Pasó mucho tiempo antes de que supieran de quién se trataba.

—¡Cómo te encanta lo morboso!

—¿Qué es eso?

—Lo desagradable..., lo cruel.

—Sí, me gustan las cosas crueles.

—Pues no es la más sabia de las preocupaciones.

Me miró y se echó a reír.

—Es usted muy divertida —dijo.

Aquella noche, al retirarme a mi habitación y repasar cómo había transcurrido el día, me dije que todo se había desarrollado de un modo satisfactorio. Tenía alguna esperanza, por débil que fuera, de entenderme con Kate.

Pasaron algunos días. Descubrí, encantada, que con una alumna como Kate mis poco ortodoxos métodos de enseñanza tenían mucho más éxito que otros más convencionales. Leíamos bastante juntas. De hecho, aquellas sesiones de lectura las convertí en una especie de premio por buena conducta cuando se trataba de estudiar temas menos interesantes. Ella habría podido leer sola, pero prefería que lo hiciéramos juntas.

Le gustaba compartir sus momentos de alegría, lo que era un signo en su favor. Además, más tarde le encantaba hablar de lo que habíamos leído. A veces se interrumpía porque no conocía el significado de una palabra. Estaba ávida por adquirir nuevos conocimientos, a pesar de haber expresado su desprecio por ello; y se sentía totalmente intrigada por la historia de *La isla del tesoro*.

Habría sido demasiado esperar un cambio completo en la niña, solo porque nuestra relación había progresado de modo mucho más favorable del que yo me habría atrevido a soñar. Creo que fue durante la cuarta mañana de mi estancia allí cuando ella no apareció en la habitación de estudio.

Acudí a su dormitorio. Estaba mirando por la ventana y, evidentemente, me esperaba. Comprendí enseguida que se preparaba para disfrutar de un buen enfrentamiento.

—¿Por qué no estás en la habitación de estudio? —pregunté.

—Hoy no tengo ganas de tomar lecciones —me contestó con desparpajo.

—No importa las ganas que tengas. Es la hora de la clase.

—No puede usted obligarme.

—Desde luego, no voy a intentar llevarte allí a la fuerza. Pero será mejor que vaya a ver a tu madre y le diga que has decidido no aprender y que, en consecuencia, no vale la pena que yo siga aquí.

Fue un paso arriesgado por mi parte. No podía soportar la simple idea de marcharme entonces. Sin embargo, sabía que no llegaría a ninguna parte a menos que pudiera ejercer cierta autoridad sobre Kate.

Ella me miró con expresión desafiante. Me sentí abatida, pero confié en ocultar mis sentimientos. Había ido demasiado lejos para retroceder.

—¿Está realmente dispuesta a hacerlo? —me preguntó.

Vi el temor en sus ojos, mezclado con un atisbo de incredulidad. Tuve la impresión de que se sentía tan inquieta como yo.

—Si no vienes a clase no me quedará otra alternativa —dije con firmeza.

—Está bien —dijo tras un momento de vacilación—. Vaya a verla si es eso lo que quiere.

Di media vuelta y me dirigí hacia la puerta. No debía mostrarle ningún indicio de desesperación. Si aquello tenía que ser el final, ¿de qué me había servido? Pero ahora no había forma de retroceder. Salí del dormitorio. Ella no se movió. Empecé a bajar la escalera. Y entonces escuché su voz:

—Vuelva, Estirada.

Me detuve, di media vuelta y me la quedé mirando.

—Está bien —dije.

Me sentí entusiasmada por aquella pequeña victoria, mientras nos dirigíamos hacia la habitación de estudio. Ella se mostró difícil durante todo el día. Me pregunté por qué. Quizá pensara que ya había sido buena demasiado tiempo y que su naturaleza no era así.

Aquella noche encontré un pequeño ratoncillo muerto en mi cama. Lo envolví cuidadosamente en un papel y me dirigí a su dormitorio.

—Creo que este pobre y pequeño animalito te pertenece —dije.

—¿Dónde lo ha encontrado? —preguntó, pasmada.

—Donde tú lo pusiste, en mi cama.

—Apuesto a que gritó al descubrirlo.

—No creo que sea algo capaz de producir miedo o diversión. En realidad, solo se trata de un estúpido *cliché*.

Observé cómo parecía preguntarse qué significaba la palabra *cliché*. Le encantaba descubrir el significado de nuevas palabras; pero en aquellos momentos no se sintió con ánimos para preguntármelo.

—Me pregunto cuántos niños traviosos habrán puesto un pobre ratoncillo en la cama de alguien —seguí diciendo—. Es algo bastante estúpido. No has hecho más que lo previsible, Kate.

Ella se sintió algo alicaída. Después dijo:

—Bueno..., usted lo ha traído de vuelta, ¿no? Iba a ponérmelo en mi cama.

—Jamás se me ocurriría tal cosa. Solo pretendo que comprendas que tu estúpido truco no ha tenido el efecto que esperabas. Y ahora, si es que vamos a tener

una tregua, debemos poner punto final a estos trucos infantiles. Sería más interesante estar en buenas relaciones. Hay muchas cosas excitantes que podríamos hacer juntas. A ninguna nos gustaría perder el tiempo en discusiones o empleando estúpidos trucos. Podemos hablar...

—¿De que?

—De la vida..., de la gente...

—¿De asesinatos?

«Sí —pensé—, de uno en particular.» Pero en lugar de eso dije:

—Lo que podemos hacer es terminar de leer *La isla del tesoro*.

—«Quince hombres en el arca de un hombre muerto. ¡Jo, jo, jo! Y una botella de ron» —citó ella.

—Hay muchos libros que podemos leer —dije, sonriendo—. Todavía no has leído *El conde de Montecristo*. Lo he visto en la estantería. Cuenta la historia de un hombre que fue erróneamente metido en prisión, y que escapó para vengarse. —Sus ojos se abrieron como platos, llenos de interés—. Bueno —continué—, siempre y cuando no perdamos el tiempo de forma estúpida. Y podemos hacer muchas cosas más.

No dijo nada, pero tuve la clara impresión de haber ganado otra pequeña batalla.

—¿Qué te parece que hagamos con este pobre animalito? —pregunté.

—Yo lo enterraré.

—Eso está muy bien. Y procura enterrar con él todos tus estúpidos prejuicios contra las institutrices. Entonces, quizá podamos empezar a disfrutar de nuestras lecciones.

Y, tras decir esto, la dejé a solas. Me sentí victoriosa y triunfante.

La forma en que trataba a Kate era el asombro de todos los habitantes de la mansión. Al fin se había encontrado a alguien capaz de convertir al *enfant terrible* en una niña normal, o que había descubierto, al menos, una manera de controlarla.

La señora Ford me mimaba, y estaba encantada conmigo. Pronunciaba mi nombre en un susurro respetuoso, como si yo fuera una heroína guerrera cubierta de gloria militar. Me había convertido en una figura bastante importante en aquella casa.

Aproximadamente una semana después de mi llegada, lady Perrivale me pidió que acudiera a su salón. Se mostró muy afable conmigo.

—Usted y Kate parecen entenderse bastante bien —empezó—. Eso es estupendo. Sabía que todo resultaría como debe ser en cuanto encontráramos a la persona adecuada.

—No tengo ninguna experiencia como institutriz —le recordé.

—De eso se trata, precisamente. Todas esas mujeres mayores tienen demasiadas reglas. Están demasiado acostumbradas a ellas para comprender a los niños modernos.

—Kate es una niña bastante peculiar.

—Claro, claro. Pero, sin duda alguna, usted la comprende. ¿Se siente completamente satisfecha con todo lo demás? ¿Hay alguna cosa...?

—Me siento satisfecha, muchas gracias —contesté.

En aquel momento, sir Tristan entró en el salón como si lo hubieran acordado previamente. Me divertí pensando que había sido llamado para añadir sus alabanzas a las de su esposa. Kate debía de haberles hecho la vida bastante imposible.

Se me ocurrió lo extraño que era que un hombre que había podido matar a su hermano se sintiera confundido ante una niña traviesa. Traté de ordenar mis pensamientos. No tenía sentido considerar a sir Tristan como el asesino, solo debido a su aspecto un tanto siniestro. Aunque, claro está, él había heredado el título, la propiedad... y a Mirabel.

Sus astutos ojos oscuros me estaban valorando. Me sentí culpable. Me pregunté qué diría si hubiera podido leer mis pensamientos.

—He oído que se las arregla bastante bien con Kate —dijo, y después de una ligera sonrisa, añadió—: Eso es todo un acontecimiento. Ha sido muy inteligente por su parte, señorita Cranleigh, haber logrado lo que sus predecesoras no consiguieron.

—No es una niña fácil de tratar —dije.

—Eso lo sabemos muy bien, ¿verdad? —replicó mirando a su esposa.

Esta asintió de mala gana.

—Creo que la niña necesita mucha comprensión —les dije.

Me pregunté cuál sería la relación de Kate con aquellas dos personas. La niña no me había proporcionado el menor indicio. ¿Y quién sería su padre? ¿Qué le habría ocurrido? ¿Qué pensaba del compromiso de su madre, primero con Cosmo y, poco después de su muerte, de su matrimonio con Tristan? Se trataba de cuestiones de las que quería saber algo. Creía que me ayudarían a solucionar el misterio.

—Y usted parece capaz de ofrecérsela.

—Como ya he explicado, no tengo experiencia previa como institutriz.

—Es usted muy joven, desde luego —dijo él, sonriéndome cálidamente—. Y muy modesta..., ¿no te parece, querida?

—Demasiado modesta —asintió lady Perrivale—. Señorita Cranleigh, espero que no se sienta aburrida aquí. —Miró a su esposo y añadió—: Queremos decirle que, quizá... de vez en cuando, quiera usted unirse a nosotros cuando demos una cena. En realidad, sus amigos son vecinos nuestros.

—¿Se refiere a los Lorimer?

—Sí. Qué pena lo de ese accidente. Casi me atrevería a decir que no estarán con ánimos de visitarnos. Pero quizá más adelante los invitemos, y en tal caso..., desde luego, debería estar usted entre los invitados,

—Sería muy agradable.

—No queremos que se sienta usted... aislada.

Yo estaba pensando: esto es lo que les sucede a algunas institutrices cuando a los dueños de la casa les falta un invitado para completar el número; si la institutriz es presentable, se la invita a rellenar el hueco. Por otro lado, mostraban ansiedad por conservarme. Qué extraño resultaba que precisamente yo hubiera encontrado una forma de serenar a aquella niña tan recalcitrante.

—Son ustedes muy amables —dije—. Hay una cosa...

Se mostraron ávidos por saber de qué se trataba.

—Si pudiera disponer de vez en cuando de una tarde libre. Me gustaría visitar a los Lorimer. Allí también hay niños. Yo permanecí con ellos cuando ocurrió el desgraciado accidente. Me quedé algún tiempo después de que se marcharan los amigos con quienes había venido.

Me divertió observar la expresión de alarma que apareció en los ojos de lady Perrivale. ¿Niños? ¿Necesitarían acaso una institutriz? «Realmente —pensé—, debe de tener una elevada opinión de mí misma..., y todo porque he encontrado una forma de lograr que Kate se comporte de un modo razonablemente suave.»

—Desde luego —se apresuró sir Tristan—. Debe usted disponer de tiempo para visitar a sus amigos. ¿Cómo viajará hasta allí? Trecorn Manor está a varios kilómetros de aquí, ¿no? Sabe usted montar, ¿verdad?

—Oh, sí.

—Entonces ya está solucionado. Pídale a Mason, el encargado de los establos, que le encuentre una montura adecuada.

—Es usted muy amable. Kate ha mencionado la posibilidad de salir a dar un paseo a caballo, y creo que le gustaría que lo hiciéramos juntas.

—Excelente. Creo que ella es muy buena amazona.

—Estoy segura de que sí. Tengo verdaderos deseos de cabalgar con ella.

Fue una entrevista de lo más satisfactoria para mí.

Al día siguiente, Kate y yo salimos a dar una vuelta a caballo. Ella montaba un pequeño caballo blanco del que se sentía muy orgullosa. Me agradó ver el cuidado con que lo trataba, una indicación de que en su naturaleza había cierta capacidad de afecto.

Mason, el encargado de los establos, me procuró una yegua de color castaño. Según dijo, se llamaba Goldie.

—Es un animal muy bueno. Trátelo bien y él la corresponderá. Tiene buen carácter..., fácil de montar, aunque le gusta alborotar un poco, y le encanta recibir un terrón de azúcar después de un buen paseo. Déselo y se convertirá en su esclavo.

Kate era una amazona excelente, al principio algo inclinada a mostrarse espectacular, pero dejó de hacer tonterías en cuanto le dije que ya me había dado cuenta de lo bien que era capaz de manejar un caballo, y que de todos modos no le habrían permitido montar de no ser así.

Me preguntaba cómo podía hacerle preguntas discretas sobre su vida familiar, pues sabía que debía andarme con mucho cuidado. Era una niña extremadamente observadora, y me analizaba casi tan atentamente como yo a ella. Anunció que me llevaría a visitar Bindon Boys.

—Ya sabe..., la vieja granja donde se cometió el asesinato.

—Lo recuerdo.

—Le gustará, Estirada. Sé lo mucho que le encanta saber cosas sobre ese antiguo asesinato. —Me sentí incómoda. Había puesto al descubierto mi interés y ella lo

había notado—. Es un lugar antiguo y feo. La gente no suele ir por allí después del anochecer... Bueno, en realidad ni siquiera se atreven a acercarse. Creo que a algunos les gustaría ir durante el día..., pero nunca solos.

—Los ladrillos y el cemento no dañan a nadie.

—No. Es lo que hay dentro. Antiguamente fue una verdadera casa de campo. La recuerdo desde antes... de que eso sucediera...

—¿La recuerdas?

—Pues claro. Yo no era tan pequeña.

—Y viviste cerca de allí... cuando viniste de Londres.

—Eso es. La pequeña casa de campo en la que vivíamos estaba cerca de Bindon Boys. Era la casa más cercana. Y el mar estaba justo bajo el acantilado. Se lo enseñaré cuando lleguemos.

—¿Está muy lejos?

—No, más o menos un kilómetro.

—Eso es fácil de recorrer.

—Vamos. Le echo una carrera.

Galopamos sobre un prado y cuando salimos de él nos encontramos muy cerca del mar. Respiré profundamente el aire límpido. Kate se me acercó.

—Allí —dijo—. Está justo allá abajo. Esa es la vieja granja, y allá, no muy lejos, está Seashell. ¡Qué nombre más tonto! Significa concha marina, ¿verdad? Alguien puso el nombre en el suelo, frente a la puerta, dibujándolo con conchas marinas. A mí me gustaba ir las quitando. Y la bauticé casa del Infierno.

—Viniendo de ti, no se podría haber esperado otra cosa —dije, echándome a reír.

—A Yayo le pareció divertido. Vamos a hacer una cosa. Después de que haya visto la granja, la llevaré a ver a Yayo. A él le gustará conocerla. Le gusta mucho conocer gente.

—Estoy segura de que será muy interesante.

—Vamos primero a la granja.

Bajamos por una suave pendiente y allí estaba. La edificación se encontraba en un estado ruinoso. Daba la impresión de que el techo se estaba cayendo a trozos. La pesada puerta aparecía ligeramente entornada. Evidentemente, el cerrojo había desaparecido.

—Da la impresión de estar a punto de desmoronarse —dije.

—¿Entramos? ¿O acaso está asustada?

—Pues claro que quiero entrar.

—Dejaremos los caballos aquí.

Desmontamos cerca de un antiguo pilar y atamos los caballos. Empujamos la puerta y entramos directamente en lo que supuse habría sido un salón. Era grande y tenía dos ventanas, cuyos marcos aparecían agrietados. En el suelo faltaban varias baldosas. Ante las ventanas había unas cortinas raídas y de los techos colgaban polvorientas telarañas.

—No tocaron nada... después del asesinato —dijo Kate—. Fue aquí donde sucedió..., en esta habitación. Está llena de fantasmas, ¿verdad? ¿Los percibe usted?

—Es escalofriante —dije.

—Bueno, eso es porque hay fantasmas. Será mejor que no se aparte de mí.

Sonreí. Era ella la que no quería alejarse mucho de mí.

En mi imaginación, lo vi todo con claridad: Simon atando su caballo, quizá en el mismo lugar en el que habíamos dejado los nuestros, sin sospechar nada..., entrando en la estancia y encontrando a Cosmo en el suelo, con el arma de fuego al lado. Me imaginé a Simon inclinándose y tomando el arma en sus manos en el instante en que Tristan entraba precipitadamente. Era todo demasiado evidente.

—Tiene un aspecto muy divertido —dijo Kate.

—Estaba pensando en lo que sucedió aquí.

La niña asintió y dijo:

—Creo que Simon le estaba esperando. En cuanto entró por esa puerta..., bang, bang. Fue una suerte que Padrito llegara en ese momento y le viera con las manos ensangrentadas. Después huyó. —Se me acercó y preguntó—: ¿Qué cree usted que estará haciendo ahora Simon?

—Desearía saberlo.

—Quizá el fantasma le persiga. ¿Pueden viajar los fantasmas? Creo que pueden trasladarse un poco. Me pregunto dónde estará. Me encantaría saberlo. ¿Qué le sucede, Estirada?

—Nada.

—Desde que ha entrado aquí tiene una expresión extraña en la mirada.

—Tonterías.

Entonces, de repente, creí oír un movimiento por encima de nuestras cabezas.

—Lo cierto es que está usted asustada.

La niña se detuvo bruscamente. Abrió los ojos como platos al tiempo que se volvía hacia la escalera. Ella también había oído algo. Se me acercó más y la tomé de la mano. Escuché entonces el crujido de una tabla del piso superior. Kate me tiró del brazo, pero yo no me moví de donde estaba.

—Es el fantasma—susurró Kate, y mostraba una verdadera expresión de temor en el rostro.

—Voy a echar un vistazo —dije.

Ella sacudió la cabeza y retrocedió, alarmada.

Permaneció muy quieta durante unos instantes. Después se me acercó y yo empecé a subir la escalera seguida de cerca por ella.

Llegamos a un rellano. Escuché una respiración profunda. Kate también la percibió porque me apretó la mano con fuerza.

Había tres puertas que daban al rellano, todas cerradas. Permanecí de pie, escuchando. Entonces volví a percibir el sonido de una respiración. Me quedé muy quieta, sin dejar de escuchar. Sabía que alguien estaba esperando detrás de la puerta más cercana a nosotras.

Me dirigí resuelta hacia la puerta, puse la mano sobre el picaporte, la abrí de un tirón y entré en la estancia.

Un hombre estaba allí..., sin afeitarse, despeinado y sucio. Había un montón de mantas en el suelo, y una bolsa de papel al lado. Observé restos de comida en el

suelo y me tranquilicé. Después de todo, aquel hombre era un ser humano. En realidad, no sé qué había esperado encontrar. Quizá, al igual que Kate, temí encontrarme con el fantasma de Cosmo. El hombre que tenía ante mí no era más que un viejo vagabundo.

—Eh, ¿qué sucede? —dijo el hombre.

—Es Harry Tench —dijo Kate acercándose.

Harry Tench. Conocía aquel nombre. Lo había oído mencionar en relación con el asesinato.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre—. Solo la conozco a ella —dijo, indicando a Kate—. ¿Y qué anda buscando aquí? Yo no le hago daño a nadie.

—No, no —dije—. Solo hemos venido a echarle un vistazo a la casa. Oímos un ruido y subimos.

—Nadie viene a visitar este lugar. ¿Qué daño he hecho yo?

—Ninguno, ninguno. Siento mucho haberle molestado.

—Duelmo aquí. No tengo ningún sitio adonde ir, y no hago ningún daño. No se le ocurra echarme de aquí.

—No se preocupe —intervino Kate, que se había recuperado con rapidez del susto—. Creímos que era usted un fantasma.

El hombre hizo una mueca y dejó al descubierto unos dientes amarillentos.

—No tema —dije—. Vamos, Kate.

La tomé de la mano y salimos de la habitación. Cerré la puerta y bajamos la escalera.

—Vamos —dije—, salgamos de aquí.

Cuando nos alejábamos, Kate dijo:

—Estaba usted realmente asustada.

—No tanto como tú. Creo recordar que estuviste a punto de echar a correr.

Permaneció en silencio un rato y luego continuó:

—Tiene mucho valor... al dormir ahí, en un sitio donde se cometió un asesinato. Usted no haría eso, ¿verdad, Estirada?

—Preferiría estar mucho más cómoda de lo que estaba ese pobre hombre.

Seguimos cabalgando y, al cabo de un rato, Kate señaló:

—Mire, aquello es Seashell. Allí vivíamos antes.

Se trataba de un lugar pequeño y limpio, con un jardín bien cuidado, y unas cortinas de encaje en las ventanas. Nos acercamos lo suficiente para que yo viera que las conchas marinas habían sido colocadas de nuevo. Me resultó difícil imaginar a lady Perrivale viviendo en aquella pequeña casita; y su hija y su padre también habían estado con ella.

Me pregunté quién sería el padre de Kate. ¿Se lo podía preguntar? Quizá le hiciera algunas preguntas cuidadosamente elegidas en el momento oportuno. Debía recordar lo astuta que era Kate y tener mucho cuidado con ella.

—Vamos —dijo la niña—. Vayamos a ver si Yayo está en casa.

La casa Dower era muy distinta a Seashell. La había visto desde la distancia, pues no se hallaba muy lejos de Perrivale Court. Entre ambas había un camino y lo seguimos.

Se trataba de una residencia encantadora. Supuse que había sido construida durante el período isabelino, puesto que mostraba con claridad una arquitectura de estilo Tudor, con ladrillo rojo y ventanas con cortinas de encaje. Uno de los muros aparecía cubierto de enredaderas y había un prado muy bonito bordeado por macizos de flores.

Desmontamos de nuestros caballos, los dejamos atados y atravesamos la puerta de entrada. La casa parecía en silencio.

—Apuesto a que está en el jardín —dijo Kate.

Me indicó el camino, dando la vuelta a la casa. Pasamos junto a un pequeño huerto y entramos en un jardín amurallado que parecía una reminiscencia del período en que fue construida la casa. Había plantas que subían por la pared de ladrillo, y macizos de lo que supuse serían hierbas aromáticas rodeando un estanque en cuyo centro había una pequeña fuente. Cerca del estanque estaba un hombre sentado en un sillón de madera labrada.

—¡Yayo! —gritó Kate.

Me extrañó que el hombre tuviera un aspecto tan juvenil para su edad. Más tarde me di cuenta de que no debía de tener más de cincuenta años, pero parecía diez años más joven. Era de espalda recta, muy erguido y, sin duda, elegante. Observé su parecido con lady Perrivale y con Kate. Tenía el cabello de un color muy similar al de ellas, pero algo más blanco en las sienes, y mostraba un matiz verde en los ojos. Pero, al igual que a Kate, le faltaban aquellas cejas y párpados oscuros que hacían de lady Perrivale una belleza tan asombrosa. Las cejas del hombre eran tan claras que casi no parecían existir, lo que le daba un aspecto mucho más joven.

Al vernos, se levantó y se acercó. Kate corrió hacia él. El hombre la tomó de las manos y la balanceó alrededor de él. La niña se echó a reír de alegría, y yo pensé: «Aquí hay alguien que a ella le importa de veras». Me alegró observar que Kate era capaz de sentir afecto.

—Eh, jovencita —dijo el hombre—. Estás olvidando tu buena educación. ¿Qué te parece si nos presentas? No me lo digas... Ya lo sé, claro...

—¡Es Estirada! —gritó Kate.

—Rosetta Cranleigh —dije.

—Señorita Cranleigh, encantado de conocerla. Su fama ha llegado hasta esta casa. Mi hija, lady Perrivale, ya me ha contado el maravilloso trabajo que ha hecho usted con nuestra pequeña bellaca.

—¿Qué es una bellaca? —preguntó Kate.

—Será mejor que no lo sepas, ¿no le parece, señorita Cranleigh? Me alegro mucho de que haya venido a visitarme.

—Este es el mayor Durrell —dijo Kate—. Los mayores son personas muy importantes, ¿verdad, Yayo?

—Si tú lo dices, querida —dijo él elevando una de sus pálidas cejas en mi dirección, con una expresión conspiratoria—. Y ahora venga a sentarse. ¿Le apetece un refresco?

—Oh, sí, por favor —dijo Kate.

—¿Un poco de vino?

—Y uno de esos pastelitos tan buenos —dijo la niña.

—Pues claro que sí. Mira, querida, vas y le dices a la señora Carne que estáis aquí y que traiga lo que queráis.

—Muy bien —dijo Kate.

Cuando se hubo marchado, el mayor Durrell se volvió hacia mí.

—La señora Carne viene las mañanas de los días laborables a cuidar de la casa. También viene dos tardes por semana como un favor especial. Afortunadamente, hoy es una de esas tardes. Aparte de eso, yo cuido de mí mismo. Uno aprende a hacerlo cuando ha estado en el ejército. Soy un hombre bastante mañoso, lo cual me evita muchos problemas. Venga y siéntese aquí, señorita Cranleigh. ¿No le parece que este es un magnífico lugar?

—Oh, sí. Es muy pacífico.

—Yo también lo creo. Y la paz es una adquisición muy deseable cuando se ha alcanzado mi edad. Estoy seguro de que está usted de acuerdo conmigo.

—Creo que es deseable a cualquier edad.

—Ah, pero los jóvenes prefieren la aventura. Desean cualquier excitación, sin importarles lo que tengan que pagar por ello. Yo ya he vivido lo mío y ahora, gracias al cielo, puedo apreciar la paz. Me alegra mucho que haya venido usted a enseñar a mi nieta, y que tenga tanto éxito en su tarea.

—Aún es demasiado pronto para afirmarlo así. Estoy con ella desde hace muy poco tiempo.

—Pero todos están encantados. Ha habido muchas discusiones. La pobre niña..., para ella no ha sido fácil. En el fondo es una buena criatura. El problema consiste en saber encontrar el camino que conduce a esa bondad. Lo que más necesita es comprensión.

Me sentí atraída por él. Se sentía orgulloso de su nieta y sus palabras me confirmaban lo que yo pensaba de Kate.

—Sí, estoy de acuerdo. Una tiene que encontrar la forma de comprenderla.

—Ya me entiende..., desarraigada..., con un padrastro. Una niña se tiene que adaptar y eso no es fácil cuando se tiene la naturaleza de Kate.

Había franqueza en su forma de ser. Resultaba mucho más fácil hablar con él que con la madre o el padrastro de Kate.

—Si alguna vez tuviera usted cualquier tipo de dificultades con Kate..., confío en que no dude en venir a verme.

—Es muy amable de su parte. Para mí es un gran consuelo saberlo.

Me hizo sentir que éramos aliados, y me pareció sorprendente que lo hubiera conseguido en tan poco tiempo.

Kate regresó diciendo que la señora Carne no tardaría en llevar el vino y los pastelitos.

—Y ahora ve a sentarte cómodamente junto al estanque, Kate. Hay nuevos pececillos de colores. ¿Los ves?

—Oh, sí. Son encantadores.

—Tiene usted el jardín muy bien cuidado —comenté.

—Yo soy el jardinero. Siempre pienso que hay mucha paz en el jardín.

La señora Carne apareció con los refrescos. Era como me la había imaginado: rolliza, de mejillas sonrosadas, mediana edad y sin duda sentía cierto afecto por el mayor Durrell, algo que no me sorprendía en absoluto. Se mostró protectora, admirativa y autoritaria con él.

—Aquí está todo, mayor, y los pastelitos han sido preparados esta misma mañana.

—Es usted un ángel, señora Carne.

—Bueno, es un placer —replicó ella riendo.

—Le presento a la señorita Cranleigh —dijo él.

No hubo necesidad de explicar la razón de mi presencia allí con Kate. Supuse que la señora Carne estaría al tanto de todo lo que sucedía en Perrivale Court. Hizo un gesto de despedida hacia donde yo estaba y se marchó.

—Es una buena mujer —dijo el mayor—. A veces me trata como si fuera un novato, pero confieso que me encanta ser mimado. ¿De modo que le gusta mi jardín? He hecho muchas cosas en él, desde diseñarlo hasta plantarlo y cuidarlo. Un hombre viene todas las mañanas y se ocupa de los trabajos más pesados.

—¿Hace mucho tiempo que está aquí?

—Desde que se casó mi hija. La casa fue una especie de regalo de bodas. Supongo que considera insólito que sea el padre de la novia el que recibe un regalo así, pero Mirabel no podía permitir que su padre viviera en una pequeña casa de campo. Hizo las cosas de tal manera que dio la impresión de que venir a vivir aquí sería un regalo para ella.

—Esta misma tarde pasamos por Seashell.

—En cierto sentido es bastante encantadora. No hay mucho espacio para el jardín, claro, sobre todo si se compara con esta casa.

—Le conté a Estirada cómo saqué las conchas marinas y la bauticé casa del Infierno.

—Ahí tiene, señorita Cranleigh, a eso tiene que enfrentarse.

—Pues a ti te pareció divertido, Yayo.

—Bueno, quizá me lo pareciera. Pero ¿qué estaba diciendo? Ah, sí, esta casa ha representado una gran mejora, y aquí me siento muy feliz.

—Debe de ser muy reconfortante sentirse tan a gusto.

—Sí, lo es..., sobre todo después de una carrera bastante accidentada. La vida en el ejército no es precisamente un lecho de rosas, créame. Y entonces llegué aquí... Mi hija se instaló felizmente..., y mi nieta empieza a recorrer ahora, con firmeza, el sólido y recto camino por el que la conduce su excelente institutriz.

Levantó una ceja al mirarme y comprendí que aquel era un gesto habitual en él.

—Yayo ha viajado por todo el mundo —me informó Kate—. Ha estado prácticamente en todas partes.

—Comprenderá que eso no es más que una exageración, señorita Cranleigh.

Le sonreí, comprensiva.

—Los mayores son las personas más importantes en el ejército —continuó Kate.

—Mi querida nieta elimina de un plumazo a todos los generales, mariscales de campo, coroneles y todos los que tienen la impresión de ser los más importantes.

—Bueno, tú lo eres —insistió la niña.

—¿Quién sería tan grosero como para contradecir a una admiradora tan leal? Cierto que he viajado un poco: la India, Egipto, en fin, allí adonde me llevaba mi deber.

—Cuéntanos, Yayo —rogó Kate.

Habló bastante mientras tomábamos el vino, sobre todo de su vida en la India cuando era un joven oficial.

—Aquellos sí fueron buenos tiempos, pero el clima y también la incertidumbre... Yo era demasiado joven para comprender la sublevación..., pero la sensación siempre estaba presente.

Mientras hablábamos, Kate no dejaba de mirarme, asegurándose de que quedaba debidamente impresionada. Estaba claro que para ella su abuelo era un héroe. Después, habló de Egipto, Sudán, y volvió a la India. Finalmente, dijo:

—Estoy hablando demasiado. Eso es culpa de Kate. Siempre me engatusa para que hable, ¿no es así, nieta?

—Me gusta —contestó Kate—. Y a usted también, ¿verdad, Estirada?

—Es muy fascinante —admití.

—Me alegro de que lo parezca. Espero que eso la induzca a visitarme de nuevo.

—A mí me habría gustado estar en todos esos sitios —dijo Kate.

—Ah, a veces resulta mucho mejor hablar de las cosas que vivirlas.

—Debe de echar de menos usted tantas aventuras —dije.

—Antes le dije lo mucho que aprecio la vida tranquila. Ya he corrido suficientes aventuras. Lo único que deseo ahora es instalarme y disfrutar con las visitas de mi familia, y saber que están bien y son felices.

—Una ambición muy noble —afirmé—. Pero cómo ha volado el tiempo. Tenemos que regresar, Kate.

—Prométame que volverá otra vez.

Le di las gracias y Kate se le colgó del cuello y lo abrazó. Yo estaba asombrada ante la conducta de la niña. Era muy diferente a como se comportaba normalmente. Me sentí encantada al observar el afecto existente entre ella y su abuelo.

—¿No le parece que Yayo es maravilloso? —me preguntó cuando ya cabalgábamos de regreso a casa.

—Ha tenido una vida muy interesante, desde luego.

—Es la vida más interesante que alguien haya tenido nunca. Claro que usted naufragó..., y eso ya es algo. Tendría que habérselo contado.

—Estoy segura de que sus aventuras eran mucho más interesantes.

—Oh, sí. Pero la suya tampoco está nada mal. Se lo puede contar la próxima vez.

Desde luego, habría una próxima vez, lo cual me alegraba.

Aquella noche, ya acostada, repasé la aventura de aquella tarde. Había estado llena de acontecimientos. Primero el encuentro con Harry Tench, y luego haber conocido al mayor. Aquellos dos hombres debían de estar allí en la época del asesinato.

Me imaginé al mayor viviendo en Seashell, en compañía de su hija y de su

nieta. Podría enterarme de muchas cosas a través de él. Un hombre como él sabría sin lugar a dudas qué pasaba a su alrededor, y probablemente tendría sus propias teorías.

Debía cultivar la amistad del mayor.

Pensé que había sido una tarde de lo más provechosa.

* * *



La tumba del marino

La visita al mayor resultó un éxito mucho mayor del que había creído. Kate se hizo más amiga mía a consecuencia de ello. Yo le había gustado a su abuelo y ella había llegado a la conclusión de que este me gustaba a mí; y como él era un héroe ante sus ojos, aumenté muchos puntos en su estimación.

La niña hablaba de él con franqueza, me contaba las maravillosas aventuras que había vivido, cómo había participado en batallas triunfales, y aseguraba que era el único responsable del éxito del Imperio británico. Kate jamás podía hacer o pensar algo a medias.

Me encantó la creciente amistad que se fue desarrollando entre nosotras.

Las lecciones ya no planteaban ningún problema. Había sido un verdadero golpe de suerte introducirla en la lectura de libros con fuertes argumentos narrativos. Casi habíamos terminado de leer *La isla del tesoro*, y nos esperaba *El conde de Montecristo*.

Yo utilizaba la lectura de aquellos libros como una especie de chantaje inconsciente.

—Bueno, esas sumas son un tanto difíciles, pero cuando las hayamos terminado nos dedicaremos a ver qué le ha sucedido a Ben Gunn.

El éxito que había alcanzado con ella me extrañaba tanto como a los demás. Empezaba a comprender que Kate era algo más que una niña rebelde y caprichosa. Suponía que había razones detrás de todo aquello. Y estaba decidida a descubrir más cosas al respecto.

Durante todo ese tiempo no me olvidé ni un solo instante de la verdadera razón por la que estaba allí. Deseaba ver al mayor a solas. Me sería difícil hacer preguntas comprometidas en presencia de Kate. Ella ya se mostraba un poco sospechosa a consecuencia de mi interés por el asesinato. Claro que yo no podía ir sola a visitar al mayor. Quizá surja la oportunidad, me dije, y cuando suceda debo estar preparada para aprovecharla.

Sabía que Kate sentía un interés por las cosas morbosas, de modo que no me sorprendió descubrir la gran fascinación que para ella tenía el cementerio.

La iglesia era muy antigua y famosa por su arquitectura normanda. No estaba muy lejos de Perrivale Court y a menudo pasábamos cerca.

—Imagínatelo —dije mientras cabalgábamos hacia ella—. Fue construida hace tantos años..., casi ochocientos.

Estábamos «aprendiendo», como decía Kate, la historia de Guillermo el Conquistador, y ella empezaba a interesarse por él debido a la forma particular que había empleado para pretender a su esposa Matilde, golpeándola en las calles. Tales incidentes encantaban a Kate y yo los resaltaba cada vez que los encontraba, como una manera de estimular su interés.

—Construyó muchos sitios aquí —dijo la niña—. Castillos, iglesias y otros edificios. Y todos los del cementerio..., algunos deben de estar ahí desde hace varios cientos de años.

—Seguro que te interesa más pensar en eso que en los maravillosos arcos y torres normandas. La iglesia es muy interesante.

—Entremos —dijo ella.

Dejamos atados los caballos y entramos. El silencioso ambiente interior la impresionó un poco. Estudiamos la lista de vicarios, que se remontaba a mucho tiempo atrás.

—Todo esto da una maravillosa sensación de antigüedad —dije—. No creo que esa sensación se obtenga en ningún otro lugar mejor que en una iglesia.

—Perrivale es muy antiguo.

—Sí, pero allí vive gente y la modernidad se instala poco a poco.

—Vayamos al cementerio.

Salimos y nos encontramos inmediatamente entre las lápidas de piedra.

—Le mostraré el panteón de los Perrivale si quiere.

—Sí, me gustaría verlo.

Permanecimos de pie ante él. Estaba muy ornamentado y era imponente.

—Me pregunto cuántas personas hay enterradas aquí —dijo Kate.

—Supongo que bastantes.

—Cosmo está aquí. Me pregunto si sale por la noche. Apuesto a que sí.

—Tu mente siempre anda dándole vueltas a lo macabro.

—¿Qué es lo macabro?

Se lo expliqué, y ella dijo:

—Bueno, es lo que hace que los cementerios sean interesantes. Si no estuvieran llenos de gente muerta, serían como cualquier lugar. Son los muertos los que producen los fantasmas. No se puede ser un fantasma hasta haber muerto. Vamos, quiero enseñarle algo.

—¿Otra tumba?

Corrió delante de mí y yo la seguí. Se detuvo frente a una de las tumbas. No había ningún ornamento en ella, ni lápida grabada, ni ángeles o querubines, ningún epitafio. Solo una piedra sencilla con el nombre «Thomas Parry» y la fecha. Estaba rodeado por un bordillo de piedra que la separaba de las demás, y en él había un frasco de mermelada vacío y con algunas florecillas que parecían arrancadas de los parterres cercanos.

—¿Quién fue? —pregunté—. ¿Y por qué te interesa tanto esta tumba?

—Fue el que cayó por el acantilado y se ahogó.

—Ah..., ya recuerdo. Me lo mencionaste una vez.

—Dijeron que estaba borracho.

—Bueno, supongo que lo estaba. Me pregunto quién le puso esas flores. Alguien piensa en él. Alguien tiene que recordarle. —Ella no dijo nada—. ¿Quién era? —pregunté de nuevo—. ¿Le conociste?

—No vivía aquí. Solo vino y se dirigió hacia el acantilado.

—Qué estupidez haberse emborrachado tanto para hacer tal cosa.

—Quizá alguien le empujó.

—Pero si dijiste que estaba borracho...

—Bueno, alguien pudo haberlo dicho. Creo que camina por las noches. Sale de la tumba y camina por el cementerio hablando de asesinato.

Me eché a reír. Kate se volvió hacia mí. Tenía una expresión muy seria en el rostro.

Después se encogió de hombros y empezó a alejarse. La seguí. Me volví una sola vez hacia aquella patética tumba, descuidada, a excepción de un frasco viejo de mermelada lleno de flores silvestres.

Dick Duvane acudió a Perrivale Court, procedente de Trecorn Manor. Me traía varias cartas, junto con una nota de Lucas. Dijo que esperaría una respuesta.

Las cartas eran de Londres, una de mi padre y la otra de tía Maud.

Abrí la nota de Lucas.

Querida Rosetta:

¿Qué tal te sienta el papel de institutriz? ¿No te has cansado todavía? Dime que sí y acudiré inmediatamente a recogerte.

En cualquier caso, necesito verte. ¿Podríamos vernos mañana por la tarde? Nos encontraremos en la posada El Rey Marino. ¿Nos vemos allí o prefieres que acuda directamente a la casa? Podría llevarte un caballo. Quiero hablar contigo. Siempre devoto de tus intereses,

LUCAS

Recordé mi entrevista con lady Perrivale, quien me había dicho que podía tomarme una tarde libre de vez en cuando. Le escribí a Lucas una nota apresurada diciéndole que nos encontraríamos en El Rey Marino, al día siguiente, a las dos y media de la tarde.

Después me llevé las cartas a mi habitación y las leí. Ambas eran como había esperado que fueran. Mi padre se mostraba bastante afectado. No comprendía por qué razón me había parecido necesario aceptar un trabajo. Si lo que deseaba era trabajar, él podría haberme encontrado algo adecuado, quizá en el museo. Confiaba en que regresara pronto a casa y habláramos sobre lo que yo deseaba hacer.

No logré imaginarme explicárselo todo a mi padre. Sentí pena por él. Supuse que tía Maud le había instado a que me escribiera desaprobando mi actitud.

No cabía la menor duda sobre los sentimientos de tía Maud.

Mi querida Rosetta:

¿Cómo has podido? ¡Una institutriz! ¿En qué estás pensando? Sé que algunas mujeres se ven obligadas a realizar ese trabajo, pero no es tu caso. Si quieres aceptar mi consejo, deberías abandonar inmediatamente esa tontería. Hazlo con rapidez. La gente no tiene por qué enterarse de nada, o si se entera se puede decir que fue un impulso alocado. Lo ideal para ti sería pasar una temporada en Londres, pero sabes que actualmente no es posible. Sin embargo, eres hija de un profesor, de un hombre muy respetado en los círculos académicos. Habrías tenido tus oportunidades..., pero ¡institutriz!

La carta continuaba expresando cosas por el estilo a lo largo de varias cuartillas, que leí por encima. La reacción se parecía tanto a la que me esperaba que no me conmovió en absoluto.

Me sentía mucho más interesada por mi próximo encuentro con Lucas.

Al día siguiente, le dije a Kate que iba a ver a un amigo.

—¿Puedo ir yo también?

—Oh, no.

—¿Por qué no?

—Porque no has sido invitada.

—¿Y qué haré mientras esté usted fuera?

—Te divertirás.

—Pero yo quiero ir.

—Esta vez no.

—¿La próxima ocasión?

—No somos nosotros quienes decidimos el futuro.

—Es usted la institutriz más desconcertante.

—En tal caso, hago honor a mi alumna.

Se echó a reír. Desde luego, en el corto espacio de tiempo que llevaba allí habíamos recorrido un largo camino. Habíamos establecido unas relaciones que antes me habrían parecido imposibles.

Kate se resignó, aunque de mala gana. Sin embargo, se refirió una vez más a mi deserción.

—Yo le he enseñado cosas —murmuró—. Le he presentado a Yayo y la he llevado a la tumba.

—Ambas cosas las sugeriste tú. Yo no te lo pedí. Además, las personas tienen derecho a que al menos una parte de su vida sea privada.

—Y ese hombre con el que se va a ver ¿está en su vida privada?

—Como no lo conoces, puedo decirte que sí.

—Pues lo conoceré —me dijo amenazadoramente.

—Es posible..., quizá algún día.

Le habría gustado montar un berrinche, pero no se atrevió. Su vida había cambiado desde mi llegada y eso se debía a mi presencia. En cierto sentido, me consideraba como su *protégée*. Disfrutaba estando conmigo, que era la razón por la que armaba tanto alboroto: solo porque iba a dejarla durante algunas horas. Pero yo

había logrado hacerle sentir verdadero temor ante la posibilidad de marcharme, y eso la contenía.

Aquella noche, en mi habitación repasé lo sucedido en los últimos días y pensé que había progresado bastante, aunque, desgraciadamente, no había avanzado nada en mi proyecto principal. Eso había permanecido más o menos estático. En lo que sí había progresado extraordinariamente era en mi nueva vida como institutriz de Kate Blanchard. Ciertamente que había conocido a personas que estuvieron cerca del lugar de los hechos, lo cual me daba esperanzas de realizar algún día un buen descubrimiento. Necesitaba tiempo para hablar con esas personas, para conocerlas, y debía hacerlo de manera natural para que ellas no sospecharan mis verdaderas motivaciones.

Habría querido descubrir algo sobre el primer marido de Mirabel, el señor Blanchard. ¿Cómo era? ¿Cuándo había muerto? ¿Cuánto tiempo transcurrió desde su muerte y la llegada de Mirabel a Cornualles, en compañía de su padre y de su hija? No debieron de estar muy bien de medios económicos, puesto que la pequeña casa en la que se instalaron era muy humilde..., al menos en comparación con Perrivale Court y con la casa Dower.

Quizá aquello no fuera más que simple curiosidad por mi parte. Pero no del todo. Mirabel había sido una de los protagonistas principales del drama, y sería muy ventajoso saber de ella todo lo posible.

Después pensé en Lucas, recordando su proposición con cierta ternura. Sentía un gran anhelo de contarle por qué razón estaba en la mansión de los Perrivale, y sabía que ese anhelo se intensificaba cuando me encontraba a su lado.

Me senté junto a la ventana, mirando hacia el patio. Estaba tratando de convencerme de que Lucas sería de una gran ayuda para mí. ¡Qué alivio sería compartir todo aquello con él! Se preocupaba por mí..., después de él, claro. Sonreí al recordar sus palabras.

Si le hacía jurar que no traicionaría a Simon..., ¿sería posible?

Pero no debía hacerlo aún, me dije. Aquel secreto no me pertenecía. Simon me lo había confiado porque supuso que jamás tendríamos oportunidad de salir de la isla, y necesitó confiar en alguien. Además, existió una relación muy especial entre ambos. Yo me había dado cuenta de eso... tanto como él.

De pronto, capté una luz en una de las ventanas de enfrente. Era débil, y supuse que procedía de una vela. Parpadeó y luego desapareció.

Quedé asombrada. Recordé entonces una conversación que había mantenido con Kate unos días antes. Estábamos sentadas ante mi ventana, mirando hacia el patio.

—¿De quiénes son las habitaciones de enfrente? —pregunté.

—¿Se refiere a la del piso superior? ¿Ve usted algo especial allí?

—No. ¿Debería verlo?

—Me preguntaba si habría visto el fantasma del papá de Padrito.

—Tus preocupaciones por los fantasmas se están convirtiendo en una verdadera manía.

—Siempre pasa en las grandes mansiones, sobre todo cuando ha ocurrido un

asesinato. Esa habitación de allí es el dormitorio del papá de Padrito. Ahora ya casi nadie va por ahí.

—¿Por qué no?

—Bueno, pues porque murió ahí. Mi madre dice que una tiene que mostrar respeto.

—¿Respeto?

—Bueno, murió ahí, ¿no?

—Pero alguien tiene que entrar, aunque solo sea para limpiar.

—Espero que sí. De todas formas, ahí no hay nadie..., excepto la mamá de Padrito con María. Las dos pasan ahí la mayor parte del tiempo.

—¿María?

—Su doncella. Creo que por ahí rondan los fantasmas. Sir Edward murió en ella.

Creí que solo se trataba de una muestra más de las preocupaciones de Kate y me olvidé del asunto. Pero cuando vi oscilar aquella luz, un escalofrío me recorrió la espalda.

Me eché a reír para mis adentros. Kate estaba empezando a afectarme con sus obsesiones.

Tal y como había dicho ella, debía de ser porque se había cometido un asesinato relacionado con aquella mansión.

Después de todo, la niña tenía razón. Yo estaba allí precisamente a causa de aquel asesinato.

Lucas estaba en El Rey Marino, esperándome, y me sentí muy feliz de volver a verle.

Se levantó y tomó mis manos. Nos observamos escrutadoramente durante unos segundos y después me besó en la mejilla.

—Ser institutriz te sienta estupendamente —me dijo—. Bien, sentémonos. ¿Cómo van las cosas? He pedido sidra. Es demasiado temprano para el té, ¿no te parece? —Me mostré de acuerdo—. ¿De modo que te permiten dar una vuelta a caballo de vez en cuando? —siguió preguntándome.

—Son muy afables —contesté, asintiendo.

—¿Y tu alumna?

—La estoy domesticando.

—Pareces sentirte muy orgullosa.

—Lucas, ¿cómo van las cosas en Trecorn Manor? ¿Y los niños...?

—Están muy dolidos por tu ausencia.

—Oh, no, ¿de veras?

—Sí, de veras. Preguntan por ti veinte veces al día. ¿Cuándo va a volver? Bien, yo te hago la misma pregunta.

—Todavía no, Lucas.

—¿Qué satisfacción obtienes de esto?

—No te lo puedo explicar, Lucas. Desearía poder hacerlo.

Me di cuenta de que la confesión afloraba a mis labios. «Pero ese secreto no te pertenece», me recordé una y otra vez.

— ¡Una institutriz! Es lo último...

— He recibido cartas de casa.

— ¿De tía Maud?

— Sí, y también de mi padre.

— ¡La buena y vieja tía Maud!

— Lucas..., por favor, compréndelo.

— Lo intento.

Nos trajeron la sidra y permanecemos en silencio durante un rato. Después, dijo:

— Tú y yo pasamos por una experiencia extraordinaria, Rosetta. No ha podido dejar de afectarnos. Míranos. A ti te ha convertido en institutriz y a mí en lisiado.

— Querido Lucas — dije y extendí una mano por encima de la mesa, tocando la suya.

Él me la tomó y sonrió.

— Me hace mucho bien volver a verte — dijo—. Si ser institutriz se te hace insoportable algún día y no quieres regresar junto a tía Maud..., bueno, ya sabes que hay un refugio esperándote.

— No lo olvido. Es un consuelo saberlo. Siento por ti tanto cariño, Lucas...

— Ahora espero la aparición del «pero».

— Desearía... — empecé.

— Yo también lo desearía. Pero no nos pongamos sentimentales. Cuéntame cosas de este lugar. Da la impresión de que hubiera un misterio envolviéndolo todo.

— Bueno, claro. Eso se debe a lo que sucedió.

— Hay algo respecto a un caso de asesinato no solucionado. Eso es algo muy insatisfactorio. Siempre queda un signo de interrogación. Por lo que se sabe, podrías estar viviendo en la misma casa de un asesino.

— Tal vez.

— ¿Lo dudas? Se trata de algo muy evidente. ¿Acaso el culpable no huyó?

— Pudo haber tenido otras razones para hacerlo.

— Bueno, en cualquier caso no es asunto tuyo. Lo que sucede es que estás en esa casa. No me gusta que estés ahí. Y no solo por lo del asesinato. ¿Los ves con mucha frecuencia?

— Me paso la mayor parte del tiempo con Kate.

— Ese pequeño horror.

— Bueno..., a mí me parece una niña interesante. Estamos terminando de leer *La isla del tesoro*.

— ¡Qué felicidad!

— Y vamos a empezar *El conde de Montecristo* — añadí riendo.

— No sabes cuánto me maravilla.

— No te burles. Si conocieras a Kate te darías cuenta de los tremendos progresos que he logrado con ella. Creo que ahora incluso le caigo bien.

— ¿Y qué tiene eso de extraordinario? También gustas a otros.

— Pero no son como Kate. Es algo fascinante, Lucas. Todo ese lugar es

fascinante. Y da la impresión de que detrás de todo hay algo.

—Creo que vuelves al caso del asesinato.

—Bueno, hubo un asesinato. Supongo que cuando sucede algo violento, eso afecta a las personas... e incluso a los lugares.

—Ahora comprendo lo que te interesa. Dime, ¿qué has descubierto?

—Nada... o muy poco.

—¿Ves con frecuencia a la fascinante Mirabel?

—De vez en cuando.

—¿Y es realmente tan fascinante?

—Es muy hermosa. La vimos, ¿recuerdas?, cuando nos encontramos con aquel rebaño de ovejas. Debes admitir que es extraordinaria.

—Hummm.

—Yo solo la veo en mi calidad de institutriz. Me ha dicho con toda claridad que está muy satisfecha conmigo. Al parecer, soy la única institutriz que ha logrado que su hija se comporte casi como una niña normal. En realidad, fue bastante fácil. Kate se dio cuenta desde el principio de que yo no tenía ninguna necesidad de estar allí, y luego la amenacé con marcharme si las cosas se ponían demasiado difíciles. Resulta extraño observar la gran fuerza que puede haber en la indiferencia.

—Siempre lo he sabido. Esa es la razón por la que pretendo mostrarme indiferente ante las circunstancias.

Apoyé los codos sobre la mesa y le observé con atención.

—Sí, así es como actúas, Lucas. Y luego resulta que no eres tan indiferente como aparentas.

—Casi nunca. Pero hay una cosa ante la que no soy indiferente: tu trabajo como institutriz. Tengo sentimientos muy fuertes al respecto. Es algo que no puedo disimular. Háblame más de ellos. Se han portado bien contigo, ¿verdad?

—De modo irreprochable. Dispongo de tiempo de vez en cuando, como ves, para dar un paseo a caballo. Me han elegido una montura especial, una yegua de color castaño. Se llama Goldie.

Me eché a reír. Me sentía muy feliz por el hecho de que me hubiera pedido que nos viéramos.

—Suena divertido —dijo.

—Lo es. Ella desea demostrarme que no me consideran una institutriz vulgar. Hija de un profesor y todo eso. La situación me hace pensar en la época en que Felicity apareció en casa. Es todo muy parecido.

—Solo que las cosas fueron más fáciles para ella.

—Mi querida Felicity. Nos hicimos buenas amigas desde el principio.

—¿Les has contado tus éxitos?

—Todavía no. En realidad hace muy poco tiempo que estoy en esa mansión. Voy a escribirle un día de estos. Pero antes de hacerlo quiero ver cómo van saliendo las cosas. Te estaba hablando de Mirabel, la joven lady Perrivale. Hay otra mucho más vieja, ¿sabes? Me siento inclinada a pensar en ella como Mirabel porque así fue como la llamaron los periódicos. Se muestra muy afable conmigo, y también sir Tristan.

—¿Así que también lo conoces a él?

—Solo le he visto algunas veces, pero fue él quien ordenó que me destinaran una montura. Y es posible que me inviten a alguna que otra cena.

—Una especie de propina para una buena institutriz..., siempre y cuando no sea en una ocasión muy importante y se necesite a alguien para completar el número de comensales, ¿no?

—Creo que puede haber una ocasión importante. Están pensando en invitarte a ti y a Carleton. Lo han demorado debido a la muerte de Theresa.

Vi una expresión de interés en sus ojos.

—¿De modo que tú y yo seremos invitados?

—Vendrás cuando te inviten, ¿verdad, Lucas?

—Desde luego.

—¿Está mejor Carleton?

—No creo que lo supere nunca —contestó, encogiéndose de hombros—. Nosotros, los Lorimer, somos muy fieles.

—Pobre Carleton. Siento pena por él.

—Y yo me siento culpable. Antes le envidiaba, siempre estaba preguntándome por qué le salían bien todas las cosas. ¿Por qué me había sucedido esto a mí, mientras que él llevaba una vida feliz? Y ahora está mucho peor que yo. Yo tengo una pierna inútil y él ha perdido a la persona que más le importaba en esta vida. Desearía hacer algo por él, pero no sé qué.

—Quizá vuelva a casarse.

—Eso sería lo mejor. Necesita una esposa. Se siente perdido sin Theresa. Pero, claro está, eso sucederá en el futuro..., en un lejano futuro. Trecorn no es un lugar muy feliz por el momento. Si regresaras aliviarías mucho la situación.

—Y los niños... ¿se sienten felices? —pregunté.

—Son demasiado pequeños para permanecer tristes mucho tiempo. Creo que todavía preguntan por su madre y lloran por ella..., pero luego se olvidan. La buena de Nanny Crockett se comporta maravillosamente con ellos, pero no la perdono por haber organizado todo este alboroto. ¿Qué pudo haberla decidido a ponerlo en marcha? —Me miró fijamente y yo me ruboricé—. Tiene que haber una razón.

Yo me estaba diciendo: «Explícaselo. Se lo debes».

Pero no podía hacerlo. Seguía pensando que no era mi secreto. Al cabo de un rato de silencio, Lucas continuó:

—Creo comprender. Ya nunca seremos como antes, ¿no? A veces recuerdo la primera vez que nos encontramos. Qué diferentes éramos entonces... los dos. ¿Me recuerdas como era entonces?

—Sí, perfectamente.

—¿Era diferente?

—Sí —contesté.

—Tú también lo eras. Ibas a la escuela..., eras muy joven, ávida, inocente. Y después, en el barco, cuando nos sentábamos en cubierta a charlar. ¿Te acuerdas de Madeira? No sabíamos nada de la fatalidad que estaba a punto de sucedernos. —Yo lo iba recordando todo a medida que él hablaba—. Lo siento. No debería habértelo

recordado. Si tuviéramos sentido común haríamos todo lo posible por olvidarlo.

—No podemos olvidar, Lucas. Nunca podremos olvidar.

—Podríamos... si nos decidiéramos. Podríamos empezar una nueva vida juntos. ¿Recuerdas cuando hablamos de nuestras iniciales? Dije que era importante que la vida nos hubiera juntado, sin saber entonces lo que íbamos a tener que pasar.

Qué cerca hemos estado desde entonces el uno del otro. Dije que mis iniciales formaban la palabra «infierno»..., por Adrián Edward Lucas Lorimer, y que tú, como R. O, podrías hacerme volver al camino recto. ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo muy bien.

—Pues bien, es cierto. Tú puedes salvarme. ¿Lo ves? Ha terminado por suceder. En aquel momento hablé proféticamente. Tú y yo... seríamos capaces de enfrentarnos a cualquier cosa estando juntos..., de lograr que la vida fuera mejor de lo que era.

—Oh, Lucas..., desearía...

—Deberíamos marcharnos de aquí ahora mismo, a cualquier sitio que se nos ocurra.

—No puedes abandonar Trecorn. Carleton te necesita.

—¿Acaso importaría el lugar donde estuviéramos? Lo ayudaríamos los dos juntos.

—Oh, Lucas... Lo siento. De veras que desearía...

—Comprendo —me dijo, sonriendo de mala gana—. Bien, aprovechemos lo mejor de lo que tenemos. Ocurra lo que ocurra, lo que hemos pasado juntos siempre nos hará amigos muy especiales. Pienso a menudo en aquel hombre..., en Player. Me pregunto qué le sucedió. Me gustaría saberlo, ¿a ti no? —Asentí con un gesto, temerosa de hablar. Él continuó—: Comprendo por qué hiciste esto, Rosetta. Lo estás haciendo porque quieres desprenderte de todo lo que sucedió antes. En cierto modo, tienes razón. Y así, has decidido ir a ese lugar completamente nuevo para ti, con un nuevo ambiente, un nuevo trabajo..., una especie de desafío, sobre todo en lo que se refiere a esa niña. Has cambiado, Rosetta. Y debo decir que, en mi opinión, ella te está ayudando.

—Sí, estoy segura.

—Ha sido muy valiente por tu parte haberlo hecho. En cuanto a mí, creo que soy un poco cobarde.

—Oh, no, no. Sufriste más que yo, y lograste tu libertad.

—Solo porque era un lisiado inútil.

—No eres inútil. Te quiero mucho. Te admiro, y me siento muy agradecida solo de saber que eres mi amigo.

—¿Recordarás eso... siempre? —me preguntó, tomándome la mano entre las suyas.

—Siempre —contesté—. Me alegro mucho de haberte visto. Me siento tan segura al saber que estás cerca...

—Siempre estaré ahí. Y quizá llegue el día en que acudas a mi lado. Y ahora... salgamos de este sitio. Vamos. Enséñame a tu Goldie. Cabalguemos un rato hasta el mar y galopemos por la playa. Digámonos que nuestros ángeles de la guarda nos

sonríen, y que nos concederán todos nuestros deseos. Ahí tienes un bonito discurso sentimental proveniente de un viejo cínico, ¿no te parece?

—Sí, y me encanta escucharlo.

—Después de todo, ¿quién sabe lo que nos espera?

—Nunca se sabe.

Y nos dirigimos hacia donde estaban los caballos.

La señora Ford me detuvo por la mañana cuando me dirigía a la habitación de estudio.

—Nanny Crockett vendrá de visita esta tarde —dijo—. Jack Cáster va a llevar una carga a la granja de los Turner, así que la traerá y podrá pasar aquí un par de horas. Querrá verla, de modo que puede venir a mi habitación para tomar una taza de té.

Le dije que estaría encantada.

Mientras hablábamos, se produjo una pequeña conmoción en el salón. Escuché la voz del jardinero jefe, que decía algo sobre rosas. La señora Ford levantó una de sus cejas.

—Ese hombre —dijo—. Parece como si todo el mundo tuviera que estar pendiente de sus flores. Está armando tanto jaleo que será mejor que baje y vea lo que sucede.

La seguí, impulsada por la curiosidad.

En el salón había varios sirvientes. Littleton, el jardinero jefe, estaba muy enfadado.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —preguntó la señora Ford con tono autoritario.

—Ya lo puede preguntar, señora Ford —contestó Littleton—. Cuatro de mis mejores rosas... que acababan de brotar..., alguien me las ha robado delante de mis narices.

—¿Quién lo ha hecho?

—Eso es lo que me gustaría saber. Si le pudiera poner la mano encima...

—Es posible que las haya cortado milady.

—Milady nunca toca las flores. Esperaba con ansia que brotaran esas rosas. Llevo esperando mucho tiempo para verlas florecer. Eran muy hermosas. Tenían una especie de rosado azulado, un color muy raro para una rosa. Jamás había visto nada igual antes. Eran algo especial, y yo pasé todo el tiempo esperando que brotaran. Tardaron su tiempo..., y entonces viene alguien y las corta, así por las buenas.

—Bien, señor Littleton —dijo la señora Ford—. Lo siento, pero yo no he tocado sus rosas, y si descubre usted quién lo ha hecho, bueno, eso depende de usted, pero no permito que moleste a la servidumbre. Todos tenemos trabajo que hacer.

—Pero eran mis rosas especiales —dijo el señor Littleton con voz lastimera, volviendo su rostro angustiado hacia la señora Ford.

Los dejé y subí a la habitación de estudio.

Aquella mañana resultó difícil dictar la clase. Kate quiso saber detalles de mi entrevista con Lucas la tarde anterior.

—Yo estaba antes con su familia, ya lo sabes —le dije—. Así que vino a visitarme.

—¿Le pidió a usted que se marchara de aquí? —Vacilé un instante antes de responder y ella afirmó—: Lo hizo. Y usted le dijo que lo haría.

—No dije nada de eso. Le dije que estábamos leyendo *La isla del tesoro*, y que tú y yo nos entendíamos moderadamente bien. Es así, ¿no? —Ella asintió con un gesto, sin decir nada—. Bien, y ahora veamos si podemos resolver esas sumas para disponer de quince minutos extras que dedicar a la lectura. Creo que hoy terminaremos de leer el libro.

—De acuerdo.

—Ve a la pizarra y empezaremos enseguida. No pude dejar de pensar en Simon durante toda la mañana. La entrevista con Lucas me había inquietado, y la perspectiva de ver a Nanny Crockett hizo que mis recuerdos fueran más vividos de lo habitual.

Aquella tarde, cuando llegué a la habitación de la señora Ford, Nanny aún no había llegado, pero ella tenía una visita. Se trataba del rector de la iglesia, el reverendo Arthur James. Al parecer, la señora Ford solía colaborar bastante en la iglesia, y él había acudido para consultarla acerca de la decoración floral. La señora Ford me presentó.

—Bienvenida a Perrivale, señorita Cranleigh —dijo él—. Sé por la señora Ford lo bien que se las arregla usted con Kate.

—La señora Ford ha sido muy amable conmigo.

—Ella siempre es amable con todos, y créame, tenemos buenas razones para saberlo. Mi esposa y yo nos preguntamos a menudo qué sería de nosotros sin ella. Ahora se trata de la decoración, ya sabe. Dependemos de Perrivale para muchas cosas. Esta gran mansión..., los jardines bien cuidados y tantas otras cosas. Así ha sido durante muchas generaciones. Sir Edward sentía un gran interés por la iglesia.

—Sí, era un hombre muy religioso —intervino la señora Ford—. Cada domingo acudía dos veces a la iglesia en compañía del resto de la familia. Además, todos rezábamos cada día en el salón. Sí, no cabe la menor duda, sir Edward era un hombre muy religioso.

—Que Dios le tenga en su gloria —añadió el rector—. En estos tiempos ya no quedan muchos como él. La generación más joven no tiene el mismo compromiso. Espero verla por allí con su alumna, señorita Cranleigh.

—Sí, desde luego.

—La señorita Kate lleva el diablo en el cuerpo —dijo la señora Ford—, pero la señorita Cranleigh ha obrado milagros. Milady está muy contenta. Fue idea mía que viniera a esta casa. Nanny Crockett y yo lo planeamos juntas. Y milady también se siente muy agradecida conmigo.

—Eso es muy gratificante.

—Esta es la lista —dijo la señora Ford—. A la señora Terris siempre le ha gustado decorar el altar, así que la encargo a ella de eso. En cuanto a los alféizares de las ventanas, creo que los de un lado de la iglesia pueden quedar a cargo de la señorita Cherry y su hermana, y los del otro a cargo de la señorita Jenkins y la señora

Purvis. He pensado que si especifico las flores que van a tener que utilizar no habrá discusiones.

El rector se había quitado las gafas y repasaba la lista.

—Excelente..., excelente... Sabía que podía confiar en usted, señora Ford, para que todo quedara amigablemente organizado.

Intercambiaron miradas de desconfianza, previendo la posibilidad de que hubiera problemas, a pesar de la habilidad con que la señora Ford manejaba la situación.

Poco después el rector se levantó para marcharse. Estrechó nuestras manos y repitió que esperaba vernos a Kate y a mí el domingo en la iglesia. A continuación, se marchó.

Poco después de su partida llegó Nanny Crockett. Se sintió encantada de verme, y la señora Ford nos contempló con expresión benigna mientras nosotras nos saludábamos.

—Le aseguro que tiene usted muy buen aspecto —dijo Nanny—. ¿Y qué es eso que he oído que usted y la señorita Kate se han hecho muy buenas amigas?

—El cambio que se ha producido en el comportamiento de la señorita Kate ha sido verdaderamente notable —afirmó la señora Ford—. Sir Tristan y milady están encantados.

—La señorita Cranleigh se relaciona muy bien con los niños —dijo Nanny Crockett—. Eso es un don que algunas personas tenemos y otras no. Lo comprendí desde el principio, en cuanto la vi relacionarse con mis dos pequeños.

—¿Cómo están los gemelos? —pregunté.

—Pobrecillos. Haber perdido a su madre... No es fácil de superar. Aunque afortunadamente son muy pequeños. Si hubieran sido uno o dos años mayores habrían comprendido mucho más lo ocurrido. Ahora creen que su madre ha ido al cielo, y eso para ellos es como irse a Plymouth. Creen que volverá algún día. No dejan de preguntar cuándo regresará. Eso le rompe a una el corazón. También preguntan por usted. Tiene que venir alguna vez a verlos. A ellos les gustaría mucho. Claro que hubo lágrimas cuando se marchó usted, no faltaría más. Bueno, yo hago todo lo que puedo.

—¿Y cómo está el señor Carleton?

—A veces creo que nunca lo superará —contestó, moviendo la cabeza con expresión de pena—. Pobre hombre. Anda por ahí como en una especie de sueño. El señor Lucas..., bueno, con él nunca se sabe. Creo que piensa demasiado y está muy triste. Sí, aquella es una casa triste. Yo trato de alegrarla todo lo posible, al menos en la habitación de los niños.

Me miraba con intensidad, confiando en que pudiéramos hablar a solas para enterarse de mis progresos. Pero ¿de qué progresos podía yo hablar?, me pregunté. Si consideraba la situación, me daba cuenta de que no había llegado muy lejos y, en el fondo, mi pequeña aventura no había producido el menor fruto, aparte de un éxito moderado con Kate.

Hablamos sobre diversos temas, el tiempo, el estado de las cosechas, pequeñas murmuraciones sobre distintas personas de los alrededores.

La señora Ford nos dejó a solas durante una media hora. Dijo que tenía que acudir a la cocina para atender algo relacionado con la cena. Deseaba comentar varias cosas con la cocinera, y no podía esperar.

—Ustedes sabrán cuidar de sí mismas mientras yo esté ausente —dijo antes de salir.

En cuanto nos quedamos a solas, Nanny Crockett preguntó:

—¿Ha descubierto usted algo?

—A veces me pregunto si llegaré a descubrir algo —contesté, negando con la cabeza—. No sé dónde está la llave que abre la puerta del misterio.

—Ya surgirá. Lo siento en mis huesos. Si no fuera así, mi pobre chico tendría que pasarse el resto de su vida en el extranjero..., yendo de un lado a otro. Y eso no puede ser.

—Pero, Nanny..., aunque descubramos la verdad y sea declarado inocente, no podremos ponernos en contacto con él fácilmente.

—Lo publicarán los periódicos, ¿no?

—Pero si está en el extranjero... no los leerá.

—Ya encontraremos un medio. Pero antes debemos probar su inocencia.

—A menudo me pregunto por dónde empezar.

—Sospecho que ella tiene algo que ver con el asunto.

—¿Se refiere a lady Perrivale? —Nanny asintió—. ¿Y por qué iba a estar involucrada?

—Eso es lo que tiene que descubrir usted. Y él también... Él lo heredó todo, ¿no? Ese sería el móvil. Se debe encontrar un móvil.

—Ya hemos hablado de eso antes.

—No estará usted dispuesta a abandonar ahora, ¿verdad?

—No..., no. Pero desearía progresar un poco.

—Pues entonces está en el mejor lugar para conseguirlo. Si hay algo que yo pueda hacer... en cualquier momento...

—Es usted muy buena aliada, Nanny.

—No estamos tan lejos. Espero que venga usted alguna vez a Trecorn, y yo puedo pedirle a Jack Carter que me traiga de vez en cuando por aquí. Así que estaremos en contacto. No sabe cuánto daría por volver a ver a mi chico.

—Lo sé.

La señora Ford regresó.

—A veces creo que este sitio se convertiría en ruinas sin mi presencia. A milady no le gusta nada el ajo, no lo soporta, y si no se lo he dicho a la cocinera veinte veces, no se lo he dicho ninguna. Y ella empeñada en poner ajo en el estofado. Pasó unos meses con una familia francesa y eso le ha hecho tener ciertas ideas. Tiene una que vigilarlos continuamente. Esta vez he llegado justo a tiempo. ¿Lo han pasado bien ustedes?

—Le estaba diciendo que si consigo que Jack Carter me traiga no tardaré en volver por aquí.

—En cualquier momento será bien recibida. Oh, miren, el rector se ha olvidado las gafas. A ese hombre se le olvidaría la cabeza si no la llevara fija sobre los

hombros. Estará perdido sin ellas. Tendré que llevárselas.

—Yo se las llevaré —dije—. Me sentará bien dar un pequeño paseo.

—Oh, ¿de veras? Me pregunto si ya las habrá echado de menos. Si no es así, no tardará en darse cuenta.

Me hice cargo de las gafas y Nanny Crockett anunció que tenía que marcharse. Jack Cártter regresaría en cualquier momento y no le gustaba tener que esperar.

—Entonces será mejor que le espere abajo —dijo la señora Ford—. Bien, adiós, Nanny..., y no lo olvide, aquí siempre hay una taza de té y unas pastas para usted.

Acompañé a Nanny hasta las puertas de entrada a la mansión y apenas llevábamos allí unos minutos cuando apareció Jack Cártter. Nanny subió al pescante del carro y yo la despedí, saludándola con la mano mientras el vehículo se alejaba.

Después me dirigí hacia la iglesia. El reverendo Arthur James quedó encantado al recuperar sus gafas, y yo conocí a su esposa, quien comentó con burlona severidad que su marido siempre andaba perdiéndolas, y que esto sería una lección para él.

Me invitaron a quedarme, pero dije que debía regresar, ya que Kate me estaba esperando. Salí de la rectoría y decidí atravesar el pequeño cementerio. Resulta muy extraña la fascinación que ejercen esos lugares. No pude resistir la tentación de detenerme y leer las inscripciones de algunas tumbas. Correspondían a personas que habían vivido un siglo antes. Me pregunté cómo habían sido sus vidas. Allí estaba el panteón de los Perrivale. Cosmo debía de estar enterrado allí. Si pudiera hablar y contar lo sucedido en realidad...

Mi mirada se vio atraída por un tarro de mermelada vacío, en el que había cuatro hermosas rosas... Eran de color rosáceo con un matiz azulado.

Casi no pude creer lo que veían mis ojos. Me acerqué para mirar. Allí estaba aquella sencilla lápida, tan modesta entre el esplendor de las otras tumbas; y sabía que aquellas eran las mismas rosas que el señor Littleton había echado en falta, y por las que había estado gruñendo todo el día.

Me las quedé mirando fijamente durante un rato.

¿Quién las había puesto allí? Pensé en las florecillas silvestres que viera la vez anterior, evidentemente arrancadas de los macizos de flores del mismo cementerio. Pero aquellas rosas...

¿Quién había arrancado las rosas del jardín de los Perrivale para colocarlas en un tarro de mermelada vacío ante la tumba de un desconocido?

¿Por qué me había mostrado Kate aquella tumba en particular?

Regresé pensativa a Perrivale Court. Cuanto más cavilaba en ello, más claramente comprendía que tenía que haber sido Kate quien arrancara las rosas y las colocara ante la tumba.

Cuando llegué, ella me estaba esperando y apenas llevaba unos minutos en mi dormitorio cuando entró. Se sentó en la cama y me miró con expresión acusadora.

—Ha vuelto usted a salir —dijo—. Ayer se marchó para ver a aquel hombre, y hoy ha estado con la señora Ford, y cuando subí ya se había vuelto a marchar.

—El rector se olvidó de sus gafas y fui a llevárselas.

—Es un viejo estúpido. Siempre anda perdiendo cosas.

—Algunas personas son un poco distraídas. A menudo tienen cosas más

importantes en las que pensar. ¿Te has enterado del alboroto de esta mañana por las rosas?

—¿Qué rosas?

Enseguida adoptó una actitud de alerta y me di cuenta, instintivamente, de que estaba sobre la buena pista.

—Había unas rosas especiales. El señor Littleton las había cuidado con esmero y se sentía muy orgulloso de ellas. Alguien las cortó. El jardinero estaba furioso. Pues bien, yo sé dónde están. —La niña me miró con cautela y yo proseguí—: Están en el cementerio, delante de la tumba del hombre que se ahogó. ¿Recuerdas? Me enseñaste su tumba. La primera vez que estuve había un tarro de mermelada vacío con unas flores silvestres. Ahora, las preciosas rosas del señor Littleton están allí.

—Me di cuenta de que las flores silvestres le parecieron a usted horribles.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, solo eran flores silvestres. La gente suele poner rosas y lirios y toda clase de bonitas flores en las tumbas.

—Kate... Tú cortaste las rosas y las pusiste ante esa tumba. —La niña guardó silencio. ¿Por qué?, me pregunté, e insistí—: ¿Lo hiciste?

—Todas las demás tumbas tenían cosas..., estatuas y cosas. ¿Qué son unas pocas flores?

—¿Por qué lo hiciste, Kate?

—Vamos a leer un poco —dijo, tratando de escabullirse.

—No mientras tengamos esto pendiente.

—¡Tener esto pendiente! ¿Qué quiere decir? —preguntó, belicosa, lo que en ella era señal de que se había puesto a la defensiva.

—Dime la verdad, ¿por qué pusiste las rosas en esa tumba, Kate?

—Porque no tenía ninguna flor. ¿Qué importan unas pocas rosas viejas? Además, no son del señor Littleton. Son de Padrito, o de mi madre. Ellos no se han quejado de nada. Ni siquiera saben si estaban en el jardín o en la tumba.

—¿Qué sientes con respecto a ese hombre?

—Él no consiguió nada.

—Es la primera vez que compruebo que tienes un corazón tierno, Kate. No parece muy propio de ti.

—Bueno, quería hacerlo —dijo, ladeando la cabeza.

—Así que cortaste las flores y las pusiste delante de la tumba, ¿no es eso?

—Sí. Tiré las flores silvestres, y fui a buscar un poco de agua fresca de la fuente...

—Lo comprendo muy bien. Lo que quiero saber es ¿por qué lo hiciste por ese hombre en especial? ¿Acaso... le conocías?

La niña asintió y, de pronto, pareció sentirse muy asustada y abatida, una actitud nada propia de ella. Tuve la impresión de que se sentía desconcertada y necesitada de consuelo. Me acerqué y le rodeé los hombros con mi brazo y, ante mi sorpresa, no se resistió.

—Sabes que somos buenas amigas, ¿verdad, Kate? A mí me lo puedes contar.

—No se lo he contado a nadie. Creo que nadie quiere saberlo.

—¿A quién te refieres? ¿A tu madre?

—Y a Yayo.

—¿Quién era ese hombre, Kate?

—Pensé que podía ser... mi padre.

Me quedé asombrada, sin hablar durante unos instantes. El marinero borracho... ¡su padre!

—Comprendo —dije al cabo de un rato—. Eso cambia las cosas.

—La gente pone flores en la tumba de sus padres —dijo la niña—. Nadie lo hizo, así que yo... lo hice.

—Ha sido un gesto muy bonito. Nadie podría acusarte por ello. Háblame de tu padre.

—No me gustaba —dijo ella—. No le vi mucho. Vivíamos en una casa situada en una calle horrible, cerca de un horrible mercado. Él nos tenía aterrorizadas. Estábamos en el piso de arriba. Había gente viviendo en las habitaciones de abajo. Había tres habitaciones, y una escalera de madera en la parte de atrás, que bajaba al jardín. No era como esto. Ni siquiera se parecía a la casa Seashell. Era... horrible.

—¿Y tú estabas con tu madre y tu padre? Estaba intentando imaginarme a la esplendorosa Mirabel en la clase de lugar en que me hacía pensar la sucinta descripción de Kate. No resultaba fácil.

—No estaba mucho tiempo en casa. Se hacía a la mar. Cuando regresaba... era terrible. Siempre estaba borracho... y nosotras le odiábamos. Se quedaba con nosotras un tiempo... y después volvía a embarcar.

—¿Y entonces abandonasteis el lugar?

—Yayo vino y nos marchamos... con él. Fuimos a la casa Seashell... y entonces todo fue diferente.

—Pero el hombre de la tumba se llama Tom Parry. Y tú te llamas Kate Blanchard.

—No sé nada de nombres. Todo lo que sé es que él era mi padre. Era un marinero y solía regresar a casa llevando una gran bolsa blanca colgada del hombro..., y mi madre le odiaba. Y cuando llegó Yayo todo fue diferente. El marinero, mi padre, ya no estuvo más allí. De todos modos, solo había estado con nosotras cortos períodos de tiempo. Siempre se marchaba de casa. Después subimos a un tren con Yayo, y él nos trajo a Seashell.

—¿Cuántos años tenías entonces, Kate?

—No lo recuerdo..., quizá tres o cuatro. Ha pasado mucho tiempo. Solo recuerdo pequeñas cosas. Estar sentada en el tren... sobre las rodillas de Yayo, que me enseñaba las vacas y las ovejas en los campos. Fui muy feliz entonces. Sabía que Yayo nos llevaba a otro sitio, y que ya no tendríamos que volver a ver a mi padre.

—Y, sin embargo, pusiste flores en su tumba.

—Solo porque creí que era mi padre.

—¿No estás segura?

—Lo estoy... y a veces no lo estoy. No lo sé. Podría haber sido mi padre. Yo lo odiaba y él estaba muerto..., pero si era mi padre yo debía ponerle flores en su tumba.

—¿De modo que vino aquí y os encontró?

Permaneció unos momentos en silencio y finalmente contestó:

—Yo lo vi. Estaba muy asustada.

—¿Dónde lo viste?

—En Upbridge. A veces jugaba con Lily Drake y otras veces ella venía a Seashell para jugar conmigo. A Yayo se le ocurrían cosas estupendas para que jugáramos las dos. A Lily le gustaba venir a vernos, y a mí también me gustaba ir a verla. La señora Drake nos llevaba a la ciudad cuando iba de compras... y fue entonces cuando lo vi.

—¿Cómo pudiste estar segura?

—Yo le conocía, ¿no? —replicó, mirándome con sorna—. Caminaba de manera muy extraña, como si estuviera borracho..., aunque no siempre lo estaba. Supongo que estaba borracho con tanta frecuencia que hasta se le había olvidado caminar derecho. Yo estaba allí, en la tienda, con la señora Drake y Lily. Todo estaba lleno de brillantes manzanas rojas y peras. Y lo vi. Él no me vio. Me escondí detrás de la señora Drake. Es una mujer muy corpulenta que lleva muchas enaguas. Y me escondí detrás de ella. Le oí hablar. Se dirigió a una de las dependientas y le preguntó si conocía a una mujer de pelo rojo que tenía una hija pequeña. Dijo que se llamaba señora Parry. El tendero le contestó que no conocía a ninguna persona así, y yo pensé que eso estaba bien porque mi madre no se llamaba señora Parry, sino señora Blanchard. Pero, a pesar de todo, supe que era mi padre...

—¿Se lo contaste a tu madre?

—No —contestó, negando con la cabeza—. Pero se lo conté a Yayo.

—¿Y qué dijo?

—Que no podía haberlo visto, que mi padre estaba muerto, que se había ahogado en el mar, y que el hombre que había visto era alguien que se le parecía.

—¿Y le creíste?

—Sí, claro.

—Pero dijiste que estabas segura de que ese hombre era tu padre.

—Bueno, no todo el tiempo. A veces sí... y a veces no. Después pensé que, si era mi padre, debía tener flores.

La estreché con fuerza y a ella pareció agradecerle que lo hiciera.

—¡Oh, Kate! —exclamé— Me alegro de que me lo hayas contado.

—Yo también —dijo—. Teníamos una tregua, ¿no?

—En efecto —asentí—, pero lo de la tregua ya ha pasado. Ahora ya no la necesitamos. Ahora somos amigas. Cuéntame todo lo que sucedió.

—Bueno..., después supe que se había ahogado. Se cayó por el acantilado cuando estaba borracho. Era la clase de cosa que habría hecho... mi padre, y ese hombre era como él. Tal vez me equivoqué.

—Su nombre era Parry. ¿Cuál era tu nombre cuando vivías en aquel lugar..., antes de que llegara tu abuelo?

—No lo recuerdo. Oh, sí..., era Blanchard..., creo.

—¿Crees que pudo haber sido otro nombre?

—No —contestó, negando vigorosamente con la cabeza—. Yayo dijo que yo

siempre había sido Kate Blanchard, que ese era el apellido de mi padre, y que la persona que había visto en Upbridge no era mi padre, sino otro hombre que se le parecía. Él también fue marinero. Los marineros se parecen. Pero todos los marineros de *La isla del tesoro* eran diferentes, ¿verdad? Aunque ellos son especiales. Oh, creo que no debería habértelo contado.

—Has hecho muy bien al contármelo. Ahora, ambas nos comprendemos mejor. Hemos descubierto que somos verdaderas amigas. Vamos a ayudarnos todo lo que podamos. Cuéntame lo que sucedió cuando ese hombre fue descubierto sobre las rocas.

—Pues eso, que lo encontraron. Dijeron que era un marinero y que no vivía aquí. Venía de Londres. Había estado preguntando por alguien..., un pariente. Eso fue lo que publicaron en los periódicos.

—Y tú le dijiste a tu abuelo que creías que era tu padre.

—Yayo dijo que no era mi padre, así que tuve que dejar de pensar que lo era. Mi padre había muerto y yo ya no pertenecía al lugar donde vivíamos antes. Mi hogar estaba ahora con él y con mi madre en nuestra bonita casa de Seashell, junto al mar.

—Se armó mucho alboroto cuando encontraron el cadáver, ¿verdad? ¿Dónde lo encontraron?

—Sobre las rocas, al fondo del acantilado. Dijeron que la marea lo había llevado hasta allí, pero no fue así.

—¿Qué harás ahora, Kate? ¿Seguirás poniéndole flores en su tumba?

En su rostro apareció una expresión de tozudez.

—Sí —afirmó—. No me importan las viejas rosas del señor Littleton. —Se echó a reír y por un momento volvió a ser la niña traviesa de siempre—. Le llevaré unas cuantas más si quiero hacerlo. No son tuyas. Son de Padrito... y de mi madre, porque ella se casó con Padrito y lo que es de él también es suyo.

Pensé que, en el fondo de su corazón, Kate estaba convencida de que el hombre enterrado en aquella tumba era su padre; y yo estaba cada vez más y más segura de haber hecho un descubrimiento importante.

* * *



Algunos descubrimientos

Me sentía preocupada por lo que Kate me había confesado, y estaba convencida de que tenía algo que ver con el misterio que trataba de resolver.

Había llegado a la conclusión de que el marinero ahogado era el primer esposo de Mirabel, y comoquiera que ella abrigaba el propósito de convertirse en la señora de Perrivale Court, necesitaba que su primer esposo no la descubriera.

La aparición de un marido arruinaría todas sus oportunidades. Y a continuación, de modo conveniente, aquel hombre fue encontrado en el fondo del acantilado. Ella era la única que habría querido deshacerse de él. ¿Y si también había querido desembarazarse de Cosmo? Pero ¿por qué? Iba a casarse con él. Sin embargo, inmediatamente después de su muerte se casó con Tristan.

Claro que también cabía la posibilidad de que el hombre muerto en el acantilado no tuviera nada que ver con Mirabel. Eso lo sugería únicamente la confesión de Kate. Sabía lo imaginativa que era la niña. Era muy pequeña cuando vio a su padre por última vez y a ese hombre que se le parecía. Mencionó la forma que tenía de andar como una de las razones de haberlo reconocido. Muchos marineros caminaban de ese modo. Era una costumbre adquirida, a consecuencia de estar manteniendo constantemente el equilibrio a bordo de un barco inestable.

Resultaba todo muy ambiguo y yo no sabía qué pensar, aunque, por otro lado, abrigaba la convicción de haber dado otro pequeño paso adelante, aunque solo fuera uno corto.

Al día siguiente, lady Perrivale envió a buscarme. Se mostró muy afable. Tenía un aspecto tan femenino que me resultó imposible imaginármela atrayendo a su primer esposo hacia el borde del acantilado para empujarlo al vacío. Era una conjetura demasiado apresurada. Estaba segura de que aquel hombre debió de haber sido un extraño. Thomas Parry. ¿Cómo podía haber sido el esposo de Mirabel Blanchard? Cabía la posibilidad de que ella se hubiera cambiado de nombre. El caso es que los pensamientos se arremolinaban en mi cabeza.

—Tengo entendido que se vio usted el otro día con su amigo, el señor Lorimer —dijo.

—Oh, sí.

—Kate me lo contó. La echó mucho de menos. —Me sonrió con suavidad—. No tienen ustedes necesidad de encontrarse en El Rey Marino. El señor Lorimer será muy bien recibido cada vez que desee venir a verla. No quiero que tenga usted la impresión de que no puede recibir visitas aquí.

—Es muy amable por su parte.

—De hecho, estaba pensando en invitarlo, a él y a su hermano, a cenar un día de estos.

—Creo que su hermano sigue estando demasiado conmocionado para desear

hacer visitas. Para él ha sido un golpe terrible.

—Desde luego. Sin embargo, los invitaré a ambos, y quizá el señor Lucas Lorimer acepte.

—Estoy segura de que le encantará.

—Desde luego, usted cenará con nosotros. No habrá muchos invitados. Solo se tratará de una velada informal.

—Suenan muy agradables.

—Enviaré hoy mismo una nota a Trecorn Manor. Espero que ambos acepten.

Tuve la impresión de que ella organizaba la velada solo para demostrarme que, aun cuando yo era la institutriz, no me consideraba como tal. Cuando Felicity vino a nuestra casa recuerdo muy bien que mis padres intentaron demostrarle que no la trataban como a una sirvienta, gracias a que llegaba con la recomendación de un tío suyo que podría haber sido uno de los colegas de mi padre. Pero, claro, la nuestra no era una casa convencional.

Me agradó que lady Perrivale se mostrara tan sensible para con mis propios sentimientos. Pero cada vez que hablaba conmigo me la imaginaba encerrada en tres sórdidas habitaciones, escapando de ellas cuando Thomas Parry se hacía a la mar. Me imaginaba el regreso del marino para descubrir que ella y su hija habían volado del nido..., y el inicio de su búsqueda.

Deseaba tanto hablar con Lucas... Cómo anhelaba contarle todo lo que sabía. Quizá lo haría. Si Thomas Parry había sido asesinado por alguien que seguía viviendo en los alrededores, ¿por qué esa persona no habría podido hacer lo mismo con Cosmo? ¿Y qué podía haber tenido que ver Simon con Thomas Parry? Necesitaba consejo. Necesitaba ayuda. Y Lucas estaba cerca.

Anhelaba volver a verle, y deseaba tanto que aceptara la invitación a cenar que cuando vi al mensajero marcharse para llevar la nota a Trecorn Manor estuve esperando con impaciencia su regreso. Me las arreglé para encontrarme en el patio cuando llegó.

—Hola, Morris —lo saludé al verle—. ¿Ha estado usted en Trecorn Manor?

—Sí, señorita. Pero no he tenido suerte. Estaban fuera..., tanto el señor Carleton como el señor Lucas Lorimer.

—¿Así que no pudo entregarles personalmente la nota?

—No. Tuve que dejársela. Alguien traerá más tarde la respuesta. Es una lástima, puesto que así habrá que hacer dos viajes en lugar de uno.

La respuesta llegó al día siguiente. Bajé creyendo que la había traído Dick Duvane, pero no era Dick, sino un mozo de cuadra de Trecorn Manor.

—Oh, creí que vendría Dick Duvane. Suele llevar a cabo estos encargos para el señor Lucas.

—Dick no está allí ahora, señorita.

—¿No está allí?

—Se ha marchado al extranjero.

—¿Sin el señor Lucas?

—Eso parece. El señor Lucas se ha quedado en Trecorn Manor y Dick Duvane se ha marchado al extranjero.

- El señor Lucas lo echará de menos.
—Sí, seguro que sí.
—¿Puedo hacerme cargo de la nota para lady Perrivale?
—Si es usted tan amable, señorita.

Se la llevé y ella me informó:

—El señor Carleton declina la oferta. No se siente con ánimos. Pobre hombre. Pero el señor Lucas acepta complacido.

Eso era todo lo que deseaba saber. Sin embargo, me extrañó la noticia acerca de Dick Duvane, pues sabía que él y Lucas siempre habían estado juntos. No obstante, debían de separarse a veces. Dick, por ejemplo, no había acompañado a Lucas durante la fatal travesía.

La cena se celebraría a finales de aquella semana. Me alegró saber que no tendría que esperar mucho para volver a ver a Lucas.

Kate se mostró un poco reservada después de su confesión. Creo que debía preguntarse si no me habría contado demasiado. Las clases transcurrían con moderada facilidad, pero ni siquiera la lectura de *El conde de Montecristo* atraía mucho su atención.

Tampoco se mostró muy interesada por la cena, ya que ella no asistiría. Si yo iba a hacer algo, le gustaba compartirlo conmigo. Es posible que lamentara su confesión pero, en cierto sentido, ello había contribuido a profundizar nuestra relación.

Llegó la noche de la cena. Me arreglé con esmero y me puse un vestido azul lapislázuli surcado de hebras doradas, como para parecerme a esa piedra preciosa. Se trataba de uno de los vestidos que había llevado conmigo cuando fui a visitar a Felicity. En aquella ocasión tía Maud dijo que, sin duda, tendría que asistir a cenas y veladas, y debía tener algo decente que ponerme.

Me recogí el pelo trigueño sobre la cabeza, y observé complacida que el color del vestido resaltaba el azul de mis ojos. Creo que tenía mi mejor aspecto.

Antes de bajar, Kate acudió a mi habitación para verme.

- Está usted muy guapa —me dijo.
—Gracias por el cumplido.
—Es cierto. ¿Es un cumplido si es cierto?
—Sí, lo es. Lo único falso puede ser la lisonja.
—Habla usted como una institutriz.
—Bueno, es lo que soy, ¿no?

Se sentó en el borde de la cama y se echó a reír.

—Será una cena muy aburrida —dijo—. No sé por qué se imagina que va a ser tan divertida. ¿Solo porque el viejo Lucas va a estar presente?

- No es precisamente un viejo.
—Oh, claro que sí. Parece siempre tan viejo... Usted ya es vieja, y él es más viejo que usted.
—Lo piensas así porque eres pequeña. Solo es una cuestión de comparaciones.
—Bueno, el caso es que es viejo y tampoco puede caminar derecho.
—¿Cómo lo sabes?

—Una de las sirvientas me lo dijo. Estuvo a punto de ahogarse y de morir.

—Sí, tienes razón. Yo también estuve a punto de ahogarme.

—Pero usted está bien, y él no. —Permaneció un instante en silencio y luego prosiguió—: El viejo reverendo también va a estar presente, con su fea esposa..., y el doctor... Todas son personas de lo más aburridas que se pueda imaginar.

—Es posible que sean aburridas para ti, pero no para mí. Me ilusiona mucho participar en esa cena.

—Por eso le brillan los ojos y parecen más azules. ¿Me contará más tarde lo que pase?

—Lo haré.

—¿Todo? ¿Me lo promete?

—Te contaré todo aquello que considere que debes saber.

—Pero yo lo quiero saber todo.

—Todo lo que sea bueno para ti.

—Institutriz —me dijo, sacándome la lengua con un mohín.

—No es esa precisamente la parte más agradable de tu anatomía —le dije.

—¿Qué es eso?

—Averígualo tú misma. Ahora voy a bajar.

—Está bien. —Sonrió con una mueca—. No permita que Lucas la convenza de marcharse.

—No lo permitiré.

—¿Prometido?

—Te lo prometo.

—Le diré algo —añadió, tras sonreír satisfecha—. Yayo también estará presente, así que después de todo no será tan aburrido.

Los invitados empezaban a llegar. Bajé al salón y no tardamos en hallarnos instalados ante la mesa. Me encontré sentada junto a Lucas.

—¡Qué placer! —exclamó él.

—Me alegro de que hayas venido.

—Te dije que vendría.

—¿Qué pasó con Dick Duvane? He oído decir que se ha marchado.

—No es nada permanente. Solo se ha marchado por una corta temporada.

—Me sorprende. Creí que era tu buen y fiel sirviente.

—Jamás le he considerado como un simple sirviente, y tampoco creo que él se considere de ese modo.

—Por eso me sorprende tanto que se haya marchado.

—Dick y yo solíamos viajar juntos. Pasamos momentos de intensa aventura. Pero ahora estoy atado a casa..., ya no puedo ir por ahí como acostumbraba. El pobre de Dick se siente inquieto. Así que se ha marchado por su cuenta... durante una temporada.

—Pensé que estaba totalmente dedicado a ti.

—Y lo está..., del mismo modo que yo a él. Pero el hecho de que esté impedido y me sienta afligido no quiere decir que él también lo tenga que estar. ¿Cómo te van las cosas aquí? Supongo que no podemos hablar con franqueza... rodeados por toda

la familia. Tienes que estar empezando a conocerlos muy bien.

—No del todo. Es la primera vez que veo a la anciana lady Perrivale.

Lucas miró hacia el otro lado de la mesa, donde estaba sentada la anciana. Tenía un aspecto formidable. Y aquella era, en efecto, la primera vez que la veía. Tuvieron que ayudarla a bajar la escalera y por ello supuse que pasaría la mayor parte del tiempo en sus habitaciones. El mayor se había sentado a su lado y mantenían una animada conversación; la anciana parecía disfrutar mucho. Tristan, sentado al otro extremo de la mesa, conversaba con la esposa del doctor.

Lucas tenía razón: allí no podíamos hablar de la familia.

Se habló de temas generales que abarcaron desde el estado de salud de la reina y su avanzada edad hasta los méritos de Gladstone y Salisbury.

Yo no prestaba gran atención a lo que se decía. Lo único que deseaba era estar a solas con Lucas. Teníamos muchas cosas que decirnos. Ansiaba preguntarle qué opinaba sobre el marinero borracho.

En aquellos momentos pensé que, si hubiera tenido la oportunidad de hablar a solas con Lucas, se lo habría contado todo.

Una vez que terminamos de cenar, dejamos solos a los hombres tomando su oportu, y las mujeres nos dirigimos al salón. Ante mi sorpresa, me encontré sentada junto a la viuda lady Perrivale. Pensé por un instante que probablemente ella misma lo había dispuesto así como una forma de inspeccionar más de cerca a la institutriz de Kate.

Era una mujer que seguramente fue formidable en su juventud. Comprendí, por los rasgos de su rostro, que estaba acostumbrada a hacer su voluntad. Recordé lo que había oído de ella, cómo había restaurado Perrivale Court al aportar su dinero a la familia, y supuse que sentía cierto orgullo por el lugar.

—Me alegra disponer de una oportunidad para charlar un poco, señorita Cranleigh —me dijo—. Mi nuera me dice que se lleva usted muy bien con Kate. Dios santo, es todo un éxito. ¡Si supiera cuántas institutrices ha tenido esa niña! Y ninguna se quedaba más de un par de meses.

—Todavía no llevo aquí un mes, lady Perrivale.

—Espero que esté muchos meses más. Mi nuera se siente muy feliz con los resultados. Asegura que Kate es una niña diferente.

—Kate necesita mucha comprensión.

—Supongo que todos la necesitamos, señorita Cranleigh.

—Las actitudes de algunos son menos previsibles que las de otros.

—Espero que las tuyas sean muy previsibles, señorita Cranleigh. Yo, en cambio, soy todo lo contrario. Se podría considerar que hoy tengo un buen día. No estaría aquí abajo de no ser así. Tengo la impresión de que posee usted una mentalidad muy ordenada.

—Lo intento.

—Entonces, si lo intenta, lo conseguirá. Yo he dejado de intentarlo. Aunque antes solía ser igual. Jamás pude soportar el alboroto y el desorden. Pero una se hace vieja, señorita Cranleigh. Las cosas cambian. ¿Le gusta Perrivale Court?

—Creo que es una de las mansiones más interesantes que he conocido.

—En tal caso, estamos de acuerdo. Me fascinó desde el primer momento en que la vi. Me complace mucho que Tristan se haya casado y sentado cabeza. Espero que algún día haya nietos..., con tiempo suficiente para conocerlos antes de marcharme. Me gustaría tener varios.

—Espero que se cumplan sus deseos.

—Quiero que este lugar pase a mis nietos..., descendientes de la sangre Arkwright y Perrivale... Ya sabe lo que quiero decir. El dinero de los Arkwright convirtió este lugar en lo que es..., de modo que es justo. Sería la mezcla más adecuada...

Pensé que el tema de conversación resultaba algo extraño. Me di cuenta de que los ojos de la anciana estaban ligeramente vidriosos, y me pregunté si no se habría olvidado de con quién estaba hablando. Observé que Mirabel dirigía una mirada angustiada en su dirección.

La viuda lady Perrivale también captó la mirada de Mirabel. Hizo un gesto de indiferencia con la mano y sonrió.

—¿Cree usted que es encantadora, señorita Cranleigh? Me refiero a mi nuera. ¿Ha visto alguna vez a una mujer tan hermosa?

—No, no creo haberla visto.

—Conocí a su madre y a su padre..., el querido mayor. Es muy agradable tenerlo como vecino. Su madre fue mi mejor amiga. Fuimos juntas al colegio. Por esa razón el mayor vino a instalarse aquí después de su muerte..., cuando dejó el ejército, claro. Yo le dije: «Ven a instalarte en Cornualles». Y agradezco que lo hiciera, porque introdujo a la querida Mirabel en la familia.

—Ella perdió a su primer esposo —dije cautelosamente.

—Pobre Mirabel. Es triste enviudar con una hija a la que cuidar. Claro que contaba con su maravilloso padre..., y él abandonó el ejército justo a tiempo. Fue una verdadera fortaleza para todos nosotros. Es un hombre encantador. ¿Lo conocía usted...? Quiero decir antes de esta noche.

—Sí. Kate me llevó de visita a la casa Dower.

—Claro, Kate le adora, y él es muy bueno con los niños. Bueno..., es bondadoso con todos. Siente una gran adoración por Mirabel. Quedó encantado con el matrimonio..., igual que yo. Fue exactamente lo que yo deseaba. Y eso significa que el mayor esté aquí, con nosotros... Es un vecino encantador... y, en realidad, un miembro más de la familia.

—Tiene un hogar muy bonito en la casa Dower.

—Creo que le gusta. Antes solía ir a verle allí... pero ahora ya no puedo salir...

—Qué pena.

—Sí..., es una pena. Pero la edad cobra su tributo. Tengo a mi lado a una buena mujer. Ha sido mi doncella durante muchos años, y ahora me acompaña constantemente. Me alojo en las habitaciones situadas cerca de las de mi esposo cuando vivía. Casi forman una parte separada de la mansión. Mi esposo era un hombre al que le gustaba estar a solas. Era muy religioso, ¿sabe? Siempre dije que debería haberse ordenado. Bueno, ha sido muy agradable charlar un ratito con usted. Tiene que venir a verme alguna vez. María..., mi doncella, también se sentirá muy

complacida de conocerla. De hecho, ella me mantiene informada de todo.

—Creo que aún no conozco a María.

—No, seguro que no. Se pasa casi todo el tiempo en mi parte de la casa.

—Creo que mi habitación está justo enfrente.

—Está usted en la habitación de la niña... Sí, eso debe de estar al otro lado del patio. Mire, ya regresan los hombres. Ahora nos separarán. Ha sido un verdadero placer conocerla. Y gracias por todo lo que está haciendo por Kate. Esa niña sabe cómo llegar a ser una molestia. Mi nuera me dice que se siente muy aliviada.

—En realidad, no merezco tantos cumplidos.

Mirabel se acercó y me sonrió.

—La señorita Cranleigh tiene que ir a hablar con su amigo —le dijo a la anciana. Después, tomándome suavemente del brazo, me apartó de ella—. Espero que mi suegra no la haya confundido con su charla. A veces desvaría un poco. Es muy raro que participe en veladas como esta. Pero parecía sentirse bastante mejor y quería conocerla a usted. No siempre está lúcida... y a menudo habla con excesiva franqueza.

—No, no —dije—. Ha hablado de una forma muy normal.

—Oh, me alegra saberlo. Aquí está el señor Lorimer.

Lucas se acercó a nosotras. Había alguien con él y casi hasta el final de la velada no tuve oportunidad de estar con él a solas.

—Oh, es un verdadero fastidio. Quería decirte tantas cosas, Lucas...

—Eso despierta mi curiosidad.

—Pero no aquí.

—Entonces, será mejor que nos veamos en otra parte. ¿Qué te parece mañana en El Rey Marino?

—Me las arreglaré para ir.

—¿A las dos y media, como la otra vez?

—De acuerdo.

—Esperaré ilusionado —dijo Lucas. La velada terminó. Algo más tarde, mientras me desnudaba, Kate acudió a mi habitación.

—¿Cómo ha sido? —me preguntó.

—Interesante. Tuve una larga charla con la viuda lady Perrivale.

—¿Se refiere a la madre de Padrito? Es una vieja bruja.

—¡Kate!

—Está bien..., pero de todos modos está un poco loca. Se pasa todo el tiempo en esas habitaciones donde murió sir Edward, en compañía de la vieja María. Las dos están allí, acompañadas por los fantasmas. Ella no me gusta mucho.

—Pues parecía preocupada por ti.

—Oh, yo tampoco le gusto a ella. Pero le gusta mi madre, y también Padrito. ¿Habló usted con Yayo?

—No tuve ocasión..., solo nos saludamos. Resulta extraño ver qué poco se puede hablar con la gente.

—¿Y con el viejo Lucas?

—¿Por qué todo el mundo tiene que ser viejo para ti?

—Porque lo son.
 —No tienen diez años, eso está claro... Y ahora vete, ¿quieres? Deseo acostarme.
 —Quiero enterarme de todo mañana por la mañana.
 —En realidad, no hay nada que contar.
 —Supongo que usted cree que asistirá a las fiestas aquí y encontrará un marido rico.
 —Creo que la mayoría de los hombres que asistieron a la cena vinieron acompañados de sus esposas —le dije con una sonrisa.
 —Entonces, todo lo que tiene que hacer es...
 —¿Qué? —pregunté.
 —Asesinarlos —contestó—. Buenas noches, Estirada. Hasta mañana. Y se marchó.
 Me sentí confundida. ¿En qué pensaba realmente aquella niña?, me pregunté. ¿Qué sabía? ¿Y hasta qué punto imaginaba las cosas que no sabía? Volví a pensar en el marinero. Casi había tomado la decisión de contárselo a Lucas.

Al día siguiente, cuando me encontré con Lucas, todavía vacilaba. Pero en cuanto nos vimos lo primero que me dijo fue:
 —Y ahora, suéltalo todo. ¿Qué te preocupa? ¿Por qué no me lo cuentas? Llevas mucho tiempo deseándolo... En cualquier caso, esa es la razón por la que me has pedido que viniera hoy.
 —Hay algo... —empecé—. Lucas, debes prometerme..., debes prometerme que no harás absolutamente nada que yo no te pida que hagas...
 Me miró, extrañado y confuso.
 —¿Se trata de algo que sucedió en la isla? —me preguntó.
 —Bueno, sí..., en cierto modo.
 —¿John Player?
 —Sí. Pero no es John Player, Lucas.
 —No me sorprende. Sabía que había algún misterio.
 —Prométemelo, Lucas. Debo contar con tu promesa antes de decírtelo.
 —¿Cómo puedo prometerme algo sin saber a qué me comprometo?
 —¿Y cómo voy a contártelo si no sé que lo harás?
 —Está bien, te lo prometo —dijo, sonriendo con una mueca.
 —Era Simon Perrivale —confesé.
 —¿Qué?
 —Sí, abandonó Inglaterra en el *Atlantic Star*, ocupando el lugar de uno de los marineros de cubierta. —Lucas me miraba intensamente—. Lucas —le dije muy seria—, quiero demostrar su inocencia... para que pueda regresar.
 —Eso... lo explica todo.
 —Pensé que lo explicaría. Y tenía miedo de que creyeras tu deber decírselo a las autoridades... o hacer algo.
 —No te preocupes. Te lo he prometido, ¿no? Cuéntame más cosas. Supongo

que él te lo confesó en la isla, mientras yo estaba tumbado allí, junto a la orilla, incapaz de moverme.

—Sí, así sucedió. Pero hay algo más que debes saber. Él estaba en el harén..., bueno, cerca, trabajando en los jardines. Ya te conté cómo entablé una buena amistad con Nicol, y que ella era amiga del eunuco jefe. Bueno, pues él..., Simon, se las arregló para entablar amistad con el eunuco jefe, y creo que fue gracias a eso, y también a Nicol, por lo que nos ayudó a ambos. Simon escapó conmigo. —Lucas permaneció mudo de incredulidad—. Nos sacaron de allí a los dos juntos, y nos dejaron cerca de la embajada inglesa. Yo acudí a la embajada... y después regresé a casa. Simon no se atrevió a regresar. Me dejó allí. Él iba a tratar de llegar a Australia.

—¿Y desde entonces no has tenido noticias de él? —Negué con la cabeza—. Ahora lo comprendo todo. Ahora comprendo por qué has tenido esa loca idea de demostrar su inocencia.

—No es ninguna locura. Sé que es inocente.

—¿Solo porque te lo dijo?

—Es algo más que eso. Llegué a conocer bastante bien a Simon...

—¿No sería mucho mejor para él regresar y afrontar la situación? —preguntó Lucas tras unos instantes de silencio—. Si es inocente...

—Lo es. Pero ¿cómo demostrarlo? Todos han decidido que es culpable.

—¿Y crees que les vas a hacer cambiar de opinión?

—Lucas, sé que existe alguna forma de conseguirlo. Tiene que haberla. Estoy segura de ello. Si pudiera encontrar la respuesta...

—Es lo más importante del mundo para ti, ¿verdad?

—Lo deseo más que ninguna otra cosa.

—Comprendo. Bien, ¿de qué sirve entonces jugar a ser la institutriz de esa niña?

—Estoy aquí. Me encuentro cerca de la gente implicada en el caso. Es una manera...

—Escucha, Rosetta. No te comportas de un modo lógico. Permites que tus emociones interfieran en tu sentido común. Has pasado por una serie de aventuras fantásticas; te viste arrojada a un mundo tan diferente que ahora ni siquiera eres capaz de pensar con claridad. Lo que te sucedió fue dramático..., mucho más que cualquier cosa que hubieras podido imaginar antes. Milagrosamente, saliste sana y salva. Fue una oportunidad entre mil..., pero como sucedió, esperabas que la vida continuara igual. Estuviste en aquel harén, como prisionera..., y allí todo era diferente. Podía suceder cualquier cosa. Ahora te encuentras en otra clase de harén..., en uno que te has construido tú misma. Te has convertido en prisionera de tu propia imaginación. Te crees capaz de solventar este asesinato, cuando, en realidad, está muy claro lo que sucedió. El inocente casi nunca huye. Deberías recordarlo. Evidentemente, él no pudo decir «soy culpable» de un modo más claro que huyendo. No eres lógica, Rosetta. Vives en un mundo de sueños.

—Nanny Crockett cree en él.

—¡Nanny Crockett! ¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

—Fue su niñera. Lo conoce mejor que nadie. Asegura que sería incapaz de haber hecho una cosa así. Y ella sabe de qué habla.

—Eso explica tu amistad con ella. Supongo que fue ella quien te facilitó ese puesto de institutriz.

—Lo planeamos juntas. No se nos ocurrió que yo pudiera ser institutriz hasta que surgió la posibilidad. Entonces comprendimos que era una forma de introducirme en la casa.

Le miré, como pidiéndole su comprensión.

—¿Quieres conocer mi opinión? —me preguntó.

—Por favor, Lucas —asentí.

—Déjalo. Abandona esa farsa. Regresa a Trecorn. Cásate conmigo y obtén el mayor provecho de un mal trabajo.

—¿Un mal trabajo? ¿Qué quieres decir?

—Despídete de Simon Perrivale. Arráncalo de tus pensamientos. Mira las cosas tal y como son. Él huyó cuando estaba a punto de ser detenido. Eso es un detalle demasiado significativo como para ignorarlo. Si regresara, sería juzgado por asesinato y ahorcado. Déjalo que lleve una nueva vida en Australia..., o dondequiera que se encuentre. Como estás tan segura de su inocencia, dale una oportunidad para iniciar una nueva vida.

—Quiero demostrar que fue acusado erróneamente.

—Lo que tú quieres es que regrese. —Me miró con expresión triste—. Lo comprendo muy bien. —Se encogió de hombros, muy serio, como si debatiera algo consigo mismo. Después dijo—: ¿Qué has descubierto hasta el momento?

—Había un marinero borracho.

—¿Quién?

—Se llamaba Thomas Parry. Cayó por el acantilado y se ahogó.

—Espera un momento. Recuerdo algo sobre eso. Se produjo un gran alboroto en su momento. Ocurrió hace algún tiempo. Creo que vino aquí... procedente de Londres. Se emborrachó y cayó por el acantilado. Ahora lo recuerdo.

—Sí, se trata del mismo. Bien, fue enterrado en el cementerio de la iglesia. Descubrí que Kate ponía flores en su tumba. Cuando le pregunté por qué lo hacía me confesó que era su padre.

—¡Qué! ¿Estaba casado con la esplendorosa Mirabel?

—Nunca se puede estar segura con Kate. Le gusta fantasear. Me dijo que lo vio en el mercado de Upbridge y que andaba preguntando si alguien conocía a una mujer llamada Parry que iba con una niña pequeña. Se asustó y se ocultó detrás de la mujer con la que estaba en esos momentos..., la madre de otra niña pequeña con la que había ido a jugar. Aquel hombre le daba miedo. Al parecer, recordaba algo sobre un padre brutal.

—Y él fue encontrado al fondo del acantilado.

—Pareció un accidente. Si Mirabel confiaba en casarse con un Perrivale y apareciera procedente del pasado un esposo supuestamente muerto, ella habría estado en una situación difícil.

—Y, por lo que respecta a la esplendorosa Mirabel, el hombre en cuestión sería mucho más útil en el fondo del acantilado que planteándole problemas.

—No del todo. Solo cuento con lo que me ha dicho Kate. Le pregunté si le había

contado a su madre que lo había visto en Upbridge. Me contestó que no. Pero se lo había contado a Yayo..., así es como llama a su abuelo, el mayor Durrell. Él replicó que era imposible y que no le dijera nada a nadie, porque eso enojaría a su madre y porque, de todos modos, su padre estaba muerto, ya que se había ahogado en el mar mucho antes.

—¿Y por qué creyó la niña que se trataba de su padre?

—Es una niña extraña..., dada a la fantasía. Se me ocurrió que podía echar en falta a un padre y se inventó uno.

—Tiene a sir Tristan como padrastro.

—Sí, pero él no le hace ningún caso. Ella le llama Padrito, de un modo algo despectivo..., aunque desprecia a la mayoría de los adultos. Se me ocurrió que había visto a otras personas poniendo flores en las tumbas, y que a ella también le gustó hacerlo, así que se inventó un padre. El marinero en cuestión no tenía parientes, de modo que le puso flores y, de hecho, lo adoptó como padre.

—Parece una explicación plausible, pero ¿cómo crees que eso va a ayudar a solucionar los problemas de Simon Perrivale?

—No lo sé. Pero supongamos que alguien de la casa cometió el asesinato... Alguien que ha cometido uno puede no dudar en cometer otro. Podría formar parte de todo el cuadro. —Lucas me miró con expresión exasperada—. Sabía que te lo tomarías así, aunque también creí que me ayudarías.

—Te ayudaré —dijo—, pero no creo que nos lleve a ninguna parte. Parece que Simon estaba celoso de los otros dos. Mató a uno en un raptó de furia, y fue descubierto por el otro. Eso es todo. En cuanto al marinero, creo que puedes tener razón. La niña quería un padre, de modo que eligió al hombre muerto que no contaba con ningún pariente.

—Cortó las preciosas rosas del jardinero jefe para ponérselas en la tumba.

—Y eso, según tú, lo explica todo, ¿no?

—De todos modos...

—De todos modos... —repitió sonriéndome enigmáticamente—. Si vamos a investigar, debemos elegir el aspecto más probable, y parece que existe una débil posibilidad de que haya algo oscuro tras la muerte de ese marinero. Con eso podemos empezar.

—¿Cómo?

—Descubriendo algo acerca de él. ¿Quién era? ¿Quién era su esposa? Si esta resultara la actual Lady Perrivale, empezaría a parecer que estamos siguiendo una buena pista. Y si alguien se desembarazó de ese marinero porque era una molestia..., bueno, en tal caso cabría la posibilidad de que esa misma persona, habiendo cometido ya un crimen impune, decidiera intentar cometer otro.

—Sabía que me ayudarías, Lucas.

—Lo que hay que hacer ahora es empezar a desenmarañar la madeja —dijo con acento dramático.

—¿Cómo?

—Yendo a Londres. Mirando los registros. Qué pena que Dick Duvane no esté aquí. Se dedicaría a esta tarea con mucho entusiasmo.

- Oh, Lucas, te lo agradezco tanto...
- Yo también me siento agradecido. Esto alivia la monotonía de mis días. Regresé a Perrivale Court en un estado de euforia. Sabía que había hecho bien al confiar en Lucas.

Lucas estuvo fuera tres semanas. Cada día esperaba recibir un mensaje suyo. Kate y yo nos instalamos en una cómoda rutina. Ella aún pasaba por algún que otro momento difícil, pero ya no intentó hacer travesuras. Leíamos juntas, discutíamos sobre lo leído, y yo no volví a referirme a la tumba del marinero, que ella seguía visitando. Ya no le llevó más flores del jardín y se contentó con las flores silvestres.

Pocos días después de que Lucas se marchara a Londres, María, la doncella de la viuda lady Perrivale, fue a buscarme y me dijo que a su señora le gustaría tener una charla conmigo.

María era de esa clase de sirvientes que, tras trabajar durante largos años para un señor o a una señora, se sienten especialmente privilegiados por ello. Además, suelen ser tan útiles para sus señores que estos no les niegan lo que esperan.

Se consideran a sí mismos como «uno más de la familia», y comprendí que, en lo referente a María, eso me beneficiaba.

Era la primera vez que estaba en aquella parte de la casa que veía desde mi ventana, al otro lado del patio.

Cuando llegué, María se llevó los dedos a los labios y me dijo:

—Está casi dormida. Suele pasarle. Le pide a alguien que acuda a verla, y cuando llega la persona en cuestión está profundamente dormida.

Me hizo señas de que la siguiera y abrió una puerta. Allí, sentada en un amplio sillón, estaba lady Perrivale. Tenía la cabeza caída hacia un lado y parecía medio dormida.

—No debemos molestarla. Ha pasado una mala noche. A veces tiene pesadillas acerca de sir Edward. Él fue un hombre muy cruel..., pero usted no sabe nada de todo eso. Ella tiene altibajos. En ocasiones es ella misma, tal y como solía ser, y otras veces se le va la cabeza.

—¿Debo venir más tarde?

—Síntese un rato aquí conmigo —dijo negando con un gesto—. Cuando se despierte llamará con el timbre o dará golpes con el bastón en el suelo. Oh, querida, no es ni sombra de lo que fue.

—Supongo que nos ocurrirá a todos alguna vez.

—Sí, pero ella se derrumbó cuando desapareció sir Edward.

—Claro, llevaban mucho tiempo casados. Es natural.

—Yo estaba ya con ella cuando vinimos al sur. Sentí mucho tener que dejar Yorkshire. ¿Ha estado allí alguna vez, señorita Cranleigh?

—No, me temo que no.

—Tendría usted que ver los valles para creerlo..., y los brezales. Yorkshire es una región muy agradable.

—Sin duda.

—Aquí, en cambio... Bueno, no sé. Nunca acabé por acostumbrarme a estas gentes. Están llenas de fantasías. Pero, claro, no se las puede acusar por ello.

Me miró, con expresión algo belicosa, pero yo no tenía la menor intención de ser fantasiosa.

—Allí, en el norte, se llama a las cosas por su nombre, señorita Cranleigh, no como aquí, con tantas historias fantásticas, hadas que van por los aires, gente que sale de las tumbas, gnomos en las minas y fantasmas hundiendo los barcos. No sé..., a mí me parece una forma de ser muy extraña.

—Sin duda lo es —admití.

—Le aseguro que en una casa como esta algunas personas pueden perder la chaveta.

—Pero no una mujer de Yorkshire.

Me sonrió con una mueca. Comprendí que me recompensaba, no como un espíritu afín, pero, como yo procedía de Londres, al menos no era como uno de aquellos habitantes de Cornualles llenos de fantasías.

—De modo que acompañó usted a lady Perrivale cuando se casó —dije.

—Bueno, ya estaba con ella desde antes. Aquello sí que fue todo un acontecimiento. Casarse con el poseedor de un título nobiliario. Él tenía el dinero..., me refiero al viejo Arkwright. Pero, claro, el dinero no lo es todo. Y cuando ella se convirtió en «milady», se sintió envuelta en nubes de gloria. Y esta casa..., ¡cuánto hizo por ella! Estaba todo a punto de venirse abajo. Esta casa... y el título. Claro que ella también tuvo que apechugar con sir Edward.

—¿Fue algo tan horrible?

—Sir Edward era un hombre extraño, se lo garantizo. Nunca se le podía llegar a conocer. Ella estaba acostumbrada a hacer lo que quería. El viejo Arkwright la adoraba. Era muy hermosa, claro, y además tenía dinero. Era hija única... y heredaría todo. Ya comprenderá usted qué perseguía sir Edward.

—¿Por qué era un hombre extraño?

—Apenas hablaba. Siempre era muy formal. ¡Y qué estricto era, Dios santo!

—Ya he oído acerca de eso.

—Acudía todos los domingos a la iglesia..., por la mañana y por la tarde. Todos teníamos que ir..., incluso los sirvientes. En caso contrario era un punto negativo. Se estaba asegurando un lugar en el cielo... Y además, ese chico...

—¿Sí? —pregunté con avidez al ver que ella se detenía.

—Le traje aquí, por las buenas. Si se hubiera tratado de otro, se habría dicho: Bueno, los hombres son como son..., ya sabe. Pero era algo increíble tratándose de sir Edward. Me pregunté muchas veces quién sería aquel chico. Milady odiaba ver hasta su sombra. Es comprensible. La vieja Nanny Crockett se encariñó con él. Me pregunto cómo fue que milady no la despidió..., pero sir Edward no lo habría permitido, claro. Él se habría empeñado en que las cosas siguieran como estaban, a pesar de que no solía meterse en los asuntos de la casa, siempre y cuando todos fuéramos a la iglesia y asistiéramos a los rezos que se celebraban cada mañana en el salón. Oí a milady enfurecida y rabiosa, diciendo que no iba a permitir que aquel pequeño bastardo permaneciera en la casa..., sí, llegó a ese punto. Cualquiera lo

comprendería. Yo lo oí todo, ya que era su doncella personal y estaba con ella desde la época de Yorkshire. Ella quería tener su propia doncella y me eligió a mí. Pocas cosas han ocurrido en esta casa que yo no haya visto. Pero ¿por qué hablo con usted de todo esto? Bueno, el caso es que considero a milady como a mi propia hija. Es casi como si hablara de mí misma. Y aquí una es... casi como de la familia. Usted debe de haber pasado un buen trago con esa señorita Kate...

Apretó los labios y tuve la impresión de que se reprochaba por hablar de asuntos tan íntimos conmigo, casi una extraña.

—Usted habrá presenciado muchos cambios aquí —le dije.

—A mí nunca me gustó cuchichear —dijo, como disculpándose—. Y ahora, de todos modos, ya no tengo muchas oportunidades, estando aquí la mayor parte del tiempo. Me siento un poco sola. Tiene usted una naturaleza muy simpática, señorita Cranleigh, lo veo. Es usted de la clase de personas capaces de comprender...

—Espero que sí. Me resulta muy interesante la vida aquí..., la mansión y la gente.

—Y lo es. Sí, como usted bien ha dicho, he presenciado muchos cambios. La gente no suele acercarse mucho por esta parte de la casa. Ya sabe cómo son los de esta región..., y como sir Edward murió aquí, creen que regresará y encantará el lugar. Sé que hay quienes hablan de eso. Han visto luces. Y dicen que se trata de sir Edward buscando algo para poder descansar en paz.

—Una noche vi una luz —dije—. Pensé que era una vela. Parpadeó un instante... y luego ya no la volví a ver.

—Yo le puedo decir qué era. Tal vez ella —me confió volviendo la cabeza hacia la habitación donde estaba lady Perrivale—. Lo hace a veces. Se levanta por la noche y enciende una vela. Le he advertido muchas veces: «Un día va a incendiar todo esto... o quizá su propio camión». Y ella me dice: «Tengo que buscarlo. Tengo que encontrarlo». «Encontrar ¿qué?», le pregunto. Y entonces aparece una mirada extraña en sus ojos y cierra la boca y no dice una palabra más.

—¿Cree usted que realmente anda buscando algo?

—Las personas tienen ideas extrañas cuando se hacen viejas. No..., no hay nada. Solo que se le ha metido esa idea en la cabeza. Se lo he dicho una y mil veces: «Si se le ha perdido algo, dígamelo. Yo lo encontraré». Pero no... Solo es una fantasía que se le ocurre por la noche. Sin embargo, tengo que vigilar. Podría provocar un incendio y en una mansión como esta hay mucha madera. Lo que hago es esconder las cerillas. Pero eso no la detiene. La he oído deambular en la oscuridad.

—¿En su habitación?

—No, en la habitación de él..., de sir Edward. Tenían habitaciones separadas, ¿sabe? Siempre me ha parecido que hay algo malo en las habitaciones separadas.

—Usted debe de estar muy ocupada aquí, cuidando de lady Perrivale.

—Oh, sí. Me encargo de todo. Limpio las habitaciones y cocino para ella. No es frecuente que baje para una cena, como hizo la otra noche. Pero se ha sentido bastante mejor durante la última semana. El caso es que cada uno de ellos llevaba su vida propia, y ella está ahora muy contenta con Mirabel, la actual lady Perrivale. Quería que se casara con uno de sus hijos.

—Sí, he oído que ella conoció a la madre de Mirabel.

—Sí, fueron amigas de la escuela. Ella quiso que el mayor se instalara aquí, y le encontró la casa Seashell, y al cabo de poco tiempo la señorita Mirabel se comprometió con el señor Cosmo.

—Pero él murió..., ¿no?

—Le mataron. Fue una época horrible, se lo aseguro. Fue ese otro chico, Simon. Ellos dos siempre habían estado enfrentados.

—Él huyó, ¿verdad?

—Oh, sí, escapó. Era un chico muy astuto, incluso de pequeño. Era lo único que podía hacer..., eso o suicidarse. Creo que ese chico tuvo mucha suerte. Era de los que parecen nacer de pie.

—¿Qué cree usted que ocurrió?

—Es muy sencillo. Simon estaba harto. Había puesto sus ojos sobre Mirabel. Pero, claro, no tenía la menor posibilidad. —Bajó el tono de voz y susurró—: Quizá esté hablando demasiado, pero siempre pensé que ella iba detrás del título, de modo que eligió a Cosmo. Creo que Simon lo mató en un raptó de rabia.

—Pero ¿por qué iba a tener a mano aquella arma de fuego?

—Ahora que me lo pregunta le diré que, al parecer, se la llevó con un propósito determinado, ¿no? Eso nunca se sabe. Bueno, el caso es que todo el mundo lo consideró una pelea por celos..., y los celos son algo terrible. Pueden llevarle a uno a cometer cualquier tontería.

—De modo que, al final, Mirabel se casó con Tristan.

—Sí. Bueno, siempre se gustaron. Tengo un par de ojos en la cara, y he visto muchas cosas. Y sepa que en aquella época me dije más de una vez: «Jo, jo, va a haber problemas cuando se case con Cosmo, porque ella desea a Tristan». He visto un par de detalles. —Se detuvo de pronto y se llevó los dedos a la boca—. Estoy volviendo a hablar demasiado. Resulta tan agradable tener una pequeña charla con alguien que se muestra interesada...

—El tema me interesa, desde luego —le aseguré.

—Bueno, supongo que ahora usted es como una más de la familia. Y, después de todo, aquello sucedió hace mucho tiempo. Ahora ya ha pasado.

Comprendí que solo necesitaba un pequeño empujón para sacar todo lo que tenía en su conciencia, y eso fue lo que hice.

—Sí, claro. Y me atrevería a decir que en aquellos momentos todo el mundo hablaba de lo sucedido.

—Vaya que sí.

—Dijo usted que vio un par de detalles...

—Oh..., no sé. Solo observé un par de cosas..., así que no me sorprendió que ella se arrojara en brazos de Tristan. La gente dijo que fue de rebote..., que las pobres criaturas se consolaron mutuamente. Bueno, ya sabe lo que suele decir la gente...

Frunció ligeramente el ceño. Creo que intentaba recordar lo que había estado diciendo.

—Milady y yo... solíamos divertirnos juntas. Ella me lo contaba todo... Éramos como dos amigas, eso es lo que éramos. Pero después ella cambió. Hace mucho

tiempo que no mantengo una charla como esta. Bueno..., será mejor que vaya a ver cómo está. A veces dormita un poco. Luego, se despierta y enseguida quiere saber qué pasa.

Se levantó y se dirigió a la puerta. Confiaba en que lady Perrivale no se hubiera despertado todavía, pues la conversación con María estaba siendo muy interesante e informativa. Siempre había sabido que, con frecuencia, los sirvientes conocían mejor que nadie los secretos de la familia..., e incluso quizá más.

—María..., ¿qué ha pasado? —escuché preguntar a una voz en tono impaciente—. ¿Ha venido alguien?

—Sí, usted quería tener una charla con la institutriz. Está esperando que se despierte.

—Estoy despierta.

—Lo está ahora. Bueno, aquí está la señorita Cranleigh... Lady Perrivale sonrió al verme.

—Trae una silla, María, para que pueda sentarse. —María llevó la silla—. Cerca de mí —ordenó lady Perrivale.

Hablamos durante un rato, pero comprendí que su mente desvariaba. No estaba tan lúcida como en la cena y no estaba muy segura de qué institutriz era yo. De repente recordó que era la que había tenido éxito con Kate.

Me habló de la casa y me contó en qué estado la había encontrado cuando llegó, y cómo la había hecho reparar, dándole una nueva vitalidad.

Al cabo de un rato volvió a dejar caer la cabeza y empezó a dormitar de nuevo. Me levanté silenciosamente y miré a María.

—Hoy no es uno de sus días buenos —me dijo—. Ha pasado una mala noche. Apuesto a que estuvo caminando por ahí, envuelta en la oscuridad..., buscando algo que no está aquí.

—Bien, tengo que marcharme. Me ha complacido mucho hablar con usted.

—Espero no haberme ido de la lengua. Me he entusiasmado al tener a alguien con quien hablar un rato. Debe usted volver otra vez. Siempre me ha gustado charlar.

—Lo haré —le prometí.

Regresé a mi habitación. Para mí no había sido una tarde perdida.

Un mensaje de Lucas llegó a la mansión.

Había regresado y quería verme lo antes posible. Esperé con impaciencia el momento de nuestro encuentro y poco después nos vimos en El Rey Marino.

—Bien —dijo—. He hecho algunos descubrimientos. Creo que la señorita Kate está imaginando cosas.

—Oh, me alegra saberlo. No me habría gustado que lady Perrivale hubiera matado a su primer marido.

—Parece que ese tal Thomas Parry fue un marinero.

—Ese es nuestro hombre.

—Se casó con una tal Mabel Tallón, una corista.

—¡Lady Perrivale una corista!

—Pudo haber sido... antes de que adoptara sus aires de grandeza. Pero escucha..., ¿no está su padre por aquí?

- Sí, es el mayor Durrell. Mirabel Durrell no se parece mucho a Mabel Tallón.
- Una Mabel bien podría haberse cambiado el nombre por el de Mirabel.
- Sí, pero lo importante aquí es el apellido.
- También podría habérselo cambiado.
- Pero está su padre.
- Escucha. Había además una niña. Lo comprobé. Se llamaba Katharine.
- ¡Kate! Sí..., tal vez.
- Es un nombre bastante común.
- Pero es lo único que encaja.
- ¿Y quieres agarrarte a eso?
- No. Creo que Kate se lo imaginó todo. Esa niña se siente muy sola. Lo sé por la rapidez con la que entabló amistad conmigo. Tiene algo de patético. Ella desea tener un padre. Por eso adoptó como tal a ese marinero.
- Podría haberse buscado a alguien más valioso.
- Tuvo que conformarse con lo que tenía más a mano. Él estaba ahí, en la tumba... Era un desconocido..., y no olvides que lo había visto en la plaza del mercado.
- ¿Crees que lo vio de verdad? ¿O acaso también lo imaginó?
- Creo que lo vio, porque ese hombre estuvo allí, y andaba buscando información sobre su esposa y una hija.
- He comprobado que tenía una hija llamada Katharine.
- Bueno, también hay otros diminutivos para ese nombre..., como por ejemplo Cathy.
- Sí, en efecto. Pero supongo que Kate es el más habitual. Sin embargo, eso no prueba nada, es demasiado vago. Y el padre de Mirabel da una impresión de respetabilidad. Mayor Durrell. Es difícil que ella le involucrara en el asunto. No. Dejemos zanjado el tema por ese lado y busquemos otro hilo para seguir desenredando la madeja.
- Debo decirte que he hecho un pequeño descubrimiento mientras has estado fuera. He hablado con María, la doncella de lady Perrivale. Me refiero a la anciana viuda.
- ¡Ah! ¿Y qué te ha revelado?
- No mucho que yo no supiera. Pero se ha mostrado muy parlanchina.
- Justo lo que necesitamos.
- Recordó que cuando Simon fue traído a la mansión hubo un escándalo y mucha consternación porque nadie podía imaginarse de dónde salía aquel niño. A algunos les pareció evidente que el señor de la casa había cometido algún desliz..., pero parecía increíble por parte de sir Edward. No era el tipo de hombre capaz de verse envuelto en una cosa así. Era un hombre temeroso de Dios, un pilar de la iglesia, siempre ávido de mantener estrictamente los altos principios morales.
- Quizá fuera así ante los demás y se mostrara mucho más indulgente respecto a sí mismo. Algunas personas son así.
- Sí, desde luego, pero no sir Edward. Y ese desliz tuvo que haberse producido antes de su matrimonio.

- Bueno, es algo que sucede de vez en cuando.
- ¿A una persona como sir Edward?
- Quizá. El caso es que se arrepintió pues trajo al chico a la mansión..., ¿o acaso crees que pudo haber otra razón por la que Simon fue traído aquí?
- Quizá debamos descubrirlo.
- Tal vez sintió lástima del chico, huérfano y en manos de aquella tía.
- ¿Crees que la madre pudo ser una pariente pobre?
- ¿Quién iba a impedirle decir algo así? Tal y como veo las cosas, se limitó a traer al niño a la mansión y permitió que la gente sacara sus propias conclusiones. No, no tiene sentido. Tuvo que haber sido un desliz. A veces hasta las personas más virtuosas tienen algo que ocultar.
- Pero era un hombre que insistía tanto en la moralidad...
- Los pecadores arrepentidos suelen comportarse así.
- No puedo creerlo, tratándose de él. Seguro que hay algo detrás de todo esto.
- Escúchame, Rosetta. Estás persiguiendo sombras. Crees algo porque quieres creerlo. Empiezas a meterte en aguas peligrosas. Supón que tienes razón. Imagina que en esa casa vive un asesino, y que él o ella descubre lo que estás haciendo. No me gusta nada esa idea. Si esa persona ya cometió un asesinato, ¿por qué no iba a volver a hacerlo?
- ¿De modo que crees que hay un asesino en la mansión?
- No he dicho eso. Creo que la versión oficial es la más probable, y que Simon es el principal sospechoso. Su fuga parece demostrarlo.
- Yo no lo acepto.
- Ya sé que no... porque no quieres aceptarlo. Conociste al hombre que estuvo con nosotros todo aquel tiempo. Eso fue diferente. Luchábamos por conservar la vida. Se mostró como un hombre heroico y lleno de recursos. Ambos le debemos la vida, pero eso no quiere decir que en unas circunstancias diferentes no pueda haber sido un asesino.
- Oh, Lucas, ¡no creerás eso!, ¿verdad?
- No lo conocí tan bien como tú —dijo de mala gana.
- Tú también estuviste todo el tiempo con él. Fue él quien te rescató del agua, y se preocupó mucho por ti.
- Lo sé, lo sé, pero las personas somos muy complejas. Obnubilado por sus pasiones y celos pudo haber sido una persona muy diferente.
- No quieres ayudarme porque no crees en él.
- Te ayudaré, Rosetta, solo porque creo en ti.
- No sé qué quieres decir, Lucas.
- Quiero decir que estoy dispuesto a ayudarte todo lo que pueda, pero que, en mi opinión, te has impuesto una tarea imposible e incluso peligrosa.
- Si crees que es peligrosa no te queda más remedio que creer en la inocencia de Simon. De otro modo, la gente que vive en la mansión no tendría nada que ocultar.
- Sí, es posible. Pero quiero que tengas mucho cuidado. Arrastrada por tu entusiasmo podrías revelar tus ansias de saber más y si por casualidad resulta que

tienes razón..., bueno, entonces podría ser peligroso. Por favor, Rosetta, ten mucho cuidado.

—Lo tendré. Por cierto, durante mi conversación con María surgió algo. Parece que Mirabel mantenía una especie de flirteo con Tristan al mismo tiempo que estaba comprometida con Cosmo.

—¿De veras?

—Según María, Mirabel prefería con mucho a Tristan.

—Eso es interesante.

—Pensé que podía ser una motivación.

—Pudo casarse con el hermano sin necesidad de cometer ningún asesinato.

—¿Y perder así el título y todo lo que conlleva?

—Estoy seguro de que eso era importante para ella, pero ¿estuvo dispuesta a matar por ello?

—Tal vez... Tristan y ella entre los dos hermanos. Había algo que ganar.

—Bueno, es la mejor hipótesis que has planteado hasta el momento. Pero yo no me fiaría mucho de las murmuraciones de los sirvientes. Y a propósito, es posible que tenga que regresar a Londres dentro de pocos días.

—Oh..., ¿tan pronto? ¿Estarás fuera mucho tiempo?

—No estoy seguro. En realidad, voy a someterme a una operación. Llevo pensándolo desde hace algún tiempo.

—No me habías dicho nada.

—Bueno, no quería molestarte con esa clase de cosas.

—¿Cómo puedes decir eso! Sabes que me importa mucho. Cuéntamelo.

—Hay un médico en Londres... Se trata de algo muy nuevo, claro. Es posible que funcione... o no. Él se ha mostrado muy franco al respecto.

—¡Lucas! ¡Y me lo dices ahora, así, tan casualmente!

—No me parece que sea nada casual. Vi a ese doctor y hablamos de la operación mientras estuve en Londres haciendo averiguaciones sobre el marinero borracho. De ese modo maté dos pájaros de un tiro.

—¡Y ahora me lo dices!

—Pensé que sería mejor explicarte la causa de mi ausencia. Podrías estar esperando algún mensaje: «Ven enseguida. Asesino descubierto», o algo por el estilo.

—Por favor, Lucas, no seas tan burlón.

—Está bien. Lo cierto es que mi pierna está en bastante mal estado. Y cada vez empeora más. Y ese médico está experimentando ciertos métodos nuevos. No me va a proporcionar una pierna nueva, claro, pero cabe la posibilidad de que pueda hacer algo. Si tiene éxito..., caminaré siempre cojeando, pero habrá sido una gran mejoría. Y lo cierto es que... estoy dispuesto a correr el riesgo.

—¿Es peligroso, Lucas?

Vaciló un instante antes de contestar:

—Oh, no. No me voy a quedar más lisiado de lo que ya estoy, pero...

—Dime la verdad.

—Si quieres saber la verdad, resulta que incluso yo no tengo las cosas claras. Pero hay cierta esperanza..., un poco débil quizá..., pero quiero correr el riesgo.

- ¿Por qué no me lo habías dicho antes?
- No estaba seguro de querer someterme a esa operación. Pero después pensé: ¿Y por qué no? Si sale mal, las cosas no quedarán mucho peor y si sale bien podrían mejorar bastante.
- ¡Y yo sigo con esto mientras tú tienes por delante algo tan importante!
- Tu preocupación me conmueve, Rosetta —me dijo, muy serio.
- Claro que estoy preocupada. Tú me preocupas mucho.
- Lo sé. Bueno, el caso es que me marcharé dentro de unos días.
- ¿Cuánto tiempo durará?
- No estoy seguro. Si tiene éxito, quizá un mes. Me va a ingresar en su clínica.
- No me gustará pensar que no estás aquí.
- Prométeme que tendrás mucho cuidado.
- En cuanto a la investigación, pues claro que tendré cuidado.
- No muestres con claridad lo que andas buscando, y no te fíes demasiado de la cháchara de los sirvientes.
- Te lo prometo, Lucas. ¿Me darás la dirección de la clínica?
- Extrajo un trozo de papel de la cartera y anotó una dirección.
- Iré a verte —le dije.
- Eso será un verdadero placer para mí.
- Me mantendré en contacto con Carleton. ¿Cómo se va a sentir cuando te marches, dejándolo solo?
- No creo que el hecho de que yo esté en casa le represente una gran diferencia. Eso no va a lograr que Theresa regrese. Estará bien. Se ha dedicado por completo a su trabajo, y eso es lo mejor que puede hacer.
- Aquellas noticias arrojaron una sombra sobre el resto del día. Era típico de Lucas que se tomara a la ligera un tema tan grave. ¿Cómo sería aquella operación? ¿Iba a ser peligrosa de algún modo? Si lo era, sabía que él no me lo diría.
- Me sentí muy inquieta.
- Salimos de la posada y nos dirigimos a los establos.
- Te acompañaré de regreso a Perrivale —me dijo Lucas. Cabalgamos en silencio y no tardamos en avistar la mansión.
- Oh, Lucas, querría que no tuvieras que marcharte. Te echaré mucho de menos.
- Recordaré esas palabras —replicó él—. No será por mucho tiempo. Dentro de poco me verás cabalgando hasta El Rey Marino... como un hombre cambiado. —Le miré con una expresión de tristeza y él añadió más serio—: Pero yo sí estoy preocupado por ti, Rosetta. Cuídate. Abandona la investigación hasta que yo regrese. Eso es lo mejor que puedes hacer.
- Te prometo que tendré mucho cuidado, Lucas.
- Me tomó de la mano y la besó.
- Au revoir*, Rosetta —se despidió.

Me sentía deprimida. Las entrevistas con Lucas habían significado mucho para

mí, y verme privada de ellas me hacía sentirme desdichada. Además, estaba preocupada por él. Me preguntaba una y otra vez cómo sería aquella operación y por qué se había mostrado tan misterioso al respecto.

Un día en que salí a cabalgar con Kate sugerí hacer una visita a Trecorn Manor.

—Está bastante lejos y no lo podremos hacer en una tarde. Pero ¿por qué no disfrutar de un día de fiesta? Le preguntaré a tu madre si nos da su permiso.

Kate se sintió excitada ante la perspectiva y, tal y como había pensado, no fue nada difícil obtener el permiso.

Mi estilo de equitación había mejorado bastante desde mi llegada, y ahora ya me podía permitir una larga cabalgada. Kate, por su parte, era perfectamente capaz de ello.

Me complació verla tan encantada con la perspectiva de nuestra breve excursión.

—Es bastante grande —me comentó cuando vio la casa—. Pero no tanto como Perrivale Court, claro..., aunque está bien.

—Estoy segura de que a los Lorimer les encantará tu aprobación.

—¿Vamos a ver ese viejo de Lucas?

—No. No está aquí.

—¿Dónde está?

—En una clínica.

—¿Qué es una clínica?

—Una especie de hospital.

—¿Y qué hace allí?

—Sabes que se hizo daño en una pierna.

—Sí, en el naufragio. No camina muy bien.

—Pues van a ver si son capaces de hacer algo al respecto.

—Entonces ¿a quién vamos a ver? —preguntó tras un instante de reflexión.

—Espero que a su hermano, a los gemelos y a Nanny Crockett.

Dejamos los caballos en los establos y entramos en la casa. El señor Lorimer estaba en la propiedad, pero enseguida informarían a Nanny Crockett de que habíamos llegado.

Nanny bajó presurosa.

—Oh, señorita Cranleigh. ¡Qué alegría verla por aquí! ¡Y también la señorita Kate! ¡Bienvenidas!

—¿Dónde están los gemelos? —preguntó Kate.

—Oh, les gustará mucho verlas. Se acuerdan mucho de usted, señorita Cranleigh.

—Espero poder ver al señor Lorimer antes de que nos marchemos.

—Se ha ido a Londres.

—Me refiero al señor Carleton.

—Creí que venía a ver al señor Lucas. Le van a hacer algo en la pierna. —Sacudió la cabeza y añadió—: Se supone que hoy en día los médicos son capaces de hacer muchas cosas, pero no sé...

—Sabía que se ha marchado. Quería hablar de eso con el señor Carleton.

—Creo que no tardará mucho en volver. Suban a la habitación de los gemelos.

Jennifer me reconoció en cuanto me vio y echó a correr hacia mí. Henry se mostró inseguro, pero siguió a su hermana.

—Y ahora contadme cómo estáis —dije—. Esta es Kate, que ahora es mi alumna.

Kate observaba a los niños con un interés ligeramente sarcástico.

Le pregunté a Jennifer cómo estaba Mabel, la muñeca que solo tenía un ojo, y también me interesé por Reggie, el osito. Se echó a reír y me contestó que seguían siendo tan traviosos como siempre.

Charlé con los niños durante un rato, y Nanny Crockett dijo que podían enseñarle a Kate la casa de las muñecas. Los gemelos saltaron de alegría. Miré ansiosamente a Kate, que era capaz de manifestar su falta de interés por aquellos juguetes infantiles. Pero creo que mi mirada debió de ser suplicante, porque dijo:

—De acuerdo.

La casa de las muñecas estaba en un rincón de la habitación. Los niños se dirigieron hacia ella y Nanny Crockett me hizo señas para que me sentara.

—¿Hay alguna noticia? —me preguntó en un susurro.

—Es difícil —contesté, negando con la cabeza—. No descubro nada. A veces creo que es una tarea imposible.

—Sé que terminará por descubrir algo. Sé que hay algo por descubrir... y que está en esa casa. Allí está el secreto. Desearía poder estar allí.

—Obtengo pequeños fragmentos de información, pero no me conducen a ninguna parte.

—Bueno, continúe intentándolo. ¿Ha tratado de hablar con la señora Ford? Ella sabe la mayoría de las cosas que pasan.

—Quizá pueda usted hablar con ella, ya que es su amiga.

—Lo he intentado, pero no he llegado muy lejos.

—Es posible que no sepa nada..., o que, si lo sabe, crea que no debe hablar de las cosas de la familia.

—A lo mejor está dispuesta a hablar con alguien de la casa, y no con alguien de fuera. Y usted pertenece ahora al personal de la casa. Usted es uno de ellos. Yo, en cambio, ya no trabajo allí.

Me di cuenta de que Kate intentaba escuchar lo que estábamos hablando y le hice una seña a Nanny Crockett, quien comprendió enseguida, de modo que nos pusimos a hablar de los gemelos y de que pronto necesitarían una institutriz.

—No volverás aquí, ¿verdad, Estirada? —se apresuró a preguntar Kate.

Aquello fue una prueba de que no se perdía palabra de lo que decíamos.

—No, al menos mientras continúes siendo buena alumna —contesté.

Kate hizo un mohín. Pero estaba claro que no iba a poder sostener una conversación íntima con Nanny Crockett. Poco después acudió una doncella para decirnos que el señor Lorimer acababa de regresar. Dejé a Kate en la habitación de los niños y bajé a verle. Parecía muy triste, pero mi presencia le complació.

—Estoy preocupada por Lucas —le dije después de saludarlo—. ¿Qué sabes acerca de esa operación?

—Muy poco. Estuvo en Londres hace días para ver a un médico, que le hizo un examen completo. Bueno, por el momento eso es todo.

—¿Qué cree ese médico que se puede hacer?

—Es un poco vago. Aseguran haber hecho muchos progresos en ese campo. Intentarán enderezar lo que quedó mal cuando no se pudo curar a tiempo la pierna.

—Siempre he lamentado que no supiéramos muy bien qué hacer. Habríamos podido evitar todo esto.

—No vale la pena culparte de nada, Rosetta..., ni al hombre que estaba contigo. Hiciste todo lo posible. Entre los dos le salvasteis la vida y no pudisteis hacer nada más. Créeme, él te estará eternamente agradecido. Sé que habla con ligereza de estas cosas, pero lo siente mucho más profundamente de lo que te imaginas.

—Sí, lo sé.

—Él es quien mejor sabe lo que debe hacerse, Rosetta. Esta es una oportunidad que no ha querido dejar pasar. Es posible que, si fracasan, quede peor de lo que estaba, pero si tienen éxito mejorará mucho.

—Supongo que es un gran riesgo.

—Yo también lo creo.

—Te harán saber el resultado de la operación en cuanto lo tengan, ¿verdad?

—Sí, estoy seguro de que sí.

—Carleton, en cuanto sepas algo, ¿te importaría enviarme un mensaje comunicándomelo?

—Pues claro que lo haré. —Permanecimos unos momentos en silencio y después Carleton añadió—: Para Lucas fue una gran tragedia. Le disgustaba mucho tener problemas de salud. Y esa especie de deformidad... le afectó mucho.

—Lo sé.

—Desearía que... se casara. Creo que significaría mucho para él.

—Suponiendo, claro está, que sea un matrimonio feliz.

—Un matrimonio feliz es el estado perfecto.

—Solo si es perfecto. En caso contrario se convierte en un compromiso.

De pronto comprendí que Carleton se refería a su propio matrimonio.

—Pero todo puede terminar... tan de pronto —dijo con tristeza— que uno se pregunta si no habría sido mucho mejor no conocer nada de eso.

—Carleton, te comprendo perfectamente, pero creo que deberías regocijarte por lo que has tenido.

—Sí, tienes razón. Aquí estoy, poniendo al descubierto mis miserias internas. ¿Qué piensas de los gemelos?

—Están bastante bien. Nanny Crockett es maravillosa. Han crecido, ¿verdad?

—Pronto tendremos que pensar en conseguirles una institutriz —comentó, mirándome especulativamente.

—Sabes muy bien que en realidad no soy una institutriz.

—He oído que has hecho un buen trabajo con esa niña.

—¡Vaya, mi fama se extiende! —exclamé burlona.

—Debéis almorzar algo antes de regresar.

—Bueno, muchas gracias. Sí, supongo que necesitaríamos tomar algo. Es un

viaje bastante largo hasta Perrivale Court. Llamaré a Kate.

—Sí, hazlo. Estará todo dispuesto dentro de pocos minutos.

A Kate le encantó almorzar en el comedor de Trecorn Manor. Carleton se mostró muy atento con ella y la trató como a un adulto, de lo cual ella no dejó de disfrutar. Alabó la comida que nos habían preparado y habló con bastante animación de Perrivale, lo que divirtió a Carleton y pareció alegrarlo un poco. Así pues, fue una visita muy agradable.

Carleton nos acompañó hasta los establos cuando nos disponíamos a marcharnos.

—Gracias por haber venido —nos dijo—. Espero que volváis otra vez.

—Oh, sí, lo haremos —replicó Kate.

Me pareció una respuesta gratificante, que también agradó a Carleton. Durante el camino de regreso Kate dijo:

—El almuerzo ha sido bueno. Pero esos tontos mellizos, con su vieja casa de muñecas, fueron un aburrimiento.

—¿No te ha parecido una bonita casa de muñecas?

—Estirada, ya no soy una niña. No me entretengo con juguetes. Quiere que usted vuelva, ¿no?

—¿Quién?

—Ese viejo de Carleton.

—Creo que tu vocabulario resulta a veces muy limitado. Utilizas el mismo adjetivo para describir prácticamente a todo el mundo.

—¿Qué adjetivo?

—Viejo.

—Bueno, él es viejo. Quiere que regrese y eduque a esos tontos mellizos, ¿verdad?

—Ellos, al menos, no son tan viejos. ¿Por qué lo dices?

—Porque Nanny Crockett quiere que regrese.

—¿Ya no es la «vieja» Nanny Crockett?

—Bueno, ella es tan vieja que no hay necesidad de decirlo. Dijo que se mantendría en contacto con usted, y también lo dijo Carleton.

—Se refería a su hermano. Me dará noticias de cómo ha salido su operación.

—Quizá le corten la pierna.

—Claro que no lo harán. No sé cómo se te ocurre una cosa así. Lo van a curar. Es un gran amigo mío y, naturalmente, quiero saber cómo le va todo. Así que su hermano y Nanny Crockett me mantendrán informada en cuanto se enteren de sus progresos.

—¡Oh! —exclamó, y se echó a reír. De pronto, empezó a cantar—: «Quince hombres en el arcón de un hombre muerto. ¡Jo, jo, jo! Y una botella de ron. Bebe y el diablo se ocupará del resto...».

«Creo que realmente le importo a esta niña», pensé.

Me sentí muy deprimida durante los siguientes días. Me di cuenta de lo importante que era para mí saber que Lucas estaba cerca. Cada vez estaba más preocupada por la operación. Carleton no conocía más detalles que yo y era una

actitud típica de Lucas mostrarse reticente al respecto.

También me daba cuenta de lo inútiles que eran mis investigaciones. Lucas creía que eran absurdas, y tenía razón.

Si estuviera cerca y pudiera enviarle un mensaje a Trecorn Manor para vernos...

Me pregunté qué le haría aquella operación a su carácter y llegué a la conclusión de que temía mucho el resultado.

Kate percibió mi melancolía e intentó alegrarme. Me distraía mientras estábamos leyendo, y eso la extrañó mucho. Fue entonces cuando empecé a estar segura de que la niña sentía cierto afecto por mí. Eso habría sido muy consolador en cualquier otro momento, pero entonces solo podía pensar en Lucas.

Ella intentó engatusarme para que charláramos y cuando me di cuenta ya estaba hablando con ella sobre mi pasado. Le hablé de la casa en Bloomsbury, de mis padres y de su constante preocupación por el Museo Británico. A ella le divirtió mucho saber que me habían impuesto el mismo nombre que la piedra de Rosetta.

—Conmigo pasa lo mismo —dijo—. No tengo padre, pero mi madre siempre ha tenido otras cosas... No el Museo Británico, claro, pero otras cosas.

En cualquier otro momento habría seguido interrogándola acerca de sus sentimientos, pero estaba tan obsesionada con Lucas que dejé pasar la oportunidad.

Kate quiso saber muchas cosas sobre el señor Dolland. Le conté cómo eran sus representaciones, y se interesó particularmente por *Las campanas*.

—Ojalá estuviera aquí —se lamentó—. ¿Verdad que sería divertido?

Admití que así sería, como en los viejos tiempos. Ella me pasó un brazo por el mío y me lo acarició con una rara demostración de afecto.

—No importa que a ellos solo les interesara el Museo Británico, ¿verdad? Eso no importa... cuando se tienen otras cosas...

Me sentí realmente conmovida. Acababa de decirme, indirectamente, que mi presencia compensaba la falta de atención de su madre.

Lanzó exclamaciones de alegría cuando le conté cómo había llegado Felicity a mi casa. Y comprendí por qué: se debía a la similitud de mi propia llegada a Perrivale Court.

—Creyó usted que estaba a punto de llegar alguna fea institutriz —me dijo.

—Y vieja, desde luego —añadí, y ambas nos echamos a reír.

—El caso es que casi todas son viejas. ¿Se le ocurrió alguna forma de hacer que se marchara de casa?

—No, no pensé nada de eso. Yo no era un pequeño monstruo como tú.

Se echó a reír con grandes aspavientos.

—Pero ahora no se marcharía, ¿verdad, Estirada? —me preguntó.

—Si tuviera la impresión de que tú quieres que me quede...

—Eso es lo que quiero.

—Creí que odiabas a todas las institutrices.

—A todas, excepto a usted.

—Me siento muy honrada.

Sonrió tímidamente y añadió:

—Creo que ya no la seguiré llamando Estirada. A partir de ahora será Rosetta. Me parece muy divertido que le hayan puesto el mismo nombre que esa piedra.

—Bueno, se trata de una piedra muy especial.

—¡No es más que una piedra vieja!

—En esta ocasión, para variar, el adjetivo está bien empleado.

—Y con todos esos dibujos..., como gusanos.

—Los jeroglíficos no son precisamente gusanos.

—Está bien. Usted es Rosetta.

Creo que, estimulada por el hecho de que yo hubiera hablado de mi infancia, quiso hablarme de la suya. Y eso, desde luego, era lo que yo deseaba.

—Debíamos de estar muy lejos del Museo Británico —me dijo—. No lo había oído nombrar hasta ahora. Siempre estábamos esperando a que regresara a casa.

—¿Te refieres a... tu padre? —pregunté con cautela.

—Era terrible —asintió ella—. Mi madre tenía miedo, aunque no tanto como yo cuando me quedaba allí... sola. Estaba todo oscuro...

—¿Era de noche?

—No lo recuerdo —contestó desconcertada—. Era una habitación horrible. Yo tenía una cama en el suelo, en un rincón... Mi madre estaba en la otra cama. Por la mañana, solía observarle el cabello. Era como el oro y estaba desparramado sobre la almohada. Me despertaba por la mañana... y no sabía qué hacer. Entonces ella estaba allí..., y otras veces no estaba. Había alguien en el piso de abajo. Ella tenía la costumbre de asomarse para ver si yo estaba bien.

—Y tú te pasabas allí mucho tiempo, a solas.

—Creo que sí.

—¿Y qué hacía tu madre?

—No lo sé.

«Una corista —pensé—. Tom Parry casado con una corista.»

—Usted tenía al señor Dolland y a la señora Harlow...

—Cuéntame, Kate..., cuéntame todo lo que recuerdes.

—No, no —gritó de pronto—. No quiero hacerlo. No quiero recordarlo. No quiero recordarlo más.

Se volvió hacia mí y se arrojó entre mis brazos. Yo le acaricié el pelo.

—Está bien —le dije—. Olvidémoslo. Ya ha pasado todo. Ahora me tienes a mí... Nos divertiremos juntas. Cabalgaremos..., leeremos y hablaremos.

Estaba aprendiendo tanto..., no acerca de lo que había ido a investigar, sino sobre Kate. Era una niña que se sentía muy sola; se comportaba de ese modo porque estaba hambrienta de amor y atención. Trataba de obtener lo que le faltaba de la única manera que sabía hacerlo. Sentí rencor contra Mirabel, que no había sabido darle el amor que ella tanto necesitaba. Quizá en aquel entonces tuviera que trabajar, pero ahora no.

De pronto Kate se apartó de mí con brusquedad, como avergonzada de haber demostrado su emoción.

—Todo se arregló cuando vino Yayo —dijo.

—Sí, tu abuelo. Él te quiere mucho, ¿verdad?

Una sonrisa iluminó su rostro.

—Vino y nos sacó de allí. Nos trajo aquí... y entonces todo se arregló. Cuenta historias muy bonitas..., siempre sobre batallas.

—Debió de resultarte maravilloso cuando te sacó de allí.

—Recuerdo... —dijo tras hacer un gesto de asentimiento—, fue en la habitación. Él estaba sentado en la cama. Dijo algo sobre un contacto.

—¿Un contacto?

—Sí, un contacto en Cornualles.

—Supongo que se referiría a una amiga.

Asintió. Su estado de ánimo había cambiado. Ahora sonreía.

—Fuimos en tren, y resultó maravilloso. Yo iba en las rodillas de Yayo... y entonces llegamos a la casa Seashell. Me gustó mucho... porque Yayo estaba allí. Él siempre estaba allí..., incluso cuando se hacía de noche. También me gustó mucho el mar. Me encantaba escucharlo golpear contra los acantilados. Desde mi dormitorio en la casa Seashell lo oía muy bien.

—Y después viniste a Perrivale. No tardaste en hacerte amiga de ellos, ¿verdad?

—Oh, sí. Yayo los conocía y les gustaba mucho. Bueno, el caso es que Yayo gusta a todo el mundo. También les gustó mi madre porque es muy guapa. Después, iba a casarse con Cosmo y nosotros íbamos a dejar la casita de Seashell y a vivir en una casa muy grande. Ella estaba muy contenta. Y también Yayo..., aunque él no iba a vivir en la casa grande, pero de todos modos estaba contento. Entonces Cosmo murió cuando nosotros aún estábamos en la casita. Murió en Bindon Boys y el asesino huyó y todo el mundo supo quién lo había hecho.

—¿Y qué sucedió después?

—Mi madre se marchó —dijo frunciendo las cejas.

—¿Se marchó? Creí que se había casado con Tristan.

—Lo hizo..., pero al principio se marchó.

—¿Y adonde fue?

—No lo sé. Estaba enferma.

—¿Enferma? Entonces ¿por qué se marchó?

—Estuvo muy enferma. Yo la escuchaba. Tenía un aspecto muy pálido. Una vez que estaba enferma y no sabía que yo estaba allí, se miró en el espejo y dijo en voz alta: «¡Oh, Dios! Y ahora ¿qué?». Yo todavía era bastante pequeña. Pensé que Dios podía decir algo y enterarme así de qué iba la cosa. Ahora sé que la gente solo exclama eso cuando está asustada o muy enfadada. Ella estaba asustada porque se sentía enferma. Entonces Yayo dijo: «Tu madre se marchará una temporada». Yo pregunté: «¿Por qué?». Yayo me dijo que se marchaba porque le sentaría bien. Y se marchó. Yayo la acompañó a la estación. Al principio se marchó con ella. Yo me quedé dos días con la señora Drake. Luego, Yayo regresó y yo volví a nuestra casita con él. Le pregunté: «¿Dónde está mi mamá?». «Está visitando a unos amigos», me contestó. Le dije que no sabía que tuviéramos amigos, y él me contestó: «Me tienes a mí, cariño. Yo soy tu amigo». Y me abrazó, y yo me sentí bien. Me lo pasé muy bien en la casita Seashell con Yayo. Él se encargaba de cocinar y yo le ayudaba, y nos reíamos mucho.

Empezó a sonreír ante el recuerdo.

—¿Qué ocurrió después? —le pregunté.

—Mi madre regresó y ya estaba mejor. Sus amigos le habían hecho mucho bien. Después se comprometió con Padrito, se casaron y vinimos a vivir a Perrivale Court. Habría querido que Yayo viniera con nosotras, pero se marchó a la casa Dower. Dijo que no estaba muy lejos, y que yo sabía dónde estaba.

—¿Y nunca conociste a los amigos que visitó tu madre?

—Nadie habló nunca de ellos. Solo sé que vivían en Londres.

—¿Te lo dijeron tu madre o tu abuelo?

—No, pero sé que ellos se marcharon en el tren de Londres. Siempre sale a la misma hora. Sé que lo tomaron porque la señora Drake nos llevó a despedirlos. La noche anterior Yayo me había llevado a casa de ella. Yo dije que quería verlos marcharse, así que la señora Drake me llevó a la estación y los vi subir al tren.

—Pudieron haber bajado en cualquier otro lugar, a lo largo del camino.

—No. Yo les había oído hablar de ir a Londres.

—Y tu abuelo regresó y dejó a tu madre allí.

—Él solo estuvo fuera una noche. Pero ella estuvo fuera mucho, mucho tiempo. Por lo menos tres semanas. No recuerdo mucho sobre esa época. Pero sé lo enferma que estaba cuando se marchó... No sonreía en absoluto.

—Debió de estar muy enferma.

Asintió y empezó a hablarme de las conchas marinas que ella y su abuelo encontraban en la playa.

Fui a ver a la viuda lady Perrivale en dos o tres ocasiones. Nuestras charlas no me proporcionaron mucha información. Había esperado descubrir algo aprovechando sus recuerdos del pasado y los tiempos de opulencia en Yorkshire.

Confiaba en hallar una oportunidad para hablar con María, y como ella también parecía desearla, fue inevitable que surgiera.

Uno de los días en que subí, María me recibió llevándose los dedos a los labios, y diciéndome con un guiño:

—Milady está dormida. Pero entre, señorita Cranleigh, y esperaremos a que se despierte. No me gusta despertarla. Ha vuelto a pasar otra mala noche. Siempre lo sé por el aspecto que tiene al día siguiente. Supongo que habrá estado dando vueltas..., buscando algo que no está aquí. En cualquier caso, ahora ya no puede encontrar las cerillas. Yo me ocupo de eso. —Nos sentamos la una frente a la otra y ella prosiguió—: Usted y la señorita Kate se llevan mejor que nunca. Son inseparables.

—Creo que nos comprendemos bastante bien. Ella no es una mala niña.

—Vaya, yo no iría tan lejos, pero desde luego se ha portado mucho mejor desde que está usted aquí. Eso es seguro.

—¿Y cómo ha estado lady Perrivale estos últimos días?

—Con altibajos. Un día lúcida y al día siguiente no entiende nada. Cada vez tiene más años... No me sorprendería que no durara mucho. Cuando pienso cómo era en los viejos tiempos... Era la verdadera dueña de la casa. Y luego, de repente, se

transformó en una persona muy diferente.

—Quizá quería mucho a sir Edward y la conmoción a consecuencia de su muerte fue demasiado para ella.

—En todo caso sería lo contrario. No formaban lo que se puede decir una pareja feliz. Oh, desde luego que no. Reñían bastante..., hasta el final, se lo aseguro. Yo los oí discutir sobre algo embarazoso. Ella estaba llorando. Él hablaba en tono muy bajo. No pude oír bien...

Pensé que había sido una verdadera pena, lo mismo que, sin duda, debió de pensar María.

—Él murió más o menos en la época en que se produjo aquel desgraciado asunto, ¿no? —pregunté—. Me refiero al asesinato en la granja abandonada.

—Ah, sí..., el asesinato. En aquellos momentos él agonizaba. Sin embargo, no creo que se enterara de lo que pasó. Ya es taba muy mal. Y en un caso así no se va al lecho de un moribundo para decirle: «Su hijo acaba de ser asesinado por el chico que trajo usted a casa». Nadie se habría atrevido a ello. Él no llegó a enterarse de nada. Falleció poco después.

—Es un caso muy extraño, ¿no le parece, María?

—Bueno, un asesinato es un asesinato, se mire como se mire.

—Me refiero a que fue un asunto muy misterioso.

—Celos..., ese fue el motivo. Simon estaba celoso de Cosmo. Alguien dijo que estaba enamorado de la actual milady. Bueno, hay que admitir que ella era una chica muy atractiva.

—Mucho. Me dijo usted que sir Tristan sentía mucho cariño por ella antes de que su hermano muriera.

—Un asunto muy divertido —asintió con un guiño—. Pero, al fin y al cabo, el amor es algo muy divertido. Mirabel parecía estar bien con Cosmo. Seguro que lo estaba, ¿verdad? Pero creo que eso no eran más que apariencias. Me di cuenta de que había algo entre ella y Tristan. Son cosas que una percibe, si tiene cierta experiencia, claro.

—He oído que ella estuvo muy enferma y tuvo que marcharse varias semanas, y que regresó siendo la misma de antes.

—Creo que eso ocurrió justo antes del asesinato..., justo antes. Observé que empezaba a tener un aspecto un poco..., bueno, si en aquellos momentos hubiera estado casada yo habría dicho que esperaba...

—¿Y cuando regresó...?

—Bueno, entonces ocurrió el asesinato. Debió de haber sido más o menos una semanas después, si la memoria no me engaña.

—Y después se casó con Tristan.

—Bueno, eso sucedió varios meses más tarde. No podían hacerlo así, tan precipitadamente, aunque de todos modos lo hicieron con bastante rapidez.

—¿Cree usted que ella se sintió aliviada porque pudo tener a Tristan, el título y todo lo demás?

María frunció el ceño, y yo pensé: «Estoy yendo demasiado lejos. Debo ser precavida. Lucas me lo advirtió».

—Oh, yo no diría eso. Mire, creo que hubo algo entre ella y Tristan, así que supongo que ella lo prefería a él. A Cosmo no se le podía manejar con facilidad. Era el gran Cosmo. Algún día sería sir Cosmo..., aunque no vivió lo suficiente para verlo. No gustaba a los campesinos que trabajaban en la propiedad. A ellos les gustaba más Tristan..., de modo que no era ella la única. Fue toda una boda. Tuvo que serlo, ¿no? La señora estaba muy contenta cuando se casaron. Ella pensaba mucho en Mirabel. La quería como nuera. Tendría que haberlos visto juntos, a ella y al mayor. Bueno, ella siempre sintió cierta debilidad por él, ¿no?

—Sí, recuerdo que usted lo mencionó.

—Yo lo sabía. La madre de la joven lady Perrivale fue su mejor amiga..., pero ahí había un poquitín de celos. Acerca del mayor..., solo que en aquel entonces aún no era mayor. No supe qué era..., pero en cualquier caso siempre fue un hombre encantador. En aquel entonces la señora era Jessie Arkwright. Ella hablaba conmigo mientras yo le cepillaba el cabello. Se mostraba dulce con él... del mismo modo que su mejor amiga.

—¿Se refiere a la amiga de la escuela que finalmente se casó con él?

María asintió con un gesto y continuó:

—Hubo una época en la que pensé que sería Jessie la que terminaría por casarse con él. Pero el viejo Arkwright se metió por medio, y creyó que aquel joven tan encantador iba detrás de la fortuna de su hija. Yo creía que él iba detrás de la amiga de la escuela, pero claro, igual que otros muchos, tenía un ojo puesto en el dinero del viejo Arkwright. Aunque Jessie estaba acostumbrada a hacer lo que le venía en gana, el viejo Arkwright tenía sus propias ideas en lo referente al dinero. Dijo que no iba a permitirle a Jessie arrojarse en brazos de un aventurero que iba detrás de su dinero. Y la amenazó: si se casaba con él, no habría ni un céntimo. La pobre Jessie se sintió muy abatida, pero finalmente se casó con sir Edward, se convirtió en lady Perrivale y vino aquí. Y el mayor se casó con su mejor amiga del colegio. Así fueron las cosas. Y después, muchos años más tarde, cuando ya había muerto la esposa del mayor, quien tenía una hija casada y con una niña pequeña, él escribió a lady Perrivale, reafirmando su amistad. Ella se puso por las nubes, llena de alegría, y quiso que el mayor viniera aquí. Se les encontró la casita de Seashell para que vivieran allí, y desde entonces ha considerado a Mirabel como si fuera su hija.

—¿No estaba celosa porque el mayor se había casado con su mejor amiga?

—Eso lo había superado. La amiga había muerto, y el mayor estaba aquí. Ahora está encantada de tener a Mirabel como nuera, y al mayor entrando y saliendo cuando quiere.

—¿Y la joven lady Perrivale la quiere?

—Oh, sí... Bueno, es amable con la anciana. Recuerdo cómo se sulfuró ella cuando Mirabel se marchó... Sucedió antes del matrimonio. Estaba realmente preocupada. Recuerdo haber visto una carta que le envió Mirabel. «Querida tía Jessie...», así la llamaba desde que vino y nunca lo cambió. Aún veo aquella carta. Estaba en..., ¿cómo se llamaba? Ah, sí, Malton House, en un lugar conocido como Bayswater, en Londres. Recuerdo lo de Malton porque yo nací cerca de un pueblecito llamado así, en York. Por eso se me quedó grabado en la memoria. Cuando regresó,

milady se enojó mucho con Mirabel. Y poco después se produjo el asesinato...

—Tuvo que haber sido una gran conmoción para lady Perrivale... perder a su hijo así.

—Sí que lo fue..., y con sir Edward muriéndose al mismo tiempo. Parecía suficiente para acabar con ella. Pero todos nos sorprendimos de lo bien que pasó por ese trance. Aunque le hizo algo... A partir de entonces, su mente empezó a desvariar y se iniciaron esas rondas nocturnas.

Siguió hablando sobre las dificultades que tuvo con lady Perrivale, y me dio ejemplos de su extraña conducta para resaltar el cambio producido en ella después de la tragedia.

Mientras estábamos hablando, llegó el mayor.

—Hola, mayor —saludó María—. Milady está casi dormida. Me temo que anoche volvió a rondar por ahí.

—Oh, querida, querida. Qué alegría de verla, señorita Cranleigh. Últimamente no ha ido a visitarme. Tengo que hablar con Kate sobre eso. Le he dicho que la traiga cada vez que pasen por allí. Es casi seguro que me encontrarán en el jardín.

—Gracias, mayor. Me gustaría.

—María cuida tan bien a lady Perrivale... No sé qué haríamos sin María.

—Y yo no sé qué haría sin milady —dijo la doncella—. Llevamos juntas muchos años.

Dije que prefería marcharme, pues suponía que cuando lady Perrivale despertara estaría encantada de ver al mayor, y no querría que nadie echara a perder su *tête-à-tête* con él. El mayor replicó que, sin lugar a dudas, ella se sentiría muy desilusionada al no encontrarme a su lado.

—Bueno, pero yo puedo volver fácilmente mañana.

—Bien, no lo olvide —me dijo, tomándome de la mano—. Espero verla pronto.

Bajé la escalera y encontré un mensaje esperándome.

Era de Carleton. Me comunicaba sucintamente que la operación de Lucas se llevaría a cabo el miércoles siguiente. Y ya era viernes.

* * *



Una visita a Londres

Había tomado la decisión de ir a Londres. Quería estar allí cuando operaran a Lucas. Quería verle antes, para asegurarle que estaría pensando constantemente en él, y rezando para que la operación fuera un éxito.

Me quedaría en casa de mi padre y de ese modo no estaría muy lejos de la clínica. Yo debía encontrarme muy cerca, y quería que Lucas supiera que estaba allí.

Abordé a la joven lady Perrivale y le dije:

—Lo siento mucho, pero tengo que ir a Londres. Un amigo muy querido será sometido a una operación y quiero estar allí. Además, también deseo ver a mi padre. No le he visto desde que me marché de casa con mis amigos, los Grafton, para venir a Cornualles, y creo que debo explicarle algunas cosas a mi familia.

—Oh, querida, me temo que Kate se enfadará mucho. Ustedes se llevan ahora tan bien...

—Sí, pero tengo que marcharme. Hablaré con Kate y me ocuparé de que lo comprenda.

Y así lo hice.

—¿Por qué no puedo acompañarla? —me preguntó.

—Porque tengo que ir sola.

—No comprendo por qué.

—Ya lo comprenderás.

—¿Y qué será de mí mientras usted esté fuera?

—Te las arreglabas muy bien antes de mi llegada.

—Eso era diferente.

—Te diré lo que haré. Encontraré algunos libros para que leas, y cuando regrese me contarás lo que has leído. Y también te prepararé algunas lecciones.

—¿Y de qué servirá todo eso?

—Te ayudará a pasar el tiempo.

—Yo no quiero pasar el tiempo. No quiero que se marche sin mí.

—Mira, esa es otra lección que tienes que aprender. Las cosas no siempre salen como una desea. Escúchame, Kate. Esto es algo que tengo que hacer.

—Quizá no vuelva.

—Volveré. Te lo juro.

Me trajo una Biblia y me hizo jurarlo sobre ella. Después pareció sentirse más satisfecha.

Me conmovió profundamente ver lo mucho que yo significaba para ella.

Mi padre se alegró de verme. Tía Maud se mostró fría y desaprobadora, tal y

como yo había esperado.

—Tomaste una decisión extraña, Rosetta — me dijo mi padre.

—Quería hacer algo.

—Habrías podido hacer cosas mucho más adecuadas —intervino tía Maud.

—Yo te habría encontrado algo en el museo —añadió mi padre.

—Eso habría sido mucho mejor —dijo tía Maud—. Pero una institutriz... y en los parajes desolados de Cornualles.

—Se trata de una familia muy importante. Son vecinos de los Lorimer.

—Me alegra mucho que estés cerca de ellos —dijo mi padre—. ¿Qué enseñas?

—De todo. No es muy difícil.

Me miró, con expresión de extrañeza.

—En cualquier caso —dijo tía Maud—, creo que has cometido una tontería, al margen de lo que enseñes y a quién. ¡Una institutriz!

—Creo recordar que Felicity también lo fue.

—Tú no eres Felicity.

—No, soy yo misma. Quiero decir que ella se las arregló muy bien, y no se siente en modo alguno avergonzada de haber sido institutriz.

—Estaba entre amigos..., y se vio obligada a hacerlo.

—Bueno, yo también lo estoy. Ellos se sienten muy contentos de tenerme.

Tía Maud hizo un gesto de impaciencia.

En la cocina me recibieron muy bien. El señor Dolland parecía algo más viejo. Tenía más canas en las sienes. La señora Harlow me pareció más gruesa de lo que recordaba, y las chicas estaban igual que antes.

—De modo que ahora es usted institutriz, ¿eh? —dijo la señora Harlow lanzando un débil bufido.

—Sí, señora Harlow.

—¡Usted, la hija del señor!

—Disfruto haciéndolo. Tengo una alumna muy inteligente y peculiar. Era bastante ingobernable hasta que llegué.

—No me lo podía creer..., ni tampoco el señor Dolland, ¿verdad, señor Dolland?

El mayordomo se limitó a asentir con un gesto.

—Antes era muy divertido estar aquí—dije—. ¿Sigue usted representando escenas de *Las campanas*, señor Dolland?

—De vez en cuando, señorita Rosetta.

—A mí me asustaban tanto... A veces soñaba con el judío polaco. Le he hablado de usted a Kate..., ella es mi alumna. Me encantaría traerla algún día para que los conozca a todos.

—Echamos de menos una jovencita en la casa —dijo la señora Harlow, algo de mala gana.

Me dirigí hacia ella y la rodeé con mis brazos. Y ella me abrazó con fuerza durante un breve instante.

—Bueno —dijo, secándose los ojos húmedos—, hablamos a menudo de los viejos tiempos. Usted era una pequeña criatura chapada a la antigua.

—Tengo que escuchar algo de *Las campanas* antes de regresar.

—He oído decir que el señor Lorimer está en Londres.

—Sí. Iré a verle mientras estoy aquí.

Intercepté una mirada de comprensión entre la señora Harlow y el señor Dolland. Al parecer, ya me estaban emparejando con Lucas.

Al día siguiente acudí a la clínica. Lucas se alegró mucho.

—Me conmueve que hayas venido —dijo.

—Pues claro que he venido. Deseaba estar aquí durante la operación, y quiero que sepas que pienso en ti todo el tiempo. Volveré mañana por la tarde con mi padre o con tía Maud para ver cómo han ido las cosas.

—Es posible que aún sea muy pronto.

—No importa, vendré de todos modos.

Ocupaba una habitación pequeña con una sola cama y una diminuta mesita de noche. Llevaba puesto un batín. Dijo que le habían aconsejado descansar durante los dos últimos días, y que pasaba la mayor parte del tiempo leyendo. Al parecer, lo estaban preparando para la operación.

—Me alegra mucho que hayas venido, Rosetta —repitió—. Hay algo que quiero que sepas. Siéntate ahí, junto a la ventana, para que pueda verte.

—¿Te molesta el ruido del tráfico? —pregunté.

—No. Me gusta. Me permite tener la impresión de que ahí fuera ocurren muchas cosas.

—¿Qué quieres decirme, Lucas?

—He tomado una decisión. Lo hice hace ya algún tiempo, antes de que me confesaras que John Player era Simon Perrivale.

—¿Una decisión, Lucas? ¿A qué te refieres?

—Envié a Dick Duvane a buscarlo.

—¿Tú...? ¿Qué hiciste...?

—No disponía de muchos datos. Dick se marchó a Constantinopla. Pensé que, a lo mejor, Simon seguía trabajando para el pachá y cabía la posibilidad de sobornar a alguien y traerlo de regreso. Sé cómo actúa esa gente. Se trataba de la clase de encargo que Dick era capaz de solventar a la perfección. Si alguien podía traerlo, ese era Dick.

—¿Por qué lo hiciste, Lucas?

—Porque sé que es a él a quien quieres. Me decía que había algún lazo entre los tres. Habíamos pasado muchas cosas juntos. Eso afecta a la gente. Pero, de algún modo, yo estaba de más. Así me sentí en la isla.

—Eso fue porque no podías caminar. Nosotros teníamos que salir de exploración y encontrar comida. Nunca estuviste de más, Lucas.

—Oh, sí que lo estuve. Él te confesó su secreto, y aquí estás ahora, tratando de hacer todo lo posible por demostrar su inocencia. —Permanecí en silencio y él continuó—: Hubo momentos en que pensé que tú y yo... Bueno, era lo que quería. La vida ha sido diferente para mí desde que llegaste a Cornuales. He sentido cierto optimismo..., aunque solo sea una leve esperanza de que, a veces, suceden milagros.

—Nosotros fuimos testigos de un milagro..., aunque en realidad fue más de

uno. Fue como si la providencia..., el destino o como quieras llamarlo estuviera cuidando de nosotros. Fíjate cómo logramos sobrevivir en el océano, y después también en la isla, y lo afortunada que fui en el harén. A veces creo que mi ángel de la guarda cuidó muy bien de mí. Y también de ti, Lucas. La forma en que te liberaron fue ciertamente... milagrosa.

—Pero así... —dijo, mirándose la pierna.

—No creo que ninguno de nosotros escapara sin cicatrices. Pero, Lucas, ¿lo has hecho por mí? ¿Tratabas de encontrarlo y hacerlo regresar por mí?

—Admito que en ocasiones pensé que estaba actuando como un estúpido. Déjalo en paz, me decía. Que permanezca lo más lejos posible de ella. En tal caso, tú y yo podríamos hacer algo juntos. Así pensaba a veces. Pero después suponía que tú estarías siempre inquieta, siempre pensando en él. Así que llegué a la conclusión de que sería mejor encontrarlo y traerlo de vuelta a casa..., si eso es posible.

—Jamás olvidaré lo que has hecho por mí. En cierta ocasión me dijiste que era la persona a la que más amabas en el mundo, después de ti mismo, y que todos se aman a sí mismos más que a nadie, y que cuando dicen que aman a alguien solo lo dicen por el consuelo y el placer que esa persona les proporciona. ¿Lo recuerdas? Esto demuestra que tú no lo sientes así.

—No me conviertas en un héroe —dijo, echándose a reír—. Te sentirías terriblemente desilusionada si lo hicieras.

—Oh, Lucas...

—Está bien, está bien. Dejémoslo. No nos pongamos sentimentales. Creí que debías saberlo, eso es todo. Cuando me dijiste quién era y que había mencionado irse a Australia, le escribí a Dick y supongo que en estos momentos ya estará camino de Australia. No es un país muy poblado, y es posible que allí sea más fácil encontrarlo. Pero en cualquier caso... no puede regresar, ¿verdad?

—Hasta que demostremos su inocencia. —Me miró con expresión de tristeza, y añadí—: Crees que jamás lo conseguiré, ¿verdad?

—Creo que te has impuesto una tarea muy difícil.

—Pero tú vas a ayudarme, ¿verdad, Lucas?

—Solo soy un pobre lisiado.

—Vamos, sabes muy bien que mejorarás después de lo que te hagan aquí. Estás seguro de ello.

—De eso se trata, ¿no te parece?

—Me resulta difícil esperar a mañana. Ya tengo ganas de que haya pasado todo.

—Gracias, Rosetta.

—Será todo un éxito. Tiene que serlo.

Él asintió con un gesto. Lo besé en la frente y lo dejé. No me sentía capaz de ocultar mi emoción y no quería que viera lo asustada que estaba.

Después de dejarlo solicité hablar un momento con el cirujano y finalmente fui conducida a su presencia. Le dije que necesitaba saber si existía algún peligro de que Lucas no saliera bien de la operación.

Cuando el médico vaciló por unos instantes, me quedé muda de terror.

—Tengo entendido que es usted su *fiancée* —me dijo. No lo negué. Pensé que de

ese modo se mostraría mucho más franco. El médico continuó—: Se trata de una operación muy larga y delicada. Si tiene éxito, podrá caminar mucho más fácilmente, y sin dolor..., aunque siempre le quedará una ligera cojera. Debido a que es larga y complicada, supondrá un gran esfuerzo para el corazón, y ahí es precisamente donde radica el peligro. El señor Lorimer es un hombre fuerte y sano. Se encuentra en condiciones físicas moderadamente buenas. Cuenta con muchas probabilidades de salir con éxito de la operación, aunque no debemos olvidar el esfuerzo que significará para el corazón.

—Gracias —le dije.

—Estoy convencido de que todo saldrá bien —me aseguró, poniéndome una mano sobre el hombro.

Salí de la clínica sintiéndome muy inquieta. Habría querido regresar junto a Lucas y decirle lo mucho que me importaba y que, en aquellos momentos, lo más importante del mundo para mí era que la operación fuera un éxito completo.

Tuve la impresión de que el día siguiente no pasaría nunca. Mi padre, tía Maud y yo acudimos a la clínica a últimas horas de la tarde. Vimos al cirujano con quien me había entrevistado el día anterior.

—Ha salido del quirófano y está relativamente bien —nos dijo—. Aún es demasiado pronto para saber si la operación ha sido un éxito. Pero el señor Lorimer está bien. Puede entrar y verle, pero no se quede más que unos pocos minutos. Y solo la señorita Cranleigh, desde luego.

Lucas estaba tumbado en la cama, con la pierna escayolada. Tenía un aspecto muy diferente a como yo lo había visto hasta entonces. Parecía indefenso, vulnerable.

—Hola, Lucas.

—Rosetta...

—Dicen que te pondrás bien.

Asintió con un gesto y miró hacia la silla que había junto a su cama. Me senté.

—Qué alegría verte.

—No hables. Me han dicho que solo puedo quedarme unos pocos minutos. — Me sonrió débilmente—. Solo quería que supieras que no dejo de pensar en ti. Volveré a verte en cuanto me lo permitan. —Sonrió—. Y no tardarás en salir de aquí.

En ese momento entró una enfermera, y yo me levanté.

—No lo olvides, pienso en ti —dije, y le besé. Después regresamos a Bloomsbury.

Lucas progresaba «todo lo que se podía esperar». Yacía en cama y aún no se conocía el resultado de la operación, ni se conocería hasta que fuera capaz de levantarse. Las visitas tenían que ser breves. Los días eran largos y decidí echar un vistazo al lugar donde había estado Mirabel en Londres durante su misteriosa enfermedad.

No olvidaba las palabras de María: «Si hubiera estado casada, habría pensado que estaba esperando...». Tuvo que haberse equivocado. No había niño alguno. Me pregunté si habría alguna clave oculta en el hecho de que ella hubiera llegado a Londres de ese modo.

Malton House estaba en Bayswater. Eso era todo lo que sabía, pero no me pareció imposible encontrar el lugar.

Lucas había ocupado mis pensamientos de un modo exclusivo durante la última semana, y como solo me dejaban verle brevemente, necesitaba ocuparme en algo y alejar mis pensamientos de la terrible incertidumbre que me producía suponer que las cosas pudieran salirle mal.

Una tarde, decidí tomar un coche de alquiler y ver si podía encontrar Malton House. Me dije que no debía dejar «piedra por mover». Las pruebas importantes podían encontrarse hasta en los lugares más inesperados.

Era cierto que la necesidad de demostrar la inocencia de Simon ocupaba ahora un segundo lugar de mis preocupaciones, precedida por la ansiedad acerca del estado de Lucas, pero ya había llegado demasiado lejos en mi investigación para moderar la marcha. La necesidad de demostrar la inocencia de Simon era tan fuerte como siempre.

Conocía el nombre de la casa y el del barrio. Le pediría al cochero que me llevara a Bayswater. Los cocheros sabían muchas cosas sobre Londres. Tenían que saberlas ya que era esencial para su trabajo.

Eran las primeras horas de la tarde. Mi padre trabajaba en su despacho. Tía Maud dormía la siesta. Salí de la casa y le hice señas a un coche de alquiler.

El cochero me miró un tanto desconcertado cuando le dije que quería ir a Malton House, en Bayswater.

—¿Malton House? ¿Y dónde está eso?

—En Bayswater.

—¿Esa es toda la dirección que tiene?

—Me temo que sí.

—Bien, iremos a Bayswater. Eso es muy fácil. Espere..., conozco la plaza Malton.

—Es muy probable que esté allí.

—Muy bien, señorita. Iremos y ya veremos.

Cuando llegamos a la plaza Malton disminuyó la marcha y observó las casas a medida que pasábamos ante ellas. Vimos a una mujer con una cesta de la compra caminando con rapidez. El cochero disminuyó aún más la marcha y se llevó el látigo a la gorra, a modo de saludo.

—Discúlpeme, señora. ¿Conoce usted Malton House por esta zona?

—Claro. Es la casa de la esquina.

—Gracias, señora.

El carruaje se detuvo delante de la casa.

—¿Quiere esperarme un momento? —le pedí—. No tardaré mucho.

—La esperaré al otro lado de la esquina, en la calle siguiente —me dijo—. No puedo quedarme aquí, justo en la esquina.

—De acuerdo.

Se me ocurrió que yo podía dar la impresión de haber ido allí solo para echarle un vistazo al lugar.

La casa estaba algo apartada de la calle. Unos escalones conducían hasta la puerta y entre los macizos de flores, bastante deslucidos, del jardín vi un cartel que decía: «Malton House. Casa de Maternidad». Y en un rincón decía: «Señora B. A. Campden», con varias letras detrás del nombre, de cuyo significado no estuve muy segura.

Permanecí un momento contemplando el cartel y mientras estaba allí se me acercó una mujer. La reconocí enseguida: era la misma a quien el cochero le había preguntado por la casa.

—¿Puedo ayudarla? —me preguntó con un tono de voz agradable.

—Oh..., bueno..., no, gracias.

—Soy la señora Campden —me dijo—. La he visto bajar de ese coche de alquiler.

Me vi en una situación delicada. Ella sabía que yo tenía intención de ir allí, puesto que el cochero se lo había preguntado. ¿Cómo podía decirle que solo pretendía echar un vistazo a la casa?

—¿Por qué no entra? Es mucho más fácil hablar dentro.

—Yo... solo quería...

—Comprendo —me dijo, sonriendo.

Su mirada me recorrió de pies a cabeza. La seguí escalones arriba. La puerta estaba abierta y entramos en un saloncito en el que había una zona de recepción.

—Venga —me invitó.

—Yo solo... —empecé a protestar.

Pero ¿cómo iba a decirle que solo quería saber qué clase de lugar era aquel? Al parecer, ella había extraído sus propias conclusiones sobre mi persona.

—No debería estar haciéndole perder el tiempo... —dije.

Me tomó por el brazo y me hizo entrar en una habitación.

—Y ahora, póngase cómoda. —Y diciendo esto, casi me empujó y me obligó a sentarme en una silla—. No tiene por qué sentirse azorada. Muchas jóvenes lo están, y lo comprendo. Pero estamos aquí para ayudar.

Me sentí metida en una situación ridícula, de la que debía salir con la mayor rapidez posible. Pero ¿qué podía decir? ¿Cómo explicarme? La señora Campden sabía que yo había acudido expresamente a aquella casa. Fue una verdadera mala suerte que el cochero se dirigiera precisamente a ella. Intenté imaginar con rapidez alguna razón que explicara mi presencia allí.

—Necesitaré saber algunos detalles —prosiguió, mientras yo me estrujaba el cerebro con desesperación en busca de una excusa verosímil—. No debe sentirse nerviosa. Estoy acostumbrada a esta clase de cosas. Aquí lo solucionaremos todo. ¿Tiene usted una idea clara del momento en que quedó embarazada?

Me sentí horrorizada. Quería salir de aquel lugar cuanto antes.

—Se equivoca —le dije—. Yo... solo he venido a preguntar acerca de una amiga mía.

—¿Una amiga? ¿Qué amiga?

—Creo que estuvo aquí. Fue hace algún tiempo... He perdido el contacto con ella y me preguntaba si usted podría ayudarme. Era la señora Blanchard...

—¿La señora Blanchard?

Me miró fijamente, sin comprender. Creí que, sin duda alguna, ella recordaría. Cualquiera se acordaría de Mirabel. Sería inevitable, teniendo en cuenta su inusual belleza. Se me ocurrió algo más y pregunté, dejándome llevar por un impulso:

—Quizá se inscribió como señora Parry...

En cuanto lo dije, me pregunté en qué estaba pensando. Aquella idea había surgido en mi mente como un relámpago. Pensé que su visita allí debió de ser secreta y que posiblemente no hubiera utilizado el nombre de Blanchard. Siempre había abrigado una ligera sospecha de que ella fuera, en efecto, la esposa del marino cuya tumba visitaba Kate..., que en aquella época fuera realmente la señora Parry.

Me sentía aturdida. Lo único que deseaba era marcharme de allí.

—Pensé que usted podría darme su dirección —añadí.

—Debo decirle con toda firmeza que jamás divulgamos las direcciones de nuestras pacientes.

—Bueno, pensé que en este caso podría dármela. Gracias de todos modos. Siento mucho haberle hecho perder el tiempo.

—¿Cuál es su nombre?

—Oh, no tiene importancia. Solo pasaba por aquí y pensé...

¡Solo pasaba! ¡En un carruaje que me llevaba especialmente a aquel lugar! Me estaba metiendo en un lío.

—No será usted de la prensa, ¿verdad? —preguntó con tono amenazador.

—No..., no, se lo aseguro. Solo me preguntaba dónde estará mi amiga y si usted podría ayudarme a encontrarla. Siento mucho haberla molestado. No habría entrado si...

—Si yo no hubiera llegado en ese preciso momento. ¿Está usted segura de no necesitar nuestros servicios?

—Completamente segura. Le ruego me disculpe. Siento mucho haberla molestado... Adiós, y gracias.

Me dirigí hacia la puerta, mientras ella me observaba con los ojos entrecerrados. Yo estaba temblando. Había algo en aquella mujer, en aquel lugar, que me inquietaba sobremanera.

Salí a la calle y me sentí muy aliviada. ¡Qué desastre! Pero ¿cómo iba a saber que me encontraría directamente con la propietaria? ¡Qué mala suerte que ella hubiera llegado en aquel preciso momento! Yo no estaba preparada para eso. Me sentí indefensa en el papel que tuve que improvisar. Como me las había arreglado bastante bien como institutriz, creía que me sucedería igual como detective. Me sentía humillada y temblorosa, y mi único deseo era alejarme de allí cuanto antes.

Había sido toda una lección. Mis métodos de investigación eran simples y típicos de una aficionada.

Di la vuelta a la esquina, donde me esperaba el carruaje.

—Ha sido rápido —comentó el cochero.

—Oh, sí.

—¿Está todo bien?

—Oh, sí..., sí.

Sabía que el hombre pensaba: «Una joven con problemas que acude a uno de estos lugares. Una casa de maternidad no es el mejor sitio para ayudar a una joven con problemas».

Me recliné en el asiento, pensando en todo lo ocurrido, repasando aquellos momentos tan atroces. ¿Por qué había mencionado a la señora Parry? Se me ocurrió de pronto que podría haberse inscrito con ese nombre. ¡Qué estupidez! Pero una cosa sí estaba clara: Mirabel tuvo que haber estado embarazada cuando acudió allí, y no lo estaba cuando salió. ¿Qué significaba eso? ¿De quién era el niño? ¿De Cosmo? Pero si estaba a punto de casarse con Cosmo. ¿O acaso sería de Tristan?

¿Era aquello una prueba importante?

Tuve la impresión de que la cadena de acontecimientos se complicaba cada vez más, y de que no por ello me encontraba más cerca de la solución.

Al día siguiente fui a ver a Lucas. Cuando llamé a su puerta, él mismo la abrió y permaneció delante de mí, de pie.

—¡Lucas! —exclamé.

—Mírame.

Dio unos pasos para que apreciara la diferencia.

—¡Ha funcionado! —grité. Él asintió, sonriendo triunfalmente—. Oh, Lucas..., es maravilloso.

Me arrojé en sus brazos y me sostuvo contra sí.

—Tú has ayudado mucho —me aseguró.

—¿Yo?

—Al venir a verme cada día. Al preocuparte.

—Pues claro que he venido y me he preocupado. Cuéntame.

—Bueno, sigo siendo poca cosa.

—Pues no das esa impresión.

—La operación ha funcionado. Eso es lo que me han dicho. Tengo que llevar a cabo ejercicios y cosas por el estilo, pero estoy mucho mejor. Y también me siento mejor, como más ligero. Ya no tengo la impresión de ser un viejo casco.

—¡Maravilloso! Ha valido la pena.

—Aún deberé permanecer aquí una semana o dos, mientras ellos me ayudan a progresar. Tengo que aprender a caminar correctamente..., como si fuera un bebé.

No pude dejar de sonreírle. Me sentía a punto de echarme a llorar de felicidad porque la operación había sido un éxito.

—¿Te quedarás algún tiempo por aquí?

—Sí. Vendré a verte todos los días y me iré enterando de tus progresos.

—Hay que hacer unos cuantos.

—Pero estás mucho mejor, Lucas.

—Aún seguiré siendo un cojo. Hay cosas que no tienen arreglo. Pero han

conseguido mucho. Ese médico es un verdadero genio. Creo que he sido una especie de conejillo de Indias, pero él está muy contento conmigo..., aunque no tanto como consigo mismo.

—No le desmerezcas su gloria, Lucas. Me siento tan feliz...

—Hacía mucho tiempo que no me sentía así.

—Estoy tan contenta..., tan contenta,

Cuando salía de la clínica me encontré con el cirujano. Estaba evidentemente encantado.

—El señor Lorimer ha sido un paciente excelente —me dijo—. Estaba decidido, y eso ha sido de gran ayuda.

—No sabemos cómo expresarle nuestro agradecimiento.

—Mi mayor recompensa es el éxito de la operación.

Cuando regresé a casa y comuniqué la noticia, mi padre dijo lo gratificante que era que la moderna ciencia médica hubiera progresado tanto; tía Maud demostró su alegría de tal modo que comprendí lo que pasaba por su mente: especulaba con la posibilidad de una boda entre Lucas y yo; pero fue en la cocina donde pude celebrar el éxito sin ninguna restricción.

El señor Dolland, siempre tan prudente, apoyó los codos sobre la mesa y habló de las maravillas de la medicina actual, haciéndolo con mucho más entusiasmo del que había mostrado mi padre; y la señora Harlow suspiró románticamente, de modo que también me di cuenta de que sus pensamientos seguían la línea trazada por tía Maud. Eso, sin embargo, no me irritó tanto como la especulación de tía Maud.

Después, la señora Harlow me habló de una prima suya que fue sometida a una operación de apendicitis y estuvo a punto de morir bajo el bisturí del cirujano. El señor Dolland recordó una obra de teatro en la que actuaba un supuesto inválido, incapaz de moverse de la silla, cuando, en realidad, podía moverse con facilidad y era el asesino.

Fue como en los viejos tiempos y me sentí más feliz de lo que me había sentido en mucho tiempo.

No fue hasta uno o dos días más tarde que le conté a Lucas la desagradable experiencia que pasé en la casa de maternidad.

—Pero al menos —dije— he descubierto que Mirabel iba a tener un hijo antes de la muerte de Cosmo, y es evidente que acudió a ese lugar para abortar.

—¡Qué giro tan extraordinario han dado los acontecimientos! ¿Qué relación crees que tiene todo eso con el asesinato?

—No me lo imagino.

—Si se trataba del hijo de Cosmo, pudieron haber simulado que nacía prematuramente..., a menos que fuera demasiado tarde.

—Sir Edward no lo habría aprobado, desde luego.

—Pero él estaba en su lecho de muerte.

—Podría haber sido de Tristan, y cuando ella creyó que se iba a casar con Cosmo, decidió abortar.

—Eso parece más probable. Resulta todo tan complicado... Existe la posibilidad de que tú no fueras al lugar correcto. Después de todo, solo disponías de la dirección

que te dio María.

—En todo caso, me temo que esto no nos lleve muy lejos. En ese lugar había algo bastante siniestro, y esa señora Campden se mostró incluso algo amenazadora cuando creyó que yo estaba investigando.

—Supongo que sí, puesto que al principio imaginó que eras una clienta.

—Pareció muy alarmada cuando creyó que yo era de la prensa.

—Lo que hace suponer que siente miedo de la prensa porque está haciendo algo ilegal. Escúchame, Rosetta. Sugiero que abandones esta investigación.

—No puedo, Lucas.

—No sabes en qué te estás metiendo.

—Pero ¿qué será de Simon?

—Simon regresará y solucionará sus propios problemas.

—¿Cómo lo hará? Será detenido en cuanto llegue.

—Tengo la sensación de que todo esto empieza a resultarte bastante desagradable.

—No me importa.

—Además, podrías estar enfrentándote a personas peligrosas. Después de todo, estás investigando un asesinato, y si crees que Simon no fue el asesino, alguien lo será. ¿Cómo crees que se sentirá el culpable si se entera de lo que estás haciendo?

—No se enterará.

—¿Qué me dices de esa mujer? Por lo que me has dicho, no pareció muy contenta. Y si está metida en un asunto de abortos..., imagino que a cambio de un buen precio..., podría encontrarse con problemas.

—Delante de la casa había un cartel. Decía que era una casa de maternidad. Y eso es legal.

—Puede ser una tapadera. Tengo la sensación de que deberías detenerte..., mantenerte al margen del asunto.

—Tengo que demostrar la inocencia de Simon.

—Está bien — admitió, encogiéndose de hombros —. Pero mantenme informado.

—Lo haré, Lucas.

Al día siguiente, Felicity llegó a Londres. Me sentí muy contenta de verla.

—Tuve que venir a ver a Lucas — dijo —. Y supuse que tú también estarías aquí. ¿Cómo está?

—Bastante bien. La operación ha sido un éxito. Le complacerá mucho verte, como a mí.

—He venido directamente desde la estación. Quise tener noticias de Lucas y verte al mismo tiempo.

En aquel momento entró tía Maud y saludó cordialmente a Felicity.

—Me ocuparé de que te preparen enseguida una habitación — dijo.

Felicity replicó que había pensado quedarse en un hotel.

—Tonterías — dijo tía Maud —. Debes quedarte aquí. Y ahora, si me disculpas, me ocuparé de todo.

—Sigue siendo la eficiente tía Maud —me comentó Felicity sonriendo una vez que ella se marchó.

—Oh, sí. La señora Harlow dice que la casa funciona como un reloj.

—¿Qué hay de cierto en que te has convertido en institutriz? ¿Pretendes seguir mis propios pasos? —Casi podrías decirlo así.

—Tenemos mucho de que hablar —dijo, mirándome un tanto extrañada.

—Instálate primero.

Subimos. Meg le daba los últimos toques a la habitación. Intercambió con Felicity algunos cumplidos y luego nos quedamos a solas. Me senté en el borde de la cama mientras ella ordenaba en los cajones y el armario lo poco que había llevado.

—Dímelo con honestidad, ¿ha mejorado Lucas realmente?

—Sí, de eso no cabe la menor duda.

—Me alegro de que hayas venido desde Cornualles.

—Tenía que hacerlo.

—Háblame de tu idea de trabajar como institutriz.

—Bueno, hay una niña a la que nadie era capaz de manejar. Fue una especie de desafío.

Me miró con expresión incrédula. Y, de pronto, se me ocurrió que debería haber confiado en Felicity desde mucho tiempo atrás. Confiaba en ella por completo, y era una mujer de muchos recursos. Nanny Crockett y Lucas ya conocían la verdad, y yo no podía seguir ocultándosela a Felicity.

De modo que, tras hacerle prometer que guardaría el más absoluto secreto, se lo conté todo. Ella me escuchó estupefacta.

—Creía que tu estancia en el harén había sido algo fantástico —comentó.

—Las mujeres habían sido vendidas mucho tiempo antes a los harenes —dije—, como en el caso de Nicol. Ahora es algo menos frecuente...

—Pero ese Simon..., ¿es realmente Simon Perrivale?

—¿Recuerdas el caso?

—De un modo vago. Produjo bastante conmoción en su momento, ¿verdad? Después desapareció de los periódicos. ¿Y tú estás convencida de su inocencia?

—Sí, lo estoy. Tú también lo estarías si lo hubieras conocido.

—¿Y estabas sola en esa isla...?

—Lucas estaba con nosotros..., pero no podía caminar. Permanecía todo el tiempo tumbado cerca del bote, vigilando por si aparecía algún barco.

—Suenan a Robinson Crusoe.

—Bueno, todos los que naufragan y logran llegar a una isla lo parecen.

—¿Estás..., estás enamorada de ese... Simon?

—Había un lazo muy fuerte entre nosotros.

—¿Hablasteis acerca de vuestros sentimientos?

—No —negué con un gesto—, no lo hicimos. Dedicamos toda nuestra energía a sobrevivir. Mientras estuvimos allí pensamos que estábamos condenados. No había suficiente comida, ni agua... Y entonces nos recogieron y tuvimos una oportunidad.

—Y él te dejó ante la embajada. Tú regresaste a casa y él se quedó allí.

—Lo habrían detenido si hubiera regresado.

—Sí, desde luego... Y Lucas lo compartió todo... hasta cierto punto. —Asentí, y ella continuó—: Siempre he sentido aprecio por Lucas. Fue muy angustioso verle cuando regresó. Había estado siempre tan lleno de vitalidad... James también lo quiere mucho. Llegó a decir que Lucas era una llamada de vida. Creo que Lucas te ama, Rosetta.

—Yo también lo creo.

—¿Te ha pedido que te cases con él?

—Sí..., pero no muy en serio, sino bastante... a la ligera.

—Tengo la impresión de que suele hablar a la ligera de todo aquello que más afecta a sus sentimientos. Estoy convencida de que podrías hacer mucho por él, y él también por ti. Ya sé que te parece que no lo necesitas... tanto como él a ti, pero eso no es cierto, Rosetta. Todo lo que habéis pasado..., no se puede soportar algo así y continuar siendo como hasta entonces.

—No, desde luego.

—Lucas estuvo allí una parte del tiempo. Él comprendería muchas cosas. —Guardé silencio y ella continuó—: Estás pensando que Simon también estaba allí, y que entre vosotros se estableció ese lazo especial del que me has hablado.

—Eso empezó antes..., cuando él se encargaba de fregar la cubierta del barco.

—Lo sé. Y ahora te has entregado por completo a demostrar su inocencia.

—Debo hacerlo, Felicity.

—Si él regresara..., si lo vieras junto a Lucas..., podrías decidir. Lucas es realmente una persona maravillosa.

—Lo sé, Felicity. Me he dado cuenta de ello. Esta operación..., cuando sentí el temor de que algo pudiera salir mal, me di cuenta de lo importante que era su amistad para mí. Le he confesado lo que intento hacer, Felicity, y él me está ayudando. Ha enviado a Dick Duvane en busca de Simon, con la intención de hacerlo volver... Pensó que podrían aceptar un rescate por Simon, tal y como hicieron con él. Lo decidí antes de saber que Simon no podía regresar.

—Y tú nunca te sentirás contenta del todo mientras no vuelvas a verle. Su imagen te perseguiría siempre. Recordarías, y quizá incluso te imaginarías algo que jamás existió.

—No puede regresar hasta que se haya demostrado su inocencia.

—¿Cómo puede confiar en demostrarla estando tan lejos?

—Pero ¿cómo lo haría si estuviera en prisión, a la espera de ser condenado a muerte?

—Así que... depende de ti encontrar la solución.

—Quiero hacerlo. Jamás dejaré de intentarlo.

—Comprendo. Recuerdo muy bien lo tozuda que eres a veces. —Se echó a reír—. Algunas personas dirían que es determinación.

Seguimos hablando del asunto. Tuve la impresión de estar recorriendo una y otra vez el mismo camino, pero Felicity dijo que deseaba formarse una imagen completa. Era un rasgo típico de ella entregarse por completo a todo aquello relacionado conmigo.

—Sería interesante saber por qué decidió sir Edward llevarlo a su casa —dijo.

- La conclusión evidente es que Simon era hijo de sir Edward.
- Sí, parece lo más probable.
- Pero el misterio radica en que sir Edward era un hombre muy convencional desde el punto de vista moral... Era estrictamente disciplinado.
- Pero esa clase de personas tienen a veces sus deslices.
- Eso es lo que dice Lucas. Por lo que he oído, sir Edward siempre se mostró como un estricto censor, especialmente con quienes cometían un desliz o una ligereza moral.
- Como ya te he dicho, eso suele suceder, pero también cabe la posibilidad de que la clave de todo el misterio se encuentre en el secreto del nacimiento de Simon. Y cuando se estudia un caso de esta naturaleza es mucho mejor saber todo lo posible sobre los personajes implicados. Intenta recordar algo más de lo que te han contado sobre la infancia de Simon.
- Ya te he hablado de Angel. El ni siquiera dice que sea su madre. Para él solo era Angel.
- Eso es explicable. Supongo que ella le llamaba su «ángel», como suelen hacer muchas madres. Probablemente, eso fue lo primero que recordó. A continuación, le adscribió ese nombre a ella. Sé que esa clase de cosas les suceden a veces a los niños, como por ejemplo con los míos. ¿Era ella su madre? ¿O se trataba solo de alguien que lo había adoptado cuando era un bebé? Eso es una posibilidad a tener en cuenta.
- ¿Qué diferencia podría representar eso?
- Es posible que ninguna, pero no lo sabemos, ¿verdad? Y en este caso son importantes todos y cada uno de los detalles. ¿Qué más sabes sobre su infancia?
- Había una tía malvada llamada Ada. Simon le tenía miedo, sobre todo cuando Angel murió y él se dio cuenta de que tía Ada se lo iba a llevar consigo. Sir Edward pareció percibir ese temor e intervino. Esa es al menos la impresión que tuve.
- ¿Recuerdas algo respecto a esa tía? ¿No conoces su apellido..., solo Ada?
- Solo eso. Simon creía que era una bruja. Él y Angel iban a visitarla en un lugar llamado Witche's Home, y como ese era el hogar donde vivía ella y el nombre significa «bruja», adquirió importancia para Simon.
- ¿Dijo algo más sobre ese lugar?
- Dijo que había algo en el fondo del jardín. Podría haberse tratado de un río.
- ¿Y eso es todo?
- Sí. Por aquel entonces Simon debía de tener menos de cinco años, la edad que tenía cuando llegó a Perrivale Court.
- Bien —dijo Felicity—. Los únicos datos de que disponemos son la existencia de Ada, de Witche's Home y, probablemente, de un río.
- ¿Qué sugieres?
- Creo que podríamos intentar descubrir el paradero de Ada. Hablar con ella nos permitiría descubrir muchas cosas...
- Felicity, ¿quieres decir que...?
- Tengo una idea. ¿Por qué no regresas conmigo y pasamos unos días juntas antes de que vuelvas a Cornualles? A James y a los niños les encantaría verte.

- Tengo mi trabajo. He estado fuera mucho más tiempo del que debería.
- La *enfant terrible*, claro. Por cierto, «¿cómo se entiende ella contigo?»
- Bien..., eso espero. Pero tengo que regresar. No puedo tomarme mucho tiempo, aunque ellos son muy afables.
- Algunos días más no representarán una gran diferencia. En cualquier caso, no te despedirán por ello. Se sentirán encantados de tenerte de nuevo.
- Es posible que Kate vuelva a las andadas y recupere sus antiguas costumbres, de las que creo haberla apartado un poco.
- En tal caso, ellos apreciarán mucho más tu trabajo. Tengo un plan. Descubriremos si hay un lugar llamado Witche's Home,,, o algo parecido. Podría estar junto a un río,,, o algún curso de agua. Eso nos será útil.
- Podría tratarse de un estanque situado al fondo del jardín. En realidad, lo único que sabemos con seguridad son dos nombres: Ada y Witche's Home. Será como si la madre de Thomas Becket viniera a Inglaterra y su único conocimiento del idioma inglés fueran las palabras «Londres» y «Gilbert», y se dedicara a recorrer las calles de la capital gritando el nombre de Gilbert.
- Me alegra que recuerdes la historia que te conté.
- Bueno, Londres es bastante diferente a Witche's Home, y mucho más grande.
- Me imagino que Witche's Home es un pequeño pueblo donde todo el mundo se conoce entre sí.
- ¿Y nosotras podremos encontrar Witche's Home?
- Consultaremos los mapas.
- Los pueblos pequeños no aparecen señalados en los mapas.
- Ella se sintió abatida, pero solo unos instantes. Enseguida sus ojos relampaguearon.
- Ya lo tengo —dijo—. El profesor Hapgood. Esa es la respuesta.
- ¿Quién es el profesor Hapgood?
- Mi querida Rosetta, no en vano vivo en Oxford. El profesor Hapgood es la mayor autoridad del país en los pueblos de Inglaterra. Es su pasión..., el trabajo de toda su vida. Sus conocimientos se remontan a épocas muy antiguas. Si en Inglaterra existe un lugar llamado Witche's Home, nos lo dirá en un abrir y cerrar de ojos. Ah, casi puedo ver cómo aumenta tu escepticismo. Pero confía en mí, Rosetta..., y en el profesor Hapgood.
- ¡Cómo me alegró que por fin Felicity lo supiera todo! Me reproché no habérselo contado antes.

Felicity y yo acudimos a la clínica. Lucas mejoraba notoriamente y empezaba a caminar con cierta soltura. Nos dijo que ya no sentía dolor a cada paso; todo el personal de la clínica estaba muy contento con sus progresos. Aún tenía que descansar bastante, y dentro de una semana regresaría a casa.

Le conté que se lo había confiado todo a Felicity, y que ambas teníamos planes para localizar a tía Ada. La perspectiva le divirtió mucho; dijo que la información sobre la que tendríamos que basarnos era muy escasa, aunque le impresionó la

mención del profesor Hapgood, cuya reputación conocía.

Dije que, como Oxford estaba de camino, regresaría a Cornualles desde allí. No podía retrasar más mi regreso y estaría en Perrivale Court quizá unos días antes de que Lucas regresara a Trecorn Manor.

—No deberías confiar mucho en el éxito de esta nueva aventura —me advirtió—. Aun cuando encuentres ese lugar, y podrías encontrarlo con la ayuda del profesor Hapgood, todavía te quedará buscar a esa tía Ada.

—Lo sabemos —le dije—, pero de todos modos vamos a intentarlo.

—Buena suerte —me deseó.

Al día siguiente, Felicity y yo nos marchamos a Oxford, donde fui recibida del modo más cariñoso por James y los niños. Felicity explicó que íbamos a emprender un pequeño viaje, y que ella me acompañaría parte del camino de regreso a Cornualles; solo estaría ausente una o dos noches.

James siempre se mostraba comprensivo con la estrecha amistad que nos unía, y nunca se opuso a que pasáramos algún tiempo juntas. Una vez solucionado ese aspecto, nuestra primera tarea consistió en ponernos en contacto con el profesor Hapgood, que se mostró encantado de ayudar.

Nos llevó a su estudio, completamente cubierto de gruesos libros. Era evidente que le encantaba la perspectiva de una investigación de aquella naturaleza.

Pero no encontró ningún Witche's Home, como nos temíamos.

—Dicen ustedes que el nombre fue citado por un niño de menos de cinco años. Bueno, en tal caso debe de tratarse de un nombre que suene similar. Witche's Home... Veamos. Hay un Witching Hill. Willinham... Willin-under-Lime. Wodenham... ¿Qué les parece Witchenholme? A un niño de cinco años eso le puede sonar como Witche's Home. Creo que ese nombre parece más verosímil que los otros. Hay también un Willenhelme... Bueno, esos dos nombres me parecen los más probables.

—«Holme» suena más como «helme» —observé.

—Sí—admitió el profesor—. Veamos. Witchenholme está situado junto al río Witchen..., aunque en realidad no es un gran río, sino un afluente del..., veamos...

—Un afluente parece lo más probable —dijo Felicity—. El niño dijo que había un curso de agua al fondo del jardín.

—Veamos qué hay en Willenhelme. No, allí no hay ningún río. Está en el norte de Inglaterra.

—No creo que sea ese. ¿Dónde está Witchenholme?

—No lejos de Bath.

—En el oeste —dije, mirando a Felicity con expresión feliz—. Eso es mucho más probable.

—En tal caso, intentémoslo en Witchenholme —dijo Felicity—. Y si no es lo que andamos buscando, es posible que volvamos a molestarle, profesor.

—Ha sido un gran placer —replicó este—. Me enorgullezco de poder encontrar hasta el más pequeño villorrio que existe en Inglaterra desde la conquista normanda.

Y me agrada disponer de una oportunidad para demostrarlo. Y ahora, veamos..., la ciudad más cercana es Rippleston.

—¿Hay tren hasta allí?

—Sí, hay una estación de tren en Rippleston. Witchenholme debe de estar a poco más de un kilómetro.

—Le estamos inmensamente agradecidas.

—Les deseo buena suerte en su investigación. Y si no es ese el pueblo que andan buscando, no duden en venir a verme. Lo intentaremos de nuevo.

Cuando salimos me sentí extrañamente optimista.

—Ahora —dijo Felicity— tendremos que atravesar Witchenholme tal y como la señora Becket atravesó las calles de Londres, solo que no gritaremos el nombre de Gilbert, sino el de Ada.

Reservamos una habitación para pasar la noche en Rippleston, que resultó ser una pequeña ciudad de mercado.

—Es posible que tengamos dificultades para localizar a Ada y que necesitemos dos días para conseguirlo —dijo Felicity.

Era muy agradable contar con ella y tenerla a mi lado. Recordé cómo siempre se entregaba con total intensidad a cualquier proyecto que aceptara. Era precisamente aquella característica la que le había permitido ser una compañera tan estimulante para mí.

Durante el trayecto en tren estuvimos hablando sobre cómo actuaríamos para encontrar a Ada, y qué le diríamos cuando la encontráramos. Ambas estábamos convencidas de que la localizaríamos, lo que quizá fuera un poco ingenuo por nuestra parte, pero nos sentíamos muy felices de estar juntas y, de algún modo, retrocedimos a los viejos tiempos en que la mayoría de las cosas nos parecían muy excitantes.

Cuando llegamos a Rippleston nos alojamos en el hotel y pedimos un medio de transporte. En el hotel había un coche de dos ruedas y un hombre que se ocupaba en llevar a los clientes allí adonde quisieran ir. Así pues, llegamos a un acuerdo con rapidez.

Decidimos no perder tiempo y no tardamos en encontrarnos camino de Witchenholme.

Unas decenas de metros antes de llegar al pueblo encontramos una posada llamada Witchenholme Arms. Decidimos detenernos para hacer algunas preguntas, con la esperanza de que alguien conociera a la señorita Ada, que quizá viviera cerca. Convinimos con el cochero que nos esperara en la posada.

Había una mujer de mediana edad sirviendo cerveza y sidra en el mostrador. Le preguntamos si conocía en el pueblo a alguien llamado Ada. Nos miró como a un par de chifladas, y quizá fuera eso lo que parecíamos, y preguntó:

—Ada..., ¿Ada qué más?

—De eso no estamos muy seguras —contestó Felicity—. La conocimos hace mucho tiempo y no recordamos su apellido... Todo lo que recordamos es su nombre:

Ada.

La mujer sacudió la cabeza.

—¿Y viene mucho por aquí?

—No lo sabemos —contesté.

—Ada... —repitió y volvió a sacudir la cabeza—: La mayoría de las personas que vienen por aquí son hombres.

—Me lo temía —replicó Felicity—. Bien, gracias de todos modos.

Salimos de la posada y caminamos hacia el pueblo.

—Bueno, no esperarías que tía Ada frecuentara la posada Witchenholve Arms, ¿verdad? —dijo Felicity.

Tal y como nos había dicho el profesor, el pueblo era muy pequeño. Y había un río, en efecto... y algunas casas que daban a él.

Estaba convencida de que era el lugar que andábamos buscando.

Junto a nosotras pasó un hombre en bicicleta. Estuvimos a punto de detenerlo para preguntarle, pero me di cuenta, al igual que Felicity, de que nos habría tomado por locas si le parábamos para preguntarle si conocía a Ada. Si al menos conociéramos su apellido todo habría parecido más verosímil.

—Oh, mira —dijo de pronto Felicity—, hay una tienda en el pueblo. Si alguien sabe algo, seguro que está ahí. Sin duda alguna, todos los habitantes del pueblo acudirán de vez en cuando a esa tienda...

Entramos. Había que bajar unos escalones y al abrir la puerta sonó una campanilla. En el interior se percibía un olor acre a aceite de parafina, y la tienda estaba atestada de productos de todas clases: fruta, bizcochos, galletas, pan, dulces en frascos de cristal, verduras, jamón, papel de escribir, sobres, matamoscas y muchas cosas más.

—¿Sí? —dijo una voz.

Nos quedamos mudas por un instante. Se trataba de una jovencita de unos catorce años cuyo rostro apenas era visible por encima de las botellas y las cajas de dulces que había sobre el mostrador.

—Hemos venido a preguntar si conoce usted a alguien llamado Ada—dijo Felicity. La joven se nos quedó mirando, extrañada, y Felicity se apresuró a añadir—: Estamos intentando encontrar a una antigua amiga, de la que solo recordamos que se llamaba Ada. Nos preguntábamos si no viviría por aquí... Es posible que venga con frecuencia por la tienda, como la mayoría de los vecinos.

—¿Qué...? —balbuceó.

—¿Conoce usted a la gente del pueblo?

—No. Yo no vivo aquí... siempre. Solo he venido a pasar una corta temporada... Estoy ayudando a mi tía.

—¿Podríamos verla?

—Tía... —llamó la joven—. Tía Ada. Felicity y yo intercambiamos miradas de asombro.

—Tía Ada... —susurró Felicity.

—Aquí hay unas personas que quieren verte —gritó la joven.

—Que esperen un momento —dijo una voz—. Ya voy.

¿Era posible? ¿Habría terminado nuestra búsqueda? Pero en cuanto vimos a la mujer comprendimos que no. Nadie podría haberla tomado por una bruja. Aquella mujer no habría podido ser la tía Ada de Simon. Se trataba de una mujer muy rolliza, de rostro sonrosado y expresión alegre, el cabello algo gris y unos ojos azules que miraban muy atentos.

—¿Qué puedo hacer por las señoras? —preguntó sonriéndonos.

—Es una pregunta algo extraña —dijo Felicity—, pero el caso es que andamos buscando a alguien que, al parecer, vive aquí y de quien no recordamos su apellido. Todo lo que sabemos es que se llama Ada.

—Bueno, seguro que no soy yo. Yo me llamo Ada. Ada MacGee.

—La Ada que buscamos tenía una hermana llamada Alice.

—Alice... ¿qué más?

—Bueno, ya le he dicho que no conocemos el apellido. Pero sabemos que murió. Nos preguntábamos si entre la gente del pueblo, y usted debe de conocer a la mayoría, no habría una Ada.

Supuse que era la típica mujer a la que le encantaba cuchichear. Se sintió muy interesada por las dos extrañas que habían acudido a su tienda, no para comprar peras o manzanas o una botella de aceite de parafina, sino porque andaban buscando a una Ada.

—Debe de conocer usted a casi todo el mundo en Witchenholve —le dije, casi en tono de súplica.

—Bueno, la mayoría de los vecinos vienen por aquí de vez en cuando. Rippleston está demasiado lejos para ir a comprar allí.

—Sí, eso era lo que suponía.

—Ada —repitió—. Bueno, hay una Ada Parker que vive en Greengates, aunque ahora ya no se apellida Parker... porque se volvió a casar. Es su tercer marido. Pero nosotros siempre la llamamos Ada Parker, aunque no delante de ella, claro... Jim Parker fue su primer marido. Aquí los nombres permanecen.

—Quizá vayamos a hacerle una visita. ¿Hay otras personas con ese nombre?

—Bueno, está la señorita Ferrers. He oído decir que se llamaba Ada. Recuerdo muy bien a una persona llamada así, porque yo soy una de ellas. Aunque nunca he oído a nadie llamarla Ada, me parece recordar que ese es su nombre.

—Sí, comprendo muy bien por qué lo recuerda usted. Creo que hemos tenido mucha suerte de haber venido avería.

—Bueno, me gustaría ayudarlas a encontrar a esa amiga suya, claro... Ada..., sí, estoy segura de que la señorita Ferrers se llama Ada. Lo he oído en alguna parte. Aunque ella no lo dice nunca. Se muestra siempre un poco por encima de los demás. Estoy convencida de que es así como se siente.

—¿Recuerda usted si tenía una hermana?

—No lo sé. Lleva muchos años viviendo en esa casa, y no recuerdo a ninguna hermana. Su hogar es una pequeña casita que mantiene de punta en blanco. Se la conoce con el nombre de Rowan Cottage. Ya saben que «rowan» es un serbal, un árbol plantado delante de la casa. Por eso se le dio ese nombre.

—Nos ha sido usted de gran ayuda —dijo Felicity—. Muchas gracias.

—Espero que encuentren a la persona que andan buscando.

—Buenos días —nos despedimos, saliendo de la tienda, y la campanilla volvió a sonar al abrir la puerta.

—Quizá tendríamos que haberle comprado algo —dije—. Fue muy amable.

—No era eso lo que ella esperaba. Ha disfrutado hablando con nosotras. Creo que renunciaremos por el momento a esa señora Parker que ya se ha casado tres veces, y veremos si la dama de Rowan Cottage encaja. No sé por qué, pero tengo la sensación de que nuestra tía Ada no es la persona adecuada para tener tres maridos.

—Mira —dije—, las casas dan al río.

Habíamos recorrido la que parecía la única calle en todo Witchenholve sin haber encontrado Rowan Cottage. Nos detuvimos, mirando hacia delante, sin saber muy bien qué hacer. Entonces distinguimos una casa a cierta distancia del resto, y en ella descubrimos el serbal del que nos había hablado la tendera.

—Supongo que le gusta estar apartada de los demás —comentó Felicity—. Recuerda el comentario de que «se muestra un poco por encima de los demás». Me imagino que será una persona de carácter fuerte.

—Así lo creía Simon.

—Vamos, entremos en la cueva de la leona.

—¿Y qué le vamos a decir? «¿Es usted la tía Ada? ¿La tía Ada de Simon?» ¿Cómo vamos a iniciar una conversación de ese modo?

—Nos las arreglamos bien con la tendera.

—Tengo la impresión de que ahora será diferente.

Decidida, levanté el llamador de latón de la puerta y lo dejé caer con un autoritario tat-tat. El sonido reverberó en toda la casa. Tras un momento de silencio, la puerta se abrió.

Allí estaba, delante de nosotras... Era una mujer alta y delgada, de cabello canoso severamente peinado hacia atrás y sujeto en un moño a la nuca; los ojos miraban desde detrás de unas gruesas gafas, con expresión astuta y alerta; la almidonada blusa blanca le llegaba hasta la barbilla, sostenida allí por varillas de hueso. Una cadena de oro le colgaba del cuello, llevando en el extremo lo que supuse sería un pequeño reloj.

—Disculpe usted —dije—, la señora MacGee, de la tienda, nos ha dicho que la encontraríamos aquí.

—¿Sí? —preguntó con una fría mirada interrogativa.

—Buscamos a una dama llamada Ada —intervino Felicity—, pero desgraciadamente no conocemos el apellido. La señora MacGee nos ha dicho que es usted la señorita Ada Ferrers, y nos preguntábamos si no sería usted la mujer que andamos buscando.

—No creo conocerlas a ustedes.

—No, no nos conoce. Pero ¿no tendría usted por casualidad una hermana llamada Alice, que tuvo un hijo llamado Simon?

Observé el parpadeo que se produjo detrás de las gafas; el color del rostro le cambió un poco, y me di cuenta de que habíamos encontrado a tía Ada. Inmediatamente se mostró recelosa.

—¿Son ustedes de la prensa? —preguntó—. Lo han encontrado, ¿verdad? Oh..., ¿es que va a empezar todo de nuevo?

—Señorita Ferrers, no somos de la prensa. ¿Podemos pasar y explicárselo? Estamos intentando demostrar la inocencia de Simon.

Ella vaciló. Finalmente, se hizo a un lado, todavía indecisa, pero franqueándonos el paso a la casa.

El vestíbulo era pequeño, pero estaba muy limpio y ordenado. Había una percha con un abrigo de tweed y un sombrero de fieltro que eran evidentemente suyos; sobre una pequeña mesita había un frutero de latón y un florero con flores.

Abrió una puerta y nos hizo pasar a un saloncito que olía a pulimento de muebles.

—Siéntense, por favor —dijo, y así lo hicimos.

Ella se sentó frente a nosotras.

—¿Dónde está? —preguntó.

—No lo sabemos —contesté—. Debo decirle que estaba en un barco en el que también viajaba yo. Naufragamos y ambos logramos sobrevivir. Él salvó mi vida y la de otro hombre.

Fuimos rescatados, pero nos llevaron a Turquía, y allí le perdí de vista. Pero durante el tiempo que permanecimos juntos me lo contó todo. Estoy convencida de su inocencia, y ahora trato de demostrarla. Deseo ver a todas las personas que puedan decirme algo sobre él..., cualquier cosa que pueda ser útil...

—¿Cómo demostrará que no fue él quien hizo aquella cosa tan horrible?

—No lo sé, pero lo estoy intentando.

—Bien, ¿qué quiere usted de mí? ¿Seguro que no es de la prensa?

—Le aseguro que no tengo nada que ver con la prensa. Me llamo Rosetta Cranleigh. Es posible que haya leído usted algo sobre mi supervivencia. Los periódicos lo publicaron cuando regresé a casa.

—¿No había con usted un hombre lisiado o algo así?

—Sí, él también estaba con nosotros.

Frunció el ceño, todavía recelosa e incrédula.

—No sé —dijo—. Todo esto me parece un poco extraño. Y ya estoy harta del asunto. No quiero saber una sola palabra más. Desde el principio supe que saldría mal.

—¿Quiere decir... cuando él aún era un niño?

—Tendría que haberse quedado conmigo —dijo, asintiendo—. Yo le habría cuidado. No es que deseara tener un niño en casa, nunca he tenido nada que ver con niños, pero necesitaba a alguien que le cuidara, y ella era mi hermana. Solo estábamos nosotras dos. ¿Cómo pudo haberse visto atrapada en esa clase de cosas?

—Es precisamente eso lo que creemos que puede ayudarnos —dije con cautela—. Si pudiéramos retroceder hasta el principio...

—¿Y cómo va a demostrar eso que él no lo hizo?

—Confiamos en que nos sea de ayuda. Tenemos la impresión de que no debemos pasar nada por alto... Lo conozco muy bien. Estuvimos juntos en circunstancias muy extraordinarias. Escapamos en un bote y el mar nos llevó hasta

una isla... deshabitada. Pasamos juntos esa tremenda aventura. Nos conocimos muy bien, y estoy convencida de que es incapaz de haber matado a nadie.

—Lo encontraron con las manos ensangrentadas.

—Creo que eso pudo ser una trampa que le prepararon.

—¿Quién?

—Eso es lo que tratamos de averiguar. Quiero contar con su ayuda. Por favor, señorita Ferrers, se trata de su sobrino, y usted querrá ayudarlo, ¿no?

—No comprendo cómo puedo hacerlo. No lo he visto desde que se lo llevaron.

—¿Se lo llevó sir Edward Perrivale? —Ella asintió con un gesto—. ¿Por qué se lo llevó?

Permaneció un momento en silencio y finalmente dijo:

—Está bien. Se lo contaré todo desde el principio... Alice era una joven muy hermosa. Todo el mundo lo decía. En cierto modo, eso fue una maldición. Si no hubiera sido tan hermosa, no le habría sucedido nada. Era una tonta..., blanda donde las haya, delicada, encantadora y todo eso, pero no tenía sentido común. Nuestro padre poseía una pequeña y bonita posada al otro lado de Bath. Era un negocio que le permitía ganarse bien la vida. Alice y yo le ayudábamos con los clientes. Una noche llegó sir Edward Perrivale. Vio a Alice... y siguió viniendo. Yo se lo advertí a mi hermana. Le dije: «No te hará ningún bien». Ella pudo haber tenido a John Hurrell, un campesino honesto de los alrededores, que deseaba casarse con ella. Pero no, tuvo que ser aquel Edward...

Miré a Felicity. La historia empezaba a desplegarse ante nuestros ojos tal y como la habíamos imaginado. El buen hombre había cometido su desliz y caído en la tentación y, como solía suceder, el arrepentimiento llegó después.

—Yo le decía una y otra vez: «No es bueno para ti. Tomará aquello que desee y después te dirá adiós muy buenas. Así son las personas como él. No es para ti. Los de su clase no se casan con la hija de un posadero». Ya se pueden imaginar cómo era él: todo un caballero, y por allí no pasaban muchos de esa clase. Acudió fortuitamente, una noche... El caballo tenía una pata coja o algo por el estilo. De no ser así no se habría detenido en un lugar como el nuestro. Pero a partir de entonces siguió viniendo... a causa de Alice. Ella me decía: «Él es diferente. Va a casarse conmigo». «No un hombre como él. Ha logrado sacarte de tus casillas, eso es lo que ha hecho», le dije. Pero mi hermana no quiso creerme..., y al final resultó que, en cierto sentido, ella tuvo razón. Se casaron. Eso lo puedo testificar yo misma. Fue en la iglesia..., aunque la ceremonia fue muy sencilla. Él no lo habría permitido de otro modo. Pero el caso es que se casaron. Yo estaba allí, de modo que lo sé muy bien.

—Casados —dije—. Pero si...

—Sí, se casaron. Nosotras fuimos educadas de un modo estricto. Alice no se habría ido con él de no haber sido así. Y él tampoco lo habría querido de otro modo. Era un hombre muy religioso e hizo que Alice volviera sus ojos a la religión. Oh, teníamos que acudir a la iglesia todos los domingos. Mi padre siempre había insistido en ello, pero con Edward fue algo más que una simple insistencia.

—¿De modo que se casaron de veras!

—Real y verdaderamente casados. Él la instaló en una pequeña casa, muy

bonita, y a partir de entonces se marchaba y volvía. La visitaba con regularidad. Yo decía: «¿Adonde va?». Y Alice me contestaba: «Oh, me lo ha explicado todo. Tiene una gran mansión en Cornualles que ha estado en posesión de la familia desde hace muchos años. Me ha dicho que no me gustaría vivir allí... y que él tampoco quiere verme allí, que estoy mucho mejor aquí». Alice era una joven de pocas preguntas. Le gustaba que todo fuera pacífico y tranquilo. Eso era todo lo que pedía. Cuando surgía algún problema, se desentendía. Así estaban las cosas. Él acudía a verla y entonces los dos juntos eran como cualquier otra pareja casada. Después, él se marchaba durante una temporada. Y entonces llegó el niño.

—Ya comprendo —dije—. Y cuando tuvo cinco años de edad... Alice murió.

Ella asintió con un gesto y continuó:

—Se planteó la cuestión de adonde iría Simon. Supuse que tendría que quedarme con él, ya que era mi sobrino. No supe qué hacer con el niño. Mi padre había muerto un año antes. A él nunca le gustó aquel matrimonio..., aunque acudió a la iglesia y comprobó por sí mismo que todo se hacía ordenadamente, y que Edward no engañaba a su hija. Ella era mejor que todos nosotros juntos, y no cabe la menor duda de que él la quería mucho. Cuando mi padre murió, yo quedé cómodamente bien situada. Me lo dejó todo a mí ya que, según él, Alice estaba muy bien atendida. Compré esta casita. En cierta ocasión Alice vino aquí con el chico.

—Sí—la interrumpí—. Mencionó este lugar. Así fue como la encontramos.

—Bueno, luego resultó que la persona asesinada era un hijo de sir Edward. Fue entonces cuando me enteré de que era «sir». Al principio pensé que había engañado a nuestra Alice, y que cuando acudió a la iglesia con ella ya estaba casado. Pero luego resultó, gracias a lo que publicaron los periódicos sobre la familia, que él se casó con una tal señorita Jessica Arkwright, y que eso sucedió después de que se casara con Alice. El joven asesinado, su hijo mayor, era más o menos un año menor que Simon. A mí todo aquello me olía a engaño, pero en cualquier caso estaba más claro que el agua. Alice era su esposa, y la otra mujer no tenía derecho alguno al título. Nuestra Alice era la verdadera lady Perrivale, de modo que los dos hijos que había tenido con posterioridad eran hijos ilegítimos..., y no Simon. Todo está un poco envuelto en misterio... Yo me di cuenta y no quise saber más del asunto. No me creen, ¿verdad?

—Oh, sí, claro que sí.

—El caso es que puedo demostrarlo. Tengo el certificado de matrimonio. Le dije a Alice: «Este documento debes guardarlo siempre contigo». Ella era una descuidada con ese tipo de cosas. Pero yo creí desde el principio que en todo aquello había algo extraño. Normalmente, los esposos no se marchan así, por las buenas, y dejan solas a sus esposas..., a menos que traten de escapar de ellas. De modo que me aseguré de que mi hermana conservara el certificado de matrimonio. No es que él deseara escapar de ella, no, nada de eso. Se sintió muy triste cuando ella murió. Entonces yo misma me aseguré de conservar el certificado de matrimonio. Se lo mostraré a ustedes.

—¿Lo hará? —pregunté.

—Pues claro que sí. Mi hermana se casó, y nadie va a decir lo contrario. Lo tengo en la habitación de arriba. Voy ahora mismo a buscarlo.

—No esperábamos nada de esto —me dijo Felicity en cuanto nos quedamos a solas.

—No.

—Parece increíble... que aquel hombre temeroso de Dios cometiera bigamia.

—Si se trata de un genuino certificado de matrimonio...

—Tiene que serlo. Y ella estuvo presente en la ceremonia. No creo que nos haya mentido.

—¿Se le habrá ocurrido alguna idea sobre proteger el honor de su hermana?

La señorita Ferrers regresó al saloncito, sosteniendo orgullosamente el documento en la mano. Lo miramos. No cabía la menor duda sobre su autenticidad.

—Creo posible que alguien conociera la existencia de este documento —dije— y que, por tanto, Simon era el verdadero heredero de las propiedades de su padre, así como del título. Lo cual configura el motivo del asesinato.

—Pero ellos no le mataron.

—No..., pero él se vio implicado.

—¿Quiere decir que alguien organizó las cosas para desembarazarse al mismo tiempo del hermano mayor y de Simon?

—Podría ser. Sería útil si pudiéramos disponer de esta prueba del matrimonio.

Comprendí enseguida que la señorita Ferrers no permitiría, bajo ninguna circunstancia, que el certificado pasara a nuestras manos.

—Podrá comprobarlo usted en los registros de la iglesia —dijo—. La boda se celebró en la iglesia de Saint Botolph, en Headingly, cerca de Bath. Cree usted realmente en su inocencia, ¿verdad?

—Sí —contesté con firmeza.

—Lo ocurrido le habría roto el corazón a Alice —dijo—. Me alegré de que ella hubiera muerto mucho antes de saberlo. Pero, claro, si ella hubiera vivido, Simon jamás habría ido a aquel lugar. Alice nunca lo habría permitido. Le quería demasiado.

—Nos ha ayudado usted mucho —dije—. Me faltan palabras para expresarle lo agradecida que estoy.

—Si puede usted librar el nombre de Simon de toda mancha...

—Lo intentaré. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano...

Ella insistió en prepararnos una taza de té. Siguió hablando mientras tomábamos el té, volviendo a contarnos todo por segunda vez; eso nos permitió obtener una impresión del afecto que había tenido por su hermana Alice, que no era menos genuino por el hecho de ser un tanto despectivo. Alice había sido blanda..., demasiado confiada, había amado sin reservas y creído en todo lo que se le dijo. Pero había sido su querida hermana, y había estado más cerca de ella que ninguna otra persona antes o después.

Me alegré de haberla convencido de la sinceridad de nuestros propósitos.

Poco después abandonamos Rowan Cottage, sabiendo que sir Edward Perrivale se había casado con Alice Ferrers, y que el certificado de matrimonio demostraba con toda claridad que la boda se había llevado a cabo antes de la boda con la actual viuda lady Perrivale.



Encuentro en el bosquecillo

Aquella noche, Felicity y yo pasamos mucho tiempo hablando de nuestro descubrimiento. Aquello superaba todas nuestras más locas esperanzas.

—¡Aún no puedo creérmelo! —dije—. A pesar de su fuerte actitud moral, ¿cómo pudo sir Edward cometer bigamia y tener dos hijos que aceptó como propios mientras que su hijo legítimo era tratado como un extraño, aunque fuera llevado a la casa?

—Recuerda que dejó bien claro que se tratara al chico como a un igual.

—¡Pobre Simon!

—Al menos tuvo a Nanny Crockett.

—De otra manera, todo habría sido muy triste para él.

—Oh, siempre hay compensaciones. Pero ¿por qué razón actuó sir Edward no solo en contra de la ley, sino incluso de sus más fuertes principios religiosos?

—Creo imaginármelo. ¿Sabes?, hay una gran tradición en la familia de los Perrivale. La vieja mansión se encuentra en la raíz de todo. El edificio se estaba desmoronando y sir Edward se encontraba en dificultades financieras. Jamás llevó a Alice a Perrivale Court. Por mucho que la amara no creyó que fuera un hogar adecuado para ella. Ya hemos visto lo fuerte que era la tradición familiar. Me atrevería a decir que fue educado en la creencia de que la familia Perrivale era lo más importante de todo. Esa familia se había mantenido durante siglos, y sus miembros siempre cumplieron con su deber. Por tanto, el suyo consistía en salvar Perrivale Court. Entonces aparece el dueño de unas minas de carbón o de una siderurgia en Yorkshire. Él puede proporcionar el dinero necesario para salvar la mansión. De ese modo quedan solucionados los problemas financieros de sir Edgard..., pero eso tiene un precio, claro está. Y ese precio es el matrimonio con la hija del hombre rico.

—No creo que sir Edward aceptara esas condiciones. Él ya se había casado con Alice.

—Sí, pero ¿quién lo sabía? Únicamente unas pocas personas que vivían en el campo. Alice era tranquila y dócil. Aceptaría cualquier cosa que se le dijera. No plantearía problemas..., aun cuando supiera lo que estaba sucediendo..., cosa que no llegó a saber. Él creyó poder llevarlo a cabo, y lo hizo. Me imagino que eso le atormentó mucho. Le habían educado para creer que su principal deber era conservar la tradición..., el nombre de la familia. Supongo que se sentía desgarrado por dentro. Tenía que salvar la mansión; la familia tenía que vivir de acuerdo con el estilo acostumbrado. Alice, en cambio, no era apta para lo que se le habría exigido. Sir Edward amó a Alice... y se dejó arrastrar por la tentación de casarse con ella. Pero no era la mujer adecuada para convertirse en esposa de un Perrivale. Comprendo muy bien cómo debió de suceder todo.

—Tal y como lo cuentas parece verosímil.

—Creo que sir Edward no pudo morir llevándose el secreto a la tumba. Supongo que debió de confesarlo cuando vio que se acercaba su final. ¿Ya quién iba a confesárselo sino a la persona a la que más importaba, es decir, a la mujer que creía ser su esposa legítima? Imagínate lo que pudo haberle dicho: «No puedo marcharme así para siempre. Debo confesarte la verdad ahora. Mi único heredero es Simon, el chico que traje a esta casa. Me casé con su madre y eso significa que no estoy legalmente casado contigo». Así debió de ocurrir. María asegura que los oyó discutir violentamente y que lady Perrivale se comportó de modo muy extraño en el momento de su muerte, seguramente a causa de su confesión.

—¿Estás sugiriendo que ella se vio involucrada en el asesinato? No puedes pensar que mató a su propio hijo solo para que se acusara de ello a Simon.

—Claro que no. Lo que hizo fue contárselo a su hijo. Es muy probable que lo hiciera, ¿no te parece? O quizá el propio sir Edward se lo contó a los dos. Sí, claro, aquello también les concernía a ellos, además de a lady Perrivale. —Pero fue Cosmo el que resultó asesinado. —Siempre he sospechado que el asesino fue Tristan. Pensé que había matado a Cosmo porque quería el título, la propiedad... y a Mirabel. Imagínate lo que significaría para él ser un segundón y no tener derecho a nada.

—Lucas se encuentra en una posición similar.

—Bueno, lo cierto es que antes de sufrir el accidente no quería quedarse en casa.

—Y siguió su carrera militar durante un tiempo.

—En efecto, y luego la abandonó y se dedicó a viajar. Durante esa época se sintió bastante inquieto. Ahora empiezo a verlo todo con mayor claridad. Siempre creí que Tristan estaría involucrado de un modo u otro. Tenía todo que ganar. Y estaba Mirabel. Se casó con ella poco después de que Cosmo fuera asesinado.

—¿Y qué pasa con el niño del que ella se desembarazó?

—Eso no lo comprendo. Es demasiado complicado, pero si Tristan supo que Simon era el verdadero heredero de su padre..., al menos querría quitarlo de en medio. Así que mató a Cosmo y planeó las cosas para que se inculpara a Simon. De ese modo se libraba de las dos personas que le hacían sombra. Una vez muerto sir Edward... nadie podría afirmar que Tristan no fuera el heredero legítimo.

—Las cosas van adquiriendo forma —dijo Felicity—. Pero ¿cómo vas a demostrar todo eso?

—No lo sé... todavía. Pero hemos dado un gran paso adelante..., gracias a ti, Felicity. Creo que cuando llegue el momento oportuno sabré lo que tengo que hacer.

—¿Y mientras tanto...?

—Se lo contaré todo a Lucas. Él es muy astuto. Me sugerirá lo que hay que hacer a continuación. Se me ha ocurrido algo. Lady Perrivale..., la viuda lady Perrivale... se pasa las noches buscando algo en la habitación de sir Edward. Enciende velas por la noche..., o eso es lo que hacía antes de que María las escondiera por temor a que provocara un incendio, y deambulaba por allí, buscando algo. ¿Qué crees que busca?

—El simple sentido común indicaría que un testamento.

—Exacto. El último testamento de sir Edward Perrivale, en el que afirma que Simon es el hijo legítimo y heredero. No pudo haberse marchado a la tumba

llevándose ese peso en la conciencia.

—Así que para purificar su propia alma deja en la mayor de las confusiones a quienes durante tantos años han creído ser su única familia.

—Sabe muy bien —continué, asintiendo— que si alguno de ellos descubre el testamento mientras él está demasiado enfermo para enterarse, destruirá el documento. Así que decide ocultarlo... con intención de entregárselo al notario, o a alguien en quien pueda confiar... Lady Perrivale sabe que ese testamento existe. Toma la decisión de encontrarlo y destruirlo por el bien de sus hijos. No tiene las ideas muy claras, pero sigue aferrada al hecho de que ese documento existe. Por eso deambula por la noche buscándolo.

—Hummm..., parece lo más probable.

—Yo visito a menudo a lady Perrivale. Quizá surja la oportunidad...

—Será mejor que tengas mucho cuidado.

—Eso es lo que me dice Lucas.

—Si todo esto es cierto y Tristan mató en una ocasión, es posible que no dude en volver a hacerlo, y que quienes sepan demasiado estén en verdadero peligro.

—Seré precavida.

—Hablo muy en serio, Rosetta. Estoy preocupada por ti.

—No lo estés. Tendré cuidado. Ellos no sospechan nada. Solo soy una institutriz.

—Pero no una institutriz vulgar.

—Oh, sí que lo soy, de veras. Lo único es que he descubierto una manera de entenderme con Kate mucho mejor que la mayoría.

—En todo caso, no te precipites.

—Te lo prometo.

—Y ahora, será mejor que durmamos.

—Felicity, no imaginas lo agradecida que me siento por tu gran ayuda.

—Bueno..., ha sido divertido. A mí me gusta el misterio tanto como a cualquier persona.

—Una de las cosas más hermosas que me han sucedido en la vida fue que vinieras a casa para enseñarme.

—Bien, nos diremos buenas noches con esa última y feliz observación.

Cuando llegué a Cornualles, Kate me saludó de mal humor.

—Ha estado usted fuera mucho tiempo —me dijo.

—En realidad no ha sido tanto. Me encontré con una amiga que en otro tiempo fue mi institutriz.

Le hablé de cuando Felicity llegó a mi casa por primera vez, de cómo yo creía que sería un ogro, de cómo terminó por agradar a todos los sirvientes en la cocina, y de cómo solía unirse a nosotros durante las comidas.

Su estado de ánimo cambió. Realmente, estaba muy complacida de mi regreso.

—¿Representó el señor Dolland alguna escena de *Las campanas*?

—Sí.

—Desearía que alguna vez me llevara usted allí.

—Es posible... algún día.

—Algún día, algún día —se burló, imitándose—. No quiero que sea algún día. Quiero que sea ahora. Debería haberme llevado usted consigo.

Me alegré en cuanto se me presentó la oportunidad de retirarme a mi habitación. Quería reflexionar sobre todo lo ocurrido. Estaba segura de que nuestras teorías eran correctas. Me lo imaginaba todo con mucha claridad. Sir Edward, al borde de la muerte, había hecho revelaciones asombrosas. Si Tristan mataba a Cosmo y culpaba del asesinato a Simon, nadie se enteraría jamás del matrimonio anterior. Sería un secreto guardado entre Tristan y su madre. Sin lugar a dudas, confiaría en que ella se mantendría en silencio. Ella sería la última en desear que se supiera que, aun cuando había vivido con sir Edward dándole dos hijos, no había sido su esposa legítima.

¿Cómo podía sacar a relucir la verdad? ¿Cómo exculparía a Simon? El certificado de matrimonio estaba en manos de la señorita Ada Ferrers, aunque también se disponía de los registros de la iglesia de Saint Botolph. Pero, aunque se pudiera demostrar que Simon era el verdadero heredero de la propiedad Perrivale, eso no le exculpaba de la acusación de asesinato. Y aunque se encontrara el testamento, si es que existía, tampoco sería suficiente.

Tuve la sensación de haber llegado a un punto muerto. Había logrado poner al descubierto oscuros secretos, razones que explicaban el asesinato..., pero no había descubierto la identidad del asesino.

No obstante, si pudiera encontrar aquel documento... Me imaginé que sir Edward solo pudo haberse movido con grandes dificultades. Por lo tanto, estaría en su habitación. ¿Dónde era más probable que ocultara un documento?

Me convencía cada vez más de que lady Perrivale andaba buscando un testamento, y yo iba a intentar encontrarlo antes. Esa sería mi próxima aventura. Podría buscar una oportunidad para introducirme subrepticamente en aquella habitación..., quizá si lady Perrivale se quedaba durmiendo y María no estaba allí. Si lograba encontrar el testamento, al menos podría aducir la existencia de un motivo.

Al día siguiente por la tarde subí a ver a lady Perrivale. Estaba durmiendo, pero María se encontraba allí.

—Es muy agradable verla de nuevo —me dijo—. Milady ha pasado durmiendo la mayor parte del día. Últimamente eso es cada vez más frecuente. El mayor acudió a verla a menudo mientras estuvo usted ausente. A ella le gusta mucho que la visite. —Me dirigió un guiño de complicidad—. Bueno, siempre ha tenido cierta debilidad por él.

—A pesar de que él se casó con su mejor amiga.

—Ah, sí. Ella podría haberse casado con el mayor, pero el viejo Arkwright era un hombre duro cuando se hablaba de dinero. Ella quedó con el corazón destrozado cuando su padre puso punto final a aquella relación. Luego, claro, se casó con sir Edward. Eso era lo que Joe Arkwright deseaba. Solo así se avino a razones... Sir Edward, el título y Jessie hicieron que aflojara el dinero. ¡Qué no haría la gente por dinero!

Me marché de allí con aquellas palabras sonando aún en mis oídos.

Eran realmente reveladoras..., ¡qué no haría la gente por dinero!

Mi oportunidad se presentó dos días más tarde. Subí a ver a lady Perrivale. María no estaba y lady Perrivale se hallaba sentada en su sillón, roncando suavemente.

El corazón me latió con fuerza cuando salí de la habitación y me introduje en la que había sido habitación de sir Edward.

Observé la gran cama con dosel, junto a la que había una mesa. Sobre esta había una Biblia con tapas de cuero y cantos de latón.

Eché un vistazo a la habitación. ¿Dónde habría guardado algo que deseaba ocultar? ¿Por qué había sido necesario ocultarlo? Porque no confiaba en la mujer con quien había vivido durante tantos años y que creía ser su esposa legítima.

Había un armario cerca de la ventana. Me acerqué y lo abrí. En su interior había algunas ropas y una caja de hojalata. Tomé la caja entre mis manos. Estaba cerrada con llave.

Me pregunté qué habría dentro, pero me era imposible abrirla y, en cualquier caso, quien estuviera buscando un testamento ya se habría ocupado de abrirla. Podía estar segura de que alguien había abierto aquella caja e inspeccionado su contenido después de la muerte de sir Edward.

Me detuve un momento ante la ventana y miré hacia mi propia habitación. Justo en ese momento el mayor apareció en el patio. Levantó la mirada y yo retrocedí inmediatamente. No estaba muy segura de si me había visto, aunque creí que no. Sin embargo, aquello era una advertencia. Tenía que salir enseguida de la habitación. Sin duda alguna, venía a una de sus frecuentes visitas a lady Perrivale.

Cuando salí, María no había regresado aún y lady Perrivale seguía durmiendo. Me apresuré a bajar la escalera y me encontré con el mayor Durrell en el vestíbulo.

—Buenas tardes, señorita Cranleigh —me saludó—. Qué tarde más agradable hace. —Asentí con un gesto—. Confío en que haya tenido un buen viaje a Londres.

—Oh, sí, gracias. Hacía mucho tiempo que no veía a mi familia.

—Y he oído que el señor Lorimer progresa favorablemente.

—Sí, así es.

—Entonces todo anda bien en el mundo.

Me sonrió bonachonamente al tiempo que empezaba a subir la escalera.

Fue al día siguiente. Kate y yo habíamos estado ocupadas toda la mañana con la clase, que se desarrolló agradablemente. Seguía reflexionando acerca de mis descubrimientos, y me sentía frustrada porque no sabía qué hacer a continuación. Había concedido una gran importancia al hallazgo del testamento, pero, aunque lo encontrara, ¿qué podría revelarnos que no supiéramos ya?

Quería estar a solas para pensar. Debía ver a Lucas en cuanto fuera posible. No tardaría en regresar a casa. Supuse que se sentiría exhausto después de su regreso, pero estaba ávida por comunicarle lo que Felicity y yo habíamos descubierto.

No obstante, la necesidad de marcharme era imperativa. Quería estar sola para

pensar. Aproveché una oportunidad para salir de la mansión, sin que Kate me viera, ya que entonces habría querido acompañarme, y me alejé de allí caminando con rapidez. Estaba cerca de la casa Dower cuando vi al mayor Durrell.

—Hola, señorita Cranleigh —me saludó—. Qué agradable verla. Tiene usted muy buen aspecto.

—Gracias.

—Evidentemente, el viaje a Londres fue un gran éxito.

—Sí, creo que lo fue.

—¿Cómo va Kate ahora?

—Muy bien.

—Estoy muy preocupado por esa niña. Hace tiempo que deseaba tener una pequeña charla con usted sobre ella.

—¿Qué le preocupa?

—Mire, ¿por qué no viene a casa? No resulta fácil hablar aquí fuera.

Me precedió por el camino hasta la puerta de la casa, que estaba entornada. Dije que el jardín tenía un aspecto muy hermoso.

—Me enorgullezco de ello. Debo tener algo en que ocuparme, ahora que ya no estoy en el ejército.

—Debe de resultar difícil adaptarse a la vida civil. Pero ya hace algún tiempo que se retiró usted, ¿verdad?

—Sí, aunque, en realidad, uno nunca se acostumbra.

—Me lo imagino.

El salón era bastante amplio, sostenido por vigas de roble, con ventanas que mostraban cortinas de encaje y una gran chimenea.

—Es una casa encantadora —dije.

—Sí, es posible que los Tudor no fueran tan elegantes como sus sucesores, pero desde luego supieron crear cierto ambiente. Siéntese.

Me senté en una silla cerca de la ventana.

—¿Está usted cómoda ahí? —me preguntó, solícito.

Le dije que me sentía muy cómoda.

—¿Qué le preocupa a usted de Kate? —pregunté.

—Antes permítame servirle una copa de vino. Siempre resulta más agradable charlar tomando una copa.

—Gracias..., pero preferiría no...

—Oh, vamos, insisto. Quiero que lo pruebe. Es muy bueno. Solo lo sirvo en ocasiones especiales.

—Oh..., ¿es esta una ocasión especial?

—Sí, porque hace tiempo que deseaba tener una charla con usted para agradecerle todo lo que ha hecho por Kate.

—Sé que la quiere usted mucho, y ella también a usted.

—Y ahora, una pequeña copa, ¿de acuerdo?

—Bien, gracias..., solo una copa.

Me la acercó y después se sirvió una para él.

—A su salud, señorita Cranleigh, con mi más expresivo agradecimiento.

—En realidad, usted le da excesiva importancia. Solo es cuestión de conocerla..., de comprenderla.

—Pero han pasado tantas por aquí..., y usted se ha tomado la molestia. Por eso le estoy tan agradecido. Mirabel, mi hija, lady Perrivale..., me dijo el otro día: «El cambio que se ha producido en Kate desde la llegada de la señorita Cranleigh ha sido muy notable».

—En tal caso, ¿por qué se siente preocupado?

—De eso precisamente quiero hablarle. ¿Qué le parece el vino?

Tomé otro sorbo y contesté:

—Magnífico.

—Bien, bébaselo. Y tome otra copa. Ya le dije que es muy especial.

En ese preciso momento oí unos pasos que indicaban que alguien rodeaba la casa. El mayor pareció sorprendido.

—Soy yo, Yayo —dijo una voz muy conocida—. Sé que Rosetta está aquí. La vi entrar.

Dejé la copa sobre una pequeña mesita cercana a la chimenea en el momento en que entraba Kate.

—¿Qué hace usted aquí? —casi gritó ella—. La vi marcharse y la seguí. Usted no me vio, ¿verdad? Le seguí los pasos y la vi hablar con Yayo y luego entrar aquí. Está bebiendo vino.

—Sí —dijo el mayor, y, aunque le sonrió a su nieta, observé una ligera expresión de fastidio en su rostro.

Era comprensible. Había pretendido hablar confidencialmente conmigo acerca de la niña. Ahora sería imposible en su presencia.

—Bien, entra y siéntate junto a la señorita Cranleigh.

La tomó por el brazo y la condujo hacia la chimenea. No estoy muy segura de qué sucedió porque yo estaba mirando a Kate, tan pagada de sí misma por haberme descubierto. Pero el caso es que cuando se sentó la copa cayó al suelo y el vino se derramó sobre la alfombra.

—Condenación —murmuró el mayor.

—¡Oh! —gritó Kate—. ¡Has dicho una palabrota!

—Es disculpable —replicó él—. Se trataba de mi vino especial. Quería saber la opinión de la señorita Cranleigh.

—No habría sido de gran importancia —le dije—. No soy buena catadora de vinos.

—Y tú no debes decir palabrotas, Yayo. Tu ángel de la guarda lo estará escribiendo todo en un pequeño cuaderno, y algún día tendrás que responder por ello.

—Si eso es todo de lo que tengo que responder, no me siento particularmente preocupado y, en cualquier caso, estoy seguro de que intercederías por mí.

Kate se echó a reír y miró la copa rota. Yo me incliné, pero el mayor se apresuró a decir:

—No la toque. El cristal roto puede ser peligroso. Quedan esas horribles y pequeñas astillas. Déjela. Lo limpiaré todo más tarde. Le serviré otra copa.

Nos apartamos de la alfombra manchada y nos acercamos a las sillas junto a la ventana. Kate rogó que también le sirviera una copa de vino.

—Esto no es apropiado para las niñas pequeñas —dijo el mayor.

—Oh, vamos, Yayo, no seas malo.

—Está bien, pero solo un sorbo, ¿eh? ¿Ve usted cómo hace conmigo lo que quiere, señorita Cranleigh?

—No te me puedes resistir, ¿verdad, Yayo?

—Estamos en manos de nuestra encantadora niña —dijo él. Kate disfrutaba con la situación.

Nos marchamos una media hora más tarde y regresamos a Perrivale Court. Yo estaba bostezando.

—¿Qué le pasa? —preguntó Kate—. Parece medio dormida.

—Se debe al duro trabajo que tengo que realizar para mantenerte a raya.

—No, no es eso. Es el vino. Siempre dijo usted que le daba sueño durante el día.

—Tienes razón. Debe de ser eso.

—Entonces ¿por qué lo ha bebido?

—Porque tu abuelo insistió.

—Ya lo sé —dijo ella, echándose a reír.

Era a últimas horas de la mañana. Habíamos terminado la lección y Kate y yo nos disponíamos a bajar a los jardines. Cuando llegamos al vestíbulo, el mayor acababa de entrar.

—Buenos días, queridas —saludó—. Me alegro de verlas. Por lo que veo, están a punto de salir.

—¿Has venido para ver a la vieja lady Perrivale, Yayo? —preguntó Kate.

—En efecto, pero también es un gran placer verte a ti. Disfruté de la visita, pero fue lamentablemente corta. Debéis volver de nuevo.

—Lo haremos —le aseguró Kate.

—¿Y la señorita Cranleigh vendrá también? —preguntó, mirándome.

—Desde luego. Gracias —contesté.

En aquel momento, uno de los mozos de cuadra de Trecorn Manor apareció en la puerta.

—Oh, señorita Cranleigh —dijo—. Tengo un mensaje para usted. El señor Lucas ha vuelto. Quiere saber si podrá verse con él esta tarde. A las dos y media en El Rey Marino.

—Sí, sí, estaré allí. ¿Se encuentra bien...?

—Continúa mejorando, señorita.

—Me alegra mucho saberlo.

El sirviente nos dejó y Kate dijo:

—Esta tarde saldrá de nuevo. Siempre va a esa posada.

—Solo cuando dispongo de mi propio tiempo, Kate.

—Es una pequeña esclavista —intervino el mayor—. No debes convertir a la señorita Cranleigh en una prisionera, Kate. A ti no te gustaría que hicieran lo mismo

contigo, ¿verdad? Y si lo haces, ella puede marcharse y abandonarnos. Bueno, espero verla pronto. *Au revoir*.

Subió la escalera.

—Pero usted siempre va a esa posada —insistió Kate.

—Debo encontrarme con mis amigos de vez en cuando.

—¿Por qué no puedo ir yo también?

—Porque no has sido invitada.

—Eso no es una razón.

—Es la mejor razón posible.

Ella siguió estando algo malhumorada durante nuestro paseo. Pero yo solo podía pensar en el próximo encuentro con Lucas.

Salí de la mansión poco antes de las dos. Solo se tardaban quince o veinte minutos en llegar a la posada. Podía haber ido caminando, pero preferí ofrecerle un poco de ejercicio a Goldie y, al mismo tiempo, disfrutar cabalgando. Además, eso me permitiría quedarme un rato más, y si Lucas me acompañaba de regreso cabalgaríamos juntos.

Hacía una tarde preciosa. Apenas había una ligera brisa que movía los árboles. No había nadie por los alrededores. Raras veces se veía a alguien a esa hora. Seguí el camino que bordeaba la costa y luego giré hacia el interior. Tenía que atravesar una pequeña zona de matorrales. No se trataba de un bosque, pero los árboles crecían muy juntos y siempre disfrutaba abriéndome paso entre ellos, a lo largo del estrecho sendero.

Me sentía contenta. Estaría en la posada diez minutos antes de las dos y media.

No sé si fue una premonición de peligro, pero lo cierto es que en cuanto entré en el bosquecillo fui consciente de cierta inquietud. Tenía la sensación de que allí había algo extraño, de que estaba siendo observada. Se trataba de algo misterioso. Normalmente atravesaba aquel bosquecillo sin pensar para nada en lo solitario que estaba.

Percibí el repentino crujido de una ramita al partirse... y un movimiento entre los espesos matorrales. Supuse que sería algún pequeño animal..., la clase de ruido que debía de haber escuchado cientos de veces sin haberle prestado atención. Pero ese día mi estado de ánimo era muy extraño.

En el fondo, sabía lo que era. Felicity me había dicho: «Lo que haces es peligroso». Lucas también lo había advertido. ¿Y si Tristan sabía lo que yo estaba haciendo? ¿Y si me había vigilado... del mismo modo que yo le había vigilado a él?

Las personas que se sienten culpables siempre deben estar alerta.

—Vamos, Goldie —dije en voz alta—. Apresúrate.

Entonces me di cuenta de que había alguien en el bosquecillo... muy cerca de mí. Escuché el sonido de unos cascos detrás de mí y sentí el impulso de lanzar a Goldie al galope, pero eso habría sido imposible en medio de tantos árboles y espesos matorrales, donde la yegua se veía obligada a avanzar con precaución.

—Hola —dijo una voz—. ¡Pero si es la señorita Cranleigh! —Era el mayor Durrell. Estaba justo detrás de mí—. ¡Qué buena suerte! Justo la persona a la que deseaba ver.

—Hola, mayor —dije, aliviada—. Me preguntaba quién andaba hoy por aquí. No se suele encontrar a nadie a esta hora.

—Todos están durmiendo su pequeña siesta.

—Espero que sí.

—Precisamente quería verla a usted. Para mantener una pequeña charla. — Sobre Kate.

—Sí. Ella nos interrumpió el otro día, cuando creí que iba a tener la oportunidad que deseaba.

—Hay algo que le preocupa, ¿verdad, mayor?

—Sí.

—¿De qué se trata? Creo que ella va muy bien.

—Es algo difícil de explicar. ¿Podríamos desmontar y sentarnos en ese tronco caído?

—No dispongo de mucho tiempo...

—Lo sé. Esta misma mañana la oí citarse a una hora determinada. Pero lo que tengo que decirle no me llevará más de cinco minutos.

Desmontamos.

Se acercó, me tomó por el brazo y me condujo hacia el tronco caído.

—¿Qué le preocupa, mayor? —pregunté.

—Usted —me contestó, con el rostro muy cerca del mío.

—¿Qué quiere decir?

—¿Por qué fue a ver a la señora Campden?

—¿La señora Campden?

—En Malton House, Bayswater. —Sentí un repentino escalofrío de temor. No contesté—. No niega usted haber hecho esa visita. Tiene usted un cabello muy hermoso, señorita Cranleigh. De un color peculiar. Llama mucho la atención. Me di cuenta enseguida de quién había sido. ¿Y qué está usted haciendo en Perrivale? No es usted institutriz. Es una joven muy inquisitiva.

Me hizo girar la cabeza hacia un árbol. Me sostuvo de aquel modo con una mano, mientras con la otra se sacaba una cuerda del bolsillo. Por un momento me pregunté por qué hacía aquello y luego la horrible verdad se abrió paso en mi mente.

Había estado buscando aun asesino... y allí estaba. Lo había encontrado, pero al hacerlo iba a convertirme en otra de sus víctimas.

Pensé en el marinero..., en Cosmo..., en Simon... Y ahora me tocaba a mí.

—No tiene a nadie a quien culpar más que a sí misma —dijo—. No quiero hacerle esto. Me disgusta mucho tener que hacérselo a usted. Kate se sentirá muy afligida... ¿Por qué no dejó que las cosas siguieran como estaban?

Una confusa esperanza se apoderó de mí. Si iba a matarme, ¿por qué no lo hacía ya? ¿Por qué hablaba tanto? Era casi como si no se atreviera. No mentía al decir que no quería hacerlo. Lo hacía porque creía tener que hacerlo..., era necesario porque se hallaba atrapado en una red de asesinatos.

—Intenta hacer conmigo lo mismo que hizo con el marinero..., me matará y me arrojará por el acantilado. Kate me lo contó... Ahora lo comprendo todo.

—Usted comprende..., usted comprende demasiadas cosas. Ya sé lo que ha

pasado. Fue Harry Tench, ¿verdad? Ha hablado. Oh, señorita Cranleigh, ¿por qué se ha entrometido?

De pronto me di cuenta de que Goldie se alejaba. Me sentí desesperada. El pareció darse cuenta de que estaba perdiendo el tiempo. Posiblemente pensó en Lucas, que ya habría llegado a la posada y estaría esperando en vano.

Me soltó la cabeza con un rápido movimiento. Necesitaba las dos manos para estrangularme con la cuerda. Intenté apartarme... pero me vigilaba de cerca.

Ahora, en cualquier momento...

No tenía que ser así. Yo había descubierto al asesino. Había tenido éxito. No podía morir en ese momento y permitir que el secreto muriera conmigo. Debía hacer un esfuerzo sobrehumano para escapar..., para llegar hasta donde estaba Lucas.

Le rezaba en silencio a Lucas..., a Simon..., a Dios.

Tenía que contarles lo que sabía. Tenía que salvar a Simon... Y Lucas me estaba esperando.

Me pasó la cuerda alrededor del cuello. De algún modo, me las arreglé para pasar por debajo de ella los dedos gordos de mis manos, lo cual alivió un poco la presión. Levanté la pierna y lancé una patada hacia atrás.

Tuve suerte. Él no esperaba aquella reacción. Gritó de dolor; la cuerda se le cayó de las manos. Dispuse así de unos segundos para actuar. Y lo hice. Me aparté de un salto. Yo era ágil y estaba luchando por mi vida.

Tenía que salir del bosquecillo antes de que me atrapara. Instintivamente, sabía que no se atrevería a atacarme en campo abierto. Alguien podría vernos con facilidad.

Me precipité entre los arbustos y los árboles. Él me seguía de cerca, consciente de que necesitaba atraparme antes de que saliera a campo abierto.

Le oía corriendo tras de mí, pisándome los talones. Las ramas obstaculizaban mi carrera, pero de algún modo logré mantenerme uno o dos pasos por delante de él, lo suficiente para estar fuera de su alcance. Si al menos Goldie estuviera por allí..., si pudiera montar en la yegua.

Los árboles se hacían cada vez menos espesos. Ya no me quedaba mucho. Iba a conseguirlo.

Oí su pesada respiración muy cerca, detrás de mí. Pero él ya no era joven, pensé llena de alegría. Yo tenía la ventaja de la juventud.

Pensé: «¡Lucas! ¡Cuánta razón tenías!». Debía haber tenido más cuidado. Debí darme cuenta con lo del vino. Iba a drogarme, claro..., y luego me arrojaría por el acantilado..., como había hecho con el marinero, el esposo de Mirabel. Dispuse de esa advertencia y estuve tan ciega que no la vi. Pero... había descubierto al asesino. Había tenido éxito en mi empresa, aunque estuvo a punto de costarme la vida.

Salí a campo abierto, pero no me atreví a detenerme. Seguí corriendo todo lo rápido que pude. Cautelosamente, miré por encima del hombro.

Él ya no estaba allí. Había logrado escapar. Y, de pronto, vi a Lucas galopando hacia mí.

—¡Lucas! —jadeé—. ¡Lucas!

Desmontó del caballo, me tomó entre sus brazos y me abrazó con fuerza.

—Rosetta..., amor mío..., ¿qué ha ocurrido?

—Lo he descubierto, Lucas... Lo he descubierto. Iba a matarme.

—Rosetta..., ¿qué...?

—Me siguió en el bosquecillo. Iba a estrangularme... y después me habría arrojado por el acantilado..., como hizo con el marinero.

—Cálmate, será mejor que me lo cuentes todo. Pensé que habías sufrido un accidente cuando Goldie llegó a la posada sin ti.

—Goldie... Sí, la yegua se marchó.

—Yo llegaba a la posada cuando la vi. Se dirigió al trote directamente a los establos.

—Oh..., la buena de Goldie...

—Será mejor que te lleve a casa conmigo.

—No..., no, debo contártelo todo. No queda mucho tiempo..., o puede que no haya...

—Estás muy turbada... Quiero saber todo lo ocurrido. ¿Quién...?

—Entremos en la posada. Diles que me he caído. Aún no puedo permitir que se sepa lo sucedido realmente.

—¿Quién era, Rosetta?

—El mayor Durrell.

—¿Qué?

Me llevé la mano al cuello.

—Tenía una cuerda..., iba a estrangularme. Me la pasó alrededor del cuello. Pensé que no podría detenerlo. Pero me las arreglé... de algún modo... y eché a correr. No pudo alcanzarme. Corrí más deprisa que él.

Lucas se quedó mirándome el cuello fijamente.

—Tienes morados —dijo—. Rosetta..., ¿a qué viene todo esto?

—Quiero hablar contigo, Lucas. Tengo la respuesta... Nada ha sido en vano.

Subí a la grupa de su montura y nos dirigimos hacia la posada. Mis pensamientos estaban tan alborotados que ni siquiera sabía por dónde empezar. Me sentía profundamente conmocionada y temblaba con violencia, pero sabía que se tenía que hacer algo... y con rapidez. Y para ello debía contar con la ayuda de Lucas.

—No digas nada hasta que entremos en la posada —me dijo—. Una buena copa de coñac será lo más adecuado para ti. Estás temblando, Rosetta.

—No todos los días estoy a punto de ser asesinada —dije en un intento por introducir una nota de humor.

La esposa del posadero acudió corriendo, seguida por su marido.

—¡Menos mal! —exclamó—. Cuando vi llegar esa yegua sin usted..., bueno, me asusté mucho.

—Gracias —le dije—. No me he hecho mucho daño.

—Permitan que la señorita Cranleigh entre —dijo Lucas—. y creo que le vendría muy bien un coñac. Eso es lo mejor para ella.

—Enseguida, señor —dijo el hombre.

—Me alegra mucho verla entera, señorita —dijo su esposa—. No creí que Goldie fuera capaz de emplear trucos así..., y que luego usted regresara caminando,

como si no hubiera pasado nada.

—Me alegro de que haya llegado —dijo Lucas.

—Ha tenido mucha suerte.

Entramos en el salón de la posada. Me llevaron el coñac y al fin me encontré a solas con Lucas.

—Empezaré por el principio. No he tenido el cuidado que debía. Debería haber sospechado algo... —Le conté lo del vino—. Intentó drogarme para luego arrojarme por el acantilado como hizo con el marinero que, sin lugar a dudas, era el esposo de Mirabel, que había regresado para aprovechar sus oportunidades en Perrivale Court. Pero Kate llegó en ese momento y echó a perder sus planes. Esta misma mañana, en Perrivale Court, cuando llegó tu mozo de cuadra, él se enteró de la cita que tenía aquí contigo esta misma tarde. De modo que me estaba esperando.

—Eso ha sido algo muy osado por su parte.

—Sí, habría sido mucho más fácil con el vino, pero al parecer creyó que tenía que actuar con rapidez. Ahora comprendo el disgusto que sintió cuando Kate le estropeó un plan que le habría sido mucho más sencillo llevar a cabo. —Le conté la visita que Felicity y yo habíamos hecho a casa de Ada Ferrers, y lo que habíamos descubierto gracias a ella—. Pero fue la visita a la casa de maternidad, en Londres, lo que me traicionó —proseguí—. Allí mencioné a la señora Parry... —Lucas contuvo la respiración—. Sé que fue una tontería por mi parte, me di cuenta en cuanto lo dije. Pero me vi atrapada en una situación incómoda... y me sentí azorada. Solo había tenido intención de echarle un vistazo al lugar. Armé un buen lío. Él seguramente la conocía bastante bien y por eso envió allí a Mirabel. Aquella mujer le avisó y entonces él comprendió que le estaba siguiendo la pista, de modo que planeó desembarazarse de mí... como había hecho con el marinero.

—¿De modo que crees que fue él quien mató a Cosmo?

—Ahora, sí.

—Yo deduje que tus sospechas apuntaban a Tristan.

—No sé si él también estará implicado. Oh..., a propósito, dijo algo sobre Harry Tench. Dijo que yo había estado hablando con él..., o algo por el estilo. Ese hombre fue el principal sospechoso al principio de la investigación policial, pero la policía lo descartó con rapidez. Es el campesino que perdió su casa a causa de Cosmo, a quien odiaba. Es posible que fuera testigo del asesinato.

—¿Cómo...?

—Porque todo se produjo en Bindon Boys y allí es donde Harry Tench suele dormir. Ha convertido esa casa abandonada en su hogar... puesto que no tiene otro. Lucas, eso es lo que tenemos que hacer con toda rapidez... Tenemos que hablar con Harry Tench. Y debemos hacerlo ahora mismo.

—Voy a llevarte de regreso a Trecorn Manor. No puedes volver a Perrivale Court después de lo que ha pasado. Eso es lo primero.

—No, Lucas. No podría estarme quieta. Tengo que ver a Harry Tench y quiero que tú me acompañes.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo... sin la menor pérdida de tiempo. Es posible que ya nos

hayamos retrasado demasiado.

—Querida Rosetta, han estado a punto de asesinarte hace apenas un rato. Estás profundamente conmocionada.

—Ya pensaré en eso más tarde. Sé que esto es muy importante. Tengo que ver a ese hombre. He de hablar con él sin la menor demora.

—¿Crees que estarás bien...?

—No lo estaría si no fuera allí enseguida. Estaría desesperada por lo que pudiera estar ocurriendo. Es posible que el mayor ya haya llegado allí.

—Oye..., iré solo.

—No, Lucas. Esto es asunto mío. Fui yo quien lo empezó y quiero ser yo quien lo termine. Espero que este sea el final.

Comprendió que yo estaba decidida y al fin se mostró de acuerdo en acompañarme a Bindon Boys.

Monté a Goldie. Me sentía temblorosa, pero de algún modo muy estimulada al pensar qué nuevas cosas iba a descubrir.

La casa de campo abandonada parecía más desolada que nunca. Desmontamos. La puerta estaba abierta. La cerradura debía de haber desaparecido hacía ya mucho tiempo. Aquel lugar me producía escalofríos en la espalda. No podía dejar de pensar que Cosmo había entrado allí para enfrentarse con la muerte. Yo había experimentado hacía poco lo que se sentía en una situación similar. Ya había afrontado la muerte con anterioridad, pero no es lo mismo cuando una se siente amenazada por los elementos. Luchar por la propia vida contra un asesino es una experiencia muy distinta.

Un rayo de luz brilló a través de la sucia ventana. Eso acentuó las telarañas y la acumulación de suciedad y polvo sobre el suelo.

—¿Hay alguien? —gritó Lucas.

Su voz produjo ecos en toda la casa, y no hubo respuesta.

Le señalé la escalera y Lucas asintió con un gesto.

Poco después estábamos en el rellano y ante nosotros había tres puertas. Abrimos una. La habitación estaba vacía. Pero cuando abrimos la segunda lo encontramos allí, tumbado sobre un montón de ropas viejas. Se llevó la mano a la cara, como para protegerse.

—Hola, Harry —dijo Lucas—. No tengas miedo. Solo hemos venido a hablar.

Levantó la cabeza y se apoyó sobre un codo. Estaba sucio, despeinado y parecía muy delgado. Sentí una oleada de compasión por él.

—¿Qué quieren ustedes? —murmuró.

—Solo hablar un poco —contestó Lucas. El hombre parecía aturdido. Lucas continuó—: Sobre el día en que fue asesinado el señor Cosmo Perrivale.

En ese momento, Harry estaba verdaderamente asustado.

—Yo no sé nada. No estaba aquí. Yo no lo hice. Les dije que yo no lo hice.

—Sabemos que no lo hiciste, Harry —dije—. Sabemos que fue el mayor.

El hombre se quedó mirándome fijamente.

—Sí —añadió Lucas—, de modo que ya no vale la pena guardar silencio.

—¿Qué sabes de lo que ocurrió, Harry? —le pregunté con suavidad.

—Él me quitó mi casa, ¿verdad que lo hizo? ¿Qué daño le había hecho yo? El lugar quedó vacío hasta tres meses después... Mi pequeña casa...

—Fue algo cruel —dije tranquilizadamente—. Y luego viniste aquí.

—No tenía adonde ir. Esto era al menos un techo. Y luego iban a reformarlo... Me quedé aquí... No quería marcharme hasta que tuviera que hacerlo.

—Claro que no. Y tú estabas aquí ese día. —No dijo nada y yo continué—. Ahora está todo bien. Puedes hablar. El mayor me lo ha contado..., de modo que no importa.

—Él fue bueno conmigo..., lo fue. No habría podido seguir adelante de no haber sido por él.

—¿Te pagó por tu silencio? —preguntó Lucas.

—Me dijo que si no lo decía a nadie yo estaría bien, pero que me mataría si lo decía... Medio se reía, como siempre.

Sacudió la cabeza, sonriendo. Comprendí que el mayor también le había caído bien a él.

—Cuéntanos lo que pasó aquel día, Harry —le pedí.

—¿Está segura...?

—Sí —repliqué—. El mayor sabe que estoy al tanto de todo, de modo que puedes hablar con tranquilidad.

—¿Está segura...? —repitió.

—Oh, sí..., muy segura.

—Quiero que me dejen solo.

—Te dejaremos... en cuanto nos lo hayas dicho.

—Yo no lo hice.

—Sé que no lo hiciste, y nadie ha dicho que lo hicieras.

—Me hicieron preguntas.

—Y después te soltaron. Sabían que no lo hiciste.

—Yo no les conté lo que había visto.

—No. Pero nos lo vas a contar a nosotros.

—Nunca he olvidado ese día —dijo, rascándose la cabeza—. A veces sueño con él. Yo estaba aquí cuando sucedió. No me lo puedo sacar de la cabeza.

—Claro.

—Yo estaba aquí. No sabía cuándo iban a venir a tomar medidas y todo eso. Pero pensé que cuando los oyera venir siempre tendría tiempo para bajar por la escalera de atrás y salir por la puerta trasera que da al exterior.

—Y oíste entrar al señor Cosmo.

—No, no fue el señor Cosmo el que llegó primero. Fue el mayor. Por eso no me marché enseguida. Creí que era uno de ellos que venía a tomar medidas. No esperaba ver al mayor.

—¿Qué hizo él?

—Bueno..., entró y se dirigió a la puerta que da al sótano. La abrió y entró. Me pregunté qué querría hacer en el sótano. Pero no bajó..., no pudo haber bajado. Solo

se quedó esperando detrás de la puerta. Entonces llegó el señor Cosmo. No se pronunció ninguna palabra. Vi cómo se abría la puerta que daba al sótano. El mayor apareció allí. Levantó el arma y le disparó al señor Cosmo.

—¿Qué ocurrió después?

—El señor Cosmo cayó al suelo, el mayor se le acercó y dejó caer el arma a su lado. Yo estaba en el rellano sin saber qué hacer... cuando el señor Simon entró. El mayor ya se había marchado... El señor Simon se inclinó y tomó el arma y en ese momento entró el señor Tristan y lo encontró allí de pie, con el arma en la mano. El señor Tristan se enfadó mucho... y también el señor Simon. El señor Tristan empezó a gritar que el señor Simon había matado a su hermano... y el señor Simon decía que el señor Cosmo ya estaba muerto cuando él entró... Pensé que había llegado el momento de salir de allí, así que bajé por la escalera de atrás y me marché.

—De modo que fuiste testigo de un asesinato —dijo Lucas.

—Y el mayor... ¿cómo se enteró de que lo habías presenciado todo? —pregunté.

—Porque me había visto un instante aquí arriba, en el rellano. Hizo como que no me había visto... pero después... Yo ya no estaba en Bindon. Me había ido a casa de Chivers. El viejo Chivers me dijo que no le importaba que durmiera en uno de sus graneros. El mayor me dio dinero y me dijo que me mataría si le decía a la policía lo que había visto. El viejo Chivers fue bueno conmigo. Sabía que tendría que encontrar otro sitio cuando empezaran a trabajar en Bindon... pero después de lo que pasó ya no hicieron nada.

—Harry —dijo Lucas—. ¿Estás dispuesto a contarle todo eso a la policía?

El hombre se encogió ante nosotros.

—Ni hablar.

—Pues tendrás que hacerlo —insistió Lucas.

Harry sacudió la cabeza.

—Deberías hacerlo —dije yo—. Es tu deber.

Su rostro se contrajo en una mueca.

—No te hará ningún daño —dijo Lucas—. Mira, Harry, te vienes con nosotros y hablas con la policía, y yo te diré lo que haré. Le preguntaré a mi hermano si puede encontrarte un pequeño sitio en la propiedad de Trecorn Manor. Quizá podrías echar una mano de vez en cuando en alguna de las granjas. Estoy seguro de que allí habría trabajo para ti, y tendrías tu pequeña casita propia. —Harry se quedó mirando a Lucas fijamente, incrédulo—. No pienses que tiene relación con esto. Siento mucho que hayas tenido mala suerte y que fueras desalojado de tu casa. En cualquier caso, hablaré con mi hermano pero, por favor..., ven con nosotros y habla con la policía, te lo ruego.

—Y si no lo hago, ¿no me proporcionará esa casita?

—Yo no he dicho eso —replicó Lucas—. Voy a intentar conseguirte una pequeña casa hagas lo que hagas. Se lo pediré a mi hermano, y estoy seguro de que, cuando se entere de lo desvalido que has estado, también él querrá hacer todo lo que pueda por ti. Lo haré así en cualquier caso. Te lo prometo. Pero deberías hablar con la policía.

—Tendremos que contarles lo que nos acabas de relatar, Harry —le expliqué—.

Es nuestro deber hacerlo. ¿Sabes que un hombre inocente ha sido acusado de algo que no hizo? No nos queda más remedio que decirlo. Y la policía querrá hablar contigo. Esta vez tendrás que contarles toda la verdad. Es un delito no decir la verdad a las autoridades.

—Yo no soy un criminal. Yo no hice nada. Fue el mayor. Fue él quien disparó.

—Sí, lo sé. Y vas a contar la verdad cuando te lo pregunten.

—¿Cuándo? —preguntó Harry.

—Creo que ahora mismo —dijo Lucas.

—No puedo.

—Sí puedes —dijo Lucas—. Vas a montar a la grupa de mi caballo, y vamos a llevarte allí... ahora mismo.

¡Qué razón tenía Lucas! Teníamos que ver a la policía antes de que el mayor encontrara a Harry. Me pregunté qué haría ahora que había fracasado su intento de asesinato.

—De acuerdo —dijo por fin Harry.

* * *



El regreso

Los siguientes meses fueron de los más desdichados que recuerdo. Fui testigo de buena parte de la desgracia que cayó sobre Perrivale Court, y sabía que, aun cuando había actuado como debía para hacerle justicia a un hombre inocente, yo era en buena medida la responsable de tanta desgracia.

El mismo día que el mayor intentó inútilmente matarme, regresó a la casa Dower y se suicidó.

Al haber logrado escapar de él, se dio cuenta de que le había arrebatado la única posibilidad que tenía para continuar viviendo de la manera que tan importante era para él. Cuando logré salir corriendo de aquel bosquecillo destruí de un plumazo aquello que él se había esforzado en conseguir durante toda su vida. Había estado dispuesto a asesinarme para conservarlo. Al mirar hacia atrás y encajar en su lugar todas las piezas del rompecabezas comprendí cuan sofisticado había sido su plan de dragarme y arrojarme por el acantilado, como había sido su primera intención. Fue una ironía que su propia y querida nieta, que le amaba y a quien él tanto amaba a su vez, echara por tierra sus planes y contribuyera a derrotarlo. Su plan había fracasado por una coincidencia. La niña me había visto abandonar la casa y me había seguido. Si no lo hubiera hecho, mi muerte habría constituido otro misterio.

El segundo método que empleó para intentar asesinarme no fue tan inteligente. Pero, claro está, se vio obligado a planearlo apresuradamente. No se atrevía a dejarme suelta y con vida. Temía la información que pudiera comunicarle a Lucas. Yo me había traicionado de un modo muy claro al visitar la casa de maternidad, dirigida por una de sus amigas. Tenía que hacerme desaparecer antes de que yo llegara a El Rey Marino. Al parecer estaba convencido de que Harry Tench le había traicionado.

A menudo me pregunto qué habría hecho de haber tenido éxito. ¿Ocultar mi cuerpo en el bosquecillo... y espantar a mi caballo? O quizá arrojar al caballo conmigo sobre el acantilado para que así pareciera un accidente. El destino actuó contra él cuando Goldie escapó y se dirigió hacia la posada, en la que tantas veces había estado.

Se pusieron al descubierto muchas cosas sobre él, y eso fue muy doloroso para la familia, en Perrivale Court, pues no cabía la menor duda de que todos le habían querido mucho, tanto por su hija como por la propia Kate. Fue un hombre muy popular en todas partes, lo que es una señal de lo compleja que puede llegar a ser la naturaleza humana, cuando se considera que al mismo tiempo fue un asesino a sangre fría y un cariñoso hombre de familia. Toda su vida estuvo basada en la fantasía. Nunca había sido mayor en el ejército, como le había hecho creer a todo el mundo, aunque había servido en un cuerpo de abastecimientos con el rango de sargento mayor. Había sido expulsado del ejército a consecuencia de ciertos negocios

sucios relacionados con mercancías, en los que se vio envuelto. Había evitado ir a prisión por bien poco. Era un hombre extraordinario, un hombre de gran carisma que debería haber tenido éxito en cualquier otra actividad. Había sido un esposo devoto para quien fue muy importante el bienestar de su hija, hasta el punto de que estuvo dispuesto a matar por ello.

Cierta parte de esta información se descubrió gracias a la prensa, pero hubo muchas más cosas de las que me enteré más tarde. Antes de volarse la cabeza de un disparo había dejado una nota en la casa Dower. Deseaba ávidamente que su hija y su familia no se vieran implicados de ninguna forma. La culpa de todo la tenía exclusivamente él.

Supo que aquel día Cosmo acudiría a Bindon Boys, y llegó antes para esperarlo. Lady Perrivale, que consideraba al mayor como su mejor amigo, le contó que sir Edward había revelado la existencia de un matrimonio anterior. Así pues, cuando Simon fue acusado del asesinato de Cosmo, le pareció una oportunidad caída del cielo para quitarlo de en medio y eliminar una amenaza para el futuro de Mirabel. En cuanto a Cosmo, fue necesario hacerlo desaparecer porque había descubierto que Mirabel le era infiel con su hermano Tristan, y amenazó con plantear todo tipo de problemas y destruir aquello que el mayor había planeado tan cuidadosamente.

Fue la propia Mirabel quien me explicó muchas de estas cosas, ya que me hice muy amiga de ella durante los meses siguientes.

Kate se sentía muy deprimida por la muerte de su abuelo, y yo era la única capaz de animarla un poco. Me vi arrastrada hacia el círculo familiar, y cuando la prensa hizo algunas revelaciones sobre su padre, Mirabel pareció encontrar cierto consuelo hablando conmigo.

Ya no tuvo pretensiones. Todo lo contrario, se mostró muy humilde. No dejaba de decir que todo había sido por culpa suya. Había echado a perder su vida. Su padre había deseado tantas cosas para ella... Todo lo había hecho por ella.

Apenas tenía diecisiete años cuando se casó con Steve Tallón. Eso sucedió antes de que su padre fuera expulsado del ejército. Él la había obligado a aprender costura y a convertirse en sombrerera, pensando que era una forma respetable de ganarse la vida. Pero ella odiaba aquella vida.

—Apretujada en una habitación con otras tres chicas, aprendiendo el oficio — me dijo—. Largas horas inclinada sobre el trabajo..., ninguna libertad. ¡Cómo odiaba aquellos sombreros! Conocí a Steve un día que salí a entregar un encargo. No teníamos muchas oportunidades de conocer a otras personas. Tenía la costumbre de escaparme de casa por la noche para verme con él. Las chicas me ayudaban. Aquello representaba un alivio del tedio que me rodeaba. Yo era tan tozuda y tan estúpida... Pensé que sería libre si me casaba con él. Steve solo tenía un año más que yo. Mi padre se sintió amargamente desilusionado..., ¡y qué razón tenía! El pobre Steve lo intentó. Encontró trabajo en una fundición. Teníamos muy poco dinero. No tardé en descubrir el terrible error que había cometido. Apenas llevábamos casados un año cuando Steve resultó muerto en un terrible accidente laboral. Yo debía de ser muy cruel, porque recuerdo que lo primero que pensé fue que por fin era libre.

»Después... conseguí un trabajo en un grupo de bailarinas. Pasamos por todos

los music-hall de Londres. Algunas veces había trabajado... y otras no. Yo soñaba con conocer a alguien..., un hombre rico que me proporcionara una vida llena de lujos. Eso se convirtió en mi obsesión. Hubo uno... en el que creí. Prometió casarse conmigo, pero cuando me quedé embarazada de Kate, desapareció y nunca volví a verlo. Yo lo había echado todo a perder. Y cuando apareció Tom Parry y se mostró ansioso por casarse conmigo, aproveché la oportunidad a causa de la niña. Al parecer, tenía talento para arreglármelas bien en situaciones desesperadas. Pero a partir de entonces las cosas fueron yendo de mal en peor, y terminé por odiarle. — Cerró los ojos, como si tratara de apartar los recuerdos de su mente—. Fue terrible, Rosetta. Aquellas horribles habitaciones. Yo tenía mucho miedo cada vez que él regresaba de sus viajes por mar. Bebía mucho. Después del nacimiento de Kate volví a trabajar con un grupo de bailarinas. Tenía la idea fija de que si lograba mantenerme, podríamos salir adelante. Solía dejar sola a Kate, y no regresaba hasta bastante tarde. Entonces mi padre cayó en desgracia y fue expulsado del ejército. Pero las cosas mejoraron gracias a su presencia. Tenía algo de dinero ahorrado. Me sentí bastante más feliz entonces.

Pero Tom seguía viniendo a casa, y sus salidas eran cada vez menos frecuentes. Kate estaba creciendo y llegó un momento en que ya no pude soportarlo. Mi padre me dijo que teníamos que encontrar un mejor estilo de vida para ella.

»Expuso la idea de que debíamos venir a Cornualles. Recordó a Jessica Arkwright, que se había convertido en lady Perrivale. Ella había sido buena amiga de mi madre y, por lo que sabía, Jessica estuvo en otro tiempo muy encaprichada de mi padre.

»"¡Nos las arreglaremos bien!", dijo mi padre. Pero teníamos que planearlo cuidadosamente. Debíamos asegurarnos de que Tom Parry no pudiera encontrarnos. Yo me cambiaría de nombre. Y así me convertí en la señora Blanchard. Eso no me importó. Ya había tenido tres nombres diferentes. Ahora, en lugar de Mabel Parry, sería Mirabel Blanchard... Y así fue como llegamos aquí.

»A partir de entonces todo fue diferente. Lady Perrivale fue muy afable. Exageró mucho sobre mi belleza, y los dos hermanos se enamoraron de mí. Mi padre ansiaba que me casara con Cosmo. Aquello era para él como un sueño. Yo me convertiría en la señora de la mansión. Tendría un título cuando muriera sir Edward. Todo era maravilloso. Claro que estaba Tom Parry. Mi padre dijo que debíamos olvidarnos por completo de él. Debíamos actuar como si jamás hubiera existido.

—¿Y usted estuvo de acuerdo con eso?

—Estaba desesperada —asintió ella—. Habría hecho cualquier cosa con tal de permanecer lejos de él. Entonces apareció por aquí, buscándome. Creí de buena fe que se había caído por el acantilado, encontrando la muerte. Siempre bebía mucho..., de modo que me pareció muy probable. Jamás habría podido creer que mi padre... hubiera podido hacer eso. Él era siempre tan amable y tan gentil..., todo el mundo lo decía.

—Lo sé —asentí.

—Pero incluso en aquellos momentos eché a perder las cosas. Yo amaba a Tristan. Únicamente le amé a él. En mi vida aparecieron Steve Tallón, Tom Parry y

Cosmo... Tristan sentía lo mismo por mí. No pudimos evitarlo. Nos amamos. Entonces yo quedé embarazada y fui a aquella horrible casa de maternidad. Mi padre lo organizó todo. Conocía a la mujer que la dirigía. Pero Cosmo descubrió la relación entre Tristan y yo. Tenía un temperamento violento. Era arrogante y vengativo. No soportó pensar que le habíamos engañado. Nos amenazó con arruinarlos. Expulsaría a Tristan de la casa, dejándolo sin nada. Podíamos casarnos si queríamos, y marcharnos de la casa. Se lo dije a mi padre. Y después... sucedió. —Sentí compasión por ella. Había sufrido más que suficiente. Esperaba que fuera feliz con Tristan—. No puedo creer que mi padre cometiera todos esos crímenes. Robó y engañó..., eso lo entiendo, en cierto modo. Pero que cometiera dos asesinatos... Lo único que sé es que para mí fue el más amable y cariñoso de los padres. Empezó sin nada. Se pasó toda su vida tratando de conseguir lo que él denominaba «un lugar bajo el sol». Decía que no quería pasarse la vida entera expuesto al frío. Eso es lo que pretendía, encontrar un lugar bajo el sol... para mí, para Kate... y también para sí mismo. Y cuando creyó haberlo encontrado... el destino amenazó con arrebatárselo. Lo comprende usted, ¿verdad? ¿Comprende cómo ocurrió todo?

—Sí, lo comprendo —dije.

Nuestra amistad se hizo más profunda. Hablamos mucho acerca de Kate. Le dije que, en mi opinión, Kate se había sentido muy sola. Se había comportado mal para llamar la atención sobre sí misma. Pedía que se la tuviera en cuenta..., que se la quisiera...

—Sí —replicó Mirabel—. Yo estaba tan metida en mis propios asuntos... que la descuidé.

—Ella la admira a usted. Pero se sintió muy sola de pequeña, en aquella habitación. Se pasaba toda la noche asustada..., pensando que nadie la quería.

—Resulta muy difícil explicarle ciertas cosas a una niña.

—Se sentía aterrorizada cuando Tom Parry regresaba a casa. Ella necesitaba consuelo..., seguridad...

—Mi padre le proporcionó todo eso.

Admití que fue así.

—Y ahora lo ha perdido —añadí—. Debemos recordarlo. Debemos ser muy amables y cariñosos con ella.

—Gracias por todo lo que ha hecho usted —me dijo, expresando sus verdaderos sentimientos.

¿Qué había hecho yo? Había puesto la verdad al descubierto, y mis acciones eran las responsables de la situación actual.

Kate no hablaba conmigo de su abuelo. Me pregunté cuánto de lo sucedido habría comprendido. Seguimos con nuestras lecciones. Leíamos mucho. Ahora ya no desconfiaba de mí. Se había sosegado y no era más que una niña pequeña y triste.

Se leyó el testamento. Fue encontrado en la Biblia que sir Edward tenía siempre junto a la cama. Me pregunté cómo fue posible que a nadie se le ocurriera mirar allí antes. Todo fue tal y como habíamos supuesto. Había escrito una carta confesando su matrimonio anterior, y nombrando a Simon heredero. A Tristan lo dejó bien dotado, pero el título y la mansión tendrían que pasar a manos de Simon.

Lucas y yo nos veíamos con frecuencia en El Rey Marino. Me pregunté cómo había podido vivir sin él aquellos meses tan melancólicos.

Había cierta tensión entre nosotros. Fueron meses de espera. Sabíamos que algo tenía que suceder, y que no podía tardar mucho tiempo, de modo que esperábamos.

Dick Duvane estaba en Australia siguiéndole la pista. Pero ahora los abogados se habían hecho cargo del asunto. Querían encontrar a Simon Perrivale y llevarlo de regreso a Inglaterra para asignarle la propiedad. Pusieron anuncios en todos los periódicos de Australia; no dejaron de buscar en ningún lugar, por muy remoto que fuera; no se descartó ninguna posibilidad.

Empecé a preguntarme si alguna vez regresaría a casa. Cabía la posibilidad de que nunca hubiera llegado a Australia. Algo le podía haber pasado. Nanny Crockett estaba segura de que regresaría. Rezaba cada noche para que lo hiciera... y pronto.

Y entonces, unos seis meses después de que yo estuviera a punto de perder la vida en el bosquecillo, se recibieron noticias. Una carta de Dick Duvane. Había encontrado a Simon viviendo en una propiedad de las afueras de Melbourne. Anunciaba que Simon regresaba a casa.

Había una nota para mí.

Querida Rosetta:

Dick me ha contado todo lo que has hecho. Jamás lo olvidaré. Dick dice que Lucas ha intervenido también. Los dos habéis hecho mucho por mí. He pensado muy a menudo en vosotros y ahora regreso a casa. No tardaremos en estar todos juntos.

SIMON

Tristan y Mirabel acudieron a la estación para recibirle. Mirabel sugirió que los acompañara, pero yo no quería que nuestro primer encuentro se produjera en público. Supuse que habría varias personas en la estación para darle la bienvenida, pues era bien sabido que regresaba a casa.

Fui a mi habitación y esperé. Sabía que no tardaría en venir a verme y que, al igual que yo, desearía que nuestro encuentro tuviera lugar en privado.

Apareció en el umbral de la puerta. Había cambiado. Parecía más alto; estaba muy bronceado por el sol de las antípodas; sus ojos parecían mucho más azules.

Extendió las manos hacia mí.

—Rosetta —murmuró. Observó inquisitivamente mi expresión—. Gracias por todo lo que hiciste.

—Tuve que hacerlo, Simon.

—Pensé en ti todo el tiempo.

Hubo un silencio. Era como si existiese un freno entre nosotros. Le habían ocurrido tantas cosas a él..., a mí... Supuse que ambos habíamos cambiado.

—¿Estás... bien? —le pregunté.

Pareció una pregunta banal. Allí estaba, delante de mí, reluciente de buena

salud. Ambos habíamos pasado por aventuras horribles, ¡y yo le preguntaba si estaba bien!

—Sí—me contestó—. ¿Y tú... también?

Hubo otra pausa prolongada. Después dijo:

—Han ocurrido tantas cosas... Tengo que hablar contigo de todo ello.

—Ahora que estás en casa... todo será muy diferente para ti.

—Hasta ahora no me parece muy real.

—Pues lo es, Simon. Ahora eres libre.

«Y yo también lo soy», pensé. Antes había estado prisionera dentro de los muros del harén, y cuando logré escapar me construí un muro a mi alrededor..., un harén que yo misma levanté. En esta ocasión, mi carcelero no era el gran pachá al que no había conocido, sino mi propia obsesión. No comprendí qué me sucedía porque solo era capaz de ver una cosa: un sueño que había construido, configurándolo para que encajara en mi fantasía... ciega ante la verdad.

—Y fuiste tú quien lo hiciste, Rosetta—dijo él.

—Me ayudó Nanny Crockett... y Lucas... y Felicity. Ellos ayudaron mucho, sobre todo Lucas.

—Pero fuiste tú..., tú fuiste la única. No lo olvidaré jamás.

—Es maravilloso saber que todo ha pasado, que ha salido bien... y que ahora estás aquí, libre.

Me dije que sí, que era maravilloso. Era como un sueño convertido en realidad. Había esperado mucho tiempo aquel encuentro, había soñado con él, había vivido en función de él, y ahora estaba allí. ¿Por qué entonces se veía matizado por una sensación de tristeza? Me sentía demasiado excitada y emocionada, claro. Era muy natural que así fuese.

—Hablabamos... más tarde —me dijo Simon—. Hay mucho que contar.

—Sí —le dije—. Hablabamos más tarde. Ahora todo parece demasiado. Y habrá personas esperando para verte. Todos quieren hablar contigo.

Él comprendió.

Era cierto que había muchas personas esperando para verle. La historia había sido ampliamente publicada. Era el héroe del día. Aunque había transcurrido algún tiempo desde que se proclamara su inocencia, su regreso a Inglaterra volvió a despertar el interés por el caso. De modo que había mucha gente deseando hablar con él, felicitarlo, compadecerse con él por todos sus sufrimientos. Me alegré de que estuviera tan ocupado. Simon era diferente, claro. Ahora era sir Simon Perrivale y no el humilde marinero de cubierta que había tenido que huir como alguien que sobraba.

La primera noche cené en compañía de la familia.

—Pensamos que te gustaría estar tranquilo —le dijo Tristan a Simon—. A solas con la familia. Estoy seguro de que más tarde te lloverán las invitaciones, y es posible que te sea difícil rechazar algunas. Tendremos que invitar a mucha gente a que venga aquí...

—Eso pasará —dijo Simon—. Y con rapidez. Todo este alboroto no durará más de una semana.

Durante la cena se habló, sobre todo, de Australia. Simon se mostraba entusiasmado. Me di cuenta de ello. Había adquirido una pequeña propiedad.

—El terreno es bastante barato allí —dijo—. Me sentí entusiasmado por ello.

Me lo imaginé allí, trabajando, haciendo planes para una nueva vida..., pensando que nunca regresaría a casa. Pero supongo que incluso entonces debió de permanecer alerta, sin estar nunca seguro de que su pasado no fuera a perseguirlo.

Ahora era un hombre libre. No era nada insólito que se sintiera un poco extraño..., como yo misma me sentía. Para él, debía de ser una profunda experiencia emocional regresar a la casa a la que le habían llevado siendo un niño asustado..., la casa donde había experimentado el horror de haber sido acusado de asesinato.

Lucas acudió al día siguiente. Él también había cambiado. Me recordó mucho al hombre que había conocido en casa de Felicity y James. Le quedaba, desde luego, la cojera, pero ahora apenas era perceptible. Parecía haber recuperado su naturalidad y aquella actitud cínica ante la vida, tan suya.

—Tengo que agradecerte todo lo que hiciste por mí, Lucas —dijo Simon.

—Eso es un pequeño pago a cambio de una vida, y yo me habría despedido de la mía si no me hubieras izado a aquel bote y me hubieras cuidado cuando no fui más que una carga. En cualquier caso, lo que hice fue bajo las órdenes de Rosetta.

—No ha sido así, Lucas —protesté—. Estabas ávido por colaborar en todo.

—Gracias, Lucas —repitió Simon.

—Me vais a poner colorado —replicó Lucas—, así que olvidémoslo. Demasiada gratitud turba a quien la expresa y al que la recibe.

—A pesar de todo, existe, Lucas —comenté.

No se quedó mucho rato.

—¡El bueno y viejo de Lucas! —exclamó Simon después—. No ha cambiado mucho.

—No —dije, tratando de sonreír ampliamente.

Yo no dejaba de pensar en Lucas. Él me amaba de verdad. Me había ayudado a conseguir que Simon volviera, prácticamente me había entregado en brazos de Simon. Supongo que eso era verdadero amor.

Transcurrieron algunos días. Había mucha gente entrando y saliendo de la mansión. Kate se mostraba sumisa. No hacía preguntas, pero me di cuenta de que nos observaba atentamente, a mí y a Simon.

La niña había cambiado mucho desde la muerte de su abuelo; le había querido tanto..., había admirado y cuidado tanto a aquel mayor que, según me aseguró en cierta ocasión, había sido el hombre más valiente del ejército, el héroe de todas las batallas... Tuvo que haber sido una conmoción terrible para ella. Sabía que Kate debía de conocer muchas cosas sobre él, aunque nunca hablaba al respecto. Creo que entonces confiaba en mí más que nunca, y miraba con ansiedad hacia el futuro.

Simon empezó a hablar conmigo con mayor libertad. Parecíamos un tanto recuperados de aquel freno que existiera entre nosotros durante nuestro reencuentro.

—Tristan está hecho para este lugar —dijo—. Él y Cosmo fueron educados para

creer que algún día sería suyo. Yo, en cambio, nunca me sentí así. Creo que al pobre Tristan se le partiría el alma si tuviera que marcharse de aquí.

—¿No se podría quedar? Hay mucho que hacer.

—Pero él creyó que este lugar era suyo. Tiene un control completo sobre todo. Es una situación difícil. ¿Sabes?, creo que voy a regresar a Australia. Allí podría comprar una gran propiedad, tener a gente trabajando para mí. Me pregunto... ¿qué te parecería vivir allí?

Pensé: «Se acerca el momento. Al fin me lo va a pedir». Y a ese pensamiento le siguió inmediatamente otro: «¿Australia? Jamás volvería a ver a Lucas».

Él vio la expresión de mis ojos.

—Fue mi sueño todo el tiempo —me dijo—. Soñaba que, de algún modo, te haría llegar un mensaje pidiéndote que vinieras y te unieras a mí. Olvidamos que la gente cambia. Acostumbramos pensar que las personas continúan siendo las mismas... Yo siempre pensé en ti como eras en la isla y cuando te dejé ante las puertas de la embajada... Pero ahora eres diferente...

—Tú también eres diferente, Simon. La vida cambia a las personas. Me han ocurrido tantas cosas... Te han ocurrido tantas cosas...

—No podrías abandonar Inglaterra —dijo—. No podrías hacerlo ahora. Quizá, si en aquellos momentos nos hubiéramos marchado juntos, todo habría sido diferente. Pero lo que tú deseabas era regresar aquí. Tendrás que hacer lo que creas mejor para ti. Ninguno de los dos debemos cegarnos a consecuencia de nuestro pasado romántico y lleno de aventuras. Quizá ambos soñamos en un futuro, olvidando que la vida continúa... cambiándonos..., cambiando todo lo que nos rodea. Ya no somos las mismas personas que nos despedimos ante la embajada.

—En aquel entonces lo que más deseabas era poder volver a Inglaterra.

—¿Lo ves? —dijo él tras asentir con un gesto, y añadió con tristeza—: Tenemos que afrontar la verdad.

—Tú mismo la has explicado —dije—. Somos diferentes.

—Hemos pasado por momentos muy peligrosos, Rosetta. Ahora tenemos que asegurarnos de que seguimos el rumbo correcto. Para mí siempre serás una persona muy especial, y nunca te olvidaré.

—Yo tampoco a ti, Simon.

Me sentí como si me hubieran quitado un gran peso de encima.

Me dirigí a caballo a Trecorn Manor. Lucas me oyó y salió a recibirme.

—Quería hablar contigo, Lucas —le dije—. Simon y yo nos hemos sincerado. Nos hemos comprendido perfectamente.

—Sí, claro —dijo Lucas.

—Simon quiere regresar a Australia.

—Oh, sí. Pensé que lo haría. Y tú te marchas con él, claro.

—No, Lucas, desde luego que no me voy con él. ¿Cómo podría dejarte?

Se volvió hacia mí y creo que nunca le había visto mirarme de aquel modo.

—¿Estás segura? —se limitó a preguntar.



—Estoy absolutamente segura de que es la única cosa que jamás haré.

* * *





© Título original: *The Captive*
Diseño de la portada: Departamento de diseño de Random
House Mondadori / Marianne Lépine Foto portada: © Pete Leonard/ Zefa/ Corbis/ Cerdón Press
Tercera edición en DeBOLSILLO: enero, 2009
© 1989, Victoria Holt
© 2008, Random House Mondadori, S. A.
© José Manuel Pomares, por la traducción
Printed in Spain - Impreso en España
ISBN: 978-84-8346-818-0 (vol. 456/19)
Depósito legal: B-4691-2009
Fotocomposición: Anglofort, S. A.
Impreso en Novoprint, S. A.